

Eduardo Ammatuna

DEL SUR AL SUR
Del Mediterráneo al Mediterráneo



EDITORIAL



Unione Siciliana del Paraguay

Presidente: Juan Carlos Spatuzza

Vicepresidente: Dr. Carlos Arestivo

Miembros titulares:

Lic. Salvador La Carrubba, Dr. Carmelo Módica, Francisco Bellasai,
Josefina Sorbello, Ing. Carlos Malvetti;

Miembros suplentes:

Cayetano Quattrocchi, Giuseppe Bivona, Carlos Lacarrubba, Perla Gurrieri.

Tribunal Electoral Independiente:

Titulares: Dr. Juan Lacarrubba, Gladys Arestivo, Lic. Alicia Mingo

Suplentes: Ab. Marcelo Saldivar, Lic. Javier Abbate

Tribunal de Conducta:

Titulares: Esc. Carlos Alfieri, Dra. Olinda Massare, Arq. Hilario Gómez Núñez

Suplentes: Dr. Carlos Cristaldo Albospino, Dr. Claudio Di Martino

Síndicos:

Titular: Lic. María Lourdes Arestivo Duarte

Suplente: Lic. Víctor Aguilera Scorzzara.

© Eduardo Ammatuna
© Unione Siciliana del Paraguay
© Editorial Arandurã
Tte. Fariña 884.
Telefax (595 21) 214 295
e-mail: arandura@telesurf.com.py
www.arandura.pyglobal.com

Septiembre de 2006

Derechos Reservados
Exp. N° 10676
I.S.B.N. 99925-3-537-7

Dedicado:

A todos los que sin querer tuvieron que partir obligados por los hacedores de las circunstancias y no pudieron regresar.

A todos sus descendientes que como único equipaje llevaron en sus genes nonatos todo el bagaje de su vida pasada para atenuar el nacer confusos en tierras extrañas; que necesitaron mutar sin olvidar para sobrevivir; que sintieron que les robaron su identidad, sus costumbres ancestrales y su arraigo de años antes de haber nacido; que tuvieron que volver a producir por muchos años raíces sin tradición en otros lares.

A todos los que sienten que por sus años todo lo perdido ya no lo volverán a vivir y ya no podrán sentirse a sus anchas en la cuna que no conocieron.

A todos aquellos paisanos para los que después de haber perdido por diferentes imponderables todo contacto con sus seres queridos de la península y que con muchos más años encima el regreso se hizo un sueño tanto o más difícil que la emigración.

INTORNO ALL'OPERA

L'idea centrale della opera è raccontare gli avvenimenti vissuti dalle famiglie emmigrate dalla Sicilia (presentate come se fossero una famiglia sola), la loro lotta, il coraggio, la tenacia, il sacrificio, le loro sconfitte, le loro conquiste, il loro amore per la famiglia e per la loro lontana terra. Insieme all'idea centrale vengono presentati alcuni riferimenti alla storia e alla vita socio-politica dell'Italia, della Sicilia e del Paraguay.

Inoltre il romanzo cerca di far vedere ancora una volta tutto quello che hanno dovuto soffrire quelli che sono emigrati verso Sud, sebbene fossero a conoscenza che da queste parti non vedrebbero mai compiuto l'ormai noto "sogno americano"; il reclamo della perdita dell'identità costruita da anni dai nostri antenati; il cercare di calmare lo spirito agitato di quelli che si trovano soli in un mondo in cui sono spariti i fili della loro storia; il ringraziare l'Italia per aprire le porte che permettono recuperare i figli dei figli e il ringraziare la Sicilia per darci il carattere e l'orgoglio (malgrado la distanza e il tempo passato) di appartenere alla stessa comunità.

SOBRE LA OBRA

El cuerpo central de la novela relata los acontecimientos vividos por varias familias de emigrantes sicilianos (conjugadas, sintetizadas y presentadas como una sola); su lucha, su valentía, su tenacidad, su sacrificio, sus derrotas, sus triunfos, su amor por la familia grande y por su lejana tierra; la pieza que va unida al cuerpo principal presenta un ligero “racconto” de algunos aspectos que hacen referencia a la historia y a la vida socio-política de Italia, de Sicilia y del Paraguay.

Además de lo expuesto, la novela trata de manifestar una vez más las terribles vicisitudes por las que tuvieron que pasar los que emigraron al sur, a sabiendas de que por estas latitudes no encontrarían el ya gastado hoy cuento del “sueño americano”; de reclamar la pérdida de identidad labrada durante años por nuestros antepasados; de aplacar el turbulento espíritu de quienes se encuentran solos en un mundo en el que han desaparecido los hilos de su historia; de agradecer a Italia por abrir las puertas que posibilitan el rescate de los hijos de sus hijos y de agradecer a Sicilia por darnos el carácter y el orgullo (pese a la distancia en el tiempo) de pertenecer a su gran comunidad.

1

La mirada muda, sufrida, deseando ser eterna, compungía y estrujaba como una prensa el alma y el espíritu del isleño.

—¿Qué tan pronto será que nos toque a nosotros? —se preguntaba mentalmente, con el cuerpo prisionero de músculos tallados y templados bajo la impiedad del sol de tantas jornadas de quehaceres por el pan familiar.

En lontananza las olas picarescamente jugueteaban con los colores, del azul intenso saltaban al aguamarina y al verde esmeralda; y así translúcidas cual sentimiento de ángeles se aproximaban una y otra vez rumoreando a la infinita costa de rocas, piedras y arena, convertidas en lípidas espumas blancas.

La cálida brisa, casi viento, hacía incansables esfuerzos por mantener su rumbo.

El amanecer se hizo día y noche, y Giacomo permaneció impertérrito en el mismo sitio, ensimismado hasta más allá, hasta donde el sentido de la vista deja cortésmente paso al disfrute del oído.

—¡Papá! ¡Papá! Es hora de regresar —avisaba a voz en cuello la pequeña niña, esforzándose en superar al sibilante viento que se escurría por entre las ramas de los arbustos—. ¿Es que no me escuchas? —preguntó levantando otro poco más la voz.

—¡Va bene! ¡Va bene! —respondió su padre sacudiendo sus pensamientos, como queriéndoselos quitar de esa manera de la atormentada cabeza.

Giacomo tomó las tibias manitas de su hija, de un tirón la alzó hasta la altura de su pecho y así bajo la desentendida mirada de Emma emprendieron camino al hogar.

La pintoresca Scicli distaba algunos buenos kilómetros del lugar; ella como toda pequeña ciudad siciliana era orgullosa de su riquísimo pasado y de su presente, de sus monumentos, de la arquitectura de sus edificios como el del Palazzo Beneventano, de las riquísimas esculturas que engalanan el interior de su Chiesa di Santa Teresa, de su Chiesa di San Bartolomeo, de su Chiesa Santa María La Nova, de su Chiesa Madre, de sus plazas y de su gente.

En innumerables momentos de su vida Giacomo había subido con sus amigos al cerro de San Matteo, para desde allí en amenas charlas contemplar la ciudad iluminada; las lucecitas amarillas salpicadas sobre sus intrincadas calles y el gran rectángulo de color verde brillante en el centro, frente a la sublime Chiesa di San Ignacio, tenían el poder de hacer imaginar a cualquier espectador que se encontraba ante una ciudad encantada, salida de un cuento de hadas.

–Buenas noches Concetta. Hemos regresado.

–Buenas noches a todos. En un momento serviré la cena, por favor dile a los niños que se apresten –pidió Concetta a su marido al momento que secaba sus manos en el delantal que llevaba atado a la cintura.

–Bene, bene –respondió suavemente Giacomo.

La respuesta al pedido de su compañera realmente fue suave, casi entre dientes, no así en cambio la orden que impartió a sus hijos, a quienes se dirigió con voz imperante.

–¡Vittorio! ¡Antonio! ¡Anna! La mesa está pronta –agregando en el mismo tono–. ¡Lavados y bien peinados, o no se sientan a la mesa! ¿Entendido?

–Sí papá –respondieron todos al unísono apresurando las obligaciones previas.

–Anna, ayúdame a servir la comida a tu padre y a tus hermanos –ordenó a su vez Concetta.

A ellas se les unió Antonio y entre todos fueron depositando con sumo cuidado las frías y las humeantes fuentes. Aunque pobres nunca faltó la buena comida en la mesa familiar, siempre hubo tianu^(*), o pastizzu scupiertu, o cabrito relleno, o cavati, o mondongo de cordero con arvejas, o stufato di maiale, o cordero asado, o albóndigas de arroz, o empanadas de pescado, o pasta con caballa; el queso pecorino, el pan con aceitunas negras, el tomate salado con aceite de oliva y cebolla, las frutas de mazapán, los cannoli di ricotta, los mustazzoli, la testa di turco, las almendras y la miel.

La cena terminó con las ¡Buenas noches mamá! ¡Buenas noches papá! de los niños, comenzando por los más pequeños. Al saludo de los mismos les correspondió un beso en la frente, una caricia en las mejillas con las ásperas manos del padre y una cálida mirada de la mamma Concetta.

Ninguno de los niños pudo jamás advertir en los ojos azabache de sus padres la más leve muestra de preocupación, incertidumbre y sufrimiento por los momentos difíciles por los que estaba atravesando el matrimonio en su divina y cristiana tarea de criar y darles un futuro cierto a sus descendientes.

El domingo llegó espléndido, con un sol radiante que mantenía con la rudeza y la sabiduría que le dieron las centurias transformadas en milenios y milenios de vida, su agradable misión de convertir a Sicilia cada nuevo día en la Isla del Sol.

Al llamado del padre todos subieron al artesanal carro siciliano tirado por un lustroso caballo y emprendieron viaje a Sampieri, para de allí tomar rumbo a las cercanías de Pozzallo

(*) Tianu, plato preparado con garbanzo, arroz, pasta fina (cabello de ángel) y queso ricotta, todo cocinado a fuego lento en olla de arcilla. Pastizzu scupiertu, plato hecho a base de pasta, brócoli, pan rallado, pasas de uva y tomate seco salado. Cavati, pasta casera con jugo de cerdo, legumbres y hortalizas. Stufato di maiale, estofado de cerdo con salsa. Mustazzoli, bizcocho con miel de abeja. Testa di turco, bollo grande esponjoso lleno de crema.

bordeando el majestuoso Mediterráneo. En su trajinar pareciera que el honroso andar del cuadrúpedo respondía al orgullo que el noble animal sentía por su tarea de tirar de su carro admirado tantas veces en las fiestas folclóricas por sus fantásticos y coloridos decorados; muestra típica del arte popular tradicional siciliano.

A ciencia cierta jamás se podría definir si cuál de ellos, el carro o el animal, eran los más engalanados en esas ocasiones; lo real era que ambos en conjunto conformaban un cuadro pictórico en donde no escaseaban los atuendos, los pompones y los grabados figurativos de colores, tantos colores como los de la paleta de un pintor y aún más; impactaban a la vista el anaranjado, el rojo, el verde, el rosado, el celeste, el amarillo, el blanco y otros tantos que se escabullían de la mirada del espectador al paso acompasado del carrétto.

Entre risas, gritos de alegría y murmullos, la familia de Giacomo iba recorriendo el camino de forma regular y precisa cual metrónomo. Los paisajes estáticos o cambiantes, según como se los interpretara, se sucedían con lentitud. A lo lejos en la planicie se veía un mundo de millones de pequeños resplandecientes soles amarillos que pendían de invisibles hilos y que al acortar distancias se convertían en fulgurantes frutos cítricos. El carro siguió por la meseta hasta llegar al final de la misma y antes de iniciar el descenso, Giacomo detuvo al caballo con un leve tirón de la rienda y reclamó la atención de sus hijos.

—Miren y miren hasta que cada detalle quede indemne-mente grabado en sus memorias —dijo Giacomo, agregando—, posiblemente algún día esta visión alegrará a sus espíritus cuando estén necesitados.

Al frente se divisaba a lo lejos que el mar se unía al cielo y juntos formaban una bóveda que ascendía hasta el infinito por sobre sus cabezas y se perdía en el confín más allá del poniente. Inmediatamente por debajo del borde donde terminaba la

meseta se veían dos relativamente pequeñas bahías en forma de la letra griega épsilon (ϵ); los semicírculos de las mismas estaban delineados por respetables elevaciones rocosas coloreadas por el verde intenso que le daba la cobertura vegetal, compuesta por abundante pasto, por espinosas cactáceas de succulentas pencas redondas en forma de paletas y por arbustos de distintos tamaños y formas, y por el marrón tierra que se afinaba en los sitios en que la vegetación no pudo con las añejas rocas de los acantilados.

La línea media que separaba las bahías a medida que se adentraba en el mar se hacía cada vez más delgada hasta casi desaparecer, terminando al final en un grandioso peñascal, en donde se destacaba nítidamente una roca redonda de gran porte que daba a la línea la apariencia de una *i* latina.

El agua transparente del mar dejaba visualizar, en sus profundidades, desemejantes conformaciones enclavadas en sus claro-oscuros arenas.

A la izquierda de la meseta, un poco más bajo casi ya al nivel del mar, se extendía una vasta llanura con suaves y escasos relieves que permitían apreciarla en toda su extensión; era de una belleza y colorido tal que si no fuese natural se diría que fue hecho a propósito por un grupo de genios paisajistas y decoradores. A todo lo largo y ancho de su superficie se observaban interminables muros hechos con piedras superpuestas, que en su paralelismo, curvas y entrecruces formaban extrañas divisorias en la tierra y que no superaban en demasía la altura de las cientos de cabras y ovejas que pastaban sumergidas en una alfombra de pequeñas flores rojas y blancas; queriendo competir con ellas se hacían ver un grupo de hermosos enebros y de algarrobos, los que con sus cortos y gruesos troncos de grisácea corteza, de a veces desaliñadas copas verdes y de deliciosos frutos en vainas de color castaño oscuro invitaban al ramoneo.

—¿Saben ustedes por qué el algarrobo es tan altivo y vanidoso? —preguntó Giacomo dirigiéndose a sus hijos.

–No –contestó rápidamente Antonio.

–¡Cuéntanos! –pidió Emma con su inocencia llena de imaginación.

–Bueno, si así lo desean les contaré. El algarrobo es orgulloso y hasta algunas veces arrogante y engreído por varias razones, una de ellas es por su origen mediterráneo, lo que lo hace heredero de conocimientos milenarios.

–¿Y qué más? –inquirió nuevamente Emma, apresurada.

–Por sus relaciones, el algarrobo desde muy antes siempre se codeó con ricos comerciantes de oro y piedras preciosas.

–¿Cómo se entiende eso? –preguntó a su vez desconfiado Antonio, quien era mayor que la fantasiosa Emma.

–Te lo explicaré, pero primero me dirás qué es el quilate –respondió Giacomo mirando directamente a los ojos de su incrédulo hijo.

–Todos aprendimos en la scuola que el quilate es una unidad de medida –respondió Antonio con calibrada suficiencia.

–¿Y qué más? –volvió a preguntarle Giacomo.

–Y eso es todo –contestó con cierto recelo, por lo que pudo significar en el ánimo de su padre el anterior tímido alarde de sapiencia.

Giacomo en cambio tenía otra intención más que la simple discusión con su hijo, por lo que con criteriosa apacibilidad se dispuso a narrarles un cuento mezclando realidad y ficción con la finalidad de enseñar y divertir a los pequeños.

–Nuestra isla fue albergue del hombre desde la prehistoria, desde los tiempos de la edad de piedra, cuando el ser humano basaba su principal actividad manual en el trabajo de la piedra, del hueso, del marfil y de las cornamentas de cérvidos, estos hombres modernos para la época, eran recolectores, cazadores y pescadores; posteriormente también fue tierra de muchas civilizaciones, las que algunas veces se alternaron en el dominio y en el poder después de cruentas y sangrientas gue-

rras, y otras veces terminaron fusionándose entre sí. Todas trajeron consigo un bagaje de conocimientos y de capacidad creativa, los que a través del cruzamiento sucesivo de sangre y de genes enriquecieron cada vez más a los habitantes de Sicilia.

Los escritores y sabios de aquellos tiempos cuentan que el proceso se inició hace muchísimos años, quizás unos 3.000 antes de que naciera Jesús, el hijo de Dios. En ese tiempo llegaron los Sículos y los Sicanos, los primeros que eran de origen indoeuropeo se radicaron en la parte oriental y los segundos que probablemente eran de origen mesopotámico habitaron la parte occidental de la isla; con ellos o quizás poco tiempo antes o después llegó un pueblo misterioso, a cuyas gentes se las llamó Elimi –Giacomo se explayó sobre este punto con voz grave y mucho más misteriosa que la historia misma de ese pueblo–. Ambos pasaron un sinnúmero de años en la isla, en ocasiones peleando entre sí, pero al final los Elimi fueron absorbidos por los Sicanos. ¿Se acuerdan de los Sicanos?

–¡Sí, eran los que vivieron hacia el otro lado de donde nosotros vivimos! –respondió casi al instante Vittorio, adelantándose a los hermanos de modo a que el padre pudiera proseguir rápidamente con el intrigante relato.

–¿De dónde venían los Elimi? –preguntó a su vez Antonio, dándole un tono académico a su pregunta.

El padre ignoró el sentido real de la pregunta de Antonio y continuó el relato incorporando algo de fantasía todas las veces que podía.

–Este pueblo era tan arcano, que nunca se supo con veracidad de dónde vinieron; algunos estudiosos de la antigüedad afirmaron que los Elimi provinieron de lo que hoy es Siria, otros dijeron que un navegante les contó que vinieron de Palestina y hasta se llegó a decir que llegaron del Asia Menor; en fin, aún no se conoce con certeza de dónde fueron originarios, pero

a mí, mi profesora una vez me dijo que eran de la Mesopotamia.

—¿Mesopotamia? —preguntó Anna sorprendida y arrugando el entrecejo.

—Sí hija,... la Mesopotamia es un nombre de origen griego que significa entre dos ríos, es una tierra lejana que está situada entre los ríos Tigris y Éufrates. Imagino que en la Biblia leyeron acerca de estos célebres ríos —señaló Giacomo rascándose la cabeza con el dedo índice en expresión de duda.

Antes de que las palabras del padre se convirtieran en pregunta, todos respondieron afirmativamente con un movimiento de cabeza.

—¡Bien hecho jovencitos!, porque muchas de las cosas que les voy a contar ya fueron “dichas” en las escrituras.

Ese lugar del mundo desde siete milenios antes de Cristo estuvo habitado por los hombres; allí vivieron los Acadios, los Gutios, los Hititas, los Babilónicos, los Asirios, los Caldeos y otros más. Todos moraban en ciudades hermosas como la bíblica Erech, la de Ur y la de Nippur.

Así fue pasando el tiempo hasta que un día también se les ocurrió venir a los fenicios y a los griegos; los primeros en arribar fueron los fenicios, quienes vivían más allá de la isla de Chipre, en tierra firme, su “país” era nada más que una pequeña franja de territorio de más o menos 300 kilómetros de largo por tan sólo 20 kilómetros de ancho; ellos conformaban un gran pueblo de raíz semítica, que más que un estado unificado constituían un grupo de ciudades reino, como la de Trípoli, Sidón y Biblos.

—¿Alguno de ustedes conoce el significado de “pueblos semitas”?

—Sí, señor —se adelantó Vittorio a responder—, el sacerdote nos enseñó que los pueblos semitas eran los que hablaban el árabe y el hebreo.

Giacomo asintió con un gesto afirmativo y prosiguió con su narración.

–Los fenicios fueron grandes navegantes y comerciantes y además fueron los creadores del alfabeto, conjunto de signos que más tarde los griegos lo perfeccionaron y lo difundieron por el mundo.

–¡Papá! ¡Papá! Te olvidaste del algarrobo –señaló Emma, con toda la inocencia de su edad.

–Espera un momento hija, no te apresures que no he olvidado al “señor algarrobo”, ya lo verás –puntualizó Giacomo y aspirando una bocanada de aire se dispuso a continuar–. Estando los fenicios en la región occidental de Sicilia, llegaron también a ella por vez primera los griegos, nuestros vecinos del Mediterráneo, pero se asentaron principalmente en la parte oriental y levantaron grandes colonias que se convirtieron más tarde en importantes ciudades comerciales como Naxos, Agrigento, Catania, Zancle y Siracusa.

Grecia al igual que Sicilia y otras civilizaciones del Mediterráneo también tiene antecedentes prehistóricos, puesto que pueblos primitivos habitaron sus regiones meridionales aproximadamente antes del 4000 a.C. En ese tiempo prácticamente existían dos civilizaciones en el Ege, la de Creta ubicada en la isla de Creta y la Heládica situada en la parte continental de Grecia, ambas dominaron el comercio en forma sucesiva.

Algo similar a lo ocurrido en nuestra isla, sucedió también en Grecia, fue invadida por otros pueblos de habla indoeuropea, los aqueos, los jonios y los eolios, los primeros se establecieron en el Peloponeso, los jonios en Ática y los eolios en Tesalia; los aqueos que eran un pueblo luchador, más tarde conquistaron el continente y las islas. Además de esos pueblos llegaron a Grecia los dóricos, que con sus armamentos hechos con hierro, desconocidos hasta ese momento, invadieron la tierra de los aqueos, lucharon con ellos y los vencieron. Más ade-

lante los eólicos, los jónicos y los dóricos formaron una gran confederación, que fue creciendo en población al mismo tiempo que escaseaban los alimentos, pero como tenían una gran artesanía y eran buenos comerciantes y navegantes, decidieron repoblar nuevas tierras y fundando colonias a uno y otro lado de Grecia y en lugares tan distantes como el Mar Negro, la costa mediterránea de Francia, parte de la península Itálica y por supuesto Sicilia. Fueron tan importantes las colonias de la isla y las de la península que en aquellos tiempos se las llamaba la Magna Grecia –en este punto Giacomo hizo una pausa, pidió que le prepararan un pedazo de pan con rodajas de tomate salado, aderezado con aceite de oliva, ajo y orégano, y continuó con su relato histórico-fantasioso-educativo.

–Una vieja leyenda cuenta que un gran señor llamado Urquar, de la ciudad fenicia de Panormo, la que ahora se llama Palermo, encargó a un súbdito la delicada y peligrosa misión de ir hasta la más rica y poderosa ciudad griega de Siracusa, a comprar oro, ¡barriles de oro!, para con ellos colaborar con los esfuerzos económicos que su rey debía hacer para formar un ejército de varios miles de hombres y retribuirle así también los favores recibidos en muchas oportunidades.

El súbdito, de nombre Ahiraman, debía ir hasta Mozia, colonia ubicada en el islote de Stagnone, en el occidente de Sicilia y contactar con el capitán Asdrúbal, quien comandaba una flota mediana de barcos mercantes. Ahiraman llevó consigo una orden especial del rey en la cual se ordenaba al capitán ponerse a disposición del mismo y facilitarle todos los medios necesarios para el cumplimiento de su misión; sin ese mandato le hubiera sido casi imposible contratar barcos y marineros, porque en ese tiempo los reinos rivalizaban para convenir compromisos de transporte con los fenicios, debido a que éstos eran los mejores en esta actividad. Eran tan famosos que se cree que el transporte y la remesa comercial tuvieron su inicio con las

operaciones mercantiles de los fenicios en el Mediterráneo y en el Atlántico.

Ahiraman y Asdrúbal se reunieron una y otra vez para discutir cuál sería la estrategia a emplear para cumplir con éxito el cometido. Lo primero que hicieron fue calcular la cantidad y la clase de mercaderías que debían adquirir para comprar la porción de oro que necesitaban, lo segundo fue elegir los navíos más capacitados para llevar la carga, la que probablemente sería de gran volumen y alto valor, lo tercero fue seleccionar los marinos más aptos para el trabajo y para la lucha, y lo último fue determinar con mucha precisión la ruta a seguir hasta Siracusa.

Después de varios días concluyeron que llevarían productos de diferentes regiones fenicias y también de otras naciones; así decidieron llevar una buena cantidad de artículos de cristalería, de textiles manufacturados, maderas en bruto de cedro y tintes, en especial el “tinte de púrpura” traído de Tiro, producido únicamente en Fenicia y muy apreciado por los comerciantes extranjeros, abundantes frutas, nueces, marfil, animales exóticos africanos, algo de plata adquirida en Cartago y una importante cantidad del deseado estaño proveniente de las Islas Británicas.

Reunir casi toda esa mercadería les hizo perder muchos meses, pero lo peor era que debían seguir esperando porque el imprescindible estaño no llegaba. Como el tiempo se les acortaba velozmente, decidieron ir a buscarlo al puerto de Gadir, cruzando el estrecho de Gibraltar, pero cuando todo estaba listo para emprender el viaje, los mercaderes provenientes de Cornualles arribaron a Mozia.

A la hora de establecer el precio a pagar por el estaño, Ahiraman y Asdrúbal trataron de bajarlo aduciendo que el tiempo perdido les había infligido cuantiosos daños, a lo que el mercader respondió que las condiciones climáticas no lo acom-

pañaron en este viaje, tuvieron mucho viento en dirección desfavorable y casi diez días de cielo nublado que no le permitieron visualizar la estrella polar.

–¿Esa es la Stella d'Italia, papá? –preguntó Anna, haciendo relucir su candorosa ingenuidad nuevamente.

–¡Mamma mía! ¡Mamma mía! Tú no sabes lo que dices –respingó Vittorio inmediatamente, juntando las manos como si fuera a rezar y elevando la mirada al cielo.

–Sí y no –intervino Giacomo rápidamente–. Esa estrella pertenece un poco a todos, más aún a los navegantes de los mares y océanos –señaló al momento que lanzaba una furibunda mirada a Vittorio.

–Vittorio, explica a tu hermana lo que sabes de la estrella.

–Bien papá –alardeó el hijo, atisbando el rostro de Anna–. Esa estrella la utilizaban los antiguos navegantes como punto de referencia para navegar fuera del Mediterráneo.

A esa altura de la conversación, ante la jactancia de su hijo, el semblante de Giacomo estaba rojo como un tomate maduro.

–Explica más sobre ella –exigió a Vittorio.

–La estrella polar siempre es visible en el polo norte, pero en la actualidad ya no se la utiliza como referencia porque el globo terráqueo fue dividido en meridianos y paralelos, que permiten a los navegantes establecer con relativa exactitud los diferentes puntos de la superficie terrestre. Los meridianos expresan la longitud, los paralelos la latitud, y ambas líneas imaginarias están divididas en grados –“recitó” muy ufano el chico.

Giacomo, quien ya no sólo tenía el rostro al rojo vivo por la petulancia de Vittorio ante él y ante sus hermanos, temblaba contenidamente de rabia; debía darle al hijo una lección para que aprendiera el valor y la importancia de la humildad, tan conocida de los sicilianos, y para que la tuviera en presente durante toda su vida.

–Hijo, veo que has aprendido bastante en la scuola, pero no lo suficiente. La estrella polar es siempre visible desde cualquier punto del hemisferio norte y no solamente en el polo norte como dijiste, tampoco es verdad que en la actualidad ya no se la tiene en cuenta, porque aún se la utiliza para determinar el acimut y la latitud. ¿Sabes lo que es el azimut?

–¡Más o menos papá! –respondió esta vez con alguna modestia, previendo lo que se podía venir por su jactanciosa actitud anterior, y lo menos que podía esperar era una pedagógica sonora ceffata.

–Es una estrella muy antigua e importante, que no sólo sirvió a los navegantes de antaño sino también a los magos de oriente, los que con sus conocimientos astronómicos se valieron de ella para llegar hasta el pesebre para honrar a Jesús. ¿Verdad hijo?

–Es verdad, es verdad, papá.

–¡Ma che stella, bruto presumido! ¡Deja de fanfarronear! El azimut no es una estrella, además la Estrella Polar no fue la que guió a los Reyes de Oriente y tampoco la Estrella Polar es siempre la misma; cuando el polo norte celeste cambia de posición en relación a las constelaciones, distintas estrellas se convierten en la Estrella Polar. Pídele a tu maestra que te enseñe acerca de las constelaciones del hemisferio norte, en especial las llamadas Dragón, Osa Menor, Osa Mayor, Cefeo, Lira, sobre qué fueron y sobre lo que volverán a ser sus estrellas conocidas como Alpha Draconis, Ursae Minoris, Alpha Cephei y Vega. ¡Ah!, y trata también de aprender algunas constelaciones del hemisferio sur.

Giacomo quedó callado un prolongado instante y luego prosiguió hablando dirigiéndose a Vittorio.

–Ahora atiende y escucha bien muchacho; has nacido y estás creciendo en una familia con valores humanos, en una región que fue cuna de grandes pensadores y filósofos que en-

señaron que la ignorancia es el origen de los vicios, y que quien se las da de sabio en realidad no sabe lo que dice saber y por tanto es más sabio aquel que reconoce que nada sabe.

Nunca peques de sabelotodo porque tu sapiencia nunca será suficiente, tampoco presumas con tu pensamiento y con tus palabras porque el tiempo se encargará de hacértelas tragar con amargura, y constantemente chocarás contra el muro.

Vittorio bajó la cabeza sin decir palabra alguna.

—¿Me has entendido bien, pequeño bestia? —preguntó Gia como casi gritando y a la vez exigiendo una respuesta.

—¡Sí señor, lo he entendido muy bien!

—Después de que se pusieran de acuerdo en el monto de dinero a pagar por el estaño, el mercader ordenó a sus hombres que trasladaran la carga al sitio que Ahiraman le indicó —prosiguió relatando el padre.

Bien entrada la tarde Ahiraman y Asdrúbal fueron juntos a una taberna cercana al puerto y mientras comían razonaban acerca del tipo de navíos que deberían utilizar. Asdrúbal explicó que la flota que normalmente comandaba, constaba de cinco naves que de acuerdo a las circunstancias hacían de escolta protectora o de transporte de carga, que casi siempre se utilizaban como mínimo dos de ellas para proteger a las demás, que las que habitualmente llevaban carga eran las naves propulsadas por remos y vela, y que aunque llevaban veinte remos y remeros por banda y eran largos y estrechos, contaban con un único mástil, una sola vela, no tenían caseta ni en proa ni en popa, por lo que podían llevar carga en la larga pasarela ubicada en el centro mismo del barco.

Las naves escoltas eran galeras de guerra, grandes, de unos treinta metros de eslora, propulsadas por velas y por dos filas de veinticinco remeros por banda, que iban sentados dentro del casco, lo que permitía tener una cubierta de combate sobre la bancada superior, la que en ocasiones era utilizada como sitio

de carga, especialmente cuando la ruta a seguir estaba exenta de peligro.

Ahraman, previendo que las mercancías y animales a llevar, exceptuando el estaño, eran más importantes en volumen que en peso, sugirió al capitán que hiciera valer la orden del rey para conseguir incorporar a la flota el nuevo barco mercante “redondo” construido recientemente por sus coterráneos; éste era un navío de manga ancha, espacioso, de una sola vela cuadrada mayor, que al no tener remos y remeros, y al utilizar sólo el viento para su desplazamiento era excepcional para el transporte de mercaderías.

Las dos rutas que podían seguir para llegar por mar a Siracusa no eran de navegación fácil, eran muy riesgosas, razón por la que debían elegir la que al parecer de ambos constituía la más confiable a sus instintos.

Uno de los itinerarios posibles era aquel que partiendo de Mozia llegaba a Marsala, de allí navegando con rumbo suroeste y cruzando el Mediterráneo en su punto más cercano a la isla, arribaba a Utica y/o Cartago en el norte africano, ciudades en una de las cuales deberían aprovisionarse de abundante agua para beber, de trigo y de otros cereales, y atravesando nuevamente el Mediterráneo y navegando en forma paralela a la costa alcanzaba a Portopalo, en el extremo más oriental de Sicilia, y desde ese punto geográfico, ya en aguas del mar Jónico, navegando hacia el noreste llegaba a Siracusa.

Aparte del peligro que representaba para los fenicios el solo hecho de ir a Siracusa, aunque sea sólo para comerciar, durante casi todo el trayecto la flota no debía acercarse en demasía a las costas para evitar de ese modo encontrarse con marinos griegos, quienes tenían por costumbre considerar un desafío el que naves de otras naciones surcaran sus aguas territoriales; asimismo tampoco podían navegar mar adentro porque era muy posible que fueran atacados por los temidos corsarios,

quienes habitualmente bajo la protección de algunos reyes de ciudades en guerra, perseguían y capturaban a las naves mercantes que se atrevían a navegar por esos rumbos.

La otra ruta marítima se presentaba aparentemente menos dificultosa, puesto que permitía la navegación por aguas amigas en una gran parte del trayecto, incluso quizás hasta varios cientos de millas más allá de la ciudad de Solunto, situada a orillas del mar Tirreno, donde también al igual que en Cartago podrían reabastecer las naves; las complicaciones de esta vía podrían presentarse probablemente más adelante, cuando tuvieran que atravesar el estrecho de Mesina y también cuando tuvieran que navegar el trecho entre Zancle y Siracusa en el mar Jónico, especialmente si se daba crédito a las terroríficas “historias” que en más de una ocasión se habían escuchado de boca de nautas que decían haber recorrido esa ruta.

A decir verdad esos relatos provocaban en toda tripulación un gran temor rayano al pánico.

Giacomo hizo un alto en su narración para servirse un pastichito de pescado, pues debía acallar al ya inquieto estómago, aunque la razón primordial era tomarse un tiempo para pensar cómo podía presentar su relato de modo a que sus hijos aprendiesen la magnitud de la importancia que tuvo Sicilia en el mundo antiguo. Al final del quinto pasticcino resolvió el dilema.

Ahraman, con el argumento de que las historias por más terribles que fueran no podían hacer daño, como sí lo podrían hacer los corsarios, convenció a Asdrúbal para que se decidiera por la segunda opción de ruta; pero como era un servidor de un hombre de negocios y no un marino, ignoraba esas “historias”, entonces para no quedar con la incertidumbre de lo arriesgado que podría resultar el viaje, pidió disimuladamente a su interlocutor que le contara una de ellas. Asdrúbal, dispuesto a aterrizarlo y a condicionar su actitud para supuestamente no atraer la aversión de los Dioses y seres que habitaban esas regiones, eligió la de Odiseo, el mítico personaje de la Odisea de Home-

ro, la más espantosa y horripilante, la que mejor describía todo lo misterioso e inimaginable que podía ser transitar por los mares que circundaban a Sicilia y a sus innumerables islas.

Odiseo, rey de Itaca, héroe y jefe del ejército griego, al finalizar la guerra de Troya inició con su flota el viaje de regreso a su isla; la travesía, que tendría que haber sido muy sencilla, porque sólo debía navegar por el Mar Egeo costeando la península de Anatolia hasta llegar a Halicarnaso y allí simplemente cruzar el golfo de Argos, por los muchos errores que cometió contra humanos, dioses y semidioses, fue castigado y su viaje se convirtió en una pesadilla que concluyó recién una decena de años después de haber abandonado Troya.

–Espero que algo así no nos suceda a nosotros –interrumpió Ahiraman.

–Si ninguno de nosotros ofende a los dioses y si las criaturas maléficas no nos atrapan, no habrá problemas –sentenció Asdrúbal y prosiguió con su relato.

En su periplo el rey primero llegó a Istmario Tracio, ciudad de los Cicones, a la que atacó y saqueó, perdiendo en esa temeraria acción a setenta y dos compañeros; posteriormente cuando se dirigía a Malea, en el Peloponeso, fue atrapado por una tormenta con vientos huracanados y olas mayores a los diez metros de altura que duró nueve días y que lo arrastró hacia el norte de África, al lado opuesto de su destino, al país de los Lotófagos, extraños seres que se alimentan de una planta de grandes flores olorosas y dulces bayas, que tienen el poder de hacer olvidar el camino de regreso al hogar a todos los que la ingieren, en esa tierra Odiseo tuvo que luchar para sacar a sus compañeros de ese lugar antes de que comieran la planta del olvido; de allí Odiseo siguió viaje por el mar grande occidental hasta el país de los Cíclopes, en la parte oriental de Sicilia; estas criaturas desproporcionadas, repulsivas, que tienen un solo ojo en el medio de la frente, habitan por separado con su familia en las cavernas de las montañas y son vástagos de dioses; se

jos de Urano y Gea dioses de los cielos y de la tierra, fueron desterrados por su hermano a un oscuro abismo, profundo como la distancia que separa la tierra del cielo, llamado Tártaro, el dios Zeus los liberó, y entonces ellos en agradecimiento le forjaron un rayo con los metales incandescentes que había en las entrañas del volcán Etna. Precisamente en esta región de Sicilia, el rey de Itaca fue capturado y encerrado con toda su tripulación en una inaccesible cueva por un cíclope gigante llamado Polifemo, quien era hijo de Poseidón dios del mar. Cuando este engendro empezó a devorar a varios de sus compañeros, Odiseo con mucho ingenio después de emborracharlo lo cegó clavándole una estaca en el ojo y escapó con el resto de sus tripulantes y prosiguió viaje hacia su reino, entonces Polifemo herido imploró venganza a su padre, y éste lleno de cólera persiguió con todo su poder al rey griego manteniéndolo permanentemente alejado de su país; en su deambular por el mar Odiseo llegó a las islas Eolie, en el mar Tirreno, donde vive Eolo el guardián de los vientos, quien muy hospitalario lo recibió y le entregó una bolsa de cuero en la que estaban encerrados los vientos, excepto uno, el del oeste que era el que soplando durante nueve días lo podría llevar de regreso a su reino. Cuando ya habían dejado Eolia, sus compañeros creyendo que en la bolsa había oro y perlas, abrieron la misma y los vientos que escaparon los devolvió a la isla, donde el guardián de los vientos indignado por lo que habían hecho los obligó a abandonarla. De vuelta en el mar grande y siempre hostigado por Poseidón, el rey llegó a Telépilo, la ciudad de Lamo, rey de los lestrigones, caníbales gigantes que cuando apenas las naves tocaron tierra destruyeron once de las doce de la flota, Odiseo con la embarcación restante prosiguió viaje tratando de llegar a destino, pero en cambio arribó a otra isla llamada Oea, donde habita una maga llamada Circe, hija de Helios, dios del Sol que da luz a dioses y mortales.

Ahíraman –comentó Giacomo– estaba perplejo porque la narración de Asdrúbal no se desarrollaba en territorios lejanos sino en la propia Sicilia y en la misma ruta que habían elegido para ir a Siracusa; para peor Asdrúbal le dio a entender que las monstruosas criaturas todavía habitaban en esos lugares.

La hechicera recelosa en un principio, convirtió en cerdos a parte de la tripulación, pero Odiseo con la ayuda de Hermes, el mensajero de los dioses, les devolvió su forma humana y más tarde después de conquistar la confianza de Circe, disfrutó con ella muchos meses de placeres y hasta tuvieron juntos un hijo llamado Telégono. Como el tiempo pasaba y el rey no daba muestras de querer emprender de nuevo la marcha hacia el hogar, sus compañeros lo apremiaron de tal forma que el rey tuvo que hablar con Circe sobre el viaje de regreso; la hechicera aunque no le agradó la idea de la partida, fue magnánima y le aconsejó a su amado que primero fuera hasta la parte más lejana del mar, hacia la entrada del mundo de las tinieblas, y una vez allí consultase con la sombra del adivino Tiresias respecto a su regreso. El adivino le advirtió que su viaje a su reino se vería obstaculizado por la férrea mala predisposición de Poseidón, pero le dijo que podría lograr su objetivo siempre y cuando al llegar a Trinacria, Sicilia, su tripulación no tocara el ganado del dios Helios, porque si lo hicieran él llegaría a su casa solo y sin sus marineros. Odiseo volvió junto a Circe y ayudado por los consejos de la hechicera emprendió el regreso a casa, durante la travesía pasó frente a la isla de las Sirenas amarrado al palo mayor de su embarcación para no ser atraído por sus melodiosos cantos y llegó a Trinacria, donde sus compañeros de desventura le exigieron desembarcar; estando en la isla los vientos se volvieron desfavorables y como cambiaron de dirección debieron permanecer en ella por un largo mes, cuando el hambre los acosó la tripulación sacrificó a las mejores reses del dios Helios, desoyendo la advertencia de la sombra del adivino.

mar, entonces Zeus, el dios del cielo y protector de los dioses, desató sobre ellos una terrible tempestad, con viento, agua, truenos, relámpagos nunca jamás vistos, y con un fulminante rayo partió la nave en dos en castigo por la ofensa hecha al dios Helios; todos los tripulantes murieron y Odiseo aferrado nuevamente al palo mayor de la embarcación fue arrastrado por las olas hasta el estrecho de Mesina, donde anteriormente ya había tenido la desgracia de vérselas con las aterradoras Escila y Caribdis.

Asdrúbal se regocijaba por adelantado por el temor que despertaría en Ahiraman la parte de la historia que ahora le contaría y a la que le daría especial énfasis –explicó Giacomo a su estupefacto auditorio.

Escila, hija del dios marino Forcis y de Hécate Crateis, diosa de los espíritus y de la noche, en un tiempo lejano había sido una bella ninfa del Mediterráneo que tuvo relaciones amorosas con Zeus, con Poseidón y con Tritón, hijo de éste; esta relación despertó los celos de la maga Circe y de la nereida Anfitrite, esposa del dios Poseidón y madre de Tritón, quienes por este motivo convirtieron a Escila en un monstruo marino de doce patas deformes y de seis largos cuellos, cada uno con una horrorosa y repugnante cabeza con una boca que tenía tres hileras de dientes superpuestos y que emitía sonidos roncosemejantes a los ladridos de un perro. Escila, confinada en una oscura caverna de la costa calabresa del estrecho de Mesina, vive cazando a cuantos tiburones, delfines y tripulaciones de naves osan acercarse a ella.

Caribdis, hija de Apolo, dios del olimpo, es otra ninfa, otro espíritu de la naturaleza y vive frente a Escila, en un peñasco de la costa de Sicilia, en la parte más angosta del canal, a una distancia igual a la alcanzada por una flecha de arco; en esa roca hay una higuera silvestre y debajo de ella el mar se transforma en un espantoso remolino que traga toda el agua tres

veces al día y lo devuelve otras tantas veces, pero con tal tremenda fuerza que ni el dios del mar puede frenarla.

Odiseo, maltrecho como estaba, se dispuso a luchar tenazmente contra cualquiera de ellas porque era consciente de que por la estrechez del sitio no podía evitar a ambas, al zafar de una necesariamente tendría que caer en manos de la otra, pero la suerte hizo que al cabo de nueve días tormentosos arribara a la isla de Ogigia, morada de la ninfa Calipso que se enamoró de él y lo tuvo prisionero por siete años; a pesar de las promesas de inmortalidad y eterna juventud que le ofrecía Calipso, la nostalgia que sentía por su hogar era tan fuerte que el rey se pasó días enteros contemplando el infinito mar e ignorando a la ninfa. Atenea, su diosa protectora se compadeció de él y en una asamblea de dioses, en la que Poseidón estaba ausente, presionó a Zeus, padre de los dioses, para que a través del dios Hermes ordene a Calipso que le devuelva la libertad. Una vez libre Odiseo construyó una balsa y con ella se lanzó al mar y al cabo de dieciocho días de navegación cuando estaba en las cercanías de la isla de Corcira, el dios del mar lo reconoció y destruyó su balsa, pero Ino Leucotea, divinidad que socorre a los hombres en peligro en el mar, arrojó sobre Odiseo su velo protector y así el rey pudo llegar hasta la playa, donde fue encontrado y recogido por la bella Nausicaa, hija del soberano de esa tierra, quien luego de atenderlo y llenarlo de obsequios ordenó a sus hombres que en uno de sus navíos lo conduzcan a Itaca, adonde arribó por fin sin desventuras.

La patética historia de Asdrúbal dejó por varios días a Ahiraman patitieso, casi petrificado y pensativo, pero como no tenía otra alternativa más que cumplir sí o sí con su mandado, oró a los dioses para que no le pusieran en su camino a tantos abominables espíritus, pidió anticipadamente perdón para no despertar la animadversión de algún dios hacia sí por futuros malos actos que sin intención pudiese cometer y rogó a Tritón, quien vivía en un castillo de oro en las abismales profundida-

concha marina durante todo el viaje y mantener así calmas a las olas.

Exceptuando la navegación a lo largo de los treinta y dos kilómetros del estrecho de Mesina, en donde las tremendas corrientes que se desplazan hacia uno y otro lado de los mares Tirreno y Jónico, debido al ascenso y descenso de las aguas como consecuencia de la atracción del sol y de la luna, y que producen grandes, profundos e impetuosos remolinos capaces de hacer naufragar al más pintado de los buques, todo transcurrió sin sobresalto, como si fuesen oídas y escuchadas las peticiones de Ahiraman.

No obstante las dificultades propias que surgían por el solo hecho de estar comerciando en territorio hostil, las operaciones de compra-venta y trueque se estaban realizando con toda normalidad hasta que llegó el momento de negociar las piedras preciosas y el oro. El artesano joyero asesor de Ahiraman puso en duda la pesa quilate que utilizaba el mercader de Siracusa para pesar los diamantes.

—Perdón Señor, la pesa de un quilate debe pesar ni más ni menos que doscientos miligramos y la que está empleando su esclavo despierta mis dudas al respecto; lo digo con todo respeto hacia usted, mi deseo sólo es señalar que la pesa pareciera ser que está desgastada por tanto manejo.

—No le responderé a usted, pero sí a su Señor —señaló con una rudeza diplomática el mercader de Siracusa—. Mi amigo —continuó diciendo refiriéndose a Ahiraman—, usted tanto como yo sabe que los griegos no ignoramos lo que es un quilate, es más, sabe que fuimos nosotros los que por primera vez denominamos a esa unidad keratión.

—No cabe en mí la menor duda de ello —interrumpió Ahiraman, para agregar—, nosotros los fenicios igualmente conocemos mucho de esto; en nuestras colonias árabes también usamos el quilate, sólo que allá lo llamamos qîrât.

Asdrúbal, quién de tanto andar era hábil en estas lides y además dueño de una muy sutil intuición, enseguida percibió que el ambiente se estaba caldeando y que por más que contasen con un salvoconducto que les permitía pisar Siracusa, era consciente de que cualquier palabra mal dicha o mal interpretada podría dar lugar a un final desastroso para ellos, se dispuso a terciar entre ambos.

—Todos los que vivimos en Trinacria conocemos el algarrobo y sabemos de que sus semillas son de tamaño y peso extraordinariamente uniformes, tomemos pues varias de ellas y calibremos las pesas de un quilate para pesar los diamantes y para ponderar la cantidad de oro puro que habrá de contener la aleación con la que se fabricarán las joyas que habremos de comprar.

El mercader de Siracusa no pudiendo objetar lo propuesto por Asdrúbal, y a sabiendas de que de igual manera obtendría buenas ganancias, aceptó sin mucho refunfuño.

—Esta es la historia del por qué del orgullo del algarrobo — aclaró Giacomo a su hija, y finalizó diciendo—, además de darle el apellido a tu madre, claro que con alguna variante.

Luego de un tiempo más de contemplación guiada, descendieron hasta las bahías, caminaron a todo lo largo de ellas hasta encontrar un sitio adecuado donde acampar. El resto del día transcurrió entre juegos, baños en el mar y deliciosos emparedados.

Al regreso Vittorio giró la cabeza para dar una ojeada de “hasta la próxima” y quedó sorprendido por la vista que ofrecía el mar, éste se había transformado de pronto en un cuadro gris plata-azulado, perturbado sólo por el “grito” de alguna que otra gaviota en busca de su nido.

Para Giacomo el día lunes llegó temprano, tanto como antes de las 2 a. m., hora en la que ya se encontraba andando camino hacia el puerto de pescadores, puesto que debía iniciar sus tareas mucho antes del alba, cuando aún no se veían los olivos, los alcornoques, los pinos y los castaños.

Tarea dura la de preparar los aparejos de pesca, los fríos cordeles, las cestas, las gruesas cuerdas y tantas otras cosas necesarias, y faena más dura aún la de hacerse a la mar, echar las redes, recogerlas, tomar el fruto marino, reacondicionar los aparejos y devolverlos al agua tantas veces como sea necesario, sin importar el cansancio, ni las heridas que arden por el agua salada, la misma que las ayuda a cicatrizar, ni el implacable sol que curte y cuarteja la piel de los marineros y que sin empacho más benévolo broncea y embellece el cuerpo de otros, con tal de capturar la mayor cantidad y la mejor calidad de peces, que a la postre es el único objetivo valedero para los pescadores que deseen llevar el sustento al hogar.

Luego de varias jornadas de trabajo el tiempo se presentó desfavorable, el techo de nubes sólo alcanzaba unos cientos de metros, el viento de dirección noroeste soplaba con fuerza, y todo hacía presumir la proximidad de un temporal no muy violento pero suficientemente prolongado.

—Concetta, no madrugues, aprovecha y descansa un poco más porque mañana no saldremos al mar y creo que no lo haremos por algunos días.

—Duerme tú un tanto más, que lo necesitas más que yo. Mis tareas cotidianas son las mismas y si bien no tienen pausa

por mal tiempo, las puedo llevar a cabo sin problemas. Aunque a veces no lo parezca las mujeres de esta tierra, bendecida por Dios con la belleza, rebosante de mitos y de leyendas que todos admiran, pero ignorada, descuidada y hasta menospreciada por muchos hombres soberbios mal llamados gobernantes, al nacer heredamos la rudeza del vivir, con ella convivimos toda la vida y probablemente con ella moriremos.

El certero raciocinio de su mujer sorprendió a Giacomo, quien sólo atinó a decir:

–Indiscutiblemente tienes razón, la arrogancia y el desinterés empobrecen y peor aún laceran a nuestra gente.

La semana transcurrió como era previsible con mal tiempo, situación que aprovechó Giacomo para atender los varios pedidos de arreglos de conexiones domiciliarias que los pobladores de las proximidades le habían hecho. Giacomo en realidad era capomastro de profesión, pero la situación lo obligaba a trabajar en el oficio que se presentara.

–Papá, sabes que estoy precisando de tu ayuda para construir una pequeña barca.

–No, no lo sé, ni tampoco me lo imaginé. Dime Vittorio, ¿para qué quieres tú una barca?

–Para pescar y así tener algún dinero.

–¿Y abandonar la scuola? ¡Ni lo pienses! Con la pesca así como la hacemos todos, tan sólo sobrevivirás, no llegarás a ningún lado. Créeme muchacho que con ella no progresarás y nunca podrás abandonarla porque no tendrás el dinero suficiente para hacerlo.

–No dejaré la scuola, sólo me dedicaré a la pesca en mis días libres.

–La pesca requiere más que los días libres, cuando partes no sabes cuándo regresarás porque tanto el mar como los peces son imprevisibles.

–Entonces lo haré en tiempo de vacaciones.

–Eso quizás sea posible.

–Además aprenderé un oficio, papá.

–Eso también quizás sea cierto, pero no creas que el trabajo de la pesca es cosa fácil.

–Estoy seguro que puedo hacerlo.

–No asegures nada, ten presente aquello de “dal dire al fare c’è di mezzo il mare”.^(*)

Giacomo pronto se dio cuenta de que ninguna explicación por en tanto haría cambiar de opinión a su hijo, pero como también existía la posibilidad de que realmente aprendiera un oficio, algo que nunca está por demás, especialmente cuando se es joven, aceptó a regañadientes.

–Está bien muchacho, de acuerdo, pero primero deberás aprender lo que te puedan enseñar los que conocen esta actividad, y luego con el ejercicio habitual de ella adquirirás la habilidad necesaria.

–¿Será que tú puedes pedir al capitán del pesquero su consentimiento para que pueda acompañarlo en el próximo viaje?

–No sé si en el próximo, pero hablaré con él.

En un lapso de tiempo más corto de lo esperado por Vittorio, su padre le adelantó que estuviese preparado y con las ideas claras en la cabeza, porque en cualquier momento volverían a conversar sobre el proyecto que tenía en mente. Así en la primera ocasión en la que pudieron compartir el almuerzo juntos iniciaron el diálogo.

–Antes que nada ponte dispuesto a escuchar y a tomar nota de todo. Te contaré lo que sé sobre barcas y luego dos veces a la semana, con tus anotaciones, irás al taller de Doménico a trabajar para aprender con las manos, y si aún estás dispuesto seguiremos adelante –hecha la aclaración, Giacomo continuó la charla exponiendo generalidades–. Hijo, cualquiera sea la clase de

(*) “Del dicho al hecho está el mar de por medio”.

embarcación hay aspectos que deben siempre ser tenidos en cuenta; uno de ellos es la fortaleza, toda barca tiene que ser suficientemente fuerte como para soportar las fuerzas de flexión y torsión que se producen durante la navegación, y el otro muy importante por cierto, es el centro de gravedad de todos los pesos, el mismo siempre debe estar situado lo más bajo posible, porque de no ser así la barca no resistirá ni el más leve vaivén y se hundirá. También hay principios que por más obvios que resulten jamás deben ser ignorados, como por ejemplo los que establecen que nunca una embarcación debe hundirse en el agua más arriba de su línea de flotación, que la barca debe tener una excelente estabilidad y que la misma nunca jamás debe presentar algún tipo de filtración. El trabajo de construcción en sí se realiza en una grada, que no es otra cosa que una superficie inclinada que permite trabajar en lo que será su estructura; en ella se colocan en forma perpendicular los maderos sobre los que se apoyarán, la pieza de madera en la que se asentará la armazón, la pieza curva que formará la proa y la pieza que servirá de base y sostén a toda la armadura de la sección. Los secretos de cómo trabajar los ángulos de las piezas de la estructura y de las diferentes curvaturas, así de cómo dimensionar de manera precisa el largo y el ancho del casco en función de su peso y del de la carga posible a transportar, los conoce a profundidad solamente el maestro constructor; te aseguro que estas cosas causan indefectiblemente un apreciable dolor de cabeza a todo el que construye una barca.

Lo que te estoy enseñando, es fruto de mi conocimiento especulativo más que empírico, de modo que la noción exacta de cómo hacerlo tendrás que aprenderla con el maestro Doménico, y muy bien, porque es esencial para todo aquel que desee trabajar en el mar entender de estas cuestiones, ya que si las desconoce más tarde deberá aprenderlas golpe a golpe y dando tropezones que bien pueden costarle la vida

Tú y yo solos, difícilmente podamos construir algo mayor que un sencillo bote, porque no tenemos ni el terreno donde hacerlo, ni las herramientas, ni la experiencia necesaria, pero lo que sí podemos hacer es definir el tipo de barca para el fin que tienes en mente.

Durante las siguientes semanas, paso a paso, con mucha claridad y paciencia Giacomo fue enseñando a su hijo lo que es la quilla, la cuaderna, el codeste, la roda, el pantoque, la varenaga, el arrufo y otras cosas más, y le fue aclarando las dudas que Vittorio traía del “astillero” de Doménico.

El tiempo pasó rápidamente y la vida en la isla y en especial en la provincia en vez de mejorar empeoraba, cada vez vivir razonablemente bien requería de un esfuerzo mayor, dentro de un marco que precisamente no se destacaba por la abundancia de trabajo, ni por las buenas compensaciones monetarias, las que más bien se caracterizaban por ser “magras”, ni por la existencia de mercados para los productos, ni por las prestaciones sociales, las cuales si existían eran escasas y deficientes; bajo estas condiciones era comprensible que las intenciones de Vittorio de contar con una barca a motor se fueran diluyendo hasta quedar reducidas a un bote pesquero de costa, uno de tantos con aparejo latino y remos, eso sí, hermosamente pintado en colores blanco, azul capri y naranja.

Las razones de esa situación habría que buscarlas en los cientos de años pasados, en los que los hechos perniciosos que fueron mayoría, no pueden ser enumerados ni con todas las cuentas de todos los rosarios de los creyentes del poblado de pescadores en el que trabajaba Giacomo. Los emperadores, reyes, virreyes, duques, lugartenientes, co-regentes y demás “extranjeros” desparramaron muchos sufrimientos sobre Sicilia y sobre el centro-sur del territorio continental. Por más de medio siglo detentaron el poder los nobles de la familia Hohenstaufen, Federico II y su hijo Manfredo; por más de una década la

dinastía Angevina, que con la ayuda papal entronaron a Carlos I Conde de Anjou; por varios siglos el reino aragonés con su rey Pedro III, pariente de los Hohenstaufen, que accedió al trono de Sicilia derrotando a Carlos I poco después de las Vísperas Sicilianas^(*), con la esposa de éste, Constanza Staufen gobernadora de la isla, con su hijo Jaime II, con su hijo Federico II, con Pedro hijo de este último, con Martín padre e hijo, con Alfonso V y con Fernando II el católico; por algunos más que suficientes años, la Casa de Saboya con el duque Amadeo II, y por más de un siglo la Casa de Borbón con Felipe V, con Carlos VII, con Fernando I de Borbón, con Francisco I, con Fernando II y con Francisco II.

Cual recordatorio de santas oraciones, las cuentas de esos rosarios traen a la memoria hechos ignominiosos ocurridos durante esos años, donde más de un soberano de las diferentes familias nobiliarias ligadas a los tronos españoles, franceses, italianos, alemanes y al papado, “obsequiaron” al pueblo odiosas “perlas negras”.

Carlos I, hijo y hermano de los reyes de Francia Luis VIII y Luis IX, regaló varias durante su reinado, una fue negociar su ayuda al Papa a cambio de Sicilia y Nápoles, permitiendo que sus tropas eliminaran bárbaramente a la nobleza romano germánica y al Rey Manfredo, y otra fue dejar que sus militares cometieran tropelías contra los sicilianos con el fin de aplacar las revueltas producidas por sus políticas sociales opresivas.

Jaime II, hijo de Pedro III, rey de Aragón, sumó la suya a las anteriores al someter al pueblo siciliano a vicisitudes innecesarias y soberanos castigos, por protestar contra su política

(*) En la Pascua del año 1282 cuando los palermitanos concurrían al patio próximo a la iglesia del Santo Spirito para celebrar la fiesta, los soldados franceses con el pretexto de hacer cumplir la orden que prohibía a los sicilianos portar armas, cachearon a los hombres e hicieron lo mismo con las mujeres. Esto fue considerado un insulto y sobrevino tal reacción por parte de la población que pocos soldados se salvaron del exterminio.

de ceder Sicilia a la Santa Sede, presidida por el Papa Bonifacio VIII, para que ésta la traspasara a la Casa de Anjou a cambio de las Islas de Cerdeña, de Córcega y del levantamiento de la excomunión que pesaba sobre él.

Fernando II, el católico, rey de Aragón y rey de Sicilia y su esposa Isabel I de Castilla, reconocidos en América por el apoyo que le dieron a Cristóbal Colón, regalaron una muy brillantísima perla, la introducción de la inquisición española en Sicilia; en donde El Santo Oficio no sólo investigó y castigó los “delitos” de herejía, de brujería, de bigamia, etc., sino que fue más lejos y utilizó estos poderes absolutos e indiscutibles para sostener a la monarquía católica, castigando al pueblo que se oponía con la confiscación de sus bienes, con la pudrición en cárceles y con la incineración en vida en hogueras públicas.

La perla que Amadeo II, duque de Saboya y rey de Sicilia después de los Tratados de Utrecht, puso en la cesta de obsequios, fue la irrespetuosa entrega de Sicilia a Austria a cambio de Cerdeña.

Carlos III, rey de las dos Sicilias, con el título de Carlos VII, y luego rey de España, también obsequió la suya, un gobierno absolutista y despótico, que en su intento por cambiar el modo feudal de ejercer el poder por un estado con poder absoluto, pisoteó las veces que quiso la Constitución y violó las leyes sin ninguna consideración hacia los demás, provocando descontentos que se tradujeron en dolorosa prisión para sus oponentes.

Fernando I de Borbón, rey de las dos Sicilias, cuando obligó a Nápoles a participar de la alianza de Estados contra la Francia Revolucionaria, regaló tres bonitas perlas al sur de Italia; la primera fue la ejecución de los napolitanos que apoyaron a Francia, la segunda fue acabar con la tentativa de independencia siciliana aboliendo la Constitución y disolviendo el Parlamento y la tercera fue su hijo Francisco I “de las dos Sicilias”, quien apenas asumió el reinado, impuso un régimen polí-

tico sometido a su autoridad, haciendo a un lado su promesa de gobernar democráticamente.

Al igual que Fernando “el católico”, Fernando II “de las dos Sicilias” cuenta en su haber una destacadísima perla obsequiada durante su reinado; en enero del 1848 cuando el pueblo siciliano se insurreccionó para obtener su libertad, ofreció y concedió reformas a la Constitución, pero cuando pudo hacer fracasar el levantamiento, anuló las reformas, ordenó bombardear las ciudades rebeldes de Sicilia masacrando a muchísima gente y desterrando a los sobrevivientes considerados colaboracionistas.

A Francisco II, último miembro de la Casa de los Borbones, hijo de Fernando II, también rey “de las dos Sicilias”, ya no le alcanzó el tiempo para donar su gran perla autocrática en crecimiento, porque el aditamento de más capas perlíferas fue impedido por Giuseppe Garibaldi, quien después de desembarcar en Sicilia el once de mayo de mil ochocientos sesenta, con la ayuda de los “jóvenes sicilianos” y del pueblo todo en pocos meses lo obligó a abdicar.

La esperanza de mejor vida durante los sucesivos gobiernos del nuevo Reino de Italia, al cual se había incorporado Sicilia, tampoco se presentaba halagüeña porque el trono como en otras oportunidades sólo había cambiado de Casa; ahora les tocaba de nuevo a los “Señores de la Casa de Saboya” hacer y deshacer lo que los “Señores de la Casa de los Borbones” habían hecho y deshecho. La isla requería mucho más que la unificación territorial y la buena voluntad política para salir del atraso y la miseria.

Al atardecer cuando el sol rozaba los techos, Giacomo y sus compañeros Carlo, Federico, Enrico y Francesco se encontraban reunidos en la casa de Gaetano conversando con Beniamino, el dueño del barco en el que trabajaban.

—Amigos, después de este buen tinto creo que espiritualmente estoy en condiciones de soportar lo que voy a decir—dijo

Beniamino muy pausadamente—. Con las condiciones actuales creo..., no, más bien estoy seguro de que no puedo continuar con el pesquero.

—Certo, il buon vino fa buon sangue. ¿Pero, de qué hablas? —preguntó Enrico.

—De que me es imposible competir con los grandes, ellos aparte de conseguir permisos fáciles para pescar en nuestras aguas, acaban con nuestra fauna marina, y pescando grandes cantidades obtienen buenos beneficios.

—Beniamino, hay peces para todos —intervino Gaetano.

—¡Zitto Gaetano! Tú, atiende tu cantina que de pesca no sabes nada —intervino Francesco.

—¡Cómo que nada!, ¡cómo que nada!, si hace un siglo que los estoy escuchando —replicó Gaetano.

—¡Calla, Gaetano! Por favor, cierra la boca y deja hablar al capitán.

—En pocas palabras, lo que no hubiera querido decirles es lo que ahora les diré, no puedo seguir con ustedes en el negocio de la pesca —lo dijo tan rápido que las palabras casi se le atascaron entre los dientes.

Todos se dieron cuenta que no era momento para pedir a Beniamino que repitiera lo dicho para entenderlo mejor o para creer por un instante que lo oído no era exactamente así como lo habían escuchado; era más bien el momento de proponer ideas para buscar una salida y no la ocasión para el autoengaño, por lo menos de esa manera.

—Capitán, si nos adentramos más en el mar seguro que podríamos encontrar buenos cardúmenes —dijo Enrico, más como una pregunta que como una propuesta.

—Lo que dices no es nada seguro —respondió Federico.

—¿Cómo lo sabes? —replicó Enrico.

—Dime Beniamino. ¿El principal inconveniente que tienes, es decir que tenemos, son los altos costos por la escasa pesca?

Si es así, ¿qué les parece si recibimos una menor paga hasta que la cosa mejore? –preguntó Giacomo.

–Hasta es posible que podamos seguir percibiendo, por un tiempo, menor paga, aunque la situación cambie para bien; con ese dinero podrías pagar algunas cuotas de una embarcación más grande.

–Amigos, les agradezco el gesto de la paga, porque yo mismo tenía vergüenza de proponérselos, esa es la única forma como podremos continuar navegando juntos hasta que cada uno de ustedes consiga nuevo trabajo. La idea de comprar un barco mejor es una ilusión. ¿Quién da dinero para los pescadores como nosotros? Hasta ahora, que yo sepa nadie se ocupó de los pescadores, ni de los agricultores, ni de los campesinos. El dinero está disponible para otra gente, para los comerciantes y los industriales que viven más arriba y para los terratenientes de todos lados.

–Lo que ocurre no es que el gobierno no desee ayudar, es que no tiene dinero para hacerlo.

–¡No fastidies Gaetano! Tú dices eso porque Giorgio te embauca para que estés de su lado. ¿Cuándo les importó Sicilia al Rey y al Conde de Cavour? ¡Nunca! ¿Has entendido? ¡Nunca! –señaló Carlo, cada vez más ofuscado.

–“Cavour” nació en el Piamonte, pero siempre estuvo por la unificación de Italia y por la expulsión de los austriacos.

–¿Pero, qué cosa dices?, ¿de qué unificación de Italia hablas?, ¿de Italia bajo el dominio del monarca sardo?, ¿de la Italia sin Niza, sin Saboya y sin Venecia?

–Lo de Niza y Saboya fue un arreglo político, no había otro camino, y lo de Venecia fue una componenda entre Napoleón y los austriacos a espaldas de “Cavour” –sostuvo a su vez Francesco.

–Gaetano, métete esto en la cabeza, todos los reyes son iguales, todos están emparentados y forman parte de una enor-

me maraña familiar que se extiende por todas partes, y sus ministros jamás podrán desenredarse de ella.

–Si no fuese un nacionalista no hubiera apoyado con tropas a Garibaldi.

–¡Garibaldi! ¡Garibaldi! ¡Gran patriota! Hasta ahora me pregunto cómo nunca se dio cuenta de que no había que dejar Italia bajo un reinado.

–Es verdad, los reyes no son de fiar. Víctor Manuel prácticamente recibió el reino de manos de Garibaldi y cuando Giuseppe fue a liberar Roma, él mismo por miedo a los franceses lo hizo apresar cuando desembarcó en Calabria con sus voluntarios. ¡Porca miseria!

A esa altura todos los demás paisanos que estaban en el lugar ya eran partícipes de la discusión, las opiniones estaban polarizadas y cada vez se alejaban más del tema inicial. Sólo Beniamino guardaba silencio.

–Giuseppe no podía entender de política, no se formó en las aulas como muchos políticos, él fue su propio maestro, andando por la vida y como buen marinero que fue se guiaba por su instinto y por su experiencia, siempre fue un hombre de lucha.

–Cierto, fue un hombre de combate, pero estuvo al lado de Mazzini, un maestro de las rebeliones republicanas y de la política, que conoció a muchos políticos de salón en la universidad y entendía muy bien las promesas que hacían y los intereses a quienes respondían, debió aprender política con él.

–Justamente porque algo aprendió, antes que político fue un guerrero independentista, buscó que Italia sea independiente con quien fuese. ¿Acaso olvidan que Garibaldi con sus hombres también combatió para defender la República proclamada por Mazzini? Siempre fue un republicano, que aquí y en el otro continente luchó contra monarcas y defensores de reyes.

El paisano traía a colación la participación del líder de los camisas rojas en los conflictos brasileño y uruguayo durante su estadía en Sudamérica, adonde había ido para evitar la pena de muerte que le impusieran. Era verdad, Garibaldi había luchado durante la insurrección brasileña a favor del estado de Río Grande del Sur contra el Imperio del Brasil, que en ese entonces era gobernado por un auténtico representante de las monarquías europeas en el nuevo continente, el Emperador Pedro II del Brasil, casado con Teresa Cristina hija del rey Francisco I “de las dos sicilias” e hijo del rey de Portugal y de Leopoldina de Austria, a su vez hija del emperador germánico Francisco I; también era verdad que combatió contra las tropas del autoproclamado tirano y figura relevante de la aristocracia conservadora argentina Juan Manuel de Rosas durante la guerra civil uruguaya.

–Todo está bien, pero todo está mal –sentenció otro paisano –. No me gusta nada, porque no se puede olvidar lo que ocurre en Sicilia o más bien en el ex Reino de las dos Sicilias; desde que se incorporó al reino italiano a mí como siciliano ya no me representa –evidentemente el paisano deseaba una Sicilia republicana y autónoma.

–Es verdad –dijo Enrico y continuó diciendo–, bajo la bandera de la unificación, los acólitos del reino están sobrepasándose con los que no piensan igual, ni quieren lo mismo que ellos. En todo el sur hay varios miles de encarcelados en diferentes lugares por negarse a pelear a favor de los piemonteses, se está ejecutando a muchísimos paisanos sin siquiera una parodia de sumario previo, se volvió un método rutinario el empleo del terror preventivo a través de la prisión, la tortura, los asesinatos y las incautaciones de tierras de personas y familias enteras que están bajo sospecha de ayudar a los activistas y que nada tienen que ver con ellos.

–En Marsala, en Castellammare del Golfo, en Pantelleria, en Catania y en otras tantas ciudades las tropas del rey desataron verdaderas cacerías y asesinatos masivos de hombres y mujeres, tratando de frenar y hacer desaparecer la resistencia de los sicilianos. Es algo inhumano, absurdo y sin sentido lo que están haciendo –sostuvo el paisano republicano.

–No terminen de sorprenderse hijos, que aún hay más; como sacerdote he visitado varias cárceles y me he encontrado con padres de otras congregaciones tan presos y humillados como sus compañeros de prisión, en condiciones paupérrimas, todos juntos hacinados, muchas veces sin ventilación y haciendo sus necesidades allí mismo. La inmundicia que he visto no tiene nombre.

La discusión siguió por varias horas más, algunas veces en forma calmada y en otras a “voces desgañitadas”. Al final en lo que coincidieron fue en el patriotismo de Garibaldi, en su heroicidad en los combates, en el agradecimiento por liberar Sicilia, en la “piamontización” excesiva del gobierno, en la desidia para todo lo que fuese el sur, en el abandono en que se encontraba Sicilia, en la equivocación del reino en su política de querer transformar la vida siciliana para igualarla a la nacional y en la brutalidad casi sin límites aplicada a los republicanos, a los que añoraban a los borbones y a los sospechosos de permanecer en sus filas en nombre de la liberación nacional.

Durante el regreso a casa, Beniamino puso su brazo izquierdo sobre el hombro de Giacomo y su brazo derecho sobre el hombro de Francesco y les volvió a decir que a ninguno de los compañeros los dejaría de la noche a la mañana sin trabajo. Animado por esto Francesco apretó la mano del capitán en señal de agradecimiento y le preguntó si era posible equipar al viejo barco con otros aparejos de pesca, para poder competir con las embarcaciones venidas de otros lugares.

–Francesco, tú conoces bien que esas naves hacen pesca de arrastre, de semifondo y de superficie y que el equipo que poseen es muy costoso.

–Beniamino, ¿y si probamos sólo con los aparejos indispensables? ¿Qué te parece si nos sentamos en casa junto a unas buenas rebanadas de salame, queso, pan casero y hablamos sobre el asunto?

–No puedo negarme a escucharlos, díganme cuándo y allí estaré con ustedes.

3

–Buen día a todos –entró diciendo Beniamino.

Sus compañeros respondieron vivaces al saludo, algunos levantando la mano y otros el vaso de tinto.

–Francesco, te pido disculpas por traer sin aviso a tu casa a Costantino, “é un amico vero” y doy fe por él. Decidí invitarlo porque es un experimentado marinero de barcos que pescan dentro y fuera del Mediterráneo y buen conocedor del tema.

–No sé más de lo que saben otros como yo, pero creo que puedo ayudar.

–Desde luego que puedes hacerlo. Eres bienvenido.

Giacomo tomó la iniciativa y presentó a cada uno de sus compañeros; momentos después todos se encontraban departiendo amigablemente como si fuesen conocidos de mucho tiempo atrás. Luego de la charla ocasional entraron de lleno al tema que los tenía allí reunidos.

–Según me adelantó Beniamino, la idea de ustedes es ver qué posibilidades ciertas hay de introducir mejoras a la embarcación, y cambios en los métodos de pesca que están utilizando de manera a aumentar y diversificar la captura para obtener ganancias que eviten la pérdida de sus empleos.

–Es cierto, queremos mejorar nuestra situación aunque debamos emigrar a otras costas para pescar si las perspectivas son promisorias.

–Qué les parece entonces si en un principio intercambiamos ideas y conocimientos para después comparar, analizar y sacar conclusiones de lo que se puede hacer; yo les diré cómo y con qué se trabaja en la “pesca grande” en las costas españolas, ma-

arroquies y en las aguas oceánicas, y ustedes me dirán cómo trabajan aquí en la pesca artesanal –Costantino levantó la vista hacia el grupo y como observó que asentían con la cabeza prosiguió con su charla–. La gran pesca se hace en los buenos caladeros, que por lo general se encuentran ubicados sobre la plataforma y parte del talud continental, y tienen aproximadamente una extensión de unos cien o doscientos kilómetros de ancho; las flotas conocen de antemano los sitios de estos caladeros y si no lo saben envían periódicamente embarcaciones para identificar a los mismos y a los tipos de peces que hay en esos lugares en las diferentes épocas del año. En lo que respecta al método de captura, utilizan el que más se adecue a las clases de peces que les interesan, que por lo general son los de mayor valor. Ahora bien, antes de adentrarnos mucho en este tema me interesa saber cuáles son los peces que ustedes venden a buen precio.

–¡Que lo parió! –respondió Eurico, sorprendido por la pregunta inesperada y casi gruñendo.

–Entonces amigo, es mejor que bebamos el vino y no hablemos más del asunto.

–¡Eh! Despacio, despacio, Enrico, que la cosa no es tan así. En realidad, en el mercado local la venta es buena pero el precio es “liviano”.

–¿Y yo qué cosa dije? –preguntó Enrico haciendo gestos con las manos.

–Compadre, no es lo mismo vender a bajo precio que no vender nada. ¿Entiendes? ¿Ves la diferencia?.

–Sí, ciertamente si no se vende, se pudren los pescados y regresamos a casa con los bolsillos remendados al pedo y maldiciendo a cuanta madre se nos cruce en el camino.

–Por el bien tuyo más vale que no sea la mía –replicó Federico.

–Creo, anticipándome un tanto, que si las condiciones del mercado son las que dicen, deberían ir ya nomás pensando en otros mercados alternativos.

–Pero, ¿dónde? En esta parte de Sicilia todos somos pescadores, sobrevivimos de la pesca hasta morir o hasta que no podamos más subir a un bote.

–Desgraciadamente tienes razón, pero analicemos eso más adelante y hablemos por de pronto de los peces de mayor valor en las zonas que conozco. En esos sitios sobresalen el merluzo y la caballa, la que ustedes llaman sgombro o lanzardo, es un pez muy requerido y bien pagado por las industrias conserveras de Noruega, Irlanda e Inglaterra; no son difíciles de pescar porque se mueven en cardúmenes próximos a la superficie, tienen buen tamaño, aproximadamente cincuenta centímetros, y nadan muy cerca de la costa durante la primavera y el verano; el jurel, que es parecido a la caballa pero más pequeño, nada también en cardúmenes a poca profundidad formando bancos, su carne muy apreciada por la gente se puede comercializar ahumada o fresca y se lo vende también a buen precio a las industrias; el bonito, que es la palamita de ustedes, pero no la palamita blanca, esa es muy raro verla en estas aguas, tiene cierto “parentesco” con el atún pero es de una longitud menor, mide menos del metro y los que lo sobrepasan llegan a pesar hasta cinco o seis kilos, se lo pesca en gran cantidad en las zonas tropicales del Atlántico y también aquí, al igual que los anteriores nadan formando bancos; entre paréntesis, esta es una característica decisiva a la hora de elegir el tipo de aparejo.

En esencia todos son buenos para el mercado, pero pienso que los mejores, los más exquisitos son el arenque, la sardina, la que en Catania denominan sarda fimminedda o sadda vera en Mesina y el atún, que por la excelencia que tienen se consigue buen dinero. Quizás de entre estos el que menos conozcan, porque no los hay en el Mediterráneo, sea el arenque, este pez muy conocido por los pescadores del norte del Pacífico, del

Atlántico y del Mar del Norte, además de tener buena carne su comercialización no tan exigente en cuanto al tiempo ya que tiene buena demanda tanto fresco, como ahumado o salado; son chiquitos, apenas alcanzan los treinta centímetros y nadan también en cardúmenes, pero en cardúmenes gigantescos al igual que la sardina.

Sobre la sardina y el atún poco es lo que podría decirles puesto que ustedes saben tanto o más que yo; lo que sí puedo es contarles dos sucesos curiosos que tuvimos con el atún, uno ocurrió cuando hace unos años pescábamos en el Atlántico, y en un solo lance de palangre corto capturamos nada menos que cuatro tonni rossi, que tenían tres metros de largo y más de doscientos kilos cada uno, estos animales hicieron tanta fuerza que al término de la recogida nos dejaron las manos en carne viva, despellejadas, y el otro fue que, a pesar de los muchos años que llevo en esta actividad, nunca capturé una albacora; imagínense, ni una sola alalunga, siempre tonno, tonetto y tonetto striato.

—Los atunes son buenos peces, tienen carácter, luchan con nosotros hasta el final y muchas veces nos vencen fuera de las redes. Es admirable que después de dar tanta batalla nos “brinden” abundante y deliciosa carne; no son como otros animales que según como se los sacrifique dan buena o mala carne. Estos extraordinarios peces que fueron apetecidos desde la antigüedad por los romanos y por otros pueblos mediterráneos, a mi criterio representan con justeza el ciclo de la vida; vienen cada año en penoso crucero desde las gélidas aguas del norte del continente con la única y precisa misión de desovar en nuestras costas para dar continuidad a su especie, y más tarde extenuados regresan, los que por segunda vez alcanzan a eludir las redes, a su hábitat para proseguir su ciclo vital. ¡Son asombrosos! ¡Los pescadores de atún los respetamos!

¡Algunos, dirás! ¡Algunos!, porque hay paisanos que los masacran casi con saña y en demasía en la época de reproducción, en un rito quizás tan salvaje como la matanza de toros en el ruedo, para según dicen reivindicar la primacía de la supervivencia del hombre.

—¿Por qué piensas de ese modo? ¿Acaso ese acto ritual no corresponde a una ceremonia típica especialmente del norte de Sicilia?

—Amigo Costantino, para comprender debes saber que Sicilia es una tierra poblada por hombres que siempre amaron y ansiaron la libertad, y que a todos estemos donde estemos, nos une un algo profundo, indefinible e indescriptible que llega al alma de cada uno de nosotros; ese algo que llamamos “sicilianidad” existe y es tan real como la existencia de una delgada y muchas veces perceptible forma diferente de pensar, que proviene de las civilizaciones de diversos orígenes que estuvieron en esta isla, y que cual herencia llevamos anidada en lo más profundo de nuestro ser.

—Difícil, pero ahora entiendo algo más. Mi pregunta no quiso ser ofensiva, por favor disculpen mi ignorancia.

—No debes pedir disculpas porque nunca lo interpretamos así. Cada uno puede pensar como desee.

—Costantino, eres una buena persona. ¡Brindemos por ello!

Aprovechando el momento hicieron una impensada pausa y luego de acallar a los sonoros estómagos continuaron con la charla.

—Con la captura principal también suben otras clases de peces, como la palometa y la dorada, la orata o aurata de Sicilia, pero no siempre caen estos mismos, depende del aparejo que se utiliza para que suban unos u otros. A los peces que vienen con la captura principal personalmente los llamo auxiliares, aunque son también interesantes porque por algunos de ellos una vez separados del resto se recibe buen precio. Otros

que capturamos en diversos mares y océanos y que también tienen valor comercial son los peces planos, el halibut y la solla; es más probable pescar en esta zona la solla y no la passera nera que es más bien de las costas de España y Francia, pero aquí además de la solla es posible pescar la pianuzza del sureste de la isla, aunque su carne no es tan apreciada como la del rodaballo, y lastimosamente los mejores rodaballos como son el moteado y el cornudo no lo tienen en su mar, a estos se los captura en el Pacífico y en la parte noreste del Atlántico.

Ahora si les interesa, podemos continuar con la pesca de moluscos y crustáceos como el calamaro, el polpo, el calamaro, la ostrica, el gambero rosso, la tellina, la aragosta y el astice, que requieren de otros métodos de captura.

—Mejor sigamos profundizando sobre los que nosotros estamos acostumbrados a pescar, no creo que sea conveniente que nos metamos de entrada en un campo menos conocido —intervino Beniamino, definiendo prácticamente por sí solo hacia dónde debía proseguir la charla.

—Bien, entonces echemos el ojo a los aparejos de pesca. Para la captura de muchos de los peces que tienen comportamientos similares, los aparejos en esencia son idénticos, pero difieren de acuerdo a su especificidad, en forma, peso, grosor, altura, longitud, material del que está hecho y otras cosas más.

En la “Española ocean-med”, la captura comercial masiva se hace principalmente con redes y palangres, pero también se pesca con cualquier otro tipo de aparejo, como las cañas y el curricán. Sí, el curricán —recalcó al ver la expresión de desconocimiento que algún rostro denotaba—, nosotros lo conocemos con ese nombre; es un cordel de al menos doscientos metros, que va sujeto al botalón que sobresale de la embarcación y que está fijo en la popa o en cualquiera de las bordas, en su extremo lleva un anzuelo cebado para tal o cual pez y es arras-

trado por la nave durante el viaje. El curricán es infalible, si se lo usa en el lugar preciso siempre cumple su cometido.

–¿Pero cuáles son las redes más importantes? –preguntó Carlo, que estaba sentado al fondo de la sala.

–Todas sin excepción, las de cerco con o sin copo, las de enmalle, las de trampa, las de arrastre, en fin todas.

–Disculpa Costantino, mi pregunta no fue bien hecha, lo que quiero saber es si hay alguna similitud con las redes que usamos nosotros, atendiendo a que nuestra pesca es muy local.

–Mira Carlo, como una respuesta directa, simple, se presta a confusión, permíteme responder de esta manera; el uso de tal o cual red siempre depende de la forma y clase de captura que se pretende. Por ejemplo, si vamos tras sardinas, jureles, boquerones o caballas, peces éstos que acostumbran moverse en cardúmenes, casi seguro que trataremos de levantarlos usando redes de cerco. Ahora bien, como señalé anteriormente, existen diferencias entre unas y otras, pero las más notorias dependen de las modalidades de la red; por ejemplo si es utilizable únicamente para cercar al cardumen o si tiene también capacidad para subir con la captura a la embarcación, pero también difieren según la cantidad de mallas que la conforman, según la dimensión de la abertura de la malla o de las mallas, según la longitud, la altura, etc. Para las sardinas y los jureles la red por lo general tiene unos quinientos metros de largo, una altura suficiente para la captura de entre veinte a cuarenta brazas de profundidad y una abertura de malla de diez y ocho milímetros, en cambio para el boquerón y la melva las medidas de longitud y altura son similares pero el tamaño de la abertura varía, para el primero el diámetro es de unos quince milímetros y para la segunda unos treinta, así también la red para el mujol es similar a las otras en longitud pero su altura es variable porque la misma debe llegar al fondo.

–Excúsame Costantino, aquí en Italia,... en Sicilia,... ¿cómo se llama el mujol?

–En Italia lo llaman cefalo al mujol cabezudo, que es el cefalu o el muletta o el murtareddu de estas regiones y cefalo dorato al mujol dorado, conocido por aquí como lustru o cefulu lustrinu.

–¿Y los otros dos? –se apresuró a preguntar Enrico antes de que el capitán siguiera adelante.

–¿Dime cuáles?

–Los que mencionaste con la caballa y el cefalu,... ya no los recuerdo bien.

–¿El jurel y el boquerón? Esos ya los conocen.

–Quizás ellos, yo no, y creo que Giacomo tampoco porque ambos somos algo así como nuevos en esto.

–Entiendo, no hay problema, te lo diré, pero cuando te lo diga verás que son viejos conocidos. El boquerón no es otro que la acciuga, el masculinu imperiali o anciova de ustedes y el jurel es el suru o sugarello pittato, que en la isla lo llaman sauru lisciu o sauru niru.

Hecha la aclaración prosiguió la charla sobre la pregunta de Carlo.

–Las redes para peces grandes que no sean de cerco, como lo son las fijas, tienen valores mayores que las diferencian de las demás; la red para los tiburones jóvenes son mucho más largas, tienen al menos seiscientos metros de longitud, diez de altura, una abertura de malla de veinte centímetros y un grosor mayor, mientras que para los atunes la longitud fácilmente sobrepasa los mil metros y la altura está por encima de los ochenta metros. Aquí quiero hacer de nuevo hincapié sobre un aspecto importante que tocamos antes, como hay peces que pueden ser capturados con diferentes tipos de redes y con distintos tipos de aparejos, resulta entonces que en la práctica todos los tipos de redes son importantes.

A la red de trampas, la almadraba nuestra, si les parece bien porque no sé si ustedes la utilizan, podemos darle una especial atención debido a su gran difusión.

–Los pescadores de todo el Mediterráneo conocemos muy bien la almadraba, es similar a la tonnara nuestra, ella hizo historia en esta parte del mundo; por lo que yo sé, los pescadores de la tierra de tus patronos y sus vecinos de enfrente antes de que naciera Jesús ya la utilizaban –Francesco se refería a los pueblos árabes del norte de África–. No me preguntes quién fue el primero o quién le puso ese nombre, porque sobre eso tengo un gran embrollo en la cabeza ya que almadraba no es una palabra castellana sino árabe o que tiene su origen en él, pero sí te puedo contar su significado, quiere decir “sitio donde se golpea” que es precisamente la forma como mataban a los atunes. Asimismo créeme si te digo que nosotros los sicilianos también tuvimos participación en esa historia, pues la primera gran almadraba de Castellón fue instalada por marineros sicilianos allá por el mil quinientos y tantos.

–Lo que dices es cierto amigo –aseveró Costantino–, conozco esa parte de la historia, y ya que estamos en esto te cuento algo que quizás no lo sepas, el rey de España Felipe III tenía como favorito a Francisco de Sandoval y Rojas, Duque de Lerma, quien como tal gobernaba el reino, y valiéndose del cargo y de su estrecha relación con el monarca en poco tiempo amasó una gran fortuna; lo simpático de esto es que una buena parte de su riqueza la hizo aprovechando los derechos de explotación exclusiva que tenía sobre todas las almadrabas que había en el reino.

Como dicen ustedes “i pesci Grosse mangiano i piccoli”, pero mejor sería en este caso “i pescatori grossi mangiano i piccoli” –terminó diciendo Costantino.

–Amigo, lastimosamente es así como dices, los grandes siempre nos cagan encima.

La almadraba de la que hablaban es un arte de pesca de uso común entre los pescadores del Mediterráneo, transmitido de generación en generación y que fue transformándose con el tiempo. La que utilizaban ellos era una variante mejorada de la usada hacia mediados del mil setecientos, conocida como “almadraba de tiro”, que en realidad no era todavía un sistema de redes trampa, tampoco era fija sino móvil y estaba confeccionada con dos redes que una vez unidas con hilos de lino o cáñamo u otro material parecían adquirir la forma de un gran semicírculo; el conjunto estaba sujeto en sus extremos a largos cordones que servían para tirar de ellos desde la orilla hasta sitios poco profundos, donde los atunes pudieran ser golpeados con palos y luego capturados^(*).

El otro instrumento de pesca sobre el que debatieron detenidamente fue el trasmallo^(*), que al parecer de Costantino no era muy recomendable para lo que Beniamino y su gente necesitaban, en razón de que si bien era bastante efectivo por un

(*) Este conjunto de redes trampa se sigue utilizando en la actualidad pero con variantes; las redes en vez de formar semicírculo configuran un rectángulo (dividido en cuatro secciones llamadas cámara, buche, bodornal y copo) que va unido a dos series de redes dispuestas verticalmente, una la llamada rabera de tierra, que es colocada en forma perpendicular a la orilla y que tiene la función de cortar el paso del pez obligándolo a dirigirse hacia la entrada del cuadro, y la otra llamada rabera de fuera, que va colocada a un extremo del cuadro y que se va abriendo hacia el lado opuesto a la orilla de manera a forzar a los peces a dirigirse hacia la zona comprendida por la costa, la rabera de tierra y el cuadro de la almadraba, y constreñirlos a introducirse en la trampa de los cuadros. Los peces que quedan atrapados en el copo una vez que la red se levanta son arponeados para ser subidos a las embarcaciones.

(*) El trasmallo es un arte fijo de enmalle, formado por un cabo superior al que se le sujetan flotadores, por un cabo inferior al que se le ponen piezas de plomo para mantener la verticalidad y por tres mallas paralelas en las que la del medio o interior posee un diámetro de abertura inferior a las otras dos, de modo a que los peces al atropellar el enmalle pasan la primera red y quedan atrapados por las agallas en la intermedia.

–Me parece perfecto, porque poco sabemos acerca de los ellos la dificultad existente a la hora de sacar los peces del enmallado, la destrucción que esa operación producía en las mallas, la oposición de los pescadores de la zona a este tipo de arte y el escaso interés de los grandes compradores por volúmenes pequeños de peces como el sargo, la dorada, la boga, la lisa y el salmonete^(**).

Discutieron también sobre lo provechoso o no de la pesca de arrastre^(***). Al respecto convinieron en que como este tipo de pesca no era en absoluto selectivo, las posibilidades en los lances de capturar especies buenas para el mercado, como jureles, caballas, crustáceos, pulpos, calamares, rayas, escuálidos y otras más, eran las mismas que las de encontrarse con sorpresas que obligaran a emplear más mano de obra que la acostumbrada, y que no obstante ello la modalidad era atractiva y como tal había que tenerla en cuenta.

–El punto que ahora quiero comentar con ustedes es el referente al tratamiento de la captura antes de llegar a destino, por supuesto si no tienen otra cosa en mente.

(**) El sargo es el sarago en Italia; las especies más conocidas son el sarago maggiore, el sarago pizzuto y el sarago sparaglione. Los tres reciben denominaciones propias en las regiones sicilianas; al primero se lo identifica como saracu o saricu tunnu, al segundo se lo conoce como saricu pizzutu y al tercero como spara ghiuni, spareddu o aspareddu.

El salmonete de roca es el triglia di scoglio y el salmonete de fango es el triglia di fango; reciben también otros nombres como triggia, sparaganaci o sparacalaci, triggia di fango, triggia caputedda, sparacalaci o simplemente triggia, según sean las regiones.

(***) El arrastre es un arte de pesca móvil dirigido, no selectivo, que captura todo lo que encuentra en su recorrido. El arte en sí está compuesto por una gran red en forma de cono o de cono con punta redondeada, que en su parte superior lleva flotadores y en su parte inferior lastres, los que junto a dos piezas hidrodinámicas de madera mantienen abierta la boca de la red. Todo el conjunto es remolcado por una embarcación que lo estira por medio de dos cuerdas unidas a sus extremos superiores. Cuando el arrastre es de fondo y no pelágico, este tipo de pesca produce grandes daños ecológicos en el piso marino.

condiciones requeridas por las fábricas, nunca hemos trabajado con ellas.

—Has puntualizado bien. Partamos entonces del supuesto de que van a entregar la captura a fábricas o a un gran proveedor de fábricas, como es la empresa donde trabajo y que es con la que queremos conversar a fin de cuentas. Bajo este panorama, lo que ustedes deben saber primero es que la conservación siempre es mejor si durante la captura los peces no sufren magulladuras, heridas y desgarraduras porque esta clase de lesiones facilitan la rápida descomposición, es tan significativo este aspecto que los pescadores dan un tratamiento diferente a los peces que han sido capturados de una u otra forma; nunca llegan en igual estado los que fueron pescados con palangre y los que subieron con redes, tampoco llegan en iguales condiciones los que fueron atrapados con redes de cerco y los que fueron capturados con redes de arrastre, y lo segundo son los procedimientos que se utilizan para mantener en buen estado la mercadería; todos los métodos se basan en las propiedades conservantes del salado, del secado y del enfriamiento, este último caso estará fuera del alcance de ustedes, a no ser que la fábrica con quienes trabajen en un futuro disponga de una cámara frigorífica cualquiera, puede ser la construida por Gustave Swift o Charles Tellier no importa, y de una máquina para fabricar hielo como la de Ferdinand Carré y les provea de hielo artificial, lo que es bien posible porque esas máquinas ya se venden en Londres, es más la “Española ocean-med” desde hace algún tiempo la tiene instalada en barcos de su flota. Tan eficientes son esas cámaras que el buque francés “Le Frigorifique” trajo a

(*) Los ingenieros argentinos con la ayuda de Ferdinand Carré, equiparon un segundo barco, el “Paraguay” y comenzaron el transporte de carne vacuna refrigerada a Europa.

Europa desde Argentina carne congelada en excelente estado en un viaje que tuvo ciento cinco días de duración^(*).

El enfriamiento como método de conservación es conocido desde hace tiempo, uno de los antecesores de ustedes, los romanos, mantenían fresco el pescado colocándolos en recipientes con algas marinas y hielo traído de las montañas cercanas a Roma. Actualmente el sistema es el mismo pero se baja la temperatura de los pescados cubriéndolos capa por capa con hielo artificial triturado, previo sangrado, eviscerado y limpieza de las piezas; el proceso de salado sigue las mismas pautas pero en vez de hielo se usa sal gruesa, nunca sal fina porque esta ocasiona una rápida pérdida del líquido interno de los pescados, el que al juntarse con la sal sobrante forma una capa que no permite que se salen los tejidos internos. Otra forma de conservación por enfriamiento es el método híbrido, mezcla de los dos anteriores, en donde la captura en vez de ir estibada entre hielo o sal, es colocada en recipientes con agua bien salobre enfriada a unos cuatro grados centígrados.

Cualquiera de estos métodos permite prolongar por días la frescura de los pescados.

Al final de la exposición de Costantino, Francesco a modo de retribución habló acerca de las redes que eran de uso generalizado en la región, explicando en detalle las características y particularidades del cianciolo, del tramaglio, del bulestrici, del strascico, de la sciabbaca, de la minaita, del rizzi, de la squatara, de la cefalara volante, de la cefalara cannizzata y de otras muchas más.

La reunión, que terminó horas después de lo imaginado, dejó junto a un halo de esperanza una incertidumbre notoria, puesto que muchas alternativas no eran de momento aplicables.

El plan que finalmente idearon se sustentaba: en la búsqueda y obtención de nuevos mercados para la posible futura captura, en la adquisición de dos embarcaciones pequeñas para ser utilizadas como bote cabecero y como bote espigo, en la

la pesca a la luz, en hacerse de los aparejos indispensables para cumplir con las metas previstas, prestando especial atención a aquellas que permitan la captura de los peces preferidos por la industria y en adecuar la barca para realizar pesca de cerco y de palangre; la pesca de arrastre quedaba por el momento fuera de los planes, ya que si bien la embarcación podía desplazar unas doce toneladas de registro bruto, la misma no fue construida para esa tarea y tampoco podía ser transformada agregándole pescantes para sostener cabos, grúa y puertas de popa, porque una metamorfosis de ese tipo era algo equivalente a una cirugía mayor con pronóstico reservado y de costo inaccesible, de manera que transitar por ese camino era un imposible.

La estrategia para alcanzar los objetivos que se proponían, giraba principalmente en torno al compromiso asumido por Costantino de allanar el camino para que el capitán pudiera entrevistarse con el director administrativo regional de la “Española ocean-med”, a fin de interesarlo en comerciar con ellos sus capturas y tentar algún tipo de préstamo de dinero, pero también en buscar financiamiento en entidades gubernamentales o privadas y en visitar otras posibles industrias compradoras.

Si Beniamino y sus compañeros hubiesen conocido la historia y los entretelones del negocio de la gran pesca, seguramente no se hubieran ilusionado tanto como lo hicieron.

El pescado al ser “desde siempre” una de las principales vías válidas para la alimentación humana e importante rubro de exportación de muchos países produjo a lo largo del tiempo innumerables conflictos, como los de derecho de propiedad sobre los caladeros más productivos y los de acceso a los mercados. Es así que a mediados del siglo trece, cuando el arenque mudó su sitio de desove del Mar del Norte al Mar Báltico, produjo un importante

conflicto internacional entre Dinamarca y la Federación de Ciudades del Norte de Alemania conjuntamente con las Comunidades de Comerciantes Alemanes residentes en los Países Bajos, en Inglaterra y en los países del Báltico, porque estos últimos hicieron suyos los derechos de explotación quitando del medio al Reino de Dinamarca, que tenía bajo su bandera cuatrocientas islas del Mar Báltico; tres siglos más tarde, cuando el arenque volvió a desovar en el Mar del Norte, otras dos naciones, Holanda y Escocia, se incorporaron al mercado con grandes industrias pesqueras de arenque y bacalao seco salado que les reportaron grandes beneficios. A esa pugna de derechos de explotación enseguida le siguió otra entre Inglaterra y Holanda, quienes se enfrentaron por el acceso a los mercados europeos del arenque salado. Igual suerte en su momento le tocó a España, cuando a pesar de ser reconocidos los derechos de los vascos por el Tratado de Utrecht, para pescar bacalao y ballenas en Terranova, donde ya lo venían haciendo desde hacía doscientos años, Inglaterra, nueva soberana del territorio por el mismo tratado, se los prohibió.

Estos hechos que produjeron cambios en el “mapa pesquero” de esa época obligaron a los países a reacomodarse dentro del esquema buscando nuevas alternativas.

Entre mediados y fines del siglo diecinueve, a los estados de conflicto se les sumaron las innovaciones y los descubrimientos científicos en las áreas de pesca, manipulación y conservación de alimentos, para producir nuevamente transformaciones en el esquema vigente hasta ese momento.

El mercado de pescado fresco se estaba volviendo cada vez más difícil, pequeño y competitivo, por lo que los grandes países pesqueros buscaron nuevas tecnologías para extender sus negocios a lugares donde no podían llegar los pescadores tradicionales. La conservación del pescado en recipientes de vidrio inventado por el repostero

porcionó hielo y frío y la incorporación del motor a vapor y a diesel a los barcos de pesca, abrieron nuevos mercados y permitieron la entrada a los mismos de nuevos competidores como los Estados Unidos, quienes empezaron a exportar a Europa pescado congelado a mediados del mil ochocientos.

Si Europa tuvo que adecuarse a las nuevas exigencias, con más razón aún deberían hacerlo Beniamino y sus compañeros.

–Amigos, qué les parece si cada uno de nosotros en los momentos de descanso o de la pausa que permite el trabajo que queda antes del fin de semana, rumiamos el tema detenidamente pasando de un estómago a otro tantas veces como haga falta para digerirlo bien y luego nos juntamos para confrontar ideas antes de emprender las acciones pertinentes.

–Cuenta con ello –respondió Giacomo en nombre de todos.

4

–La semana entrante estaré ausente, iré a Siracusa y si allí no consigo nada iré después a Catania. Creo que no tardaré más de una semana; estoy segurísimo de que en ese tiempo algo lograré.

–¿Y por qué estás tan confiado?

–Verás, el Párroco Daniele me consiguió una carta de presentación firmada por V. Em. el Obispo.

–Es bueno tener fe, Beniamino, pero igualmente es bueno no abrigar tanta esperanza para que un traspíe, Dios no lo quiera, no te encuentre mal equilibrado.

–Carlo, ¿es que no te das cuenta de lo que llevo?

–Precisamente eso es lo que me hace pensar así.

–Pero, ¿qué cosa dices? No te comprendo.

–Beniamino, amigo mío, lo que trato de hacerte entender es que es posible que los banqueros no le conozcan a Dios porque el Señor no les da ganancia y no les debe nada, ni tan siquiera una sola fineza.

–Entonces tengo yo razón, Dios no les debe nada pero seguro que sus representantes sí.

–Yo más bien creo que los dueños del dinero son los que le deben a los representantes del Señor, porque con certeza alguna vez compraron a crédito, ¿escuchaste bien?, a crédito, alguna indulgencia muy necesaria para mostrarla arriba. ¡Porca miseria!

–Dejemos las cosas así, y dinos por favor Beniamino lo que ibas a decir –intervino Francesco.

–Bien, estoy de acuerdo. Durante mi ausencia no podemos dejar de salir a la mar y tampoco hacerlo sin alguien que se haga responsable de la tripulación, de la barca y de la mercancía. ¿Está bien?, ¿me explico?

–Con absoluta claridad.

–Entonces, si no hay otra propuesta, yo deseo dejar a cargo de todo a Giacomo.

–No hay ningún problema con ello; todos estamos de acuerdo –afirmó Enrico.

–Todos, menos uno –respondió Giacomo.

–¿Quién? Dinos, ¿quién?

–Yo, y no me miren tanto así que no tengo nada en la faccia.

–En la faccia no, ¿pero en la cucurbita?

–Tampoco. Dije eso porque recién hace unos años trabajo en este oficio; soy más albañil que pescador.

–Tú entiendes de esto tan bien como cualquiera, pero si así te sientes más cómodo, dejaré el mando a Francesco. ¿Qué dicen?, ¿está bien?

–Estamos de acuerdo, capitán. No hay inconvenientes.

–En tal caso así se hará. A mi regreso, de acuerdo a los resultados obtenidos veremos qué hacer y cómo seguir con esto.

Beniamino entendió que para visitar a los señores del dinero debía ir bien puesto, de modo que subió al cuarto que hacía de “depósito” de ropas, cacharros y trastos viejos en busca de su querido traje y su zapato de casamiento; tomó una silla y comenzó a rebuscar entre las cajas que estaban amontonadas en la parte superior del armario que a la vez servía de ropero. Al cabo de media hora de revisar unos cuantos atados de ropa dio por fin con el ansiado traje.

–¡Amalia! ¡Amalia! –gritó.

–¿Qué sucede, Beniamino?

–¡Encontré el traje!

–¿Qué traje, Beniamino? –preguntó la señora.
–El que me puse en nuestro casamiento. ¿Recuerdas?
–Sí lo recuerdo, con él parecías todo un político.
–¡Qué político, parecía un gran señor, un terrateniente!
–Es verdad, un terrateniente pero con tierra en las uñas.
–¡Calla Amalia! No bromees así, no seré un “cometierrate-
niente”, pero sí un verdadero hombre.
–Vabene Beniamino. No te enojés, fue sólo para reír un poco.
–Amalia, tienes razón, discúlpame, estoy un tanto alterado.
La alteración pronto se convirtió en ofuscación; lo que ha-
bía sido en una lejana ocasión un admirado traje negro, se ha-
bía convertido por obra y gracia de las polillas y otros congéne-
res en un verdadero traje de espantapájaros.
–¡Putra madre que lo parió!
–¿Qué pasa con esa boca, Beniamino?
–¡Con la boca nada! ¡El asunto es con las hijas de puta que
me comieron el traje!
–¿Y qué quieres, si después que lo guardamos no tuvimos
dinero para la “naftalina”?^(*)
–Es cierto, pero igual las maldigo.

Después del ropero prosiguió su búsqueda en los cajones del maltrecho cassetone, de donde volvieron a la vida activa una arrugada chaqueta, una bien conservada corbata azul y un hermoso cappello nero. De entre todo lo que encontró, eligió los que consideró que podían hacer una buena combinación y los guardó en la valija para el viaje.

Dos días después, se despidió de Emma y emprendió rumbo a Siracusa con la carta que le consiguió el Párroco bien guardada en el bolsillo. Durante los cinco días siguientes persiguió tenazmente su objetivo, recorrió varias instituciones y organismos que prestaban dinero para diversos tipos de actividades y

(*) Nombre comercial del naftaleno, muy usado en otros tiempos como antipolillas.

trató de conversar con cuanto funcionario le indicaron, pero pese a toda esa dedicación y esfuerzo, todo lo hecho hasta ese momento no daba frutos, siempre había o mejor aparecía como por arte de magia un motivo que impedía llegar a buen puerto; no obstante la situación presentada, Beniamino continuó golpeando puertas hasta llegar a la Banca Estatal Regional.

–Estimado caballero, ¿tendría usted la amabilidad de anunciarme al gerente general? –preguntó cortésmente Beniamino.

El “estimado caballero” lo miró bien de arriba a abajo, no lo hizo de costado porque no tuvo tiempo, y luego le respondió que el gerente general no podría atenderlo porque estaba muy ocupado atendiendo importantes asuntos. Beniamino en un instante se dio cuenta de que el “estimado caballero” tenía toda la intención de engañarlo burdamente y como todo lo pasado en los días anteriores ya lo tenía sobrecalentado, decidió devolverle el engaño pero con una afable sonrisa pintada en el rostro.

–Entiendo, pero por favor dígame al señor gerente que le traigo una misiva muy importante de “V.Em. el Obispo Damiano”.

El “estimado caballero” que no era otra cosa que un burócrata filtro “cuidapuertas”, pero de esos que tienen más ínfulas que un ministro recién nombrado, quedó momentáneamente desconcertado, pero apenas le volvió el aplomo al cuerpo atrevidamente extendió la mano pidiéndole a Beniamino que le entregara la misiva para dársela al señor gerente.

–Me disculpa estimado caballero, pero me pregunto si usted sabe qué significan estas letras aquí escritas –interrogó a su interlocutor señalando con el índice la abreviatura S. P. M. que él mismo había escrito en la cara del sobre.

–Un momento por favor, veré si el señor gerente accede a recibirlo.

Unos minutos después el “cuidapuertas” salió de la habitación y con pasos acompasados se acercó a Beniamino.

–Por favor sígame usted –dijo dándose la vuelta de inmediato.

Cuando el capitán entró a la oficina, el gerente ya lo estaba esperando de pie a un costado de su escritorio. El funcionario era un hombre de unos cincuenta años, de estatura mediana-alta, de rostro bien delineado como el bigote que portaba, vestido con un traje gris oscuro, camisa celeste de cuello alto y corbata; su porte rozagante daba la apariencia de no haber padecido hambre y no haberse expuesto al sol en toda su vida.

–Es un placer conocerlo señor...? –aquí el gerente hizo una medida pausa esperando a que el capitán completara la frase.

–Beniamino Tasca. El placer es mío.

–Señor Tasca, le agradezco que se haya molestado en venir a traerme la carta del “V. Em. el Obispo Damiano”. ¿Me la permite?

Tasca, sin dudar un instante cogió el sobre y se lo entregó; el gerente asió un cortapapeles y con la habilidad de todo funcionario de escritorio lo abrió de una sola pasada, tomó la carta y empezó a leerla, mientras lo hacía Tasca lo observaba cuidadosamente con el fin de poder anticiparse a la reacción del hombre. El gerente, hábil como era para esas cuestiones, enseguida cayó en la cuenta de que Beniamino había embaucado a su embaucador, entonces queriendo mostrarse dueño de una serenidad e impassibilidad de estilo inglés que no lo tenía, porque en la realidad el asunto éste lo estaba corroyendo por dentro, optó por hacerse el desentendido del contenido de la supuesta misiva dirigida a su persona, que no era otra cosa que una simple constancia de que Beniamino Tasca era un feligrés de la parroquia del Padre Daniele, y escuchar al capitán; total por las dudas nunca estaba por demás mantener buenas relaciones con un Sacerdote, por más desconocido que fuera, atendiendo según su criterio a un pobre diablo como el parroquiano Tasca.

Sin expresar sentimiento alguno, invitó a Beniamino a tomar asiento.

–Bien, dígame usted en qué puedo ayudarlo.

El capitán un poco nervioso al comienzo de la reunión, más por la expectativa que despertaba en él el resultado que por la presencia casi marcial del gerente, fue serenándose y terminó exponiendo con la lucidez de un conocedor el asunto que tenía entre manos. El funcionario lo escuchó atentamente y le hizo varias preguntas aclaratorias muy profesionales y muy concretas—. Tasca, entusiasmado por el no esperado interés que demostraba el gerente, respondió con todo detalle a sus requisitorias.

Aproximadamente hora y media de tiempo insumió el intercambio de opiniones, explicaciones, puntualizaciones y fundamentaciones para redondear y dejar bien cubiertos todos los aspectos relacionados al tema en cuestión. Cuando todo estuvo puesto sobre la mesa, Beniamino esperanzado se arrellanó en el sillón para escuchar al gerente general.

–Bien, ¿ señor...?

–Tasca, Beniamino Tasca –respondió el capitán algo enervado por la pregunta payasesca del funcionario.

–¡Ah, sí! Ya recuerdo, gracias.

Beniamino no abrió la boca pero lo estaba casi liquidando con la mirada.

–Estimado señor Tasca, lamentablemente en esta institución no otorgamos créditos para lo que usted precisa –manifestó el gerente secamente y sin empacho alguno .

El capitán siguió sosteniendo sobre su interlocutor la mirada, la que de casi matadora pasó a ser fulminante porque percibió el desprecio refinado que destilaba este burócrata hacia gente como él; en ese mismo instante Tasca sintió que una humillación gomosa se deslizaba por todo su ser y reaccionó, agarró al gerente por el cuello, lo levantó de su silla, lo atrajo hacia sí y le habló suavemente al oído.

—¿Para decirme eso, me tuvo hablando como un pappagallo todo este tiempo? ¿Quiso mofarse de este pescador isleño? Pues bien, sepa que nadie se burla de nosotros, y que si no lo aplasto contra su escritorio es porque me da asco ver la mierda de un ganso de otros parajes esparcida por la habitación —dicho esto empujó al individuo con tal fuerza que lo hizo caer estrepitosamente al piso.

Beniamino dejó enfriar la amarga situación, porque antes que nada estaba la palabra que había dado a sus compañeros, y porque además era consciente de que la responsabilidad que se había echado sobre la espalda no permitía otra cosa que no fuese, cuando menos, perseguir el objetivo propuesto.

Por la tarde la ira todavía no había desaparecido totalmente, pero Beniamino ya estaba preparado para ir tras la siguiente entrevista.

—Dime Giacomo, ¿qué noticias tienen de Beniamino?

—Hasta ahora ninguna, es decir, sólo acordamos encontrarlos con él en Portopalo.

—¿No hablaron acerca de cómo le fue con sus trámites?

—Francesco me dijo que Beniamino no le comentó absolutamente nada, y que él no quiso insistir sobre el asunto porque el capitán debía tener sus razones para no hacerlo.

—Entiendo lo que dices Memo, pero...

—Sí, ya sé lo que estás pensando, a mí también me da mala espina el que no haya hecho alusión al tema, aunque sea así muy de paso.

—Creo que mejor hubiese dicho algo este señor para calmar las ansias.

—¿Y qué puedo decirte? Por un lado pienso igual que tú, pero por el otro me pregunto si qué hubiese hecho yo en su lugar. Quizás sea bueno que no haya hablado por el momento, porque si nada salió bien todos estaríamos ahora desesperanzados sin conocer los detalles y no atenderíamos como es debido

nuestro trabajo, que de por sí requiere de mucho cuidado; de igual modo si las cosas están por salir como queremos es mejor, por si acaso, no adelantar nada antes de que ocurra para que luego no tengamos que llorar el doble por la decepción.

–Es verdad, pero sigo pensando igual que antes.

Giacomo, el Memo cariñoso de Concetta, quedó un buen rato pensativo sin atinar una contestación convincente para su señora y para sí mismo.

–Esperemos a ver qué sucede. Después de acondicionar nuestras redes y arreglar algunos palangres, partiremos como te lo había dicho a Portopalo; la salida al mar esta vez durará algunos días.

–¿Por qué con el poco dinero del que disponen irán hasta allá con la barca para buscar al capitán? Estimo que ya no tienen lo suficiente ni para las reparaciones medianas.

–No es tan así como dices. Hay dinero para las reparaciones, Beniamino no es un irresponsable que arriesga la vida de sus marinos; lo que casi ya no hay es el dinero para mantener toda la tripulación actual.

–Es casi lo mismo –replicó Concetta.

–En cierto modo sí, pero la realidad es que no vamos solamente a recoger al capitán, allá entregaremos una carga de azurri salados, observaremos la preparación de la tonnara para la captura de los atunes de retorno y a la vuelta tentaremos con palangres la pesca de algunos grandes como el pesce spada, el atún o quizás algún scualo.

–Memo, ¿ma qué tonnara? A esa ya la conocen muy bien.

–¡Mamma santa! Concetta, ¿qué te sucede?, todo discutes, todo objetas. ¡Madonna mia, qué pesimista eres!

–No soy pesimista, más bien estoy pesimista porque no veo con buenos ojos cómo viene la cosa.

–¿Ma, qué cosa Concetta? Todavía no hay nada.

–Justamente eso es lo que me preocupa, Memo.

–No te preocupes, hasta ahora el trabajo continúa. Ya veremos más adelante.

–Es verdad, ya veremos más adelante –la cara que pondrás cuando sepas que estoy embarazada, terminó la frase en el silencio de su pensamiento.

–Señora mía, para que quedes tranquila te explicaré que lo que veremos no es la tonnara misma, sino cómo se cala el “pedale” con respecto a la posición de la “isola” y sus cámaras. Nosotros la conocemos muy bien, pero nunca la calamos, no somos pescadores de esa clase, no somos como los “pescatori tonnaroti”.

–Está bien, mi querido Memo. Rezaré por todos ustedes y le pediré su bendición a la Madonna de la Pietá.

–Gracias, muchas gracias Concettina, eres buena esposa y noble compañera.

Partieron puntualmente a las diecinueve horas como si fuera una jornada corriente de pesca, de esas de las que acostumbraban regresar pasada la media mañana.

La noche se mostraba muy oscura a los ojos de los pescadores, sobre el mar se deslizaba una masa de aire continental tibia, proveniente de los Balcanes, que soplaba con cierta intensidad del este y de a ratos del sureste.

–Para la época la temperatura está más bien baja, probablemente esté rondando los veintiún grados. Tendremos una noche tranquila –comentó Enrico.

–Para la estación la temperatura está por debajo de lo normal, pero para la noche creo que está algo alta –opinó a su vez Carlo.

–Quizás, pero es mejor esta temperatura que la que nos trae la masa de aire tropical que viene del continente africano.

–A mí particularmente me agrada más el frío que el calor, por eso me encanta cuando sopla el Maestrале o el Grecale –señaló a su vez Federico.

sople la Bora, el Libeccio, el Scirocco o cualquiera de tus vientos fríos.

–Feliz de ti que no “sufres de sofocones”.

A las dos horas de navegación se encontraban a tres millas de la costa y seguían avanzando hacia el sureste.

–¡Capitán! A media milla a babor se observa un enorme burbujeo brillante, parece que es un enorme cardumen.

El capitán tomó su antiquísimo binocular y echó una ojeada al sitio señalado. Efectivamente el burbujeo brillante que se apreciaba en la superficie del agua parecía ser el producido por los organismos planctónicos fosforescentes, que en su andar a la deriva eran agitados por un banco de peces.

–¡Federico! Sigue observando la mancha mientras dirijo la barca hacia el lugar –gritó el capitán.

–Así lo haré, señor, no dejaré de mirarla.

–¡Maledetta miseria!, ¡maledetta miseria! –vociferó el capitán, pegando varias veces el timón con la mano abierta.

–¿Qué dice capitán Francesco?

–Que por culpa de esta “puta miseria” no tenemos ni la “luce”, ni la “rete” adecuada para aprovechar esta excepcional ocasión –respondió colérico el capitán.

–Lo entiendo, capitán, pienso igual que usted, pero pongámosle ánimo al espíritu, que esta mierda no nos va a tener en sus fétidos brazos por mucho tiempo más. ¿Quién puede derrotar a un siciliano? ¡Nessuno, mi querido Francesco, nessuno!

Cuando confirmaron la presencia de peces, con rapidez calaron la relativamente pequeña red con la que contaban, cortándoles el paso y formando un cerco alrededor del cardumen.

–¡Tiren del cabo con fuerza muchachos, no dejen que se nos escapen por debajo! ¡Tiren! ¡Tiren! ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Con fuerza, adelante!

Una vez cerrada la malla, el capitán volvió a infundir ánimo a sus marinos para alzarla con la captura. El trabajo de recuperación de la red cargada de peces, a la vez de penoso era extenuante y requería de toda la fuerza bruta de todos los marineros. La operación que duró casi una hora terminó con éxito gracias al esfuerzo conjunto y a que la red dada su dimensión no podía contener demasiados peces.

Terminada la descarga sobre la cubierta de la embarcación, un grupo de marineros procedió de inmediato a descabezar y eviscerar los pescados uno por uno; casi al mismo tiempo otro grupo a medida que recibía los pescados limpios, los acondicionaba en envases en forma circular, ubicando la parte del tronco hacia afuera y la cola hacia el centro del círculo, y los cubría con abundante sal.

El sol ya estaba brillando con fuerza para cuando después de trabajar con más de media tonelada de pescado y de acondicionar los aparejos, todos, excepto el capitán, se dieron a un reparador descanso.

El capitán Francesco, quien a pesar de que todavía no había pegado un ojo desde que salieron del puerto, dirigía el timón con firmeza, miraba las nubes blancas que parecían brotar del mar a lo lejos y daba gracias porque bajo su mando la jornada había sido buena y no habían ocurrido accidentes que lamentar. El hombre estaba realmente feliz de haber cumplido con sus compañeros.

Cuando llegaron a Portopalo, Francesco puso al tanto de todo al capitán Beniamino y le entregó el mando de la nave.

Beniamino reunió a todos junto a un anciano y solitario castaño corroído por el tizón, para hablarles acerca de las gestiones que había realizado.

—Amigos, yo no puedo engañarlos, ni siquiera con mentiras piadosas, así que les hablaré con la verdad. Les aseguro que

nos administrativos y entidades relacionadas con la gestión crediticia que funcionaban en las ciudades donde estuve y no encontré en ninguna de ellas una sola respuesta favorable a nuestros propósitos. Simplemente para los señores que las dirigen, los trabajadores como nosotros no existimos; algunos consideran que lo que hacemos no representa una actividad laboral, otros aseveran que las instituciones que dirigen no cuentan con líneas de crédito para pescadores y otros más ni siquiera nos quieren escuchar porque nuestros bienes no son buenos ni suficientes como garantía.

—Lo que nos cuentas realmente es frustrante. Por lo visto no tenemos otra alternativa más que la de separarnos y que cada quien busque su propio camino. ¿Es así, capitán?

—En cierto sentido sí, pero todavía no apagué el fuego; aún me queda por conversar con el patrón de Costantino y dos o tres distinguidos usureros conocidos míos, que desde hace años me vienen chupando la sangre.

—Perdona Beniamino, pero si bien los usureros muchas veces nos sacan de apuros, para mí no tienen nada de distinguidos.

—Cierto, pero yo los llamo así porque por lo menos hasta ahora me chupan la sangre constantemente por mililitro y no por litros y de una sola vez.

—Es terrible lo que dices, pero en algunos casos es verdad.

—Amigos, hasta que yo no haya tocado todas las puertas que quedan, todo sigue igual que antes; sigamos haciendo nuestro trabajo de la mejor forma posible para mantenernos a flote. No nos dejemos amedrentar por esta situación y desembarquemos con buena carga, que buena falta nos hace.

Antes de la partida el capitán encargó a Giacomo y a otros dos marineros, que hicieran una última revisión de los

palangres^(*) que tenían a bordo y que debían usarlos durante el regreso

Giacomo y sus compañeros destinaron más de hora y media a la tarea de controlar metro a metro el estado en el que se encontraban los cabos en sus más de mil metros de extensión, dedicaron otra hora y media para verificar y cambiar las trincas giratorias y los cordeles defectuosos que portaban los cientos de anzuelos, y emplearon dos horas en comprobar si estos arponcillos presentaban anomalías, puntas sin filo, rotas, torcidas, vástagos deformados y aberturas poco pronunciadas^(**).

Terminada la labor en conjunto, Giacomo, consciente de que la curva, a la hora de clavar un pez, es la porción que mayor fuerza soporta, volvió a inspeccionar esta parte de los anzuelos con detenimiento.

–Capitán, no podremos utilizar el palangre de fondo porque una de las líneas fue averiada por las rocas; los de superficie y de media agua casi todos están en perfecto estado.

–Bien, usaremos todos esos palangres que están en condiciones; prepárenlos con “braccioli” de cinco, siete y diez metros

(*) El palangre, denominado por los pescadores italianos palángaro, palangáro, palangastro, palangrese (la saracara por su similitud también puede ser considerada como tal), es un instrumento de pesca que fue introducido en la región, según algunos historiadores, por los pescadores españoles y está muy difundido en todo el Mediterráneo. Este arte o tipo de pesca fundamentalmente está compuesto por un largo cordel o cabo principal o línea madre (trave en Italia), al que van unidos otros cordeles más delgados llamados brazoladas (braccioli en Italia), en cuyos extremos van sujetos los anzuelos; las brazoladas están separadas entre sí por una distancia que depende de su longitud, de manera a evitar entrecruzamientos. En el palangre de superficie y de media agua la línea madre con las brazoladas quedan sumergidas a profundidades predeterminadas por la longitud de los cabos de los flotadores, en el palangre de fondo la línea madre no descansa pegada al suelo porque intercalada a las pesas de fondeo lleva flotadores que le hacen formar arcos sucesivos.

(**) En Italia al vástago se lo llama gambo; a la garganta, gola; al ojo, occhiello; a la abertura, apertura y a la curva y a la punta se los denomina de igual manera que en castellano.

para evitar enredos y con anzuelos para atún, pez espada, y por si acaso para algunas bogas, mujoles, sargos, doradas, caballas, merluzas y jureles que se encuentren por allí extraviados.

—¿Capitán, le parece bien que las más que usemos sean las que porten anzuelos de abertura grande con vástago y garganta alta?

—Tú ya sabes cuáles utilizar, pero asegúrate de que los no circulares tengan la punta barba, y de que los anzuelos para el pez espada sean los justos para la captura de ejemplares medianos, que son los más requeridos.

—Así lo haré, capitán.

Giacomo entendió el “deseo-orden” del capitán y transmitió el mandato a los demás marineros indicándoles que seleccionaran para la boga anzuelos finos, rectos y de pata larga, para el cefalo, la orata, el sarago, el sugarello y el sgombro anzuelos de pata corta, abiertos y levemente curvados y para el pez espada y el atún anzuelos de ganchos clásicos y algunos circulares con punta pico loro para probar la veracidad de que los mismos no se enganchan en las vísceras del pez; también les señaló que para la boga eligieran anzuelos entre los números diez y dieciséis, para el cefalo y el sarago entre los números uno y veinte, para el sgombro entre el uno y el ocho, para la orata el dos/cero y para el atún y el pez espada entre el seis / cero y el nueve / cero.

Apenas Giacomo terminó de cumplir con el mandato recibido, Enrico se acercó rápidamente a él.

—Dime Giacomo, ¿por qué poner anzuelos para peces de fondo si no los hay en superficie?, ¿para qué tratar de capturar peces de cerco con anzuelos? y, ¿para qué tanta variedad de arponcillos?

—No dijo que los hay, sino por si hayan algunos perdidos.

—Cierto, pero, ¿por qué desperdiciar la oportunidad de atrapar peces más seguros?

–Porque el que dio la orden es el capitán, y él es quien manda aquí. ¿Entiendes eso, Enrico? –le preguntó Giacomo tocándose la cabeza con el dedo índice.

–Entiendo, pero sigo pensando que es un error –insistió.

–Mira compadre, las indicaciones del dueño del barco siempre son tenidas en cuenta por el capitán, lo que no quiere decir que las obedezca si no son convenientes para la navegación, pero las órdenes del capitán a su tripulación ningún marinero las discute, objeta o cuestiona, sencillamente las cumple. ¿Ahora ya has entendido bien?

–Sí, compadre, he entendido bien, pero...

–Enrico, no hay pero que valga, cierra la boca de una vez.

Beniamino, quien aparentemente no prestaba atención a la conversación, intervino súbitamente.

–Las órdenes dadas por el capitán de cualquier embarcación, aunque tan sólo sea una pequeña barca como ésta, no requieren de explicación porque sobre él recae toda la responsabilidad, sobre ello no existe ninguna duda ni aquí ni en el polo. No sé muy bien por qué voy a quebrantar la regla, pero la haré para aclarar tus dudas por esta única vez; pedí que utilizaran brazoladas con anzuelos para una variedad de peces de fondo, de superficie e incluso de épocas distintas de pesca, porque quiero saber si durante este periodo en este sitio de aguas no muy profundas nadan estos peces en el nivel en el que vamos a pescar. Casi una simple curiosidad que enriquecerá mi conocimiento. ¿Satisfecho?

–Sí capitán,... desde ese punto de vista.

Beniamino oyó pero decidió no escuchar la respuesta de Enrico dejando sin camino el dialogo entre ambos.

Una hora después del amanecer desamarraron la barca y enfilaron mar adentro; si todo seguía como estaba previsto en dos horas más volverían a cambiar de rumbo y navegarían hacia el oeste.

Al filo de la media tarde, Carlo, Enrico y Giacomo tomaron seis cestas redondas parecidas a canastos de panadería o de recolección de frutas, hechas de mimbre, que tenían un asa a cada lado y entre el medio de ellas dos salientes o lengüetas en forma de medialuna sobre las cuales iban clavados anzuelos, y las llevaron a la popa para acondicionar “los” braccioli y los hilos de los palangres; detrás de ellos llegaron Federico y Cayetano portando los recipientes con cangrejos, sardinas y boquerones que serían usados como cebo.

El trabajo de cebado les tomó un buen tiempo, especialmente la tarea con los anzuelos para peces pequeños porque la carnada debía ser cortada previamente en pedazos menudos antes de ser clavadas en los mismos; los atunes y los peces espada por el momento no daban mucho trabajo, pero también tendrían su oportunidad.

El ocaso llegó anunciando que era hora de calar los aparejos y los responsables sin mediar orden de por medio ubicaron los palangres en la mesa de largar, ajustaron entre sí algunos y fijaron los flotadores y las balizas; terminada la operación toda la tripulación se alistó para la largada con los delantales de pecho impermeables y los guantes que les había obsequiado el amigo Costantino.

La primera etapa de la operación comenzó cuando el capitán disminuyó la velocidad a diez nudos y dio la orden de echar al agua la primera baliza de señalización, y terminó cuando subió a la superficie la última boya sujeta a la línea madre.

Al despuntar el alba el capitán llamó a Francesco, quien se desempeñaba como su segundo de abordaje, y le ordenó que avisara a los demás que en veinte minutos iniciarían la recogida de los palangres que habían estado calados por más de diez horas.

A medida que la barca se aproximaba a la boya cabecera del primer palangre, se podía observar a pesar de las aguas agitadas por el ventarrón, varios flotadores sumergidos por el propio peso de la captura y por la fuerza que hacían los mismos

para liberarse. Recuperada la primera boya, Enrico comenzó a tirar el cabo principal del aparejo haciendo virar manualmente el oxidado halador mecánico con que contaba la barca; aquél que debían cambiarlo según les aconsejara el marino de la “Española ocean-med”. Al tiempo que ascendían “los” braccioli con la captura menor Giacomo y Federico, trabajaban afanosamente desprendiendo cada pescado del anzuelo correspondiente y se lo pasaban a Carlo, quien con la tranquilidad y precisión de un cirujano les abría el vientre, les quitaba las vísceras y los tiraba a los recipientes para su posterior lavado, tarea ésta que la harían todos juntos al término de la recogida.

Cayetano, bien sujeto a la baranda, con una gruesa varilla de madera provista de un gancho de metal en la punta iba recuperando los flotadores a medida que quedaban a su alcance y se los pasaba a Federico, que en esta oportunidad hacía de “boyero”, para que enrollara las sogas y acomodara las boyas.

Francesco, que examinaba con atención el delicado trabajo de Enrico, advirtió con un grito a Giacomo y a Federico que los próximos braccioli con arponcillos pequeños serían los últimos, y que se prepararan para los siguientes porque con ellos vendrían los pescados mayores. El primero emergió a la superficie dando varios violentos coletazos, demostrando su furia y desacuerdo con sus captores, los que fueron desapareciendo cuando Federico le clavó el garfio al costado de la aleta dorsal y juntamente con su compañero lo arrojaron a la cubierta de la barca; los tres que siguieron fueron tanto o más rebeldes que el primero. Después de la acción, Giacomo y Federico tuvieron un lapso de descanso porque el aparejo subía a bordo con las alforjas vacías.

—¡Capitán! ¡La línea se está poniendo tensa! —vociferó de pronto Enrico.

—¿Viene algo muy grande?

—No lo sé, quizás pudiera ser un tonno rosso; pero si es así debe tener por lo menos doscientos kilos.

–¡Dios lo quiera! –exclamó mirando al cielo el capitán.

–¡Capitán, si puede retroceda un poco la barca!

Con maestría, en un mar inquieto, Beniamino hizo lo que le pidió Enrico.

–¡Bien! ¡Bien! ¡Manténgala allí mismo, capitán!

–¡Ahora que está floja recógela, Enrico!

Repitieron varias veces la operación hasta que de pronto el cabo se estiró como una cuerda de guitarra y no aflojó más a pesar de los acercamientos. Para cuando se dieron cuenta de que no era ningún enorme pez el que tensaba la línea, ésta se soltó con un chasquido que sacudió el aire con violencia como si fuera un látigo. Enrico giró la cabeza hacia Federico para decirle algo que no llegó a pronunciar, al ver al compañero que sangraba profusamente de la frente corrió hacia él y con un paño que llevaba siempre para secarse las manos, le cubrió el corte de unos doce centímetros que tenía por encima de las cejas.

–¡Auxilio! ¡Auxilio! –gritó buscando que vinieran a ayudarlo con el herido.

Giacomo, que se encontraba más cerca, presuroso se dirigió hacia ellos, pero antes de llegar tropezó con las piernas de Francesco que yacía tirado en el suelo junto a la borda y se detuvo para asistirlo; lo tomó del cuello y lo atrajo hacia sí tratando de ver su rostro bajo la todavía tenue luz del amanecer, pero no lo logró hasta segundos después cuando sus ojos se acostumbraron a la grisácea claridad, entonces vio al amigo pálido, luchando contra el desvanecimiento pero sin dejar de apretar fuertemente con su mano derecha la muñeca izquierda bañada en sangre. Giacomo enmudeció involuntariamente, y en ese instante como la luz de un relámpago pasó por sus neuronas el consejo que años antes el capitán le había dado, “siempre debes tener mucho cuidado cuando la recuperación se hace a mano, porque la tarea es prolongada y fatigosa, y el cansancio la hace sumamente peligrosa”; apenas el refucilo abandonó

su cerebro reaccionó, tomó los brazos de Francesco y los levantó para frenar la salida de la sangre pero no lo consiguió, la sangre seguía escapando del cuerpo del pescador, el problema lo sobrepasaba y para enfrentarlo precisaba pronta ayuda. Cuando por sobre el ruido del oleaje reclamaba la presencia de sus compañeros llegaron junto a él Gaetano y Beniamino.

—¡Capitán, Francesco está mal herido! ¡Por favor ilumine sus brazos, trataré de ver cuán importante es la lesión!

El capitán alzó la lámpara hasta la altura de las manos de Francesco y la movió hacia uno y otro lado para que Giacomo pudiera ver mejor.

—Esto es peor de lo que esperaba —señaló Giacomo.

—¿Qué ves ?

—Una fea herida, más no puedo decirte, la sangre que se escurre no me permite ver con claridad. Pásenme un cordón, intentaré hacer un torniquete.

Gaetano le facilitó el cordón de algodón con el que sujetaba su media por encima de la pantorrilla.

—Gaetano, toma los brazos de Francesco y mantenlas lo más alto que puedas.

Con el torniquete la hemorragia disminuyó pero no se detuvo como esperaban que sucediera, entonces intervino Beniamino intentando pararla con una acción desesperada. Extrajo de un bolsillo una navaja de afeitar e hizo en la muñeca herida una incisión profunda, de unas tres pulgadas de largo, siguiendo el curso de la vena, ahora la sangre fluía también por el corte pero no con tanta fuerza; seguidamente el capitán abrió la línea del corte, separó con el dedo índice los músculos flexores y observó la lesión.

—Tenías razón, Giacomo, es peor de lo que esperábamos; el anzuelo o lo que fuere, desgarró la carne y seccionó la arteria. ¡Esto es muy grave! Consigue un pedazo de alambre o un anzuelo circular, el más fino que encuentres, si es posible con ojo aguja o plano y me lo traes rápidamente.

Beniamino, empapado por las olas que de tanto en tanto aventajaban a la borda, tomó la improvisada aguja, le pasó un hilo de pesca por el ojo y la introdujo en un extremo de la muñeca, la deslizó con cautela por debajo de la arteria y la sacó en el extremo opuesto; repitió la operación y luego estiró el hilo y lo anudó.

–Buen trabajo Capitán, la hemorragia paró, pero ahora temo que con lo que hicimos Francesco perderá la mano.

–Dios no lo quiera, pero es mejor que pierda la mano y no la vida.

Efectivamente, con la arteria cubital seccionada Francesco no tenía alternativa, mientras perdía una mano debía luchar por salvar su vida.

Después de dar la instrucción de que trasladaran a Francesco hacia un lugar más protegido de la cubierta, de que lo cubrieran con una manta impermeable y de que le limpiaran la herida con agua bien salada, Beniamino se dirigió a ver al otro marinero herido.

–¿Cómo te sientes, Federico?

–No puedo moverme, me siento muy débil, pero por lo demás muy bien. ¿Qué pasó con Francesco?

–Él no tuvo tu suerte, veremos qué sucede más adelante.

–Giacomo, dile a los muchachos que dejen todo como está; regresamos a casa.

A la hora de viaje, Francesco no recobraba aún la conciencia, la mano ya no la tenía morada sino negra y su frente ardía como la arena del desierto. Su situación iba de mal en peor. Durante todo el viaje los compañeros hicieron todo lo que estaba al alcance de sus posibilidades, pero medio día antes de arribar al puerto, el amigo dio su último suspiro y falleció en brazos de Giacomo.

–Caro Francesco, en este mundo de mierda el infortunio ni a la miseria deja en paz –susurró Giacomo al oído del amigo, y con lágrimas en los ojos agregó–: que en paz descanses.

El sepelio de Francesco prácticamente fue un funeral, la solemnidad del entierro la dieron los habitantes de la pequeña ciudad con su presencia masiva, no por tratarse de un hombre conocido por todos sino porque la muerte de un pescador le atañía a todos, porque si bien era una desgracia más de entre las muchas que ocurrieron era también un recordatorio de que la muerte nunca dejaba de rondar a los trabajadores del mar y que en cualquier momento podía cortejar a algún otro.

El proyecto de Beniamino y sus compañeros se vio favorecido con la expansión de la española “ocean-med” empujada por la necesidad de participar en los nuevos mercados que se habían creado como consecuencia de la incorporación de nueva tecnología en la conservación de alimentos; los consumidores demandaban cada vez más y para satisfacer esa creciente demanda había que aumentar la captura y una forma de hacerlo era contratando pesqueros. La bonanza duró hasta que los Estados Unidos de Norteamérica avanzaron más en el proceso de congelamiento del pescado (del congelado en recipientes rodeados de hielo y sal pasaron al uso del amoníaco), se hicieron presentes con fuerza en los mercados de Europa ofertando un producto de superior calidad en gran cantidad, aprovechando la mayor capacidad de su flota pesquera propulsada por motores a vapor en momentos en que el viejo continente todavía en gran medida se abastecía de pescados proveídos por barcos a vela.

–Buenos días Doctor.

–Buenos días don Giacomo. ¡Adelante, pase usted! Me alegra que haya venido, lo estaba esperando.

–Disculpe Doctor, la comadre Chichina me avisó con tiempo pero recién ayer pude bajar a tierra, no obstante me quedaré aquí para lo que usted quiera por un par de días.

–Más que suficiente para que hablemos. ¿Cómo van las cosas?

–¿Se refiere al trabajo, Doctor?

–A eso mismo.

–El trabajo está igual de fatigoso que antes, pero en algo hemos aumentado nuestros ingresos, poca cosa aún pero en estos tiempos tener un trabajo y un poco más de dinero ya es un gran aliciente. La Madonna se ha portado con nosotros y yo día a día le agradezco por ello.

–Es muy bueno que les hayan aumentado el jornal.

–Sí, es muy bueno, pero en realidad no es que nos aumentaron el jornal, ganamos más porque pescamos más. Nosotros percibimos de acuerdo al volumen de lo que pescamos, a mayor cantidad mejor paga, pero también más tiempo en el mar; en fin, mientras haya salud todo sacrificio es posible de ser realizado.

–Bien, estimado señor, pedí que viniera a verme para conversar acerca del embarazo de su esposa.

–¿Hay algo que deba preocuparme? –preguntó Giacomo sin demostrar la inquietud que en realidad sentía, ya que no era habitual que la comadre Chichina, la viuda de Ángelo, la partera que siempre asistía a Concetta antes y durante el parto de sus hijos, le pidiera días atrás su consentimiento para llevar a su esposa junto al médico, que por esos días atendía en la vecina Módica.

–Tanto así creo que no, porque la criatura que viene es la quinta que dará a luz la señora.

–¿Y entonces qué ocurre Doctor?

–Diría que ahora mismo nada, pero como el problema está latente es posible esperar que haga presencia en cualquier momento.

–Está bien, ¿pero cuál es el problema del que me habla?

–El problema al que hago referencia consiste en que el sangrado que sufrió la señora Concetta la semana pasada en dos oportunidades, volverá a ocurrir si la paciente no guarda el reposo requerido. Si esto acontece otra vez, lo cual es factible porque la paciente me expresó que no puede dejar de lado sus tareas diarias, estarán en peligro la madre y la criatura, más aún teniendo en cuenta que ésta todavía no está encajada como corresponde para venir al mundo sin mayores inconvenientes.

–Entiendo perfectamente su preocupación Doctor, y le agradezco su sentido humanitario al insistir en hablar conmigo siendo yo uno más de tantos.

–Es mi obligación señor Giacomo.

–Es verdad, es la obligación de todo médico, pero yo he visto, disculpe usted, algunos doctores cretinos a quienes sólo les interesan sus pacientes hasta que dejan el consultorio o hasta el momento del cobro de sus honorarios. Quédese tranquilo Doctor, que yo me encargaré de hacerle comprender lo delicado de la situación a mi esposa.

–Bien, me quedo aliviado. Estimado señor, sólo me queda por decirle para su tranquilidad que fuera de estas circunstancias la señora y su criatura se encuentran en buen estado general de salud.

–Y a mí también sólo me queda una cosa por decirle, muchas gracias Doctor Agostino.

Giacomo explicó a Concetta puntualmente lo conversado con el doctor y le pidió que respetara la indicación dada por el facultativo.

–Mi querido Memo, ¿cómo quieres que me acueste durante dos meses? ¿Quién hará las cosas de la casa? ¿Tú? Por supuesto que no, tú deberás estar en la barca.

–Concetta, tienes dos hijas sanas y fuertes.

–Tienes razón, son sanas y fuertes, pero una no es tan grande como quisiéramos y la otra es aún una niña.

–Le pediré ayuda a la comadre, ¿qué dices?

–Acuérdate que la comadre no vive del aire, también come como nosotros y para hacerlo debe trabajar igual que nosotros.

Analizaron las posibilidades una y otra vez, a veces criteriosamente y a veces con exasperación, pero a pesar de dar muchas vueltas al asunto no se ponían de acuerdo sobre qué solución darían al problema.

–Escúchame Giacomo, te repito lo que pienso, por más que me cuide como quiere el doctor, ¿qué pasará si ocurre algo, si ni tú ni los chicos estarán para darme ayuda? ¡Deja ya de temer y sigamos la vida como Dios nos la envía!

Con ese pensamiento y con la obstinación de su señora clavados en el espíritu, Giacomo no tuvo otra alternativa más que volver al mar por otra prolongada semana.

La responsabilidad que tenía como jefe de familia y el honor que podía verse afectado si es que algo sucediese en su ausencia le obnubilaban de a ratos la otrora frescura de su mente y casi le llevaron a cometer estúpidos peligrosos descuidos que pudieron haber tenido consecuencias para sus compañeros de pesca. La necesidad de conseguir el dinero necesario para la casa y la riesgosa falta de concentración en el trabajo martillaban su cabeza constantemente hacia uno y otro lado y le obligaban a un esfuerzo superior para equilibrar la balanza; debía definir el camino a seguir lo más pronto posible, porque así como estaban las cosas no pasaría mucho tiempo sin que algo desagradable ocurriera por culpa suya.

Con este maremagno de agitación al fin terminó la semana, que en realidad fueron diez días, de trabajo. Cuando a su saludo de llegada, Concetta le respondió con su habitual Ciao Memo, ¿cómo te ha ido?, se le abrió nuevamente el cielo.

Gracias Dios mío, expresó mentalmente Giacomo.

–Bien Concetta, muy bien.

Aunque no era costumbre en la familia tocar temas que pudieran ser conflictivos durante el almuerzo o la cena, Concetta preguntó al marido cuánto tiempo se quedaría en la casa.

–Señora mía, quédese tranquila porque pedí a Beniamino permiso para no embarcar por esta vez.

–Perdona que te lo diga, pero así perderás el dinero de la semana.

–No te preocupes que en esta oportunidad me fue muy bien –mintió piadosamente Memo.

–Me hace feliz escuchar eso –respondió Concetta sin haberse tragado lo dicho por su marido.

A pesar de los temores, para todos, excepto para Concetta, quien hábilmente escondía los dolores seguidos de escalofríos e insomnio, la semana transcurrió sin sobresaltos; este hecho rápidamente infundió ánimo y coraje a Giacomo, quien se propuso en lo sucesivo no pedir más permiso a menos que sea absolutamente necesario. El juego siguió con éxito hasta que el sufrimiento que ya se había hecho insoportable fue imposible de ocultar a los ojos de sus hijos.

Siguiendo la rutina de siempre, Giacomo con el sol en el rostro y una sonrisa en los labios, caminaba con entusiasmo por las cuasi solitarias callejuelas que lo conducían a su casa.

–¡Hola chicos! ¡Aquí llega papá! ¡Para el primero que me abrace tengo un regalo!

La frase concluyó con Emma en brazos.

–¿Mi pequeñito amor, cómo ha estado en estos días?

–Un poco triste porque no llegabas.

–Papá no pudo regresar pronto a casa porque el rey pez le invitó a pasar unos días en su palacio. Olvídese de eso y llénele de besos a este papá orgulloso.

La chiquilla colmó de satisfacción a su padre con miles de veloces besos semejantes a los que dan un enjambre de mariposas.

–¿Y tu madre dónde está que no la veo por aquí? –preguntó Giacomo quitándose el sudor de la frente con la mano que le quedaba libre.

–Mamá está descansando –contestó la pequeña.

Memo bajó a Emma, abrazó y besó en la frente a cada hijo y se dirigió al dormitorio a ver a su mujer.

–¡Hola Concetta, heme aquí de regreso!

–¡Hola mi querido Memo! Ven, siéntate a mi lado.

–¿Te sientes bien, Concetta?

–Esta vez no voy a mentirte, me siento bastante cansada.

–¿Sólo eso?

–También algo indispuesta.

–¿Qué quieres decir con eso?

–De todo un poco.

Giacomo no hizo más preguntas al respecto porque entendió para dónde iba la cosa.

–Llamaré a Antonio para que te acompañe mientras voy junto a la comadre para averiguar con exactitud qué te sucede.

–Espera Memo, no lo llames todavía que quiero conversar contigo –exclamó Concetta sorprendida porque su esposo aparentemente no se había percatado de la ausencia del hijo.

–Está bien, te escucho, mujer.

–Primero debes prometerme que no te enfadarás ni alzarás la voz como un condenado.

–¿Por qué debo prometer eso?

–Porque si no lo haces también yo gritaré y ambos no nos escucharemos, pero sí lo oirán los vecinos.

Giacomo pensó un buen rato sobre la propuesta y luego pasándose la palma de la mano sobre sus negros cabellos aceptó el trato.

–Memo, desde hace un tiempo las tareas de la casa ya no las puedo hacer sola, porque me faltan fuerzas y porque tengo miedo de perder a nuestra criatura.

–Bien, ¿pero eso qué tiene que ver con Antonio?
–Mucho, pero más tiene que ver contigo.
–Concetta, habla de una buena vez.
–Acuérdate de lo que prometiste y baja la voz o no hablo más.
–¡No estoy gritando, mujer!
–No, seguro que no estás gritando, sólo estás dando alaridos. No puedo creer que tú no cumplas lo acordado.
La última frase de Concetta desarmó a Memo.
–Está bien, si tú dices que grité seguro que fue así. Ya no gritaré más, mujer.
Concetta hizo una pausa para darle tiempo a Giacomo a despresurizar su caldera.
–Antonio no está en la casa porque está trabajando en Siracusa.
–¿Qué cosa dices? –preguntó asombrado.
–Lo que bien escuchaste, Memo.
–¿Con el permiso de quién? Yo me rompo el culo trabajando en el mar y en mi casa deciden hacer las cosas sin mi autorización; entonces, ¿qué soy yo en esta casa?, ¿un tonto, un estúpido a quien no se le respeta? ¡Que ese muchacho regrese inmediatamente, Concetta!
–¿Has terminado? ¿Sí? Ahora cierra la boca y como prometiste hacerlo, escucha. Tú eres mi esposo y jefe de esta familia, y en esta casa nadie pasó por sobre tu autoridad ni mancilló tu dignidad.
–¿No? ¿Y entonces qué es lo que se hizo?
–¡Madonna mía!, abre tus oídos y escucha bien. Si crees que se atropelló tu autoridad, entonces ve y reclámale al abuelo porque fue él quien decidió en tu ausencia ante la consulta que le hice.
–Si mi padre fue el que autorizó, no tengo nada que objetar. Me tranquiliza que hayan hecho las cosas como deben ser y

te pido disculpas, Concetta. Ahora dime, ¿por qué Antonio tuvo que dejar la escuela para ir a trabajar?

—Memo, muchos de los problemas causados por este embarazo tú desconoces porque yo te los escondí para que fueras a trabajar sin preocupaciones.

—Entiendo, pero explícamelo todo por favor.

—Por lo que me dijo la comadre y por lo que veo y siento yo misma, lo que resta del embarazo y lo complicado que podría resultar el parto, nos obligará a gastar más de lo que ganamos. ¿Hasta ahí está claro?

—Clarísimo.

—Bien, esa importante razón que la entendiste muy bien, fue la que me obligó a recurrir al abuelo cuando solicitaron trabajadores para la salina de Siracusa. Te ruego que no te disgustes con Antonio, el pobrecito ya tiene bastante con lo que hace.

—Concetta, cómo voy a enfadarme con él si mi muchacho es un verdadero hombre, porque hay que serlo para trabajar allí; más bien tendría que irritarme con los hambrientos de poder y codicia que nos tienen sumidos en la pobreza y que ni la peste es capaz de detenerlos. Es increíble que tengamos que llevar una vida sin futuro en tan bella tierra.

Giacomo sabía de lo que hablaba respecto a la hombría de su hijo porque si bien no conocía la salina de Siracusa, alguna vez en sus tantos viajes de marino tuvo la oportunidad de presenciar el trabajo en las salinas de Trapani. Las salinas en general eran para sus trabajadores tan perversas como su exquisita belleza, expresada por vívidos colores blanco–nieve, azul–cielo y mar, transformados en cada ocaso en amarillo y púrpura satinado opaco. Nunca nadie pudo definir si su extraordinaria hermosura fue creada para aliviar el rudo, extenuante y agobiador trabajo de los obreros, o si su esplendor servía para cortejar y atraer a los hombres a laborar en sus blancas calderas infer-

nales. Los trabajadores de las salinas hacían una faena igual o tanto peor que la que hacían los galeotes, los mineros del carbón o los esclavos africanos. El implacable calor del sol humedecía hasta la saturación al perseverante viento cálido, para al cabo de un tiempo dejar la sal impregnada de sudor depositada en el fondo de las numerosas piletas, las que mirándolas desde lo alto semejaban en su conjunto al trazado de un mapa urbano de cualquier antiguo poblado, en donde se entrecruzan rectas calles con oblicuas callejuelas y pasajes ciegos conformando abstractas formas geométricas.

La tarea en las salinas exigía al trabajador excelente salud y por sobre todo un extraordinario aguante al sacrificio, ya que los mismos apenas munidos con los atuendos necesarios debían laborar horas y horas bajo el aplastante calor y la opresiva humedad, paleando o transportando sobre sus espaldas la sal en lastimadoras cestas ante la impasible e indiferente mirada de enhiestos molinos, los que con sus aspas de madera girando y girando con monótono sonido bombeaban el agua salobre a las piletas hasta que los vientos dijeran basta por hoy.

—Memo, no sabes la tranquilidad con que me abrigas el espíritu al razonar de ese modo. Gracias por aprobar lo que hemos resuelto en tu ausencia.

—Señora mía, sólo dije la verdad.

Al día siguiente, no muy temprano, Giacomo fue a la casa del padre a presentarle sus respetos por haber atendido durante su ausencia su problema familiar.

—Memo, está muy bien ser reconocido con quienes te brindan ayuda, eso es cosa de gente buena y dice mucho acerca de la persona; acepto tu agradecimiento pero te recuerdo que como padre siempre será mi obligación ayudar a mis hijos y a los que forman parte de la familia, es un deber que no se exonera con la edad. En lo que respecta al pensamiento ese que dices que hace bastante tiempo que está dando vueltas alrededor de tu cabeza

eches antes de analizarlo concienzudamente para no tener que llevarlo clavado en ti para siempre; considéralo como un asunto muy significativo que afectará sí o sí a muchas personas. Hijo –prosiguió diciendo Vincenzo poniéndole una mano sobre el hombro a Giacomo–, yo no puedo darte una opinión porque desconozco con profundidad el tema, y si lo conociera quizás influyan en mí mis sentimientos o mis deseos, pero sí puedo brindarte un consejo, habla con el viejo Graziano, él entiende de esas cosas, siempre está bien informado porque por su profesión ronda los círculos políticos.

–Graziano, ¿el escultor?

–Sí, el profesor, el artista. Es un hombre de fiar, lo conocí hace tiempo durante la peste y creo que en épocas como esa se llega a conocer muy bien a la gente. Así como se lo ve tan sencillo y bonachón, es toda una referencia, se comenta que tuvo activa participación en las revueltas del 41 y del 48 y que forma parte de una pequeña Logia.

–¿Y eso es cierto?

–Vaya uno a saberlo, lo único cierto es que para mí es un hombre íntegro. Ve a verlo, vive en Módice, te aclarará muchas dudas.

Quince días más tarde, a su regreso del mar, Giacomo fue a visitar al viejo Graziano.

–Te miro y no puedo creer que el tiempo haya pasado tan velozmente; qué diferencia entre el chiquillo llorón por comida y el hombre lleno de músculos como raíces en el que te has convertido. Supongo que cada músculo es el fiel relato de tu lucha por la vida.

–Profesor, no sé si es tan así como lo dice, pero de que he luchado por sobrevivir es verdad, y lo sigo haciendo aún.

Como el profesor, tal cual le anticipara su padre, era tan accesible y conocedor de la vida y pensamiento de innumerables personajes que conformaban las distintas comunidades de

pequeños y grandes núcleos urbanos y rurales, durante un buen tiempo conversaron acerca de una infinidad de cosas del que-hacer cotidiano antes de tocar el tema que tenía intranquilo a Giacomo.

–Imagino la idea que está prendiendo en tu cabeza, querido Giacomo.

–No es una idea, es sólo una inquietud. Resulta que vamos por el quinto descendiente, y aunque Concetta y yo somos todavía relativamente jóvenes, me tiene tenso el no poder tan siquiera suponer razonablemente hacia dónde vamos.

–¡Ahora sí!, ya no imagino sino que creo entender claramente tu preocupación; en síntesis lo que deseas saber es si existen posibilidades de un futuro esperanzador.

–¡Allí está! ¡Eso mismo es lo que quiero saber! Cada día me martirizo tratando de relacionar el bienestar de mi familia con lo que vendrá.

–Recuerda que el futuro es tan difícil de predecir, así como fácil es afirmar que nadie tiene el futuro asegurado.

–Sí, pero todos tenemos la exigencia moral de ofrecer a los nuestros por lo menos un mínimo, para que tengan la oportunidad de enfrentar con éxito los tiempos que les tocará vivir.

–Aunque no lo creas me estás poniendo en aprietos, porque es intrincado hacer conjeturas ciertas sobre lo que puede suceder en un tiempo que todavía no existe, más aún cuando las conjeturas se convertirán en un factor de peso para las decisiones que pueda tomar un amigo. Otro aspecto que hace engorrosa la suposición, es que fácilmente mis conjeturas tenderán a ser más buenas o más malas de acuerdo a mis expectativas, las que estarán generalmente acordes con mi punto de vista y no precisamente con el tuyo.

–Profesor, no sólo es razonable lo que plantea sino que también es real.

de acuerdo, lo que haré será relatarte hechos acontecidos, charlaremos sobre los mismos y al final podrás sacar tus propias conclusiones.

Considero que gran parte de lo sucedido antes y después del 1848 fue lo que dio últimamente pie a la realidad actual, por ello si no conoces con relativa profundidad lo acaecido durante esos años sería provechoso remitirnos a esa época.

–Escuché muchísimas veces hablar sobre ello, pero no tengo en la cabeza nada bien hilado al respecto.

–No te preocupes porque al final harás una buena madeja.

Graziano hizo una pausa para prender un cigarrillo y continuó hablando.

–Los hechos más o menos sucedieron así; Giuseppe Mazzini desde el 31 venía presionando cada vez con más fuerza a la monarquía con sus propuestas públicas revolucionarias republicanas. Sus ideas en ese entonces eran realmente en extremo explosivas porque el método de insurrecciones armadas que él reivindicaba como instrumento válido para llegar a la República Italiana, se desarrollaba en un medio de cultivo donde el agar–agar era la inacabable crisis económica con sus secuelas de falta de trabajo, de pobreza in crescendo, de dinero sin valor adquisitivo, de precios que estaban por las nubes, allá arriba con los ángeles, y donde las bacterias que se alimentaban en él eran nada menos que las del cólera que estaban diezmando a las poblaciones por la desidia en la que tenían al pueblo los gobernantes. Las ideas de Mazzini prendieron rápidamente en ese gel bio–económico y muchos de los que las escucharon apostaron a ellas. Dentro de ese panorama funesto, en 1848 nos encontramos con una Sicilia abandonada, desalentada, insurrecta, insurgente, levantada contra la autoridad Real a la que exigían atención a sus problemas políticos y económicos; la respuesta del reino fue la persecución, la cárcel, la muerte y el destierro para inocentes y pecadores.

Yo particularmente doy mucha importancia a estos hechos porque los mismos marcaron un hito en nuestra historia y en la europea; convirtieron a Sicilia en el primer territorio sublevado en busca de libertad y produjeron una de las primeras migraciones forzadas de los sicilianos hacia todas partes del Continente, huyendo del terrorismo del Reino. Hasta aquí todo es fácilmente entendible, no es necesario revolver mucho para encontrar el porqué de todo lo sucedido. ¿Estamos de acuerdo?

—Totalmente profesor, incluso me atrevo a decir que yo tengo una buena idea sobre lo ocurrido en esos años, porque de tanto escuchar las discusiones en la taberna de don Gaetano y en la bottega de don Agostino algo se me pegó en la cabeza; aunque debo ser sincero y admitir que desconocía tantos detalles.

—Te entiendo y entiendo lo que quieres expresar; sé muy bien con quién estoy hablando, mi estimado.

Graziano nuevamente prendió un cigarrillo, bebió un sorbo de café, se levantó de la silla y echó una ojeada por la ventana.

—Amigo, afuera todo está suavemente quedo —apuntó Graziano dirigiendo la mirada hacia donde estaba su interlocutor.

—Debe ser por la hora y el sol —aventuró Giacomo.

—Probablemente —respondió el Profesor sin dejar de mirar extasiado los resaltantes colores producto de la esplendente luminosidad del sol.

Terminado el cigarrillo, regresó a la incómoda silla ubicada al lado de la mesa, apagó lo que quedaba de tabaco prendido y prosiguió con su exposición.

—Desde el Risorgimento el Reino de Cerdeña siempre tuvo un ojo puesto sobre Italia y otro sobre las dos Sicilias. ¿Sabes algo acerca del Risorgimento?

—No mucho.

–Es un largo proceso histórico que llevó a la formación del estado nacional unitario italiano; su denominación parece ser que fue tomada del nombre de un diario nacionalista. ¿Sabes más sobre ese proceso?

–Sí, los carbonarios^(*).

–Bien, sigamos avanzando entonces. De todo lo que hablamos, la primera necesidad que surge es la de aclarar la interrogante de ¿qué ocurría políticamente en el Reino de Cerdeña?^(**); pues bien, intentaré explicártelo de este modo, a partir de los aciagos e infaustos años 48–49 hasta el año 61, el Reino de Cerdeña tuvo nada menos que diez primeros ministros, algunos como Cesare Balbo, Gabrio Casati, Cesare Alfieri, Agostino Chiodo y Urbano Rattazzi sólo estuvieron al frente del gobierno durante periodos muy cortos, entre dos y siete meses, en cambio otros como Máximo d’Azeglio y Camilo Benso manejaron la política del Reino por varios años, especialmente este último, que es más conocido por nosotros como el Conde de Cavour. Ahora bien, si me preguntas ¿quién era este señor? y ¿cómo se podría definirlo?, te respondo que obtendrás diferentes respuestas según a quién preguntes. Veámoslo nosotros con ojos casi neutrales; fue un político piamontés que tuvo en sus manos la política del Reino de Cerdeña por aproximadamente siete años, diría yo un político incondicional del Reino ya que antes de entrar a la política fue un oficial del Cuerpo de Ingenieros del ejército sardo. Para muchos fue un patriota italiano, puesto que ya desde el diario del que hablamos, defendió

(*) Los carbonarios eran miembros de una de las más importantes sociedades políticas liberales secretas (carbonarismo) que se formaron durante el Risorgimento. Fue introducido a Italia meridional por el Mariscal francés Joachim Murat, cuando éste era Rey de Nápoles (1808).

(**) El Reino del Piamonte–Cerdeña en 1815 abarcaba a los territorios del Piamonte, de Niza, de Saboya y de Génova, y durante el 1858-1859 también los de Lombardía, Módena, Parma y gran parte de los Estados Pontificios.

la tesis de que había que expulsar a los austriacos y unificar a toda Italia bajo una monarquía sarda, entonces me pregunto yo, ¿qué “rótulo” le pondrían a “Cavour” los republicanos?, porque por más monarquía constitucional que fuera, la misma ni tan remotamente se aproxima a lo que es una República. Quizás la de un defensor de la unificación o la de uno de los políticos que dio los primeros pasos hacia la independencia italiana. No sé, o mejor dicho lo sé, pero no voy a decírtelo porque a ti te interesa otra cosa y no la política, no estás en eso. Lo que sí debes saber es que la política exterior de “Cavour” explica por qué el Reino de Cerdeña le tenía en la mira al Reino de las Dos Sicilias, hasta me atrevería a afirmar que lo tenía no solamente en la mira sino también en las municiones cuando recuerdo que ayudó con soldados sardos a Garibaldi a expulsar a los borbónicos.

Llevaban tres horas conversando y al parecer por lo que se apreciaba en sus rostros ninguno de los dos demostraba cansancio.

—En balde miras las colillas de los cigarrillos que he fumado, a mis años las mismas ya no tienen trascendencia, caro Giacomo.

—Descuide Profesor, sólo tengo inconscientemente la vista puesta sobre ellas pero no las estoy observando; son tan poca cosa ante lo que estoy escuchando que no merecen atención ninguna.

Graziano sonrió y prosiguió deshilando la historia.

—Mientras se sucedían las idas, vueltas y revoltijos palaciegos, el Mezzogiorno y especialmente Sicilia seguían padeciendo todas las adversidades tal cual bien lo expresa el refrán que dice “perro flaco todo es pulgas”.

—O como suelen decir los marineros “avere l’acqua alla gola”.

—Eso mismo, pero como nadie puede detener los cambios propios inherentes a la existencia, más aún cuando la misma

está condicionada por las presiones que ejercen los pueblos cuando tienen hambre de diferentes clases iniciado por el caos, la violencia, la crueldad, la desigualdad, el destierro y otras muchas calamidades, se produjeron los hechos que culminaron con la abdicación del último representante borbónico, Francisco II a favor del Rey Víctor Manuel II, rey del Piamonte y Cerdeña. Lo llamativo para entender el proceso posterior es que por un lado, como ya hemos visto, “Cavour” ayuda militarmente a Garibaldi pero lo hace después de que el Rey Víctor Manuel viniera repitiendo de que el Reino del Piamonte–Cerdeña, o sea él y sus súbditos principales, no debían permanecer insensibles al grito de dolor que de tantas partes de Italia se elevaban hacia ellos, lo que en términos políticos significaba la bendición del Rey a la política del Ministro “Cavour” de sustentar al líder de los camisas rojas en su campaña libertadora. Ahora amigo, presta atención a lo siguiente, la cruzada revolucionaria se inicia en Marsala, sigue en Calatafimi y culmina en su primera etapa en Palermo con victorias en todas ellas, ¿pero quién acompaña al gran Garibaldi?, un siciliano llamado Francesco Crispi.

–¿El Primer Ministro?

–Exacto, el mismo.

–¡Mamma Santa!, cada vez entiendo mejor.

–Tranquilo amigo, no te apresures en interpretar los acontecimientos, todavía hay un gran periodo de tiempo que analizar entre ese momento y el actual. Hasta aquí lo significativo fue que en ese momento de la historia coincidieron tres importantísimos autores, desconozco si también se encontraron todos ellos físicamente en algún instante, lo cierto es que cada uno tuvo su propio peso en la causa según el camino que tomaron en esos años; Garibaldi, eterno luchador de ideas libertarias, siguió combatiendo en cuantos frentes pudo, Crispi ya conocido como nacionalista y unionista pronto pasó a formar parte de la vida política ocupando varios cargos hasta llegar al

parlamento como diputado y el Conde de Cavour famoso por su perseverancia en conseguir sus objetivos a cualquier costo, aunque esto implicara romper alianzas, volvió a ser nombrado Primer Ministro del Reino de Italia por el Rey Víctor Manuel II a pesar de que año atrás había renunciado a ese mismo cargo por desavenencias con el mismísimo Rey.

Como Graciano advirtió el rostro ceñudo que ponía su no docto interlocutor al escuchar esa parte del relato, se apresuró a brindarle una comprensiva sonrisa y a explicarle algo más sobre el punto.

—Mira Giacomo, los acuerdos, los tratos, los pactos y la conducta de los hombres en el campo de la política nada tienen en común con los que hacen los paisanos con la sola palabra empeñada; sin salir del tema analicemos a este Conde que te hizo enarcar las cejas, este señor dirigía la política exterior del Reino hacia uno u otro lado de acuerdo a la conveniencia, por ejemplo cuando la causa de Garibaldi le convino a los intereses de Cerdeña, “Cavour” mantuvo una postura neutral y cuando dejó de convenirle cambió radicalmente, tanto, que hasta pidió permiso a los franceses para trasladar a su ejército a los Estados Pontificios para detener el avance

(*) Recién en julio de 1871 Roma pasó a ser la capital del Reino de Italia. Hasta 1853 el mapa geográfico de los Estados Pontificios, del Reino de Cerdeña y del Reino de las Dos Sicilias estuvo conformado de la siguiente manera: Estados Pontificios, gobierno autocrático, pob. 2.800.000, ejército 20.000 soldados, ciudades comprendidas Roma, Boloña, Perugia, Ferrara, Rabeau, Forli, Rimini, Faenza, Viterbo, Pesaro, Rieti, Macerata, Orvieto, Urbino, Spoleto, Benevento; Reino de Cerdeña, gobierno monárquico constitucional, pob. 4.916.000, ejército 50.000 soldados, ciudades comprendidas, Torino, Génova, Alessandria, Nizza, Savona, San Remo, Cuneo, Asti, Casale, Vercelli, Novara, Saluzzo, Pinerolo, Bra, Fossano, Cagliari, Sassari, Alghero, Bosa; Reino de las Dos Sicilias, gobierno monárquico absoluto, pob. 8.000.000, ejército 50.000 soldados, ciudades comprendidas Napoli, Avellino, Caserta, Salerno, Chieti, Campobasso, Teramo, Foggia, Lanciano, Bari, Trani, Bitonto, Lecce, Barletta, Taranto, Cosenza, Catanzaro, Reggio, Palermo, Catania, Trapani, Caltanissetta, Corleone, Alicata, Siracusa, Acireale, Noto, Ragusa, Lipari. (Geografía Universal Marmocchi –Ed. 6 –1855)

de Garibaldi sobre Roma^(*), y luego como si nada volvió sus tropas contra los Estados Pontificios^(*).

–Profesor, ¿me permite usar el baño?

–Desde luego, anda, úsalo.

–Las higueras de su patio están hermosas y cargadas de frutos, me recuerdan a las que tenía mi abuela muy cerca del lindero, para mí eran tan enormes que yo tenía que trepar a ellas para comer los higos –comentó a su regreso.

–Si quieres saborear algunos de ellos vamos por un momento allí y recoge los que más te apetezcan.

Como si fuera todavía un niño Giacomo llenó los bolsillos del pantalón y de la chaqueta con higos y sonriente se dispuso a comerlos.

–Profesor, si no le molesta que coma en su presencia podemos seguir adelante; le prometo que trataré de hacer el menor ruido posible.

–Por lo visto amigo que en algunos aspectos sigues siendo el piccolo bambino que conocí hace tiempo, me alegro de ello porque significa que guardas una buena alma en tu ser.

Cuando volvieron al tema que los tenía enfrascados desde hacía horas, Graziano explicó al hijo de su caro amigo Vincenzo, que con la proclamación del Reino de Italia la turbidez del panorama social y político no había decantado, las heridas eran muchas y estaban muy inflamadas.

–Las heridas se fueron haciendo intocables por la sensibilidad que produjeron en ellas los acontecimientos de los primeros años del Reino.

–Según recuerda de vez en cuando mi padre, esos fueron años realmente casi insostenibles para él y para mi madre.

–No solamente para ellos, sino para muchísimos habitantes del sur, incluidos muy especialmente los sicilianos. Imagi-

(*) Zona central del territorio italiano que estuvo bajo el mando papal hasta 1870, año después del cual los Estados Pontificios quedaron reducidos al Vaticano.

na el contexto dentro del cual tuvo que vivir la población de esta bendita Isla durante los años siguientes a la campaña militar del 60, y qué cosas podría ofrecer un sistema tan dispar; por un lado estaba la nueva clase política y social piemontesa-saboyana encabezada por el Rey de Italia Vittorio Emanuele II y sus sucesivos primeros ministros, todos pertenecientes a la derecha política, que entre paréntesis debes tener presente que esta ideología política siguió vigente en el poder hasta hace pocos años, más exactamente hasta principios del 76, conservadores, claramente decididos a mantener las estructuras tradicionales, en este caso las del Reino del Piemonte-Cerdeña y no propensos a ningún cambio^(*), por otro lado la clase política y social borbónica que fue obligada a dejar el poder tras muchas décadas, en medio de las dos, todas las facciones políticas, muchas de ellas con ideales no afines entre sí, opuestas a ambas clases y dispuestas a enfrentarse, y a su vez en medio de todos ellos, la población que no tenía arte ni parte en el meollo debido al desinterés propio, producto de la marginación natural y cultural a la que estaban sujetas. En ese ámbito las expectativas más lógicas se dieron y lo que es peor perduraron por muchos años más, la lucha, el hambre y la ignorancia. Tantas fueron las cosas que sucedieron y tan entrelazadas estaban entre sí que bien se podría decir sin temor a equívocos, que unas fueron las causas directas de las otras; ahora bien, como no se me ocurre cómo relatarlas separadamente te las contaré de un modo global y dentro de lo posible te iré señalando más o menos el o los años en los que acaecieron.

Digamos que para “algunos muchos” el drama se inició con lo que llamaron la tramoya del plebiscito por el que se de-

(*) Los Primeros Ministros, todos de derecha, desde el año 1861 hasta 1876 fueron los siguientes: Camilo Benso (Conde de Cavour), Bettino Ricasoli, Urbano Rattazzi, Luigi Carlo Farini, Marco Minghetti, Alfonso Lamarmora, Luigi Menabrea y Giovanni Lanza.

cedió la unión de Sicilia al nuevo reino, aún hoy día siguen afirmando que todo fue un engaño bien montado; a pesar de que no me veo muy bien como partidario de un reino, debo decir de que a mí no me constan esos hechos, no he visto materiales que lo prueben, pero también me es claro que esos delitos son muy difíciles de probar. Lo cierto y concreto fue que la unión de la Isla al Reino de Italia provocó aparte de problemas socio-políticos, desajustes en el orden económico; los políticos del Reino se equivocaron al imponer a fuerza de preceptos dictados por la suprema autoridad un sistema económico extra-regional muy diferente, cuando aún no estaban bien asentadas las bases políticas. Amigo, ¿qué sistema económico puede funcionar en un calamitoso caldero en el que todos los días se cocinaban a opositores de cualquier índole? ¡Ninguno amigo!, ¡ninguno! Los jefes de gobierno de los primeros años ignoraron las prácticas políticas fundamentales del comportamiento prudente y hábil para negociar determinados objetivos comunes y utilizaron la fuerza bruta. Viejos conocidos míos relataron a cuanta gente podían, que la represión y la destrucción de los bienes económicos en todo el sur continental fueron de igual magnitud a los ocurridos aquí; asimismo afirmaron que estuvieron enfrentados más de un cuarto de millón de hombres, entre soldados piemonteses y “colaboracionistas”, aclaro, desde el punto de vista de ellos, y cientos de grupos civiles organizados para la lucha armada contra la autoridad impuesta y defendida por el ejército “invasor”. A los violentos ataques de los partisanos a sitios considerados vitales, el Reino respondía con fieros contraataques dirigidos no sólo contra los revolucionarios, sino también contra parientes y amigos de ellos, sin distinción de sexo ni de edad.

—Profesor, si me permite una opinión quisiera decir que yo creo que aunque fuese cierto que los partisanos hayan respon-

dido solamente a intereses ajenos a los ideales independentistas republicanos, el trato del Reino hacia ellos fue por demás escandaloso y falto de todo comportamiento civilizado, más todavía cuando que el ex Reino de Cerdeña lleva sobre sí muchísimos años de civilización. Quizá me equivoque en mi apreciación por juzgar sin situarme en esos años y en el papel del Reino, y sin conocer el pensamiento real de los Unionistas, pero a todas luces distingo nítidamente que hubo barbarie en la forma de proceder; eso sí debo dejar sentado que mi parecer sobre esto último proviene en parte de lo que se comenta por ahí, usted sabe, por los lugares que acostumbramos frecuentar los pescadores, que si bien no relucen por tener una clientela digamos intelectual, casi siempre en alguna de sus mesas están sentados paisanos que fueron partícipes directos o son allegados como yo a otros que sí lo fueron, y que por tanto los juicios que emiten llevan consigo necesariamente un buen grado de credibilidad.

—Así también lo creo yo, pero valga al menos alguna acotación al respecto; para buena parte del entorno palaciego los partisanos no existían como tales, es decir como luchadores o reivindicadores de una causa política, sino que simplemente eran considerados como grupos de bandoleros al servicio de grandes latifundistas de mucho tiempo atrás^(*), que veían en peligro sus posesiones y sus bienes con el cambio del sistema de gobierno; con este argumento en boca, a los hombres del reino les resultó muy fácil justificar el accionar de su ejército.

(*) Algunos historiadores sostienen que estos grupos de vigilantes de los latifundistas sicilianos fueron los que más adelante dieron origen a la mafia; sin embargo otros establecen que la misma proviene de una sociedad secreta formada aproximadamente entre los años 1100 y 1200 con el objetivo de defender a la población de Sicilia de los constantes invasores que llegaban para apropiarse de la producción agrícola o directamente para colonizar la Isla.

Los desatinos y crueldades existieron y en abundancia, no cabe la menor duda de ello y la prueba está en las cifras de víctimas y damnificados de esa “guerra”(**).

Dejando al margen algún punto en particular, podemos generalizar que la situación política y económica de todo el sur siguió teniendo las mismas características desde el inicio del Reino de Italia hasta el final del mandato del Ministro Marco Minghetti, último representante de la derecha, y algunos cambios imperceptibles durante los siguientes diez años, tiempo en el que estuvieron como jefes de gobierno, primero los políticos de la izquierda y más adelante los de la coalición.

Probablemente esas características que se mantuvieron inalterables por el estado de convulsión de la época llevó a la casi total destrucción de las instituciones, de la cultura, de la lengua, de la seguridad y de la libertad, las que conjuntamente con otros derechos constituyen la columna vertebral de la sociedad. La rotura de la columna y el agravamiento de las condiciones socio-económicas producto de malas, nulas o perversas políticas de desarrollo(*) llevaron a muchos paisanos a buscar futuro en tierras extrañas. Bajo el loable ideal de la unificación se dio pie a

(**) Datos estadísticos consignados en artículos publicados por Antonio Pagano, mencionan que sólo en el año 1862 hubo veinte mil muertos en combate, más de quince mil muertos por fusilamiento, más de cuarenta y siete mil encarcelados por motivos políticos y cerca de cuarenta mil personas sin vivienda; asimismo se señala en dichos artículos, que el balance final de víctimas para el Reino de las Dos Sicilias en los cerca de diez años de lucha, fue de más de un millón de muertos y de cerca de quinientos mil prisioneros políticos.

(*) Mientras la desocupación en el Sur alcanzaba un desesperante 24%, el Norte mostraba cifras inferiores al 7%, lo cual no indicaba necesariamente una economía sana, tanto es así que la Lombardía, una de las regiones más importantes por su comercio e industria anexada al Reino de Cerdeña, se encontraba entre las más endeudadas de Europa. Esta situación en vez de un alivio, significó una desgracia para todo el Sur, porque a partir de ella se definieron y se pusieron en práctica políticas que resultaron muy perjudiciales para el Mezzogiorno, como la de sustituir sin medir las consecuencias inmediatas, la moneda de metales preciosos por el devaluado papel moneda piamontés y la unificación de la deuda pública de los territorios del nuevo Reino con las del ex Reino de las Dos Sicilias.

innumerables actos desmedidos e inescrupulosos llevados a cabo por bribones de la política, a quienes generalmente no se los podía señalar so pena o riesgo de ser acusado de antipatria y sufrir el castigo que eso conlleva.

Mi estimado amigo, la devastación del Sur fue apabullante, la elevación de los impuestos a niveles altísimos hizo que las contadas industrias y los comercios que aún subsistían se hundieran, una vez en ese estado las fábricas fueron presa fácil para los industriales del norte que las compraron por nada y para mal mayor no las adquirieron para capitalizarlas y reabrir las aquí, sino que las desmantelaron y las trasladaron a sus regiones, los bienes de la Iglesia tampoco se salvaron de la angurria ya que los mismos fueron expropiados y malvendidos, se privatizaron algunos servicios indispensables como el del agua tratada y el de la iluminación, se concedió sin precautelar los intereses nacionales, a empresas extranjeras la explotación del gas y del azufre y las pocas obras de infraestructura que el gobierno decidió llevarlas a cabo, rápidamente con las concesiones amañadas de los contratos se convirtieron en focos de corrupción desde su mismo inicio. Un ejemplo palpable de la corruptela, fue la construcción de la ferrovía del sur en la que estuvieron implicados más de una docena de diputados, quienes incluso figuraban en la lista del directorio de la empresa cobrando altos “estipendios”. Con este pésimo panorama era lógico esperar lo que sucedió, tanto el ciudadano como el agricultor empobrecido abandonaron sus bienes de toda la vida y partieron hacia el exterior llevándose consigo lo único que les quedaba, su experiencia y su valiosa mano de obra; esta migración^(*) fue dejando al campo en una crisis sin solución

(*) Durante el periodo comprendido entre los años 1861 y 1870 la cantidad total de emigrantes italianos fue de 461.000, distribuidos de la siguiente manera: Francia 288.000, Alemania 44.000, Suiza 38.000, otros países 91.000 (cronología on line); sin embargo según el censo general de 1861 la cantidad total de emigrantes que a esa fecha vivían en el extranjero sobrepasaba el 1.000.000; 77.000 en Francia, 14.000 en Alemania, 14.000 en Suiza, 12.000 en Egipto, 6.000 en Túnez, 500.000 en EEUU y 500.000 en el resto de América.

inmediata y que paradójicamente también hizo estragos en las industrias del norte, las que si bien no eran capaces de absorber mucha mano de obra, sí las necesitaban por lo menos para cubrir el mínimo indispensable. El problema que se creó con la emigración se fue haciendo cada vez más grande, tanto que al final se vieron obligados a intervenir las instituciones del gobierno, los partidos políticos y la misma Iglesia Católica. Para esta última la emigración era mal vista porque la misma “necesariamente llevaba” al hombre a la alteración de sus valores éticos y morales, el emigrante según sus ojos era muy posible que se volviera adúltero, vicioso y anticatólico, lo cual produciría una degradación en su ser y permitiría la entrada de ideas socialistas y/o anarquistas en su “torpe cabeza”; para el gobierno el emigrante era considerado un individuo peligroso, por lo que había que controlar sus movimientos; para los partidos de derecha acostumbrados defensores de los intereses de los propietarios de inmuebles, era una calamidad que había que controlar y para los partidos de izquierda no era bueno porque el individuo al emigrar podría acceder a la propiedad privada, lo que a su vez podría transformarlo en un pequeño capitalista^(*).

Cuando los izquierdistas moderados junto con los transformistas^(**) llegaron al poder en el 84, despertaron en la gente una cierta esperanza de cambio, más creo yo por lo que implicaba el cambio en sí mismo, una renovación en la forma de hacer política, que por lo que prometían realizar basado en los principios sostenidos por la coalición y por lo que pudieran hacer sus dirigentes, hombres ya desgastados y sin credibili-

(*) Todos estos criterios fueron cambiando con el correr de los años.

(**) El transformismo era en esencia una coalición para gobernar sin la extrema izquierda, atendiendo al bien común del Reino de Italia, surgida de una idea política de Agostino Depretis y pactada con Marco Minghetti. Esta alianza gubernamental no era de carácter permanente y estaba constituida por políticos de distinto signo.

dad; esas expectativas que tenían los sicilianos se fueron diluyendo más que de a poco, porque el gobierno de Depretis^(*), se preocupó más de los asuntos relacionados con el sufragio, con la enseñanza primaria y con la política exterior del Reino, que por la reactivación viva de la economía del sur.

Muchacho, lo que te he contado se ajusta a la más pura y simple realidad de la que yo tenga conocimiento, haciendo la salvedad de que omití todo lo concerniente a las relaciones de los políticos con la masonería.

—Y ya que estamos en esto, ¿por qué no hace un esfuerzo más y me lo cuenta, Profesor?

—No lo quería hacer para no llenarte la cabeza con cosas que muchas veces no se pueden probar y que de antemano ya están prejuizadas como buenas o malas; pero si así lo quieres lo haré, pero en forma somera.

La masonería como bien tú debes saberlo, es una organización relativamente secreta, agrupada en logias, en la que sus miembros profesan los principios de hermandad, condenada por la Iglesia Católica, y que con el tiempo se convirtió en un verdadero centro de poder político decidido a crear un Estado no eclesiástico, sin creencias religiosas e independiente de toda autoridad clerical; en términos más directos esta organización

(*) Agostino Depretis, abogado y político nacido en el norte de Italia, colaboró con Giuseppe Mazzini y con Giuseppe Garibaldi quien le nombró prodictador de Sicilia, fue parlamentario, Ministro de Obras Públicas, Ministro de Hacienda y Primer Ministro del Reino de Italia. A Depretis se lo conoce como un político de andar cauteloso tanto en política interna como en política exterior; fue quizás el artífice principal del acuerdo firmado en 1882 con el Imperio Alemán y el Imperio Austro-Húngaro conocido como la Triple Alianza; este acuerdo aseguraba a Alemania la neutralidad de Austria en caso de que hubiera una guerra con Francia, garantizaba al Imperio Austro-Húngaro la ayuda de Alemania ante un conflicto con Rusia y daba a Italia el apoyo de ambos imperios ante un posible conflicto con Francia, que por entonces tenía tropas en Túnez. Siendo Ministro del Interior durante el gobierno de Benedetto Cairoli desarrolló una fuerte política proteccionista que favoreció ampliamente a las industrias del norte de la península itálica.

busca el poder como medio para lograr su principal objetivo, formar un Estado laico y democrático. ¿Cómo se propone arribar al objetivo?, poniendo a sus hermanos en la estructura del poder; ahora bien, ¿quiénes fueron o son esos hermanos masones durante el periodo de tiempo del que hablamos?, según suposiciones ellos son: el Conde de Cavour, fundador de la logia “Ausonia”, Benedetto Cairoli^(*), Agostino Depretis, Antonio di Rudini Starabba^(**), Francesco Crispi y nada menos que el mismísimo Giuseppe Garibaldi entre otros.

–Todas las interpretaciones al respecto quedan a tu cargo, como así también las que debas hacer acerca del gobierno actual. ¿He satisfecho tu curiosidad?

–Totalmente Profesor, gracias.

–Eso me agrada de sobremanera.

Giacomo le sonrió y quedó pensativo unos instantes, con la mente puesta en Crispi.

–Profesor, al final sinceramente no advierto en el horizonte cercano un devenir promisorio tal como anhelamos todos.

–¡Ecco fatto! ¡Hai indovinato subito! ¿Era lo que buscabas, no?

(*) Político de izquierda, nacido en Pavia, pequeña ciudad que pertenecía al antiguo Imperio Austro-Lombardo; participó activamente en la revuelta de 1848, fue presidente del Consiglio en dos oportunidades, renunció y se retiró de la vida pública luego de haber sido criticado por su política exterior pro francesa, contraria a los intereses de Italia sobre Túnez.

(**) Político de derecha, perteneciente a la aristocracia, opositor a la Casa de los Borbones, nacido en Palermo de donde fue Alcalde en el año 1864, ocupó igual cargo en Turín en 1866, también fue diputado y Ministro del Interior en 1869, encabezó el gobierno en 1891–1892 y 1896–1898, fue uno de los principales impulsores de la política de acercamiento a Francia, fue obligado a renunciar después de la forma brutal como reprimió los disturbios de Milán.

6

Después de haber trajinado sobre la cubierta de la embarcación durante todo el día bajo el caliente aire del verano, Giacomo se sentó sobre un gran rollo de cuerda situado en la proa para disfrutar de la refrescante brezza del mare que había comenzado a levantarse. Al contrario del suave interminable vaivén de la superficie marina, el cielo mostraba una quietud sobrecogedora, daba la impresión de que hasta las estrellas habían aquietado su titilar.

–La noche está preciosa –dijo Beniamino a medida que se acercaba al contemplativo Memo.

–Es verdad a pesar de la oscuridad que la rodea.

–Es precisamente esa lobreguez la que le da más brillo a la misma.

–Tienes razón, no lo había tenido en cuenta.

Después ambos guardaron silencio y siguieron absortos admirando el cielo.

–¡Capitán, mire qué grande y luminosa es aquella estrella fugaz! ¿Cuál habrá sido su pecado para que el cielo la dejara caer?

–Amigo, ¡qué fantasioso eres!, esa estrella no está cayendo, sólo está navegando para vigilar la inmensidad del firmamento.

Aunque fuera casi imposible de creer, a las doce y veintiocho de la noche, a la misma hora en la que la estrella pasaba por sobre la barca, contra todo pronóstico, y a pesar de la obligada ausencia de su padre y de los temores que habían tenido en vilo a muchos, Lucía vino al mundo, bella, radiante, llena de vida y con la mitad del pan bajo el brazo.

A partir de allí, todo fue alegría ininterrumpida, en la familia todos querían ocuparse de la pequeña.

–Hijo, ahora que ya hemos cumplido con el compromiso religioso del bautismo, quisiera pedirte que te hagas de tiempo para conversar contigo sobre el tema aquel que tenía pendiente con el signor Gulino.

–Papá, si quieres podemos hacerlo ahora, tomamos algunos cannoli y damos un paseo hasta la piazza.

–Benissimo.

Fueron caminando lentamente, Giacomo degustando uno a uno los sabrosos cannoli y Vincenzo deleitando el bien pulido sigaro que le obsequiara gentilmente en una ocasión el tendero turco que visitaba la ciudad de tanto en tanto.

–Aunque no me lo dicen, no ignoro que tu familia así como la de tus hermanos, excepto la de Aurelio, están pasando desde hace un buen tiempo por momentos difíciles, es por ello que siempre estoy atento a lo que se pueda presentar, y por de pronto creo que tengo algo para ustedes...

–Papá, no me ofrezcas nada antes de haberlo hecho primero con mis hermanas –señaló Giacomo, interrumpiendo a su padre.

–Quédate tranquilo, hijo, que de eso me encargo yo, aunque no lo aparente aún soy capaz de ayudar a todos mis hijos. Te lo ofrezco a ti primero, porque eres el que está ausente casi todo el año y porque eres el que mayor número de hijos y de pequeños tiene. Mi deseo como padre es que ustedes que están bastante dispersos vuelvan a agruparse al entorno familiar, porque la familia siempre es el amparo y el sostén de sus miembros.

–Papá, si tú lo dices, yo no soy quién para objetar.

–La pasada semana me enteré que el viejo Gulino estaba necesitando trabajadores para sus tierras; como sabes es difícil encontrar personas que quieran laborar la tierra ajena, y que sean de confianza aún es más difícil.

—¿Entonces, qué?, supongo que no me estarás ofreciendo ese trabajo que nadie quiere hacerlo. ¿Verdad?

—Desde chico siempre fuiste apresurado y por lo visto sigues padeciendo de ese mal, hijo mío. ¿Cuándo aprenderás a no interrumpir a tu padre cuando te está dirigiendo la palabra? ¿Será que no te hemos enseñado suficientemente bien?

—Perdona, papá, lo que ocurre es que cuando crecemos a veces olvidamos que seguimos siendo los mismos hijos de antes para nuestros padres.

—Comprendo, pero siempre que sea por olvido y no por mala educación. Está bien, dejemos eso de lado pero que no se repita, hijo.

—No se repetirá.

—Es verdad que el signor Gulino es un possidente, pero no es uno de esos grandes, de aquellos que casi nunca tienen contacto con sus empleados y que siempre pretextan algo para pagar mal. El signor Gulino no es el típico burgués, aquel que sin tener un oficio es dueño de una gran extensión de tierra y de mucho dinero; este señor es amante de su suelo y de lo producido por él, es como si fuera casi un trabajador más. No sé si eso se debió a que de joven no tuvo ni un palmo de tierra o a que los abuelos de él, que eran unos rústicos labradores griegos que vivían para el trabajo, se lo transmitieron a través del tiempo; lo que sí puedo afirmar es que no es un patrón abusivo.

—Está bien, papá, ¿pero cuál es el trabajo que debe hacerse y qué es lo que ofrece a cambio?

—¡Ah! Eso lo tendrás que averiguar tú mismo, anda a verlo y pregúntaselo.

—¿Pero tú no le has preguntado al que te habló al respecto?

—Si tu padre te dice que vayas a verlo, simplemente hazlo si es que te interesa; si no se lo ofreceré al esposo de tu hermana.

–Claro que iré, papá; no te ofusques conmigo que no tuve ninguna intención diferente a la de indagar un poco más sobre el tema.

–No estoy ofuscado, simplemente pensé que lo estabas rechazando de plano sin analizarlo con detenimiento, recuerda que estas no son épocas para ello.

Memo platicó largamente con su esposa explicándole punto por punto los posibles beneficios que podría traerle este nuevo trabajo, ya que el que tenía en la barca debía dejarlo pronto porque el negocio de Beniamino ya no producía como antes; le aclaró también que el capitán lo tenía todavía a él y a otro compañero, sólo por ser un hombre cuidadoso de sus amigos y hasta tanto pudieran conseguir otro trabajo.

–Ojalá que el empleo que tienes en vista sea lo suficientemente bueno para la familia. Dios lo quiera así.

–Primero el ojalá que me den el empleo, y luego el otro ojalá veremos más adelante –expresó sonriente Giacomo.

–Querido Memo, por de pronto el hecho de que sepamos dónde encontrarte ya es auspicioso, y si se da como lo quiere el abuelo mejor aún, porque Antonio por fin podrá dejar la salina y trabajar contigo aprendiendo un oficio.

–Señora mía, pronto veremos si todo esto será así como lo estamos deseando.

Antes de que tuviera que embarcar de nuevo Giacomo se llegó hasta la propiedad del signor Gulino y pidió al encargado una “entrevista” con el responsable del personal de la finca.

–¿Como para qué? –preguntó el encargado con desagradable altanería.

Giacomo entendía que la desconfianza podría ser algo normal para esos tiempos, pero que la arrogancia despreciativa no cabía y menos aún en boca de un simple empleado, entonces mirándolo a los ojos y con la cabeza erguida, casi desafiándolo le explicó lentamente el motivo de su pedido.

–Deberá regresar mañana bien temprano para hablar con Fermino.

–¿Está bien a las cuatro de la mañana? –preguntó Giacomo con la intención de que el sujeto no lo tomara desprevenido.

–A las seis y treinta –respondió el encargado sin dar muestra de afabilidad.

–A esa hora estaré aquí –contestó Giacomo, al tiempo que interiormente lo maldecía, “magari ti schiacci una bestia”.

Giacomo llegó a su casa echando agua por todos los poros después de la larga caminata bajo el sol.

–¿Cómo te fue en lo del signor Gulino? –le preguntó su esposa.

–Aparte del encargado de la propiedad no pude hablar con nadie.

–¿Hubo alguna razón en particular?

–Ciertamente no sé si fue porque el señor Fermino estaba ausente o porque el scocciatore del encargado simplemente me engañó.

–¿Pero por qué habría de hacerlo?

–Por pedante; el tipo ese cree ser un oficial de la guardia pretoriana o algo así.

–Sigo sin entender por qué lo dices.

–Porque así me pareció, porque estoy harto de que me miren con mala cara cuando pregunto por un empleo, y porque además estoy cansado de las tantas vueltas que hay que dar para que al final te saquen el jugo.

Concetta no dijo una sola palabra, esta vez entendió perfectamente que su adorado Memo estaba nervioso y herido en su amor propio.

Al día siguiente tal cual como había dicho, Giacomo se presentó temprano a la finca y pidió de nuevo al encargado el permiso correspondiente para hablar con el señor Fermino.

–Siga usted por ese camino unos doscientos metros y al final del mismo encontrará la vivienda de Fermino.

Giacomo que no esperaba tanta amabilidad por parte del encargado, quedó tan sorprendido que comenzó a caminar por el sendero indicado sin siquiera dar las gracias de cortesía; cuando se dio cuenta de lo sucedido, reaccionó súbitamente y levantó el brazo en señal de agradecimiento.

–Buenos días, ¿es usted el señor Fermino?

–Está hablando con el mismo.

–Disculpe señor Fermino, me llamo Giacomo Caltrani y me permito molestarle porque me dijeron que están necesitando trabajadores para la finca.

–Es verdad, está usted en lo cierto; si me espera un momento terminaré algo y lo llevaré junto al signor Gulino.

Giacomo se preguntó mentalmente, ¿qué será lo que esta gente necesita para que personalmente el dueño tenga que elegir?, de todos modos ya que estoy aquí veremos lo que acontece y si el empleo no es para mí mala suerte.

Fermino condujo a Giacomo hasta el elevado portón de reja labrada de la entrada al patio delantero de la casa y le dijo que esperara allí hasta que él volviera.

La casa del signor Gulino era una de esas grandes viviendas rurales, exquisitas pero sin mucha suntuosidad, de dos plantas, con ventanales altos protegidos con persianas de madera pintadas de un color marrón oscuro que combinaba a la perfección con el rosa pálido de las paredes, el portal de entrada al cual se accedía a través de una ancha escalinata de seis peldaños, presentaba cuatro columnas lisas de estilo indefinido sobre las cuales se desparramaba artísticamente una frondosa trepadora que en algunas partes casi llegaba al suelo y daba al lugar una agradable sensación de frescura.

Mucho no tardó Fermino en aparecer en la entrada principal y hacerle señas a Giacomo para que se acercara a él.

–Siéntate aquí y espera a que venga el patrón.

–Está bien –respondió y tomó asiento en una panchina.

Al cabo de doce minutos se hizo presente el padrone Gulino y Giacomo se levantó presurosamente como persona bien educada que era.

El dueño de la hacienda era un hombre de estatura más bien alta, de tez aceitunada por el sol y por la brisa marina cargada de iodo y sal, de cabellera y bigote abundante, de contornos bien definidos y blancos como cúmulos.

–¿Usted es...?

–Giacomo Caltrani. ¿Cómo está usted, Señor?

–Muy bien joven, considerando mis años por supuesto. Es verdad que estoy buscando personal para trabajar en mi propiedad, pero para acceder al empleo el postulante debe cumplir algunos requisitos indispensables como ser confiable, ser honesto y estar dispuesto a vivir con su familia en la finca.

–Perdóneme que lo interrumpa, signor Gulino, pero creo que le he hecho perder tiempo, porque yo pensé que podría venir a trabajar y quedarme en la finca con mi hijo Antonio; trasladarme con la familia es imposible, demasiadas dificultades me lo impiden.

–Escúcheme Caltrani, ya que los dos primeros requisitos los tiene salvados, ¿qué le parece si conversamos a ver si llegamos a alguna definición satisfactoria?

–Signor Gulino, estimo que podemos hablar sin inconvenientes, pero me temo que usted está tomando demasiados riesgos al aprobar así tan rápido las primeras condiciones.

–Caltrani, le diré dos cosas para que sepa cómo manejarse conmigo: jamás me tome por ingenuo y nunca me subestime. No tenía intenciones de comentárselo, pero lo haré porque por lo que he podido apreciar usted ignora completamente que yo conozco a su padre lo suficientemente bien como para confiar en un hijo suyo; Vincenzo trabajó conmigo durante muchos años, creo que hasta hicimos buenas migas con él.

–Realmente no lo sabía, mi padre cuando me dijo que en su hacienda necesitaban trabajadores ni siquiera me lo dio a entender.

–Lo supuse. ¿Su hijo es mayor y buen trabajador?

–Antonio es un excelente trabajador hasta en las peores condiciones; imagine que desde hace bastante tiempo es obrero en una salina de Siracusa.

–Esa es una buena referencia. ¿Qué le parece si probamos con usted y su hijo por un tiempo?

–Bajo las reglas que señalé me atrevo a tomar el empleo y dejar el que tengo en la actualidad.

–¿Dónde está trabajando, Caltrani?

–En una barca pesquera desde hace unos años.

–Esa es otra buena referencia. Fermino, trae dos caballos para recorrer el campo. ¿Sabe cabalgar?

–A medias, pero si el mar no me tumbó tampoco lo hará el caballo, es decir no muchas veces.

Cablgaron unos kilómetros hasta llegar a la planicie de un valle, ínterin el signor Gulino fue explicando a Giacomo cuáles eran las condiciones económicas para el puesto de trabajo que él ofrecía.

–¿Ves esa casa que está a la derecha del algarrobo? –le preguntó el señor Gulino tuteándolo.

–Sí señor.

–Esa será tu vivienda mientras trabajes aquí. No es muy grande pero es lo suficientemente aceptable y bonita, y posee en derredor una buena superficie de tierra aprovechable; puedes por ejemplo, la porción que está al lado los perales, los manzanos y las ciruelas, dividirla en parcelas de cuatro por ocho metros y sembrar en ellas bastante tomate, cebolla, lechuga, chicoria, pepino, albahaca y otras hortalizas más que creas necesarias para la alimentación tuya, la de tu hijo y la de cualquier otro familiar que viva con ustedes. Trabajando de ese modo ahorrarás una parte importante del sustento, más aún si lo que

no consumen lo llevas a tu casa cuando vayas en tu tiempo libre.

Caltrani, tu trabajo específico será controlar a los trabajadores de los viñedos y por supuesto cuidar muy de cerca la plantación; tu hijo hará lo mismo, pero en los olivares. Te anticipo que tanto las vides como los olivos son como las niñas de mis ojos, ellas me unen fuertemente con muchas personas queridas.

–Pierda cuidado signor Gulino, esas niñas tuyas también serán mías.

–Me agrada escuchar esas palabras, Caltrani, creo que vamos por buen camino.

–Signor Gulino, ¿puedo pedirle una cosa?

–¿Por qué no?

–Quisiera que me llame simplemente por mi nombre, porque como no estoy acostumbrado a que me llamen por el apellido a veces inconscientemente no respondo, y no quisiera faltarle al respeto.

–Si así te resulta más fácil, trataré de habituarme a llamarte por el nombre.

Giacomo contó a su señora con lujo de detalle todo lo conversado con el signor Gulino y le expresó también su pesadumbre porque si bien estaría trabajando con su hijo, volvería a estar separado del resto de la familia.

–¡Memo! ¡Memo! ¿Pero qué dices, acaso no sabes que el mundo no es como queremos? No todo lo que deseamos lo podemos conseguir a lo largo de la vida, debes contentarte con haber logrado mejorar en algo y pensar que si nosotros ponemos voluntad, de seguro que Dios nos dará la fuerza y la salud para seguir progresando. ¡Hombre, no te amilanes ahora!, no puedes hacerlo, piensa en todos los que están detrás de ti, dependiendo de tu trabajo y de tu ejemplo, creyendo que eres un semidiós que todo lo puede.

–Ya lo sé, pero tengo también derecho a rebelarme contra la realidad que abrumba.

–¿Para qué? ¿Para terminar en una tumba antes de tiempo? Ten presente que nosotros los sicilianos somos un pueblo sufrido pero sabio, sabemos combinar los sinsabores con la alegría; ese don que recibimos como herencia de nuestros antepasados tras miles de años de convivencia con las más extraordinarias civilizaciones, debemos atesorarlo y utilizarlo como una guía ante las adversidades. ¡Sempre, sempre, devi fare fronte alle difficultá!

–Reconozco que tienes razón, pero también tú debes admitir que hace muy bien rabiar y reaccionar contra la forma de vida que nos obligan a llevar.

–¿Cuándo comienzas tu nuevo trabajo? –preguntó Conchetta, desviando inteligentemente el tema de conversación.

–Después de hablar con Beniamino.

–Aunque sé muy bien que no hace falta que te lo diga, recuerda agradecer como es debido por todo lo que ha hecho por nosotros ese buen amigo.

–Asimismo como lo dices, no hace falta que me lo digas.

Sin perder tiempo, Giacomo fue a Siracusa, trajo a su hijo Antonio, visitó a su padre para ponerlo al tanto de todo y se llegó hasta el puerto a esperar al capitán Beniamino. A la semana padre e hijo estaban trabajando en la hacienda.

–Giacomo, como te dijera aquella primera vez, pon especial atención a los viñedos y al olivar. Es bueno que sepas que tanto la vid como el olivo tienen una historia propia, son seres vivos, con espíritu como cualquiera de nosotros; acéptalos de esta forma y con el tiempo aprenderás a escucharlos y hablar con ellos. Imagina si tendrá historias que contar la vid que desde hace cerca de cuatro mil años antes de Cristo ya “habitaba” en dos de los principales núcleos de civilización urbana, la antigua Mesopotamia, tierra madre del Imperio Persa, y la China de P’an Ku y de los soberanos celestiales, que fue venerada

como símbolo de vitalidad por los Celtas y que fue cultivada por el gran Faraón egipcio Ramsés III. Esta noble planta, porque para mí es insolente llamarla arbusto, en su trajinar por el mundo junto con su espíritu mágico de Egipto pasó a Creta, de esta isla fue a Grecia en tiempos en que la misma era el mayor centro cultural y comercial del mundo, y por ende el foco hacia donde todos dirigían sus miradas tratando de emularla incluso en su estilo de vida, en la que por cierto abundaban los mitológicos festivos en donde fluía sin cesar el vino, de allí llegó a nuestra “Sicilia Griega”, y de aquí se expandió a toda Europa. Así como la ves, con el tronco retorcido, con sus vástagos nudosos, casi exenta de sublime belleza, produce un elixir como ninguna otra, una bebida que ha revuelto la cabeza de muchos grandes de la humanidad; la vid es una verdadera joya de la naturaleza.

Mis viñedos tienen cepas griegas y sicilianas que dan un invalorable producto exclusivo de la región; por ello estoy y estamos moralmente obligados a preservar su valor biológico para no cometer un crimen por el que nos puedan reprochar las futuras generaciones.

“Al piú presto devi imparare a fare il impianto, la cimatura dei tralci, la legatura della vegetazione, il diradamento dei grappoli e dei germoli, la legatura dei tralci, il controllo delle infestanti, la vendemmia e altri lavori piú importante nei vigneti”.

—No se preocupe signor Gulino, yo se lo enseñaré tan rápido como usted lo quiere —intervino Fermينو.

—Eso espero, Fermينو. Giacomo, aunque te pueda parecer fastidioso mañana en algún momento hablaremos algo acerca del olivo; en mi hacienda toda persona que oficie de responsable de operarios antes de iniciar su labor debe tener un conocimiento previo de las actividades que deberá fiscalizar, además todo nuevo conocimiento sobre el tema es importante y nunca está por demás. El historiador Tucídides, reconocido por su

objetividad hace siglos, ya decía que los pueblos del Mediterráneo salieron de la barbarie cuando aprendieron a cultivar y a conocer la vid y el olivo.

–Como usted diga, señor.

Grecia, por antonomasia y tradición histórica, cuna del vino y tierra de Bakkhos, dios del vino y de la vegetación, divinidad mitológica que enseñó a los habitantes del Mediterráneo a cultivar la vid, a pesar de sus excelentes cepas autóctonas que le permiten elaborar vinos de gran calidad, perdió su preponderancia ante otros países, aparentemente porque dificultades en la producción y en la comercialización le impiden producir a gran escala para disminuir costos y vender a precios competitivos. En la actualidad se cultiva la vid principalmente en Tesalia, en Epira, en Creta, en el Peloponeso, en Macedonia, en el Dodecaneso, en la isla de Eubea y en las Islas del Mar Egeo; sus principales variedades de uvas blancas autóctonas son: Asirtiko, Debina, Malvasia, Aziri, Roditis, Savatiano y Vlana, y sus principales variedades de uvas tintas son: Kotsifali, Krasako, Limnio, Negovska, Mandilaria y Xinomavro.

Sicilia, cuya tradición vitivinícola se remonta al tiempo de la dominación griega, al contrario de ésta, tiene vinos comerciales que por excelencia y calidad superior cada vez adquieren mayor preeminencia en el mercado; estos vinos son tan buenos como los vinos exclusivos llamados “de la casa”, los que califican como excepcionales y cuya producción casi nunca supera algunos cientos de botellas. Los viñedos se encuentran agrupados en doce regiones (incluidas las islas de Lipari y Pantelleria), distribuidas en las provincias de Agrigento, Trapani, Palermo, Messina, Catania, Siracusa, Ragusa, Caltanissetta y Enna. Según afirman algunos enólogos, la denominación de origen (DO) tiene poca importancia en algunos vinos sicilianos porque a veces esta calificación no está relacionada con la cali-

dad; es interesante acotar que en las zonas vinícolas jóvenes, las características de las variedades de uva prevalecen sobre las sustentadas en el origen geográfico. Según el enólogo Atilio Scienza, las cepas autóctonas sicilianas encontradas en una reciente investigación son la Alzano, Barbarossa, Bottone Gallo, Grecau, Dolcetta, Dunnuni, Grossonero, Maialina, Mannella Nera, Monsonico Nero, Ibisu, Nivureddu, Precoce, Prunesta, Racineda, Recunu, Regina, Rosata, Tallone, Verbo Rosso, Visparola, Zu' Matteo, Zuccarato, Inzolia Nera, Racina di Vento, Rucignola, Fiore d'Arancio y Cornicchila. Otras variedades de uva cultivadas, algunas desde hace siglos, son la Cataratto Bianco, Catanese Bianco, Gaglioppo, Greco, Grillo, Malvasia, Zibibbo, Inzolia, Muscat, Nerello, Nero d'Avola, Pignatello y Primitivo.

Algunos de los vinos sicilianos más publicitados son el "Tinto Conubio", hecho totalmente con la variedad "Nero d'Avola" y fermentado en barriles de roble, el "Tuscé Bianco", hecho con uvas de la variedad Chardonnay y terminada su fermentación en recipientes de madera antes de su embotellamiento, el "Alcalir Bianco", hecho con uvas de la variedad Inzolia, afinado durante seis meses en recipientes de madera, el "Alcalir Rosso", hecho con uvas de la variedad "Nero d'Avola" y fermentado durante ocho meses en barriles de roble, el "Odisseo Bianco", hecho con mezcla de uva Inzolia, Malvasia y Trebbiano, "madurado bajo el sol caliente, mitigado por la brisa del mar" y añejado durante cuatro años; el "Marsala", por ser quizás el más antiguo y más prestigioso de todos, es merecedor de un comentario especial; la primera etapa de producción del Marsala data del año 1790 y su afianzamiento del 1830, cuando Vincenzo Florio, "padre" de los bodegueros sicilianos, fundó la más grande elaboradora del vino Marsala. Es un vino de aperitivo y de postre, dulce, fortificado, hecho por lo general de una mixtura de uvas entre las que se encuentran las uvas blancas Cataratto, Grillo, In-

zolia y Damaschino, y las uvas negras o tintas, Pignatello, Nerello Mascalese y Nero d'Avola, añejado en barriles de roble, según su calificación hasta por cinco años; durante su envejecimiento el vino es trasvasado parcialmente varias veces de manera a que se pueda obtener una mezcla correcta de los vinos de las diferentes cosechas; según el porcentaje de azúcar contenido es clasificado como Secco, Semisecco y Dolce y según su tiempo de añejamiento, como Fino, Superior, Reserva, Vergine, Vergine Stravecchio y Speciali.

Los vinos varietales sicilianos, es decir aquellos que tienen el aroma característico de la cepa, hechos exclusivamente con una única variedad de uva, son también muy apreciados en los mercados nacionales e internacionales.

—Antonio, así como me lo encomendó a mí te lo encargo yo, debes prestar mucha atención a tu trabajo; para el signor Gulino los viñedos y los olivares no son simples plantaciones, él ama a la vid y al olivo, dice que son plantas bendecidas que sobrevivieron al diluvio porque Dios lo quiso así; me contó que cuando el arca reposó en los montes de Ararat, el Patriarca Noé envió una paloma para ver si las aguas habían bajado, y que cuando el ave regresó traía en el pico una hoja de olivo; me dijo también que Noé después que terminó la inundación plantó una vid y que en una ocasión bebió hasta embriagarse con el vino que había hecho con sus uvas; el patrón está convencido de que son plantas que traen bonanza porque así dice que escribió un “sabio griego” cuyo nombre ahora no recuerdo.

Con el correr de los meses Antonio fue aprendiendo cómo preparar los plántones y las semillas para dejarlos prontos para el trasplante, cómo elegir y efectuar los injertos, cómo trabajar con los acebuches^(*), cómo y cuándo llevar a cabo las labores

(*) Es un olivo silvestre, de talla más pequeña que los olivos cultivados, provisto de espinas y crece en diversos tipos de suelos formando matorrales con otras plantas arbustivas como el lentisco y el madroño.

culturales en olivos recién plantados, en los jóvenes y en los adultos, qué hacer durante el periodo de floración y fructificación, cómo efectuar la recogida a la manera tradicional, con la técnica del vareo^(*) y con el uso de rasquetas^(**), cómo realizar la poda de formación y la poda de producción; lo curioso fue que a pesar de ser un muchacho inteligente, la identificación de algunas plagas del olivo como la “cocciniglia mezzo grano di pepe”, el “rodilegno giallo dei fruttiferi”, la “tignola dell’olivo” y el “cottonello”^(***) le resultó harto difícil. Más tarde su deseo de progresar a través del conocimiento despertó su interés por aprender todo lo concerniente a la producción artesanal del aceite, cosa que logró yendo innumerables veces en sus momentos libres a trabajar sin salario, a la pequeña factoría.

La historia del olivo y las leyendas sobre el mismo, presentan a grandes rasgos similitudes con las de la vid; cultivado desde hace cinco mil años, no se sabe a ciencia cierta su origen geográfico, algunos historiadores concluyen que es originario de Persia y varios otros del Valle del Nilo o del Valle del Jordán; lo cierto y lo concreto es que los fenicios lo introdujeron a Grecia, en donde una vez que advirtieron las muy convenientes múltiples facetas de su principal producto, lo protegieron con leyes que pena-

(*) La forma tradicional de recogida de las aceitunas era dejándolas madurar hasta que cayeran solas para recogerlas del suelo; la técnica del vareo consiste en golpear las ramas con una vara para hacer caer los frutos sobre una malla colocada alrededor de la planta.

(**) Es una plancha delgada de metal con mango de madera que se usa para restregar los frutos y hacerlos caer.

(***) “Cocciniglia”, insecto de 2 a 4 mm, que se adhiere en gran número sobre la superficie del olivo por medio de sus piezas bucales y chupa la savia destruyendo la planta; “rodilegno giallo dei fruttiferi”, larva de aproximadamente 60 mm, que cava galerías en las ramas y en los troncos jóvenes; “tignola dell’olivo”, insecto de 14 mm que ataca al fruto joven antes del endurecimiento del hueso; “cottonello”, insecto con alas de color ahumado que puede provocar el aborto floral.

ban incluso con el destierro a todo aquel individuo que osara arrancar más de dos olivos. Es una planta longeva, su mejor etapa productiva se inicia después del centenar de años, puede llegar a tener hasta diez metros de altura, es característica de los países cálidos del Mediterráneo, y a pesar de crecer en casi cualquier tipo de suelos permeables y clima, no da frutos en zonas tropicales que carecen de frío invernal y donde no existe una variedad de temperaturas adecuadas a sus diferentes etapas de desarrollo; las temperaturas medias óptimas para la brotación y la floración están comprendidas entre los 2° y 12°C, el desarrollo de los frutos requiere de unos 20° C y la maduración de aproximadamente 16° C; el aceite de oliva o Az-zeit para los árabes, era empleado en diferentes áreas como la alimenticia, la cosmética (protector de la piel) y la iluminación (combustible de lámparas), era de fácil almacenaje y transporte. Todas estas cualidades contribuyeron a su rápida expansión por todos los países del Mediterráneo.

Sicilia fue la primera en cultivarlo a gran escala y fue la “responsable” de su difusión por todas las regiones meridionales de la península.

El promedio de la producción mundial de aceite de oliva en el periodo 1991/ 2000 fue de 2.149.256 Tm, de las cuales España produjo el 31,3%, Italia el 26,1%, Grecia el 17%, Túnez el 8% y Siria el 4,3%, mientras que en el año 2003, España produjo el 44%, Italia el 20%, Grecia el 13%, Túnez el 2% y Siria el 7%. Italia consume aproximadamente el 30% del total de aceite que produce.

Del total de aceitunas producidas mundialmente, en promedio, aproximadamente el 95% se destina a la elaboración de aceite y el 5% al consumo en fresco.

Las regiones sureñas de Puglia (Brindisi, Foggia, Lecce, Tarento), Calabria (Catanzaro, Cosenza, Regio di Calabria), Campania (Nápoles, Avellino, Benevento, Caserta, Salerno) y Sicilia (10%) producen aproximadamente el 85% del aceite de oliva italiano. El cultivo del olivo

en la gran Isla conoció de altibajos a lo largo del tiempo, en razón de que los “conquistadores y gobernantes” que pasaron por ella, tuvieron visiones diferentes respecto al cultivo, algunos como los romanos y los españoles lo impulsaron fuertemente, mientras que otros lo frenaron por diversos motivos, no obstante esas circunstancias el cultivo y la fabricación del aceite en sí mismo se enraizaron profundamente en la cultura del pueblo, a tal punto que hasta hoy en día, según se puede leer en diversos escritos, se utiliza idéntica o similar terminología a la de épocas pasadas para designar los procesos, los utensilios, las herramientas e incluso a las personas o grupos que trabajan en la elaboración del aceite; así al conjunto de operarios contratados para la recogida de la aceituna y para la molienda se los sigue denominando “chiurma”, al responsable del grupo que se encarga de la molienda se lo llama “Mastru ri chianca”, el operario que se ocupa de la árgana, especie de grúa que se usa para levantar cosas pesadas, se lo conoce como el “tira in punta”, a la operación de pesaje de la aceituna se la llama “scuffata”, a la moledora se la denomina “trappitu” y a la vasija de arcilla cocida que sirve para contener el aceite se la conoce como “giarra”, palabra que deriva de “dgiarrah o giarrah”, palabras de origen árabe que le dan nombre a un vaso grande de arcilla utilizado en la antigüedad para contener agua.

Las variedades más reconocidas cultivadas en Sicilia son la “Tonda Iblea”, “Nocellara del Belice”, la “Nocellara Enea”, la “Giarraffa” y la “Moresca”.

Gran número de los aceites de oliva sicilianos son rigurosamente elaborados y cumplen con todas las normas exigidas para llevar en sus respectivas etiquetas la denominación de origen (DOP); este denominativo permite establecer sin lugar a dudas el área de producción de donde provienen las aceitunas, la variedad de la misma y el método utilizado en la producción del aceite, requisitos todos que protegen y avalan la calidad del producto; así,

según se lee en varias publicaciones como “Olio Iblei”, “Disciplinare di produzione della denominazione di origine controllata dell’olio extravergine di oliva Monte Iblei”, “Infolivo”, “COI”, “CSI” y “Olio Sicilia”, la denominación “Valle del Belice DOP” indica que el aceite proviene de olivos cultivados en los territorios de la provincia de Trapani, específicamente en las comunas de Castelveltrano, Campobello di Mazara, Partanna, Poggioreale, Salaparuta y Santa Ninfa, que el aceite es elaborado con aceitunas de la variedad “Nocellara del Belice” en su mayor parte, y con aceitunas de las variedades Giarruffa, Cerasuola, Santagatese y Biacolilla en menor medida, y que el mismo al ser consumido debe presentar un sabor medianamente intenso a fruta; la denominación “Valli Trapanesi DOP” indica que el aceite proviene de los cultivos de las comunas de San Vito lo Capo, Castellammare del Golfo, Alcamo, Calatafimi, Salemi, Paceco, Buseto, Palizzolo, Erice, Marsala, Mazara del Vallo, Poggioreale, Custonaci, Gibellina y Vita, que el aceite es elaborado con aceitunas de las variedades “Cerasuola” y “Nocellara del Belice” en un porcentaje no menor al 80%, y que al ser consumido debe tener un sabor frutal con algo de amargo y picante; la denominación “Val di Mazara DOP” especifica que el aceite proviene de los olivos de todas las comunas de la provincia de Palermo y de las comunas de Alessandria de la Roca, Bivona, Calamonaci, Caltabellotta, Eraclea, Lucca Simula, Menfí, Montallegro, Sambuca di Sicilia, Santa Margherita del Monbelice, Sciacca y Cianciana, pertenecientes a la provincia de Agrigento, que el aceite es elaborado solamente con aceitunas de las variedades Biancolilla, Nocellara del Belice, Cerasuola y Ogliarola Messinese, o con mezcla de otras variedades de la zona siempre que no excedan el 10%, y que al ser consumido debe presentar un aroma de almendras y sabor dulce aterciopelado; la denominación “Valdemone DOP” indica que el aceite es elaborado con aceitunas de las varieda-

des Santagatense, Ogliarola Messinese y Minuta, solas o mezcladas en no menos del 70%, provenientes de las comunas de la provincia de Messina, exceptuando las de Floresta, Moio Alcántara y Malvagna, y que al ser consumido debe presentar un aroma a aceitunas recién recogidas; la denominación “Monte Enna” señala que el aceite es elaborado con aceitunas de olivos cultivados en las comunas de Adrano, Belpasso, Biacavilla, Bronte, Camporotondo, Etneo, Castiglione di Sicilia, Maletto, Maniace, Paterno, Randazzo y San Pietro Clarenza de la provincia de Catania, en las comunas de Malvagna, Alcántara, Rocella Valdemone y Santa Domenica Vittoria, de la provincia de Messina y en Centuripe de la provincia de Enna, que las variedades que se utilizan en la elaboración son la Nocellara Etnea en un mínimo del 65%, y la Moresca, la Tonda Iblea, la Ogliarola Messinese, la Biancolilla y Castiglione en porcentajes máximos del 35%, y que al ser consumido debe tener un ligero sabor a fruta con algo de amargo y picante; la denominación “Monte Iblei DOP” indica que el aceite de oliva extravergine proviene de los frutos de olivos de los Montes Iblei, conjunto de alturas de relieve montañoso que incluye a las provincias de Ragusa (Acatte, Comiso, Chiaramonte, Gulfi, Giarratana, Modica, Monterosso Almo, Ispica, Ragusa, Santa Croce Carmerina, Scicli, Vittoria), Siracusa (Buccheri, Buscemi, Canicattini, Bagni, Carlentini, Cassaro, Francofonte, Lentini, Melilli, Pachano, Palazzolo Acreide, Noto, Rosolini, Siracusa, Solorino, Sortino) y Catania (Caltagirone, Grammicelle, Licodia Eubea, Mineo, Vizzini, Mazzarone); esta denominación acompañada de la mención geográfica “Monte Lauro” indica que el aceite extravergine es elaborado con aceitunas de la variedad Tonda Iblea en no menos del 90%, pudiendo admitir mezcla de hasta un 10% de otras variedades; acompañada de la mención “Val d’ Anapo” indica que el aceite extravergine es elaborado con aceitunas de la variedad Tonda Iblea en no menos del 60%, pudiendo

admitir mezcla de hasta el 40% de otras variedades; acompañada de la mención “Val Tellaro” indica que el aceite extravergine es elaborado con aceitunas de la variedad Moresca en no menos del 70%, pudiendo admitir mezcla de otras variedades hasta un máximo del 30%; acompañada de la mención “Frigantini” indica que el aceite extravergine es obtenido de aceitunas de la variedad Moresca en no menos del 60%, pudiendo admitir mezcla de otras variedades hasta en un 40%; acompañada de la mención “Gulfi” indica que el aceite extravergine es elaborado de aceitunas de la variedad Tonda Iblea en no menos del 90%, pudiendo admitir mezcla de otras variedades hasta en un 10%; acompañada de la mención “Valle dell’Irminio” indica que el aceite extravergine es obtenido de aceitunas de la variedad “Moresca” en no menos del 60%, pudiendo admitir mezcla de otras variedades hasta en un 40%; acompañada de la mención “Trigona–Pancali” indica que el aceite extravergine es elaborado con aceitunas de la variedad “Nocellara Etnea” en no menos del 60%, pudiendo admitir otras variedades hasta en un 40%; acompañada de la mención “Palatino” indica que el aceite extravergine es elaborado con aceitunas de la variedad Tonda Iblea en no menos del 60%, pudiendo admitir otras variedades hasta en un 40%. Los aceites de oliva extravergine “Monti Iblei”, “Monte Lauro”, “Val d’ Anapo”, “Vall Tellaro”, “Valle dell’Irminio”, “Catalino” y “Trigona–Pancali”, en términos generales, al ser consumidos presentan un suave aroma a fruta y a hierba, y un sabor débilmente picante, en cambio los aceites extravergine “Monti Iblei”, “Frigantini” y “Gulfi”, al ser consumidos presentan un aroma intenso a fruta y débil a hierba, y un sabor medio picante. La acidez de todos ellos está encuadrada dentro de los parámetros de clasificación de los aceites extravergine.

- ¡Antonio!
- Te escucho, háblame.
- ¡Ma que te escucho, ni te escucho! ¡Te estoy llamando, ven aquí!
- Disculpa papá, voy súbito –respondió Antonio mientras apuraba el paso.
- Ahora sí, escucha hijo, entiendo que la poda seca terminan el jueves. ¿Es así?
- Precisamente como tú lo dices.
- Bien, entonces pediré permiso por ti al signor Gulino para que puedas salir el viernes pasado el mediodía.
- ¿Y luego qué?
- Quiero que vayas a casa a decirle a tu madre que apronte a todos para ir a la casa del abuelo Vincenzo.
- ¿Cuándo?
- Hijo, quiero pensar que a medida que trabajas más tiempo bajo el sol, más rápido se te va la memoria; cosa rara porque nunca he visto nada igual.
- Scusi babbo, ¿no lo estarás diciendo en serio?
- Fue sólo una broma, pero algo hay que decirte para que despiertes más pronto; no me gustaría ver que alguien te madrugase.
- Siempre habrá alguno, nunca nadie aprende todo lo necesario.
- Es verdad, pero procura que ese “alguno” no te sorprenda muy joven.
- Magari avessi piú tempo.

–Nunca tendrás más tiempo del que existe. Aprovéchalo más y ganarás muchas batallas.

–¿Sabes papá?, en ocasiones me da mucho placer la manera en que me enseñas.

–Eso es bueno porque mientras te cause placer estás dispuesto a aprender. ¿En qué estábamos antes de esto?

–¡Papá, creo que a ti también el sol te dejó algún rastro!

–Si no fueses ya casi un hombre, lo dicho te costaría una zurra, muchacho. ¿Olvidaste que el veinte es el cumpleaños del abuelo?

–¡Es verdad! Si el abuelo se enterara, con razón me daría una reprimenda; me parece escucharlo, ¡muchacho, eres duro para aprender lo que se te enseña durante toda una vida! ¿Acaso no sabes que bajo ninguna circunstancia debes dejar de tener presente en la memoria todo lo que atañe a la familia? ¡El olvido significa dejar de sentir afecto, y sin el afecto de tus familiares jamás llegarás muy lejos! ¡Tu olvido es más que injustificable, mi querido nieto!

–Hijo, cuanto más estés presionado por la vida, más olvidos injustificables tendrás que vencer.

Apenas terminadas sus ocupaciones, Antonio se dirigió prestamente al establo, tomó el caballo y con el cariño de un niño le colocó la brida atendiendo a que todo el dispositivo de correas y metales, en especial el bocado, la quijadera y las riendas quedaran perfectas para no dañar a su “noble amigo”, otro tanto hizo al ponerle la collera de pecho, la gamarra, la barriguera y la grupera; una vez concluida la tarea, asió al animal y lo llevó hablándole al oído y dándole suaves palmadas en el musculoso cuello hasta el carro que el padre había adquirido en tiempos mejores, y allí cuidadosamente lo enganchó entre las varas. Terminado el trabajo se dio un remojón en el baño, se dirigió junto al padre y le dijo que estaba listo para partir.

–Hijo, presta atención al camino y trata de llegar a casa antes de que oscurezca; yo estaré por allá el sábado bien temprano.

Como pocas veces ocurre en la vida real cuando una familia es numerosa, la ida a la casa de los abuelos no tuvo retrasos ni contratiempos, estuvieron ausentes los rezongos y las discusiones de los más pequeños y el “dense prisa que se hace tarde” de los mayores.

Durante todo el día el alegre alboroto fue intenso, los niños no pararon un solo instante y las madres tampoco dejaron de gritar, ¡fulanito deja eso!, ¡menganito no juegues así que te puedes lastimar!, ¡perengano, si no haces lo que ordeno, se lo cuento a tu padre! Toda advertencia era en vano, pues no era racionalmente posible detener a tantos traviesos que se encontraban muy de vez en cuando y más todavía cuando que en ese día no faltaron al cumpleaños del abuelo, ni los hijos de la tía Alicia, ni los de la tía Giuseppa, ni los del tío Aurelio.

–Giacomo, te pregunto a ti porque a Aurelio siempre lo tengo cerca, ¿cómo va todo, hijo?

–Pienso que nuestra mesa de cumpleaños nos lo dice todo.

–¿Qué cosa dice para ti? ¿Te faltó algo?

–Nuestra mesa es buena, no nos podemos quejar papá, pero si la miras bien te darás cuenta que no es la misma de antes; aún conserva el calor familiar, pero ya no se destaca por la abundancia y no estoy hablando de excesos, porque eso nunca lo tuvimos, no somos gente de derroche.

–Es razonable lo que dices –apuntó Aurelio.

–Claro que lo es, hermano, hoy en día nos es mucho más difícil llenarla entre todos mientras que hasta hace algunos años papá solo podía hacerlo.

–Pero comemos, hijo, debemos estar agradecidos por ello.

–Es verdad, hay gente que a duras penas puede conseguir para el sustento, pero el sustento no lo es todo. Recuerda que los hijos crecen más rápido de lo que imaginamos y tenemos

obligaciones precisas para con ellos; aparte de la alimentación debemos vestirlos, atender su salud y educarlos lo más que se pueda, y yo por lo menos hoy por hoy ni con la ayuda de Antonio no puedo cumplir con todos esos compromisos.

–Es un sufrimiento oír lo que dices, pero es cierto, hijo.

–No deberíamos desesperarnos, quizás en poco tiempo mejoren algunas cosas; tantas ya han cambiado que yo abrigo aún esperanzas.

–Ojalá viera las cosas tal como las ves tú, Aurelio, pero me parece que nunca las veré de ese modo porque tu situación es muy diferente a la mía; tú estás recién casado y sólo tienes dos niños pequeños, eso te da un margen aceptable de tiempo para esperar los cambios.

–Hijo, dime entonces qué piensas hacer.

–Si lo supiera no estaría tan preocupado; por de pronto seguiré trabajando como Aurelio, pero sin las esperanzas que él tiene y trataré de absorber como pueda la intranquilidad de no poder brindarles una oportunidad a mis hijos, especialmente a los mayores que son los que más lo necesitan ya mismo.

–Giacomo, te repito lo que te dije antes, como padre me enturbia el espíritu lo que dices y me rompe el corazón al igual que a ti no poder hacer nada por un hijo.

–Padre, tú ya has hecho todo por nosotros, no dejes que te aprisione la tristeza.

–Me honra lo que dices, pero todos ustedes saben que desde que nacen hasta que vuestra madre y yo muramos siempre serán los mismos hijos de siempre, los niños por los que nos desvelaremos toda la vida.

–Hermano, piensa que ahora estará como “capo” del gobierno un paisano, un siciliano, uno de los nuestros, uno que conoce a la perfección nuestra idiosincrasia, nuestra capacidad de trabajo y nuestros eternos problemas; un hombre instruido al que no podrán pasarlo por encima, un hombre comprometido con los cambios.

–¿Con qué cambios?

–Con los que hará cuando llegue a la presidencia del consejo, con aquellos cambios que prometió cuando era diputado, ¿recuerdas? Las reformas institucionales necesarias para cambiar el Estado. Hoy tenemos más y mejores perspectivas que ayer.

–Esperemos que sea como tú dices, porque de lo contrario pronto tendremos que comer lo que encontremos, es un decir, pero no estaré errado si digo que pronto los que quedemos sólo sobreviviremos sobre esta tierra; recuerda cómo tenía abiertos los ojos el cura párroco el domingo pasado, cuando contó que más de tres millones de italianos emigraron a otros países desde inicios del Reino de Italia debido a las dificultades económicas, y que probablemente en los últimos años el mayor porcentaje haya sido de compatriotas del sur.

–Recuerdo, pero lo que no sé es de dónde obtuvo esas cifras.

–La Iglesia siempre está bien informada.

–No lo dudo.

–Yo tampoco, por eso a veces rezo para que las cosas cambien en beneficio de todos.

–Dios te oiga, hermano.

Los años, por lo duros que fueron, pasaron lentamente durante el primer ciclo de gobierno (1887-1891) del paisano Francesco Crispi(*).

Francesco Crispi asumió la Presidencia del Consejo después de la muerte de Agostino Depretis, justo en medio de problemas internacionales causados por conflictos internos de países en los cuales las potencias europeas, por los intereses que tenían en ellas, se veían indefectiblemente involucradas. Vien-

(*) Abogado y político italiano, nacido en Ribera (pequeño pueblo del suroeste de Sicilia) en 1818 y fallecido en la ciudad de Nápoles en 1901; formó parte de la élite política italiana de la época y como tal condujo los destinos del Reino de Italia durante los periodos 1887-1891 y 1893-1896. Se involucró en los asuntos públicos desde muy joven, se inició en el mundo de la política cuando entró en contacto con sectores del liberalismo y empezó su ascenso con la llegada de la izquierda al poder en 1876; su fase de hombre de lucha se evidenció con su participación en la insurrección siciliana de 1848, en la revuelta de 1853 dirigida por el patriota unionista Giuseppe Manzini y en la revolución de 1860 de los Camisas Rojas dirigidos por el nacionalista Giuseppe Garibaldi. Fundó, dirigió y colaboró con periódicos comprometidos con las reivindicaciones sociales y políticas (“L’Apostolato”, “La Valigia”, “Il Precursore”) y conoció el exilio en muchas oportunidades. Definido por sí mismo como un político de izquierda y partidario de la autonomía política en cuestiones referidas a alianzas, trabajó de cerca con republicanos y monárquicos, con quienes tuvo compatibilidades y desavenencias. Su carácter duro, temperamental y su accionar controversial le proporcionó innúmeros enemigos de diferentes ideologías, que con la finalidad de desprestigiarlo para posteriormente abatirlo políticamente lo censuraron e imputaron tanto de fruslerías como de errores substanciales (fue acusado de bigamo, megalómano, dictador, etc.). Esencialmente fue figura principal en el diseño e implementación de las leyes de reformas comunales, provinciales, de seguridad pública, de emigración, de higiene pública, del código penal, etc., en los acuerdos aliancistas con Alemania y Austria y en la política de expansión colonial italiana.

do que las crisis producidas eran potencialmente peligrosas porque podían cambiar el mapa geopolítico de la región e impactar directamente sobre los intereses del Reino de Italia, el Primer Ministro decidió defenderlos a como dé lugar y se dedicó de lleno a planificar y dirigir la política exterior italiana. En este contexto las prioridades establecidas fueron las de evitar la expansión rusa hacia Europa Occidental y cuando menos dificultar las intenciones francesas sobre el continente africano.

Uno de los primeros conflictos que contrapuso los intereses de las grandes potencias fue la disputa por el trono de Bulgaria, que tuvo su comienzo en 1876 cuando Rusia se involucró en la lucha (con la intención de poner un pie en el sureste de Europa) entre los rebeldes búlgaros y los ocupantes turcos, declarando la guerra a Turquía, a quien venció y obligó a aceptar la división de Bulgaria en un Principado Autónomo independiente de los turcos y en una Provincia Autónoma bajo el control de los turcos otomanos, división que duró hasta la rebelión de 1885, fecha en la que volvieron a unirse las dos partes de Bulgaria a pesar del inexplicable desagrado de Rusia, que decía promover y defender la unificación de los pueblos eslavos. Alejandro de Battenberg, soberano del principado autónomo, fue compelido por los rusos a abdicar, entonces no obstante la explícita oposición de Rusia y Francia, la Asamblea búlgara apoyada por Inglaterra y Austria nombró en su reemplazo a Fernando de Sajonia-Coburgo-Gotha.

Italia, aliada al Imperio Alemán y al Imperio Austro-Húngaro por el Tratado de la Triple Alianza de 1882, dio su respaldo a Fernando de Sajonia-Coburgo-Gotha coaligándose de hecho con Inglaterra, a quien propuso un pacto militar para el caso de una confrontación armada.

Controlada por en cuanto las ambiciones rusas, el gobierno de Crispi prestó cuidado a los movimientos imperialistas de Francia en el norte de África, donde ésta tenía muy bien asentadas sus tropas, especialmente en Tunicia y Argelia, ya que lue-

go de la firma del Tratado de Kasser Said de 1881 Tunicia pasó a ser un protectorado francés^(*) y Argelia conquistada militarmente en 1830 fue anexada a Francia.

El antagonismo constante con Francia llevó a un mayor acercamiento del Ministro Crispi al Canciller del Imperio Alemán Otto von Bismark, experimentado político prusiano contrario a la política francesa. Este hecho que elevó el grado de enemistad de Francia, sumado a los problemas que se suscitaban con los italianos en Austria, indujo a los opositores que deseaban un mejor relacionamiento con los franceses, a criticar duramente al Presidente del Consiglio. Con la intención de aplacar la tirria que le tenían sus adversarios, Crispi en un mitin político realizado en la ciudad piemontesa de Turín, explicó que su política exterior e interior tenía objetivos pacíficos y de no confrontación porque era un convencido de que sólo por medio de la paz se podía lograr el equilibrio europeo y reorganizar el país para que los sectores productivos pudieran desarrollarse.

Las anheladas leyes necesarias para las reformas del Estado, comenzaron a hacerse realidad con la aprobación en el Parlamento de los proyectos de las leyes respectivas a comienzos de 1888, dando la impresión de que se avecinaban profundos cambios en la desacomodada estructura estatal, cosa que en la realidad no aconteció, y para peor varias de las leyes sancionadas no tuvieron aceptación o impacto positivo en la población debido a su contenido coercitivo o inaplicabilidad inmediata, como la ley sobre la seguridad pública y la ley sobre la sanidad pública aprobadas a fines de 1888. La primera de ellas obligaba por igual a los espectáculos teatrales, a los trabajadores itinerantes y a los organizadores de cualquier acto o reunión pú-

(*) Los “derechos” de Francia sobre Tunicia fueron reconocidos por los británicos a cambio de que Francia le permitiera ocupar la isla de Chipre (Congreso de Berlín de 1878).

blica a avisar a la policía con 24 horas de anticipación, y otorgaba a las autoridades el poder necesario para prohibir su realización invocando razones de higiene y/o de orden público e incluso de disolverlos por la fuerza en caso de que pusieran en situación de peligro a los poderes del Estado, la segunda si bien constituyó un paso en firme hacia la reforma de un sistema sanitario preferentemente orientado hacia la higiene pública y no hacia la medicina de sanidad pública como requerían los nuevos tiempos, llevarla a cabo dependía de decisiones políticas y económicas del gobierno central, de las autoridades provinciales y de los gobiernos municipales de comunidades, muchas de ellas caracterizadas por su estado de pobreza endémica, acostumbradas por necesidad a depender de instituciones caritativas y de la beneficencia pública para atender su salud, carentes de una adecuada infraestructura edilicia y equipamiento hospitalario, sin sistemas de alcantarillado y de desagüe cloacal para la eliminación de las aguas servidas y cuyos “mandos” de sanidad estaban más capacitados y habituados al control de epidemias infecto-contagiosas que a atender las enfermedades consideradas normales, las que a veces elevaban la mortalidad infantil hasta en un cincuenta por ciento.

Las leyes referentes al código penal, que unificaban todas las legislaciones vigentes y la ley de emigración de 1888, que por primera vez reconocía oficialmente el derecho y la libertad de los italianos a emigrar, pero que no establecía ningún tipo de ayuda del Estado a los mismos, agradaban a unos y molestaban a otros según fuese el ámbito en el que se desenvolvían y según fuesen sus intereses. Asimismo, la eficacia de estos instrumentos legales tampoco hacía mucho a favor del cambio, ya que su aplicación estuvo prácticamente comprometida desde un comienzo por falta de suficientes fondos públicos.

La disputa que más incidencia negativa interna tuvo, fue la que desde hacía años sostenían Italia y Francia por diferentes causas y malentendidos, como el de 1887 surgido como

consecuencia del accionar de un juez de primera instancia, que provisto de un mandato del tribunal irrumpió en el Consulado Francés para recuperar los documentos de un ciudadano tunecino, súbdito francés por entonces, fallecido en Florencia.

Italia acorde con los principios pacifistas del Jefe de Gobierno, a fines de 1887 envió a París a un representante para concertar con el Primer Ministro francés reuniones bilaterales a fin de destrabar las empantanadas y perniciosas relaciones; las conversaciones que se llevaron a cabo en París y posteriormente en Roma no lograron los resultados deseados porque los delegados franceses siguiendo las orientaciones recibidas, cerraron las negociaciones expresando que ningún acuerdo era posible mientras Italia siguiera formando parte de la Triple Alianza, de esta manera el 27 de febrero de 1888 quedaron rotas las relaciones comerciales y a partir de allí se inició un periodo de represalias impositivas mutuas; Italia aplicó tarifas diferenciadas a los productos franceses y Francia estableció a su vez gravámenes prohibitivos a los productos italianos.

Los incidentes que se produjeron, en mayo de 1888, cuando el comandante de las fuerzas militares italianas en la ciudad de Massawa en Eritrea, al norte de la Somalia Francesa, impuso un impuesto mensual a todos los extranjeros propietarios de inmuebles, en agosto de 1888 cuando la ocupación italiana de la ciudad–puerto de Zeila (Saylac) al sur de la Somalia Francesa y en septiembre de 1888 cuando el Bey, soberano de Tunicia, con la firma del representante francés promulgó dos leyes por medio de las cuales, las escuelas italianas quedaban sometidas a la supervisión de los representantes franceses (lo que inhabilitaba en la práctica ejercer a los maestros italianos), y obligadas a enseñar el idioma francés, enturbiaron más las relaciones entre las dos naciones.

El inicio del final (en los papeles) de la disputa con Francia comenzó en noviembre de 1889 con la presentación en el Congreso italiano del proyecto de ley que anulaba las tarifas

diferenciales que regían desde 1888, aduciéndose que dicha ley era una necesidad política y económica para el tiempo que se estaba viviendo, y terminó (también en los papeles) con la aprobación de la ley al mes siguiente.

De entre los sectores productivos, el agrícola fue el más perjudicado por la batalla comercial desatada, y de entre todas las regiones agrícolas las que llevaron la peor parte fueron las del sur. La creencia de que con la política de gravar (como trato de rigor) con aranceles mayores a los productos importados industriales y agrícolas (que podían competir con los productos locales), se protegía a la economía, a las finanzas y al país en su conjunto, aparentemente por los resultados obtenidos estuvo errada tanto en su concepción como en su aplicación; en la realidad aconteció que la medida proteccionista sólo favoreció a la industria mayor, porque sólo la materia prima importada que utilizaba la misma estuvo casi totalmente exenta de gravámenes. La agricultura en cambio se vio grandemente desfavorecida, porque los productos agrícolas que ya habían conquistado importantes segmentos del mercado francés al no poder ser exportados se pudrieron en las fincas.

El perjuicio no quedó solamente circunscrito al área de la economía, porque así como cayó el conjunto de las actividades relacionadas con la producción y el consumo, también se desplomaron todas las actividades conectadas o enlazadas con el dinero de la banca o de la bolsa (indispensables para el funcionamiento de la producción), cuando Francia atacó con impiedad las acciones y los títulos italianos en la bolsa de París y retiró grandes capitales franceses invertidos en Italia.

La debacle de las finanzas italianas pudo tener consecuencias catastróficas si no fuese por la Banca Alemana, que acudió en su ayuda (de su aliado aliancista), evitando la caída de sus acciones en la Bolsa de París, sosteniendo el crédito con la conversión de la deuda flotante en deuda a largo plazo e inyectando capital en las nuevas bancas italianas.

A nivel privado los únicos beneficiados con el socorro alemán fueron los grandes grupos productivos; como decía el capitán Beniamino, “los anzuelos chicos entran en bocas de peces grandes, pero los anzuelos grandes no entran en bocas de peces chicos”, y evidentemente los capitales necesarios para movilizar a las grandes industrias indiscutiblemente eran sólo para las bocas grandes, las bocas chicas agrícolas del sur no pudieron darle tan siquiera un mordisco al dinero alemán.

No obstante las medidas tomadas y los auxilios recibidos, las cuentas del Estado no cerraban, no eran suficientes para equilibrar el déficit de las balanzas de pago y comercial, de modo que el Reino, que necesitaba imperiosamente aumentar sus ingresos para ajustar su balance, por un lado “salió” a buscar apoyo entre los congresistas y por el otro trató de concienciar a la población con discursos (incluso del propio Rey) en los que se hacía mención de la necesidad de reducir los gastos públicos (con excepción de los gastos militares), de crear nuevos tributos y de incrementar algunos impuestos para profundizar las reformas y seguir protegiendo con seguridad las fronteras de la nación. Tanto el planteamiento como la intención del Gobierno, en vez de obtener el apoyo de la población, logró en cambio crear un descontento generalizado, porque para el ciudadano común, para aquel hombre que dejaba la vida en el trabajo, el equilibrio del balance de las cuentas del Estado y la defensa de las fronteras extraterritoriales, no sólo no se traducían en bienestar sino que representaban un nuevo manotazo a sus bolsillos ya vacíos.

El descontento por lo que estaba ocurriendo “saltó” los límites del sur y fue expandiéndose por todo el Reino, creando situaciones de protesta que muchas veces terminaron en serios enfrentamientos, a los que el Ministro Crispi trató de contenerlos exhortando a los defensores de la institucionalidad y a las fuerzas policiales y militares a combatir a los subversivos, sean estos republicanos, radicales, socialistas o anarquistas. Esta

“guerra” explícitamente declarada a sus adversarios políticos, finalmente se afincó en el Parlamento, donde radicales y republicanos censuraron la llamada “política crispina” y exigieron cambios en la conducción del país; cambios que una vez trabajados y negociados políticamente más adelante convergieron en un documento al que se lo denominó “Pacto de Roma”; este escrito documental más tarde fue presentado como programa de gobierno de la democracia italiana, la que se comprometía a llevarlo a cabo una vez llegado al poder, cosa que no sucedió porque al final no obtuvieron los votos necesarios.

El colonialismo italiano iniciado con la invasión de África oriental en 1885, si bien constituía una herencia pesada para el Ministro Crispi, éste no sólo no dudó en llevarla adelante sino que le dio un impulso aún mayor sin tener en cuenta el costo político y social que más adelante representaría para él, ya que afectaba directa y profundamente a las arcas del Reino, impidiéndole destinar fondos a programas sustentables de reformas en el campo de la salud, de la educación, de la vivienda, de los servicios y del desarrollo de los sectores productivos, especialmente de aquellos que no estaban ligados a la estructura de la guerra, que bien podían haber aliviado las necesidades de muchísimos empobrecidos súbditos.

El puzzle colonial del norte de África desde el Atlántico hasta el Mar Rojo, envolvía y enredaba a Marruecos, Argelia, Tunicia, Libia, Egipto, Eritrea, Yibuti, Etiopía y Somalia, con España, Gran Bretaña, Francia e Italia; la otra pieza del rompecabezas, Yemen, también por cercanía entraba obligadamente en el complicado juego de intereses.

Marruecos o al-Magrib, país situado en el noroeste africano, con costa sobre el Atlántico y el Mediterráneo. Cuando sus habitantes, los árabes y los bereberes, pueblo no árabe de religión islámica, comenzaron a saquear los

barcos mercantes que navegaban por el Estrecho de Gibraltar, despertaron el interés militar de España, Francia y Gran Bretaña por Marruecos, interés que Italia observaba con cierta complacencia. España, que disponía de dos puertos coloniales en las costas del noreste marroquí, Ceuta (1580) y Melilla (1497) de aproximadamente 19 y 12 kms de extensión, invadió Marruecos en 1860 por la ciudad de Tetuán, situada entre Ceuta y Melilla. En 1904 España y Francia se dividieron Marruecos; en 1906 por el Tratado de Algeciras, este país mantuvo su independencia a cambio de aceptar la presencia militar de España y Francia en su territorio y de admitir los derechos económicos que cualquier Estado tenía sobre sí. En 1956 se proclamó independiente.

Argelia, país situado en el norte de África, entre Marruecos y Tunicia, con costa sobre el Mediterráneo, desde 1827 fue parcialmente una colonia francesa hasta que Francia la ocupó totalmente tras la declaración de guerra de Abd el-Kader. En 1870 se produjo la invasión masiva de colonos franceses, quienes fueron culpables de la segregación y el despojo al que fueron sometidos los argelinos; esta situación provocó la resistencia armada y civil argelina que llevó a la obtención de su independencia.

Tunicia o al-Tunisiyya, Estado situado en el norte de África a orillas del Mediterráneo, limita al este con Libia y al oeste con Argelia. Su capital es Túnez, ciudad-puerto ubicada en el golfo del mismo nombre a escasas millas del extremo sureste de Sicilia. Al igual que Marruecos, la piratería fue hasta principios del siglo XVIII su principal fuente de ingreso; los países mediterráneos pagaban regularmente al Estado tunecino tributo para que sus flotas comerciales no fueran atacadas. Recién a inicios del siglo XIX las fuerzas armadas de los países mediterráneos pudieron acabar con los piratas tunecinos, provocándole a Tunicia la pérdida de sus enormes y seguros ingresos, y dejándola en quiebra. Para pagar sus cuantiosas deudas recurrió a empréstitos de grupos financieros

italianos, franceses y británicos, los que automáticamente se convirtieron en sus principales acreedores. En 1881 después de que Gran Bretaña reconociera los intereses franceses en Tunicia (Congreso de Berlín), el Bey regente o administrador nativo firma el Tratado de Bardo por el cual acepta que Tunicia pase a ser Protectorado Francés. En 1956 Tunicia se independiza de Francia.

Libia, Estado situado en el norte de África, con costa sobre el Mediterráneo, ubicado al oeste de Tunicia y Argelia y al este de Egipto. Por su localización geográfica y por el peligro que representaba su inestabilidad política, consecuencia de los muchos colonizadores que la manejaron desde tiempo atrás, tenía un valor estratégico para Italia. Los españoles la ocuparon parcialmente en 1510, los otomanos se hicieron de Cirenaica en 1517 y de Tripolitania en 1551 y los italianos se apoderaron de Libia en 1911; después de que Turquía reconociera los derechos de Italia sobre Libia (Tratado de Lausana 1912), Italia ejerció mayor presión territorial hasta que pudo crear la Colonia Italiana de Libia en 1934. En 1969 Muammar al-Gaddafi derroca a la monarquía y establece la República Árabe de Libia Popular y Socialista.

Egipto, Estado ubicado en el noreste de África, con costa sobre el Mediterráneo y el Mar Rojo, en el cruce de importantes rutas comerciales. Fue ocupado por las tropas francesas de Napoleón desde 1798 hasta 1801, fecha en que británicos y otomanos expulsaron a los franceses. Después de un periodo exuberante en el que Egipto, gobernado por el Bajá otomano Mehmet'Alí conquistara el Sudán en 1821 y bajo el mandato superior de su hijo Isma'il construyera el canal de Suez en 1859, entró en un periodo de recesión ahogado por las deudas contraídas con Francia y Gran Bretaña, quienes rápidamente a través de una comisión franco-británica se hicieron cargo del manejo de las finanzas egipcias e impusieron sus hombres en los puestos considerados claves desde el punto de vista económico. Tres años después que el Bajá Isma'il fuera derro-

cado, Gran Bretaña ocupó Egipto. El gobierno anglo-otomano duró hasta 1922, año en que los británicos se deshicieron de los otomanos; Gran Bretaña mantuvo tropas en la zona del canal de Suez hasta 1954 con la finalidad de preservar y proteger sus intereses comerciales marítimos con Asia, África Oriental y Oceanía. En 1953 se convirtió en república.

Etiopía, Estado africano-oriental junto al Mar Rojo, conocido también como Abisinia, aunque para algunos geógrafos e historiadores Abisinia comprende todo el territorio del noreste africano entre el río Nilo y el Mar Rojo y para otros únicamente la porción del territorio formado por el conjunto de relieves montañosos correspondientes al Macizo etíope, limita al norte con Eritrea (ex provincia de Etiopía) y Djibouti, al nor-noreste con Somalia, al sur con Kenia y Somalia y al este con Sudán. Entre 1855 y 1868 el emperador Teodoros o Teodoro II luchó contra los pequeños soberanos etíopes a quienes venció y les obligó a reconocerlo como rey de reyes. Cuando en 1869 se habilitó el canal de Suez, Egipto se convirtió en enemigo potencial de Etiopía atrayendo la atención de los países europeos hacia el Imperio etíope. En 1872 el Reino de Italia se adueñó de la ciudad costera de Assab, en la entrada del estratégico estrecho de Bab al-Mandab (Bab el-Mandeb) y en 1885 del puerto de Mitsiwa o Massawa frente al Mar Rojo, al este de Assab y muy próximo a la capital Asmara. En 1889 el Rey Menilek o Menelik II firma con Italia el Tratado de Ucciali, en 1895 ambos Estados entran en guerra y los militares del Rey derrotan al ejército italiano en Adua en 1896. En 1917 varias naciones europeas imponen al Ras Tafari Makonnen como regente de Etiopía. En 1935 Benito Mussolini invade y Etiopía queda nuevamente anexionada a Italia, hasta que en 1941 el ejército británico repone en el trono al rey Tafari Makonnen. En 1987 Etiopía pasó a ser república.

Eritrea, Estado del noreste africano situado en territorio de la antigua Abisinia a orillas del Mar Rojo, su fran-

ja costera que se extiende desde Sudán al este hasta Yibuti al oeste se encuentra delimitada al sur por Etiopía. Hasta que fuera anexionada en el siglo XVI por los otomanos fue un estado bajo soberanía etíope. En 1885 fue invadida por el ejército del Reino de Italia que se instaló en su costa. En 1890 con el nombre de Eritrea pasó a ser colonia italiana. Durante la Segunda Guerra Mundial Gran Bretaña desembarcó en ella y la puso bajo su administración hasta 1952, fecha en que las NN.UU. decidieron unir a Eritrea y Etiopía bajo la figura de Estados Asociados. Eritrea conservó su autonomía hasta que en 1962 pasó a ser una provincia de Etiopía. En 1993 consiguió su independencia.

Djibouti o Yibuti, ex Somalia francesa, Estado de África oriental junto al del golfo de Adén, brazo principal del Mar de Arabia, que limita al norte con Eritrea, al oeste y al sur con Etiopía y al este con Somalia. La parte norte de su territorio está separada del extremo sur de la República del Yemen por el estrecho de Bab al-Mandab que comunica al Mar Rojo con el Mar de Arabia a través del golfo de Adén. En el estrecho de Bab al-Mandab, entre ambos territorios continentales se encuentra ubicada la isla fortificada yemení de Perim, la que por su posición geográfica trascendental fue ocupada por Francia en el siglo XVIII y por Gran Bretaña desde 1857 hasta 1936. A finales de 1850 Francia se posesionó de Djibouti y la convirtió en colonia suya en 1888, pasando ésta a formar parte de la costa francesa de Somalia. En 1946 la Somalia francesa fue integrada al territorio francés de ultramar. En 1967 siendo ya territorio autónomo adoptó el nombre de Territorio Francés de los Afar y de los Issa, nombres de las etnias dominantes de Djibouti. Obtuvo su independencia en 1977.

Yemen, Estado situado en el sur de la Península Arábiga, frente al extremo oriental del norte africano, donde se encuentran ubicados Eritrea, Djibouti y Somalia. Limita al norte con Arabia Saudita, al noreste con Omán, al

suroeste con el Mar Rojo y al sureste con el golfo de Adén. En 1839 Gran Bretaña toma la ciudad puerto de Adén y deja el sur del Yemen bajo su protección. En 1869 Adén se convierte en el principal puerto de salida del carbón extraído por los británicos de la isla yemení de Perim. En 1871 el Imperio Otomano conquista la ciudad de Saná (actual capital de la República del Yemen), cercana al importante puerto de Hudayda a orillas del Mar Rojo, frente a Eritrea, y al igual que Gran Bretaña deja la provincia bajo la dirección administrativa del Imperio Otomano. Entre 1989 y 1990 se unifican la República del Yemen del Norte y la República Popular Democrática del Yemen, llamada también Yemen del Sur.

Somalia, Estado africano situado en el cuerno de África. Limita al norte con el golfo de Adén, al oeste con Djibouti, Etiopía y Kenia, y al este con el océano Índico. Durante el siglo XIX, Italia, Gran Bretaña y Egipto se disputaron el territorio somalí. En 1870 Egipto ocupa las ciudades costeras de Somalia y las abandona en 1882, año en que Gran Bretaña se hace del territorio abandonado con el pretexto de proteger la nueva ruta marítima (mar Mediterráneo, Mar Rojo, océano Índico) hacia el Asia Meridional donde los británicos tenían intereses muy importantes especialmente en la India. En 1905 Somalia queda bajo el control del Ministerio de Asuntos Coloniales de Gran Bretaña. Hacia finales del 1800 Italia consolida su posición sobre las regiones costeras del océano Índico. En 1887 se crea la Somalia Británica o Somaliland y en 1905 la Somalia Italiana. En 1915 por el Tratado de Londres Italia extiende sus dominios hacia el interior de Somalia. En 1936 Italia establece la colonia italiana del África oriental, formada por los territorios bajo su control en Somalia, Eritrea y Etiopía. En 1941 Gran Bretaña ocupa la Somalia italiana. En 1950 Italia recibe de las NN.UU. el mandato de tutelar toda Somalia por el término de diez años, tras los cuales fue proclamada república independiente.

Sin duda alguna la política exterior de Crispi tenía una base cierta, porque Italia no podía quedarse atrás dejando el campo libre a Gran Bretaña, Francia y demás Estados europeos con intereses en las rutas comerciales hacia el oriente, pero así también resulta evidente que el Ministro Crispi y sus hombres del Gabinete sobrestimaron la capacidad colonialista del Reino. Esa errónea valoración produjo en la mayoría de las regiones y especialmente en las del sur, más miseria que beneficios, como lo demuestran algunos simples índices como los de la emigración y del analfabetismo referidos al periodo 1887-1891; la emigración italiana aumentó aproximadamente en un 40% respecto al periodo 1881-1885 y el analfabetismo, que si bien había disminuido, en promedio estaba cerca del 48%, muy lejos del promedio del 7% de los principales países centroeuropeos, y solamente superado por España cuyo índice rondaba el 53%. El porcentaje de analfabetos en las regiones del norte del Reino de Italia era sustancialmente diferente al de las regiones sureñas, así mientras en Lombardía, en Piemonte y en Liguria el promedio era de aproximadamente el 25%, en Campania y Sicilia superaba el 80%.

En sumaria exposición de lo más sustancial del primer periodo del Ministro Francesco Crispi y su gobierno, es posible decir que así como nadie o casi nadie puso en duda sus antecedentes de hombre jugado por la unificación italiana y por la defensa del Reino, muchos cuestionaron su actuación como jefe de gobierno.

Por su forma de gobernar y por sus decisiones políticas como “Capo del Consiglio”, tuvo que enfrentar utilizando a veces equivocadamente no sólo leyes que coartaban libertades sino también la fuerza bruta de la milicia y de la policía, inabables disturbios provocados por miles de trabajadores desocupados y hambreados que protestaban por la falta de trabajo, por el aumento constante de los precios de los productos básicos y por el acrecentamiento sistemático de los impuestos y de los

gravámenes que imponía el gobierno con la intención de cubrir los cada vez mayores gastos públicos, tuvo que arrostrar muchísimas confrontaciones con parlamentarios de diferentes ideologías políticas que en innumerables ocasiones trasladaron al campo legislativo cuestiones de índole parlamentaria y no parlamentaria y tuvo que gobernar navegando en aguas frecuentemente turbias con la izquierda, con la derecha y con todas las variantes intermedias, quienes en su momento le pasaron la “factura” a pesar de haber ganado ampliamente las elecciones políticas del 23 de noviembre de 1890 (en sufragios que tuvieron poca afluencia de votantes). El cobro de la cuenta comenzó poco después cuando el Ministro de Finanzas Giovanni Giolitti, por un desentendimiento con el Ministro Gaspare Finali sobre montos asignados al presupuesto del Ministerio del Trabajo, presentó su renuncia y fue sustituido por Bernardino Grimaldi, quien meses más tarde presentó al Poder Legislativo el informe sobre el estado de las finanzas públicas y solicitó la aprobación de nuevas medidas impositivas con el fin de equilibrar el nunca solucionado déficit de las arcas del Reino. El pedido de aumento fue duramente criticado por la prensa, la que al mismo tiempo responsabilizó de ello directamente al Ministro Crispi, acusándolo de haber destruido en poco tiempo el equilibrio presupuestario que con tanto esfuerzo había logrado la derecha italiana, crítica a la que el ministro que gobernaba con la derecha por entonces, probablemente ofuscado, respondió con una imprudencia suicida diciendo: “...Potrei dire qualche cosa di piú: che allora non avevate né esercito e flotta, e che si devono a voi i danni di una politica servile verso lo straniero...”; inmediatamente después del voto de censura que recibió, Francesco Crispi dimitió.

Así se fue del gobierno el paisano, con varias promesas cumplidas, con otras tantas sin salir siquiera del tintero y dejando a muchos “Giacomos sicilianos” en similar situación que antes y con el sabor amargo de la incertidumbre.

9

–Aurelio, ¿puedes encargarte de los niños?

–Sí, ¿por qué?

–Porque iré a acostarme un momento.

–¿Te sucede algo, María?

–Tengo un dolor que me molesta.

–¿Dolor de qué, María?

–Un dolor difuso, no sé bien dónde. Me parece que comienza en la parte de atrás de la cabeza y se extiende por aquí, por la sien.

–Aparte de eso, ¿te sientes bien?

–No te preocupes, Aurelio, que con unos paños húmedos se me pasará.

–Ve tranquila, mujer, que cuando acabe con esto iré a verte.

Hora más tarde, cuando Aurelio fue junto a su esposa, no esperó encontrarla tan pálida y dolorida.

–María, ¿te sientes mejor? –le preguntó a sabiendas de lo que le respondería su esposa.

–Me siento un poco mejor, no te inquietes por mí.

–María, no te esfuerces en vano en disimular y cuéntame realmente lo que sientes.

María sostuvo por un instante la mirada inquisitiva de su esposo y luego, haciéndole una seña para que se sentase en la cama junto a ella, se dispuso a contar lo que realmente estaba sintiendo.

–No sé bien cómo definir lo que me ocurre, es algo así como si tuviera una sensación generalizada de enfermedad, acompañada de un creciente dolor de cabeza y hasta me parece que estoy sintiendo algo de náusea.

Mientras hablaba María, Aurelio apoyó la palma de su mano derecha sobre la frente de ella y luego la deslizó hacia ambos lados de la cara.

—Por lo menos fiebre no tienes, esperemos un poco a ver si pasa el malestar que sientes. Descansa tranquila, que yo me haré cargo del baño y de la cena de los chicos. Si me necesitas llámame.

Con las neuronas trabajando aceleradamente, Aurelio terminó los quehaceres y acostó a sus hijos.

—Ahora sí ya estoy contigo, María; hazme un lugar a tu lado y trata de descansar que yo estaré vigilando.

Aurelio luchó varias horas contra el cansancio y cuando éste lo vencía a medias, dormía con un sueño poco profundo, tan liviano que el primer gemido de su mujer lo despertó.

—María, ¿cómo estás? —preguntó a su esposa muy suavemente al oído.

Como ella no le respondió, instintivamente le tocó nuevamente la frente, y al sentir lo ardiente que estaba, su corazón dio un brinco de susto.

—¡María! ¡María! ¡Despierta, María! —musitó imperativamente tomándola de los hombros y sacudiéndola sin brusquedad.

Al cabo de segundos María abrió los ojos y con voz quebrantada le dijo a su esposo que sentía un gran malestar, que le faltaba el aire, que el corazón de a ratos parecía que le saldría del pecho, que tenía dolores en el vientre y que la cabeza le daba vueltas sin parar. Aurelio la escuchó con atención, le pidió que tratase de mantener la calma y luego se dirigió hasta el guardarropa, tomó una toalla, la sumió en el agua que había en una gran jofaina, la estrujó, se la pasó por las mejillas varias veces y se la dejó en la frente. Apenas el sol se manifestó en el horizonte despertó al mayorcito de sus hijos y muy calmo le explicó lo que estaba sucediendo sin entrar en detalles que pu-

dieran preocupar al niño, y le encargó que cuidara de su madre hasta que él regresara.

—¿Y tú adonde irás, papá? —preguntó inquieto Agostino.

—Iré en busca del médico y volveré lo más pronto que pueda —contestó Aurelio, sumergiendo sus gruesos dedos en la dócil cabellera del chico.

—No tardes, papá.

—Trataré de no hacerlo. Hijo, ahora tú quedas como el capo de la familia.

A paso de marcha forzada y trotando, Aurelio cubrió en cuarenta y cinco minutos los cuatro kilómetros que había entre su casa y el dispensario de la zona; una vez allí esperó otro tanto hasta que llegó el turno de ser atendido.

—Doctor, necesito que usted vea a mi esposa.

—Hágala pasar, señor Aurelio.

—Es que no está aquí, ella está en cama sin poder moverse, doctor.

—¿Entonces lo que me está pidiendo es que vaya a verla?.

—Eso mismo, doctor —respondió moviendo la cabeza afirmativamente.

—Amigo, como usted puede ver, me es imposible hacerlo en este momento, no puedo dejar así de pronto a todas las personas que están esperando ser atendidas, más aún cuando que varias de ellas han traído a sus hijos pequeños y seguramente como usted han venido de lejos.

—Es que creo que el caso de María es una emergencia.

—Mire señor Aurelio, lo que por de pronto podemos hacer es que usted me cuente lo que aqueja a su señora para que yo pueda decidir la mejor forma de ayudarla con prontitud.

—De acuerdo, doctor.

Aurelio explicó lo más puntillosamente que pudo los síntomas que podían ayudar a revelar la enfermedad que afligía a María.

–Bien, bien –repetía una y otra vez el doctor a medida que iba tomando nota–. Ahora repasemos juntos todo lo apuntado para ver si no quedó algo por allí olvidado.

Aurelio repitió lo mismo pero en forma pausada, de modo a facilitar al doctor la verificación de sus anotaciones.

–Bien, ahora que tengo todo ordenado déjeme analizar los datos para darle mi opinión, pero antes quiero recordarle que yo solamente soy un asistente médico, simplemente un idóneo en medicina, no soy médico graduado.

–En estas circunstancias para mí no hay diferencia, doctor.

–Para mí sí, porque hay cosas sobre las cuales tengo poco conocimiento, y otras más que seguramente ignoro, pero volviendo al tema debo decirle que después de haber razonando sobre la información que me ha dado y teniendo en cuenta la similitud de los síntomas que en un inicio presentan todas ellas, estimo que en principio su mujer podría estar padeciendo de malaria, de fiebre tifoidea o de algún tipo de peste, aunque me atrevería a descartar, sin total seguridad, que estuviese desarrollando la maldita peste negra, puesto que hace muchísimos años que no se observan ni se informan de casos relacionados con ella, tampoco según usted el cuerpo de la paciente presenta el característico color morado producido por las hemorragias internas.

–Doctor, ahora que usted lo señala me surgen dudas al respecto.

–Tranquilícese, buen señor, que si la hubiera contraído a estas horas ya la estaríamos llorando; créame, esa enfermedad es muy virulenta y mortal.

–Si usted lo dice debe ser así, por algo es quien es, pero ¿está seguro que no tiene cura?

–Por en cuanto, segurísimo.

–¿Ni con el aparato del doctor Campailla?*

–Ni con ese.

–¿Y qué me dice de las otras enfermedades probables? – preguntó luego de absorber el impacto que le produjo la respuesta.

–Si bien son menos virulentas, poseen un índice notorio de mortalidad, especialmente cuando presentan complicaciones, pero esto no debe ser lo más importante para usted, así que trate de ponerlo en un segundo plano y no permita que esto lo inmovilice. Lo realmente imprescindible en este caso es prestar atención a los síntomas que vayan apareciendo, de modo que cuando la vea el médico éste disponga de toda la información necesaria que le facilite el diagnóstico.

–¿Y cuándo el doctor irá a verla?

–Usted deberá llevarla junto a él.

–Es un imposible, mi esposa no puede ni moverse en la cama.

–Escúcheme señor, así como yo me estoy jugando al sugerir el traslado de su esposa hasta una unidad asistencial, cuando que las normas obligan al aislamiento de todo paciente sospechoso de haber contraído una enfermedad infectocontagiosa que pudiera desatar una epidemia, usted deberá buscar la forma de que la señora María sea atendida por un médico. No sólo es necesario sino que es imprescindible que la vea un médico para evaluar su condición general. Ni usted ni yo, de acuerdo a lo

(*) Tommaso Campailla, científico siciliano, nacido en Módica, creador del Cubo de Campailla, utilizado con éxito durante décadas en el tratamiento de la sífilis. El cubo consistía en un paralelepípedo rectángulo hecho de madera dura, recubierto por fuera con una masa de composición desconocida y por dentro con un preparado de yeso y arcilla, provisto de una puerta frontal y de una silleta donde se sentaba el enfermo para aspirar los vapores de Cinabrio (sulfuro natural de mercurio) e incienso; se desconoce si el incienso era resina de incienso pura o tenía también otros agregados como el bálsamo de benjuí (antiséptico y expectorante), el bálsamo del estoraque mediterráneo, el almizcle odorífero de origen vegetal o animal, la resina del abeto blanco, la esencia del sándalo, etc.

que dicta nuestra creencia cristiana, podemos dejarla en donde está al arbitrio del destino.

–Es verdad lo que dice, doctor, y le estoy infinitamente agradecido por ello, pero yo no tengo una idea clara adonde debo llevarla, por favor oriénteme al respecto.

–Llévela a la unidad sanitaria de Módica, allí es casi seguro que cuenten con los recursos y las medicinas que aquí y en otros sitios faltan.

–Eso haré. Gracias, doctor.

–Recuerde no mencionar mi sugerencia y no olvide que si aparece un cuadro constante de diarrea puede ser un signo del cólera, en cuyo caso asegúrese de darle abundante agua previamente hervida, de mantener alejados a sus hijos y de desinfectar todo con soluciones de ácido fénico o cloro. Lleve a su señora a la unidad antes del jueves, porque el día viernes informaré del caso a las autoridades para que ellas tomen, si es necesario, las medidas correspondientes para aislar el posible foco.

–Haré caso a lo que me dice, doctor, gracias.

Como no había tiempo que perder, Aurelio en vez de regresar de inmediato, rezando para que nada malo estuviese sucediendo en su casa, fue hasta el convento de las monjas de la Caridad, donde las religiosas tenían por virtud hacer el bien socorriendo, consolando y rezando por los desamparados, a pedir ayuda para trasladar a su esposa a Módica y para que en el ínterin de su cometido cuidaran de sus dos hijos.

–Hijo, lastimosamente no podemos prestarle auxilio para trasladar a su esposa hasta el hospital porque no contamos con ninguna clase de vehículo; el único medio del que disponemos son unas cuatro o cinco “lettighe”^(*) que usamos para llevar a

(*) La lettiga consistía en una plancha de madera rectangular de aproximadamente 80 centímetros x 2,10 metros, montada sobre un bastidor provisto de un par de ruedas grandes (una a cada lado) y de un par de varas largas hechas especialmente para ser tiradas por un hombre. Esta camilla con ruedas fue muy utilizada durante el siglo XIX para transportar a los difuntos indigentes hasta el cementerio; en ocasiones también era usada para transportar a los enfermos a sitios muy próximos.

los fallecidos hasta el cementerio, lo que sí podemos darle es una razonable cantidad de antiséptico. En cuanto a los niños, puede usted dejarlos aquí con absoluta confianza.

–Hermana, no se imagina cuánto le agradezco su misericordia.

–Hijo, no tienes necesidad de agradecer porque solamente cumplimos con el deseo de Nuestro Señor.

–Volveré en cuanto tenga todo pronto, hermana, que Dios la bendiga.

Aurelio llegó a su casa extenuado después de haber corrido los penosos kilómetros de regreso.

–Papá, el tío Giacomo está aquí –gritó Agostino, contento de tener al tío a su lado en circunstancias tan difíciles para su corta edad.

–¿Mi querido Giacomo, viniste por casualidad o porque te enteraste lo de María? –preguntó Aurelio a su hermano después de abrazarlo.

–Porque me enteré.

–¿Cómo te enteraste de tan lejos?

–Las noticias desgraciadas siempre llegan volando y con cola. Imagina que a Concetta le dijeron que la casa de ustedes había sido pintada con cal para desinfectarla y que nadie podía salir ni entrar a ella.

–Pura chiacchiera, hermano.

Aurelio invitó a Giacomo a sentarse y fue a ver a su esposa.

–Hola, María. ¡Qué buen aspecto tienes! –mintió Aurelio.

–Caro Aurelio, por lo menos el cólico ya no es tan intenso.

–Mucho me alegro por ello. Puedes estar tranquila, conversé con el doctor del dispensario y me dijo que de acuerdo a los síntomas es muy posible que sólo padezcas de una infección pasajera, pero que es conveniente que te llevara a la unidad sanitaria de Módica para que te viera un médico.

–¿Por qué? ¿Acaso el médico de la unidad es mejor que el doctor del ambulatorio? –preguntó con desconfianza.

–No, tú no entiendes, María, lo que ocurre es que el doctor del dispensario no es médico.

–¿Y cómo puede saber entonces lo que yo tengo?

–Porque si bien no tiene título de médico, es un asistente idóneo, con muchos años de experiencia. ¿Me explico, María?

–Supongo que sí.

–Bien –respondió Aurelio–. Ahora te prepararé la medicina que ordenó el doctor. ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

Aurelio fue hasta la pieza que hacía de cocina y preparó una infusión de corteza de sauce para el dolor, se la dio de tomar a María y regresó junto al hermano para ponerlo al tanto de todo lo acontecido hasta ese momento.

–Por lo que veo, el problema es de cuidado.

–Quizás algo más que de cuidado diría yo, porque estoy en un aprieto, no dispongo de dinero y no tengo forma de llevarla a Mófica.

–Yo quizás pudiera tener la solución, pero todo dependerá de la sensibilidad del tío Paco.

–¿Qué tío es ese que no lo recuerdo?

–Ningún pariente nuestro, es el español que arregla los carros del signor Gulino y de otros señores. Apréstate y vamos a conversar con él.

–Déjame hablar un momento con María.

–Bene.

Luego de conversar con su esposa, Aurelio encargó de nuevo a Agostino que cuidara a su madre, le dio dos palmaditas en la mejilla y montó en la grupa del caballo de Giacomo.

Después de más de dos horas y media de marcha y con el caballo al límite de sus fuerzas ambos hermanos llegaron a destino.

–Buonasera Francisco, disculpa que te moleste a estas horas, pero realmente necesito hablar contigo,... en realidad necesito

sitamos mi hermano y yo hablar contigo; perdóname que no te lo haya presentado, él es Aurelio, mi hermano menor.

–Piacere. Pasen por favor.

Pocos minutos le llevó a Giacomo explicar al tío Paco los pormenores del caso.

–Francisco, necesitamos que nos arriendes un carro por unos días; te aclaro de antemano que no estamos en condiciones de pagarte de inmediato.

–Mira Giacomo, cuando vine a Sicilia ella era parte de España, años después el rey se fue y yo me quedé a vivir aquí, y a pesar de ser un súbdito de una corona que indebidamente y sin ser invitada se introdujo en esta tierra, jamás fui perseguido, siempre he podido trabajar sin ser molestado, así que yo me siento muy comprometido con la comunidad y por lo tanto tengo la obligación moral de prestar ayuda dentro de mis posibilidades, a quien lo necesite. No hace falta ni una palabra más, les facilitaré mi birlocho de familia, que a pesar de no tener parecido alguno en lo que a lujo se refiere, con el de las cortes borbónicas y de la gran burguesía, es enteramente confiable y seguro. Créanme amigos que si pudiera en vez de mi humilde carroza les daría un gran faetón, un landó y hasta una berlina^(*), para que vaya cómoda la señora María.

(*) El faetón era un coche de uso múltiple, descubierto, rápido, de cuatro ruedas, con pescante elevado, tirado por 1, 2, 4 y hasta 5 caballos, con asientos paralelos enfrentados o paralelos al sentido de la marcha, con capacidad para transportar, según el modelo, hasta 9 personas. En promedio aproximadamente medía 2,80 mts de largo, 1,45 mts de ancho y 1,80 mts de alto.

El landó era un coche relativamente ligero, con o sin cubierta desplegable, de 2 asientos ubicados frente a frente con capacidad para 4 pasajeros, de cuatro ruedas, tirado por 2 caballos, provisto de doble suspensión de resortes de acero. El nombre de este carruaje aparentemente proviene de una de las ciudades del itinerario para el cual se lo utilizaba en un principio, Landau (Renania–Palatinado, Alemania)–Viena(Austria).

La berlina era un coche cerrado, elegante y seguro, muy utilizado en España y Alemania de donde provino su nombre y donde se lo empleó para cubrir el trayecto Berlín–Branderburgo, de 4 ruedas, de dos y cuatro plazas, tirado generalmente por dos caballos.

–Aquel biroccio que tienes allá recostado, pero tirado por un caballo nos basta y sobra.

Francisco ayudado por Giacomo y Aurelio colocó una ajada capota de vaqueta al carro y enganchó un par de caballos al mismo.

–La carroza está lista, pueden disponer de ella.

Giacomo amarró su caballo a la parte posterior del birlocho y subió al pescante junto a su hermano. Al llegar a la casa Aurelio bajó del carro un poco antes de que el mismo se detuviera por completo y se dirigió al dormitorio con pasos ansiosos; más que sorprendido quedó impresionado al encontrar al menor de sus hijos en cuclillas recostado por el marco de la puerta con un lloro sosegado pero abundante en efusión de lágrimas, inmediatamente alzó al niño en brazos y le dio un beso protector en su salobre mejilla.

–Dime Agostino, ¿qué ha acontecido?

–Hace horas que mamá está hablando en sueño, pero con los ojos entreabiertos, dice cosas inentendibles; estamos asustados, papá.

El birlocho era un coche ligero que en su versión española podía llevar o no cubierta, incluso una caja semejante a la de la berlina, de 2 o 4 ruedas, abierto en los costados, sin portezuelas, de 4 asientos y tirado por dos caballos.

El biroccio es un carro agrícola, en un principio tirado por bueyes y que aunque originario de las regiones del centro de Italia fue muy utilizado en las áreas rurales de todo el país como medio primario de transporte de carga y de personas. Hecho de madera resistente y provisto de dos ruedas de doce radios, de más de un metro de diámetro, cinchadas con un cinturón o aro de hierro. Las paredes de la caja están decoradas con motivos varios, con arabescos, con festones de flores, con imágenes de santos como la del cura franciscano San Antonio, la de Santa Ágata o Águeda (virgen siciliana, patrona de Catania y de Malta, martirizada en tiempos de los romanos y a la que se le atribuyen milagros como el de haber detenido con su velo las erupciones volcánicas del monte Etna) y hasta con rostros de reyes, de políticos, etc., pintados con pintura policroma (rojo, blanco, amarillo, azul, verde, celeste, etc.). Los adornos que engalanan los carros varían según las provincias y según el gusto del propietario, quien siempre trata de personalizarlo para exhibirlo orgullosamente en las fiestas más importantes de su comunidad. Resulta tan interesante y llamativo como su decorado, uno de los posibles orígenes del nombre del carro, que según

–Comprendo hijo, ahora cálmense que todo estará bien; cuando baje la fiebre mamá dejará de hablar en sueño.

Esa noche y durante el día siguiente María, a intervalos, siguió en un estado de agitación, con picos altos de fiebre, temblores y aparentes alucinaciones.

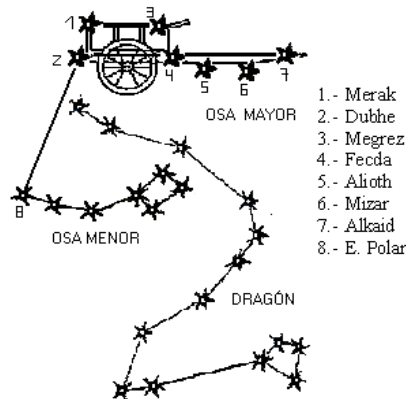
–Giacomo, María en vez de mejorar está empeorando, ahora ya alucina. Creo que en estas condiciones no es bueno llevarla a ningún lado, ¿tú qué piensas al respecto?

–No sé, es difícil opinar sobre un caso ajeno a uno mismo, pero me atrevería a decir que estás en lo cierto.

–Si es así, te pido que vayas en busca de ayuda. Intenta traer al doctor del ambulatorio; quizás puedas lograrlo ahora que contamos con transporte.

–Para qué volver allí si el doctor ya dijo que no tenía condiciones para atender a María.

algunos etimólogos el término biroccio es una derivación de la palabra “biròcc” (denominación de la constelación Osa Mayor conocida también como Carro Mayor, ubicada en los cielos del hemisferio norte). El biroccio, aunque tiene cierto parecido con el pomposo carro siciliano, guarda diferencias con el mismo.



–Porque quizás él pueda aliviarla de algún modo; sólo así podré llevarla al hospital, ¿comprendes? Por favor conversa con él, procura convencerlo, Giacomo.

Hacia la media tarde Aurelio había salido a ojear la calle una docena de veces tratando de divisar el carruaje del hermano, pero éste regresó recién bien entrada la tarde. Parte de la angustia de Aurelio se disipó cuando vio que a Giacomo le acompañaba una monja del Convento de la Caridad.

–¡Gracias a Dios que ha venido a socorrernos, hermana! Pase adelante por favor.

–Al doctor no lo encontré; los días lunes y viernes atiende en otro lugar –explicó Giacomo a Aurelio.

–Paciencia, hermano –dijo Aurelio encogiendo los hombros–. Los trabajadores del campo que ni siquiera somos aparceros^(*) debemos tener mucha paciencia y arreglarnos según podamos.

–É vero, sempre dobbiamo avere la testa sulle spalle.

–Sí señor, a mali estremi, estremi rimedi, y la hermana Agnese es el gran remedio que nos envía Dios. Debemos tener fe en ella.

–Y mucha. La superiora la envió a la hermana Agnese porque es una de las que más conoce sobre enfermedades comunes y sobre el cuidado de enfermos, ya que hace más de quince años que está trabajando con la comunidad a través de la medicina eclesiástica; incluso recordó que la hermana estuvo trabajando muchos años en Alemania y Francia.

(*) El sistema de aparcería, llamado en Italia Mezzadria, era una forma de explotación de la tierra que se mantuvo vigente durante muchísimos años. Los mezzadri o aparceros eran campesinos que por lo general cultivaban la tierra y criaban animales bajo convenio de aparcería en fincas agrícolas que no les pertenecían; en otros términos, a cambio de la explotación de la tierra, estaban obligados a entregar al propietario de la misma una alícuota parte de las ganancias y/o de los bienes que producían.

–¿Le sirvo más café, hermana?

–Sí, pero no más de media taza.

–Bien.

–Después de estos agitados días puedo decirle que María ha dejado atrás la tifoidea que tanto nos confundió en un principio.

–Esa es una buena noticia, hermana, pero sigo inquieto por la fiebre. ¿En esta etapa de la enfermedad, es eso normal?

–Se me adelantó, señor Aurelio, estaba a punto de hacer un comentario al respecto.

–Discúlpeme hermana, siempre fui un apresurado, nunca pude superar ese defecto de carácter, ni con los muchos “palos” que me dio mi padre.

–A mi modo de ver esa forma de ser no es precisamente un defecto; pero volviendo al tema de la fiebre quiero darle mi opinión personal, la cual a más de ser sincera no es irrefutable.

–Quizás no sea irrefutable, pero tratándose de una persona con experiencia como usted pienso que su opinión es casi irrefutable.

–Ojalá esté en lo cierto para que no perdamos tiempo y ojalá no esté en lo cierto por el bien de María. Desde anteayer estoy siguiendo muy de cerca el proceso y creo que su esposa está desarrollando una neumonía oportunista.

–¿Cómo se entiende eso?

–Que apareció como consecuencia de su estado de debilidad.

–Sé de la gravedad de esa enfermedad y por eso quisiera que me dijera qué perspectivas tiene María.

–Eso no podría decírselo en este momento porque depende de muchos factores; prefiero que lo diga un médico.

–Increíblemente volvemos al comienzo, hermana. ¡Maledetto tempo amaro!

–Hijo, aunque tengas motivos no maldigas, el Señor puede estar detrás de esto, y si es así alguna razón debe tener.

–Ya sé hermana que no es bueno maldecir antes de tiempo, pero todo esto me pone tenso como la cuerda de un violín.

–¿Por qué dices que volvemos al comienzo?

–Porque con este tiempo llevarla a María al hospital sería matarla y porque no tengo dinero para que la vea un médico privado.

–Hijo, sigues siendo apresurado hasta cuando estás mejor que ayer.

–Ayer estuve mejor porque desconocía lo que estaba sucediendo.

–Tienes razón en eso, pero yo me estoy refiriendo a algo que tiene que ver con tu fe. El Señor te proveyó de un carro que más antes no lo tenías y que ahora te será sumamente útil. ¡Dios aprieta pero no ahorca, hijo! Higienizaré a María y luego tú o tu hermano me llevará hasta el convento, y si Dios quiere, traeré un médico aunque sea bajo amenaza de excomunión; una mentirilla que estoy segura que muchos ignoran que no puedo hacerlo.

–Me arrepiento de todo lo que dije, hermana.

¡Ojalá que Dios no me haya escuchado y nos ayude!

–Aunque te haya escuchado, seguro que el Señor auxiliará a María.

Cuando partieron, Aurelio sintió sobre sí el peso de la angustia de quien en soledad tiene una responsabilidad ineludible que cumplir, sin poseer la capacidad necesaria para tomar decisiones que podrían significar la vida o la muerte de una persona, desasosiego que llegó a su fin a la tarde siguiente cuando regresó la hermana Agnese en compañía del médico del convento.

–¡Lo conseguimos, hijo! –dijo la monja con inocultable regocijo.

–Quién más sino usted –respondió respetuosamente Aurelio.

–El señor es el doctor Damiano.

–¡Piacere dottore Damiano! ¡Avanti, avanti!

Una vez pasadas las presentaciones de rigor, el doctor, quien ya había sido informado por la hermana sobre la condición de María, pidió permiso para atenderla. Al cabo de cuarenta minutos el doctor salió del dormitorio y se acercó a la mesa alrededor de la cual estaban sentados Aurelio y Giacomo.

–Tome asiento, doctor.

Damiano separó una silla y se sentó frente a ambos.

–La hermana Agnese estuvo en lo cierto al decir que la fiebre tifoidea dejó de constituir un problema; ahora bien, las causas por las que la señora adquirió esta enfermedad no las tengo del todo claras, las tendría si es que ustedes hubiesen estado viviendo hacinados en un inquilinato sin las condiciones sanitarias adecuadas, pero no siendo esa la situación sólo puedo suponer que el contagio se pudo haber producido a través de la mala manipulación de los alimentos. En lo que respecta a la preocupación principal, debo decirles que he llegado a la conclusión de que la paciente presenta un cuadro de neumonía; hay presencia de fiebre alta persistente, dolor torácico, tos bastante blanda con producción de esputo levemente amarillento y al auscultar se identifican claramente crujidos y ruidos de burbujeo.

–Perdone que lo interrumpa doctor, pero quisiera que me dijese cuál es el estado actual de mi esposa.

–Mire, su esposa es una persona joven, sin problemas de corazón ni de enfermedades respiratorias crónicas, de modo que si su estado actual de debilidad cambia como espero que lo haga, creo que la señora estará en condiciones de luchar contra la neumonía. Esta es una enfermedad bastante frecuente, muy grave y traicionera, especialmente cuando se la detecta en estado avanzado; cuando se la toma en su etapa inicial es posible vencerla, mucho depende de la oposición que le ofrezca el paciente y de la suerte.

–¿Es tan así de dura que depende en parte de la suerte, doctor?

–Déjeme exponerlo de esta manera; por lo que sabemos a través de las autopsias practicadas hasta el presente en los hospitales, la neumonía es un proceso inflamatorio del aparato respiratorio, con una gran secreción de moco, sin causas únicas; sin embargo, actualmente en el mundo científico se habla de que existen microorganismos infecciosos externos que provocan esas inflamaciones. Bajo estas premisas debo decirle con absoluta sinceridad que los médicos, incluyendo al suscrito, estamos en condiciones de trabajar sobre las inflamaciones y sobre el exceso de las secreciones causantes de las dificultades respiratorias, pero contra la presencia de agentes patógenos en el proceso inflamatorio, poco podemos hacer para eliminarlos ya que hasta el día de hoy no contamos con medicamentos específicos eficaces para combatirlos, no obstante, reitero, si el organismo del paciente está en buenas condiciones, puede dar batalla y ganar la guerra.

–Y así como está María, ¿qué perspectivas de ganar tiene?

–Estimado señor, mentiría si le dijera que sus posibilidades son 60 / 40 o 50 / 50 o cualquier otra cifra, lo cierto y lo concreto es que la neumonía no está todavía en una etapa irreversible, de modo que si logramos reducir la inflamación y sus consecuencias, la señora aportando lo suyo puede salir adelante, siempre y cuando no surjan imprevistos.

–Chiaro, dottore; quizás demasiado claro para mi espíritu.

–Bien, entonces hablemos acerca del tratamiento. Existen diversos métodos de tratamiento, y si bien cada uno presenta diferencias, en esencia el principio es el mismo, de modo que comenzaremos con uno muy utilizado, y de acuerdo a los resultados y a la tolerancia de la paciente decidiremos cómo continuar.

–Doctor, aunque yo sea un ignorante en esto, mucho me agradecería que me explicara algo más sobre el tema; sabe doctor, es más para reforzar mi confianza que por la necesidad de aprender. ¿Usted me entiende, no?

–Le entiendo señor Aurelio. Todo lo desconocido siempre mete miedo en la cabeza, pero no se amilane por ello, a todos nos ocurre lo mismo; haré lo que me pide y trataré de hacerlo de la manera más sencilla posible. Como señalé antes, básicamente lo que trataré de hacer será disminuir la irritación para así modificar la cantidad de secreción, ablandar el moco y ayudar a expulsarlo para dejar libres las vías respiratorias de modo a calmar la disnea y por último intentaré devolverle la tonicidad a las paredes pulmonares y bronquiales. ¿Me expliqué adecuadamente o cree que hace falta alguna aclaración más, mi estimado señor?

–Vamos bien, doctor, pero permítame llamar a la hermana Agnese para que ella también escuche lo que dirá; la hermana es quien con posterioridad me explicará lo que no pude entender.

–De acuerdo.

Después de contados minutos la monja se hizo presente en la reunión y el doctor continuó con sus explicaciones.

–La flogosis no trataré con exutorios^(*) porque a mi criterio ese método partió de un principio equivocado y hoy casi está en desuso, lo haré con tártaro estibiado^(**), que es un preparado medicinal diferente que contrarrestará la predisposición

(*) Los exutorios eran medicamentos que a través de la irritación que ocasionaban, producían pequeñas úlceras o vejiguillas serosas transparentes. El medicamento en forma de emplasto se aplicaba en el brazo o antebrazo del enfermo y con ello se pretendía absorber o desviar hacia la úlcera producida artificialmente la inflamación de los pulmones y bronquios.

(**) El tártaro estibiado era un preparado derivado de otro similar utilizado por los romanos, compuesto de tartrato de potasa, antimonio, tintura alcanforada de opio, incorporados a una sustancia capaz de mantener en suspensión los cuerpos solubles; como sustancia emulsionante generalmente se utilizaba mucílago de goma, emulsión de almendras, yema de huevo y aceite de oliva entre otros. Era indicado para las distintas fases del catarro, ya que por su efecto vomitivo hacía arrojar importantes secreciones de los pulmones y de los bronquios.

orgánica de la paciente a la neumonía; para combatir el catarro y el moco emplearé el bálsamo de copaiba, de tolú o el de eucalipto^(***) que son preparados balsámicos a base de plantas naturales y para limpiar y tonificar las paredes pulmonares y bronquiales utilizaré un preparado a base de yodo.

Brindadas las aclaraciones, el doctor tomó un recetario y en él prescribió en detalle las medicinas y la posología.

–Doctor, me adelanto a preguntar por qué aquí el tiempo y la distancia también tienen un papel primordial en el escenario, ¿cuál es la alternativa al tártaro estibiado en caso de que la botica no tuviese o no pudiese prepararlo? –preguntó la hermana Agnese.

–Una alternativa temporal puede ser el polvo de los cartujos^(*); pero entiéndame bien, solamente hasta conseguir el tártaro estibiado.

Finalizada la conversación con sus interlocutores, el doctor Damiano efectuó el último control del día a María y antes

(***) El bálsamo de copaiba, cuyo principio activo es la copaina, era un medicamento compuesto de resinas aromáticas segregadas por ciertos árboles del género *copaifera*, originario de América e introducido en Europa por los conquistadores. Era empleado en forma de gotas, de píldoras y de enema para combatir las enfermedades respiratorias y las inflamaciones de las mucosas de los órganos genitales.

El bálsamo de tolú era un medicamento cuyo componente principal es la resina oleosa y fragante que se extrae de un árbol de la familia de las anacardiáceas, originario de la América del sur e introducido en Europa al igual que la copaiba por los conquistadores.

El bálsamo de eucalipto, usado todavía en la actualidad para combatir el resfriado, la tos y el catarro, es un medicamento balsámico cuyo principal componente es la esencia del eucalipto, árbol de la familia de las mirtáceas, introducidos en Europa a mediados del siglo XIX, para sanear los terrenos bajos y pantanosos.

(*) El polvo de los cartujos era una medicina hecha a base de oxisulfuro de antimonio hidratado, obtenido del hervido en agua del carbonato de sosa y el sulfuro de antimonio. El nombre “polvo de los cartujos” se debe a que este preparado fue a la vez muy utilizado y recomendado por los religiosos de la Orden de San Bruno, conocidos como monjes cartujos. Esta Orden religiosa fundó su primer monasterio cerca de Grenoble y su segundo en Calabria, cerca de Catanzaro.

de pedir que lo llevaran de regreso, dirigiéndose a Aurelio recalcó la importancia de administrar a la paciente las dosis correctas en los tiempos establecidos.

–Se hará exactamente como usted lo indicó, doctor.

–Bien –respondió el doctor y agregó–, si no es molestia esperaré el carro mañana a las tres de la tarde.

–Descuide doctor, estaré en su casa a esa hora –dijo Giacomo, mientras invitaba al doctor a subir al birlocho del español.

–Muchas gracias, doctor, por haber venido y por la delicada atención que brinda a mi esposa.

–Amigo, mejor agradézcale a Dios porque es él quien nos da fuerza de espíritu y nos llena de sentimientos humanitarios.

A nueve días del diagnóstico médico el cuadro que presentaba María no tenía nada de alentador; su rostro y en especial sus labios exhibían al igual que las uñas de sus dedos un color ceniciento–azulado a causa de la severa disnea que no aflojaba, la fiebre y el pulso continuaban altos, y los ruidos patológicos y la respiración anhelosa asfixiaba hasta a los que la cuidaban.

–Doctor, ¿qué más se puede hacer para revertir el estado de María? –preguntó visiblemente preocupada la hermana.

–Por ahora aumentar la dosis del tártaro y esperar que reaccione favorablemente a la medicación.

Horas después de la segunda toma, María gimió unos instantes, se dobló sobre sí y como si fuera un cuerpo poseído abrió desmesuradamente sus desenfocados ojos, tan grandemente que se podían ver su negras pupilas y blancos globos flotar vacilantes y sin rumbo en sus cuencas; el estómago se le pegó a la espalda varias veces hasta que aparecieron las violentas arcadas y los vómitos, los que de pronto se volvieron tan prolongados que parecían no tener fin y querer llevarse cada uno de ellos consigo la vida de María, pero apenas aflojaban ella luchaba desesperadamente por introducir en sus congestionados

pulmones la mayor cantidad de aire impregnado de la flema mucilaginosa que colgaba de sus temblorosos labios y que Agostino trataba de desprenderlas con sus insuficientes manitas mientras su padre sostenía con fuerza a su querida mamma. Esa noche y otras más nadie dio tregua, no hubo descanso para ninguno.

Cuando el doctor Damiano visitó a María, encontró a Aurelio confuso y desesperado por como su esposa había pasado la noche.

—No desespere, Aurelio, que eso es justamente lo que estaba buscando que ocurriera al aumentarle la dosis, cuanto más secreciones depositadas en los bronquios y pulmones expulse más posibilidades tiene de cura; ahora con su permiso iré a ver a la señora.

—¿Y, doctor, cómo la encontró a María?

—Dentro de lo esperado bien, y creo que por en cuanto no existen motivos para estar más preocupado de lo debido.

Aurelio sólo respondió con un suspiro.

—A partir de mañana friéguele el pecho dos veces al día con el ungüento de aceite y bálsamos que prescribo en la receta.

Seis días después, cuando María empezó a presentar signos de mejoría en su aspecto general y anímico, ya casi no tenía náuseas ni vómitos y su expectoración era menos copiosa, el doctor ordenó agregar al tratamiento tintura de hierro como tónico medicinal, bálsamo de benjuí^(*) con extracto de opio, en reemplazo

(*) El bálsamo de benjuí obtenido del árbol *Styrax benjuí*, originario de las Indias Orientales y perteneciente a la familia de las Estiracáceas, era empleado en medicina en las afecciones respiratorias.

(**) La belladona de la cual se extrae la atropina, es una planta herbácea de la familia de las solanáceas, que crece entre escombros, originaria de Eurasia y utilizada antiguamente por las mujeres romanas como producto de embellecimiento. Su nombre deriva de las palabras “Bella donna”.

del bálsamo de copaiba, como sedante y calmante de la tos y jarabe de belladona(**) para evitar el exceso de vómitos.

Las dificultades por las que estaban atravesando Aurelio y familia produjeron un trastrocamiento en el orden familiar suyo y en el de sus parientes más cercanos; cuando Concetta cuidaba a su concuñada sus hijos quedaban al cuidado de sus suegros y cuando a Giacomo le tocaba el turno de asistir a su hermano, para no perder su empleo debía ser reemplazado en su trabajo por Antonio y un amigo de ambos, quienes en muchas ocasiones se vieron obligados a laborar a doble turno.

Más tarde, cuando a esas contrariedades se le sumaron los aprietos económicos porque la ayuda de las hermanas de la caridad ya no era suficiente para cubrir los ingentes gastos que demandaba la compra de los nuevos medicamentos incorporados al tratamiento, Aurelio se sintió abatido y pidió consejo a su padre.

–Hijo, deja el problema en mis manos y concéntrate en atender a tu mujer.

Vicenzo explicó el problema a cada uno de sus hijos y les pidió que juntaran todos los objetos de valor que tuviesen y que no fueran indispensables para ellos. Una vez en su poder y agregados al lote recibido los suyos propios, se los entregó a Giacomo para que los llevara a empeñarlos al Monte di Pietá.

María continuó con altibajos durante muchos días más. Una tarde, cuando nadie esperaba ningún cambio, la fiebre desapareció súbitamente, fue como si los gérmenes y demás aliados cansados de guerrear infructuosamente decidieran de pronto retirarse del cuerpo invadido. El hecho, a excepción de la hermana Agnese para quien se había producido el milagro tantas veces implorado al Señor, fue tomado con cautelosa alegría por los demás, que ya se habían acostumbrado a verla dando pasos irregulares en su caminar hacia la recuperación.

–Les confirmo las buenas noticias, la neumonía terminó, y si todo sigue así de bien en el transcurso de la semana le daré el alta a la señora María.

–¿Usted cree, doctor, que en ese tiempo el chillido que hace al respirar habrá curado?

–¡No! Para que ello suceda la señora deberá continuar con las inhalaciones de vapor de yodoformo y aceite de eucalipto por un tiempo más. Después para completar el tratamiento sería conveniente que hiciera una cura de baño con aguas medicinales sulfurosas y que pasara un tiempo al año respirando el aire puro del mar.

–Disculpe usted, doctor, pero esa medicina es para privilegiados, para gente adinerada, no está a nuestro alcance. No tengo ni tendré ninguna posibilidad de llevarla a una estación termal.

–Si intenta hacerlo como ellos lo hacen está claro que no podrá, pero existen formas y formas de hacerlo.

–Dígame cómo, y lo haré, doctor.

–Llévela por unos días a un balneario termal público cercano.

–¿Y lo del aire marino?

–Si no tiene cómo pasar un tiempo a orillas del mar, traiga algo de él a su casa. Se preguntará ¿cómo?, simple, cierre bien una habitación y coloque en ella un recipiente bien grande con agua de mar y con una buena cantidad de algas, manténgalo siempre lleno y después de algunos días la habitación estará impregnada de sustancias y de sales marinas.

Dos días después que María dejó la cama, Giacomo y Aurelio fueron a devolver el birlocho a su propietario.

–¿Qué te tiene tan ensimismado? –preguntó Giacomo a su hermano.

–No puedo dejar de pensar qué hubiera sido de muchos de nosotros sin la caridad, la solidaridad y la beneficencia.

–Estaríamos perdidos; estoy seguro que sin ellas el desamparo y la desventura, aquí y en otras zonas rurales, sería total.

La aseveración de Giacomo, fruto de la sapiencia adquirida en el vivir diario, era de lo más acertada; mucho tiempo aún pasaría hasta que las entidades de beneficencia y de caridad, religiosas o no, enraizadas en la sociedad por deficiencias de las estructuras gubernamentales, fuesen reemplazadas como únicos medios para enfrentar las consecuencias del empobrecimiento paulatino y constante de la población, como las carencias de diferentes índoles y los problemas sanitarios de orden general, por un sistema diferente que sustentado en el desarrollo económico–social de las comunidades permitiese entre otras cosas, la incorporación de mejores hospitales y de nuevos métodos de tratamiento para la cura de las enfermedades.

En Italia así como en otros países de Europa, entre el 1800 y 1900, la incidencia de enfermedades como la tuberculosis, la difteria, el tífus, el cólera, la fiebre amarilla, la meningitis, la influenza y otras, fue muy grande y a pesar de las sucesivas ocurrencias durante un largo período de tiempo, el país no pudo con ellas, estuvo siempre en retaguardia por causa de su deficiente estructura sanitaria. Los sucesivos gobiernos de esos años, carentes de políticas de salud e higiene preventivas y adecuadas, frecuentemente hacían frente a las epidemias (disposiciones, leyes, decretos reales de por medio) con las fuerzas militares a las que imponían el trabajo de combatirlas con métodos superficiales, como lo eran la desinfección con cal y la fumigación de las edificaciones, la quema de desperdicios, de ropa contaminada y de todo tipo de desechos. Quizás lo más pernicioso de esta forma de accionar era que una vez terminada la amenaza el sistema necesariamente “obligaba” a continuar con los antiguos hábitos facilitando otra vez el inicio del ciclo. Los aires de cambio comenzaron recién en 1888 con

la aprobación del código sanitario, llegando primero a los centros urbanos más importantes empujados por el hacinamiento que producía la creciente población citadina, asociada a la falta de higiene pública, de provisión de agua pura y de infraestructura para la eliminación de las aguas negras, las que eran depositadas en pozos negros o ciegos incapaces de detener la infiltración de las mismas en la tierra y la contaminación de las napas freáticas.

Aproximadamente en el segundo tercio del siglo XIX, las clases gobernantes aceptaron el concepto de que la higiene, la sanidad y la medicina son interdependientes y actúan en función de las decisiones políticas y económicas; no obstante, si bien asimilaron el concepto correcto, justo, sus políticas de higiene y de salud distaron mucho de serlo, porque no fueron capaces de brindar servicios igualitarios. Así como se señalara anteriormente en el campo de la higiene pública, mientras los polos urbanos eran dotados de sistemas de alcantarillados y paulatinamente liberados de las aguas sucias, las áreas rurales fueron prácticamente si no ignoradas dejadas de lado; igual desigualdad se presentó en el área de la medicina, la suerte de los enfermos pertenecientes a las clases bajas, suburbanas y rurales era muy diferente a la de los de clase media y alta. Al tiempo que los primeros debían contentarse con la deficiente atención en carenciados hospitales públicos o de beneficencia (los mismos que inspiraban miedo y provocaban indignidad a los enfermos de las clases sociales adineradas), los enfermos de clase media podían recurrir a las sociedades de socorro mutuo y a los médicos particulares que los atendían en sus propios domicilios cobrándoles “módicos” honorarios, los que por más módicos que fuesen nunca estuvieron al alcance de plebeyos, obreros y campesinos, y los enfermos de clase alta podían acudir a distinguidos médicos y a sanatorios exclusivos como los de montaña y otros, en los cuales podían ser tratados con aparatos médicos modernos y con terapias sofisticadas como lo eran la balneoterapia, la oxigenoterapia, la aëroterapia, las curas de barro, las curas de reposo, etc.

A Francesco Crispi le sucedió otro siciliano, Antonio Starrabba di Rudinì, acérrimo enemigo político^(*) y en varios aspectos la cara opuesta de aquel; mientras Crispi era oriundo de Ribera, pequeña localidad ubicada en el suroeste de Sicilia, entre Sciacca y Eraclea Minoa^(**), de extracción pueblerina y de ideas políticas de izquierda, Starrabba di Rudinì era originario de Palermo, principal metrópoli y centro político, económico y cultural de la isla, miembro de la élite aristocrática, con título de nobleza y de ideas políticas de derecha.

El Marqués Rudinì, líder por entonces de la derecha, fue llamado por el Rey de Italia para formar nuevo gobierno después de varios intentos fallidos liderados por Giovanni Giolitti y Giuseppe Zanardelli. El Gabinete quedó constituido el 6/II/

(*) Starrabba di Rudinì fue el político que durante la asamblea que obligó a dimitir a Crispi, sobresaltado le gritó “¡vergognatevi! Noi non abbiamo che servito la politica del nostro paese e del re”.

(**) Sciacca, pequeño pueblo perteneciente a la provincia de Agrigento, situado en la región más avanzada de occidente de la civilización griega, construido en gradas a lo largo de una pendiente, conocido por su estación termal “Terme Selinuntine”, por sus grutas de vapores radioactivos llamadas “Stufe Selinuntine”, por sus monumentos religiosos, palacios y museos, entre otros patrimonios relevantes de la región.

Eraclea Minoa, pequeña localidad antiquísima, ubicada en la provincia de Agrigento, fundada alrededor del siglo VI a.C. junto al Mediterráneo, importante zona prehistórica en la que se encuentran valiosísimas áreas arqueológicas, templos griegos y restos monumentales de épocas antiguas.

1891^(*) y el Marqués Starrabba di Rudinì lo presidió hasta 13/IV/1892. En términos generales su programa de gobierno se asentaba sobre las bases de un régimen duro de saneamiento de la economía y de un cambio de dirección de la política expansionista colonial vigente anteriormente. En lo referente a la política interna el programa contemplaba como puntos principales, la modificación de algunas leyes fiscales y sociales, la descentralización administrativa y el manejo cuidadoso de todos los presupuestos, incluso los de guerra y de marina. En cuanto a la política exterior los principales objetivos eran el mantenimiento de la dignidad nacional, la restricción de los gastos en África, el acercamiento a Francia, la renovación de la Triple Alianza y la negociación con Inglaterra de los límites fronterizos entre Eritrea y Sudán.

El proceso de concertación entre los puntos de vista del gobierno y el de los parlamentarios sobre la política exterior, fue una tarea ardua que persistió durante todo el mandato de Rudinì debido a la diversidad de criterios imperantes. Así en lo concerniente a la política expansionista algunos eran partidarios de continuar colonizando, otros eran del parecer de mantener las posiciones ganadas, otros más de reducir la ocupación y hasta de retirarse de las colonias italianas en territorio africano; los que sostenían la tesis de avanzar con la colonización, preconizaban que Italia no debía contentarse con el eje Massawa-Cheren-Asmara, sino que deberían también ocupar el interior de Eritrea hasta llegar a Mareb, y asimismo argüían que Eritrea podía servir con el tiempo como una válvula de escape ideal al creciente problema de la emigración. Igual cosa ocurría entre

(*) El gabinete quedó compuesto por el Almirante Saint-Bon como Ministro de Marina, Giuseppe Colombo como Ministro de Finanzas, Luigi Luzzatti como Ministro del Tesoro, Ascanio Branca como Ministro de Obras Públicas, Luigi Pelloux como Ministro de Guerra, Bruno Chimirri como Ministro de Agricultura, Luigi Ferraris como Ministro de Justicia y Giovanni Nicotera como Ministro del Interior.

el siempre urticante problema de relaciones con Francia y la necesidad de mantener activo el Tratado de la Triple Alianza; al tiempo que el Ministro Rudini, principal promotor del acercamiento a Francia, renovaba el Tratado por considerarlo de interés nacional, los políticos italianos, republicanos, radicales y anarquistas, hacían lo imposible para distanciar a Italia de Alemania y Austria^(*).

Los problemas internacionales eran coexistentes con los nacionales, los cuales se estaban desarrollando en tiempos de gran efervescencia social; en momentos en que el empeoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores llevaba a la realización de grandes y conflictivas protestas, las que como en los gobiernos precedentes, fueron en muchas ocasiones despiadadamente reprimidas por la policía, la que apoyada en las nuevas leyes de seguridad pública justificaba su accionar. Este conjunto de cuestiones sociales de difícil solución llevó rápidamente a la búsqueda de nuevas formas de asociación, tarea en la que intervinieron radicales, anarquistas, republicanos, socialistas y hasta la iglesia católica, la que apoyada por el papado, con los católicos conservadores de derecha, fundó un sindicato católico; en esta época prolífica tuvieron nacimiento el partido de los trabajadores y los movimientos sindicales de diferentes ideologías. Como un calco de lo sucedido en el gobierno de Crispi, la gran desocupación existente se vio agravada por la decisión francesa de mantener las tarifas diferenciales a los productos italianos. El pilar indiscutible sobre el que se sustentaba el programa de gobierno de Rudini era la economía, de forma que la misma debía ser saludable, y para mantenerla así

(*) El renovado Tratado de la Triple Alianza fue suscrito el 6 de mayo de 1891, por el Conde Emerico Szecheny en representación de Austria, por el General Leone Von Caprivi en representación de Alemania y por el Conde Edoardo de Launay en representación de Italia. En el nuevo texto se estableció explícitamente la cooperación de Alemania para mantener el status quo en África,

se debía subsanar el déficit presupuestario, pero como el Tesoro no podía cubrirlo en su totalidad, el gobierno a través del Ministro Luigi Luzzatti propuso obtener el dinero faltante con nuevas entradas; en otras palabras con nuevos gravámenes y nuevos impuestos, para lo cual eran necesarias nuevas leyes. El pedido evidenciaba a las claras el fracaso del programa ministerial, no obstante lo cual, el gobierno obtuvo en el Parlamento el voto de confianza, pero ese voto no tapó la discrepancia entre Luigi Luzzatti y Giuseppe Colombo, Ministro de Finanzas, quien se oponía tenazmente a la creación de nuevos impuestos porque el reino atravesaba una fuerte depresión económica. A su entender el déficit del Estado debería ser cerrado dando un corte a los gastos generales, esto incluía al ejército e implicaba una reducción del número de militares en actividad. Como era de esperar intervino también el Ministro de Guerra Luigi Pello-ux y a causa del gran desaguisado que se produjo el gabinete en pleno presentó renuncia.

Como era de esperar Rudinì también se vio envuelto en tareas de equilibrio entre los intereses y necesidades del reino en el exterior y en el interior, no pudiendo dar cumplimiento a su programa de gobierno y por ende satisfacer las necesidades de muchos italianos.

Así pasó otro año y meses de ilusiones perdidas, pero Giacomo y familia debían de ponerle ánimo al desánimo, porque contra toda lógica quizás lo que el siciliano no pudo hacer por Sicilia, el “zapatero piamontés de Imbriani” logre hacerlo.

Nessuno è profeta in patria.

Habiendo dimitido Rudinì, el Rey confía la formación del nuevo Gobierno al entonces presidente del senado, que rechazó el ofrecimiento; igual cosa hizo Francesco Crispi alegando que estaba ya muy viejo para esa misión. Ante la situación plan-

teada el Rey designó directamente a Giovanni Giolitti^(*) como jefe de gobierno, cargo que desempeñó desde mayo de 1892 hasta noviembre de 1893. Giolitti inició mal su mandato porque su nombramiento, por la forma en que se hizo, no fue recibido con agrado por una parte del parlamento; al respecto Matteo Imbriani, líder del movimiento irredentista, dijo “...está bien que Italia tenga la forma de una bota, pero no por eso debe ser continuamente manejada por zapateros”.

La parte esencial de su programa de gobierno consistía en la reactivación de la economía, sin aumentar o crear nuevos gravámenes e impuestos, sino hacerla a través del ordenamiento de las finanzas públicas, dando énfasis a la reducción de los gastos estatales y al re-direccionamiento de los créditos. En cuanto al aspecto político las metas del mismo eran el respeto a las alianzas contraídas, el mantenimiento de relaciones cordiales con todas las potencias y la fiel custodia de las libertades.

Giolitti presentó su programa de gobierno al Parlamento, en donde tras el debate correspondiente la votación le fue favorable por nueve votos de diferencia; entonces el Primer Ministro, advirtiendo que con esa escasa mayoría era prácticamente imposible ejecutar el programa, pidió al rey que aceptara su

(*) Giovanni Giolitti nació en la localidad de Mantova, situada en la provincia piamontesa de Cuneo, próxima a la ciudad lombarda de Cremona, en 1841. Entró en la política después de trabajar por décadas en la administración pública, ocupó un cargo destacado en el Ministerio de Finanzas, fue diputado por el Colegio de Cuneo, Ministro del Tesoro y Presidente del Consiglio en los periodos 1892–1893 / 1903–1905 / 1906–1909 / 1911–1914 / 1920–1921. Los historiadores califican a Giolitti como un político sagaz y progresista, perteneciente a la pequeña burguesía, dotado de una gran capacidad administrativa, de escasa dote para la oratoria y como uno de los principales creadores de la Italia moderna.

El gabinete de Giolitti quedó conformado de la siguiente manera: Grimaldi como Ministro del Tesoro, Benedetto Brin como Ministro del Exterior, Vittorio Ellena como Ministro de Finanzas, Luigi Pelloux como Ministro de Guerra, Simona Pecoret como Ministro de Marina, Francesco Genola como Ministro de Obras Públicas, Teodoro Bonacci como Ministro de Justicia, Ferdinando Martín como Ministro de Educación y Pietro Lacava como Ministro de Agricultura.

dimisión o bien que disolviera la Cámara de Diputados; como el soberano no aceptó su dimisión, Giolitti inmediatamente solicitó se le conceda seis meses de ejercicio provisorio, pero como la Cámara no estaba dispuesta a otorgarle la autorización correspondiente, el Rey disolvió la misma por Decreto Real del 10 de octubre de 1892 y estableció el 6 de noviembre como nueva fecha para el tratamiento del tema.

Las acusaciones de que Giolitti manipuló las elecciones del 6 de noviembre, presionando, comprando y nombrando nuevos legisladores y haciendo alianza con parlamentarios católicos a cambio de promesas non sanctas, amén de otros ilícitos electorales, deterioraron aún más las relaciones Giolitti-Parlamento. El 23 de noviembre del mismo año, durante el discurso de apertura de la XVIII sesión legislativa, el Rey Humberto I declaró que como estaba previsto en el programa económico que se había logrado el equilibrio del presupuesto sin haber tenido que recurrir al viejo método de aumentar los gravámenes, y prometió llevar a cabo reformas en todos los ámbitos incluso en el de la educación. El contenido de la declaración estaba en abierta contradicción con varios Decretos Reales firmados el día anterior, que autorizaban el aumento del impuesto al azúcar, la eliminación de la rebaja del precio del tabaco vendido al por mayor, el monopolio de los aceites y el traspaso del Servicio de Pensiones a la Casa de Depósitos y Préstamos; los Decretos Reales recién fueron enviados al Parlamento para ser convertidos en Leyes a mediados del mes de diciembre. A pesar de que el hecho cayó como un balde de agua fría entre los parlamentarios, gracias a las supuestas maniobras del Ministro Giolitti, su programa financiero obtuvo una amplia aprobación en el Parlamento.

Las conflictivas relaciones gobierno-parlamento, gobierno-obreros, gobierno-civilidad, etc., adosadas al desenfreno bancario, hicieron del primer mandato de Giolitti un cuasi drama ingobernable.

El llamado “escándalo de la Banca Romana”^(*) era un asunto de larga data que tuvo sus inicios antes del gobierno de Giolitti, pero que por errores políticos estalló en las manos del Primer Ministro.

En junio de 1889 los interventores, encabezados por el senador Alvisi, señalaron en su informe la existencia de irregularidades bajo la administración de Bernardo Tanlongo, pero la publicación del mismo fue literalmente impedida por Luigi Luzzatti y Bruno Chimirri, ministros del Tesoro y de Agricultura durante el gobierno de Rudini, con el pretexto de que una publicación de ese tipo perjudicaría a todo el sistema bancario. Más tarde cuando la Banca Romana sufrió los embates de los créditos otorgados sin garantías reales, durante el floreciente periodo de las inversiones edilicias, el gobernador de la Banca Romana fue nuevamente acusado de emitir billetes de banco duplicados y en cantidades que superaban por lejos a la emisión permitida de billetes reales. A pesar de las acusaciones que pesaban sobre el gobernador, el Ministro Giolitti intentó hacerlo nombrar senador. Tres años después de la intervención de Alvisi, las irregularidades fueron denunciadas en toda su dimensión en la Cámara, por el Diputado siciliano Napoleone Colajanni y por su colega Lodovico Gavazzi, pero cuando los ilícitos estaban por tomar estado público, intervino nuevamente el Jefe del Gobierno, quien para evitar el escándalo se comprometió ante el Parlamento a auditar la administración de todos los Institutos de Emisión. El 30 de diciembre de 1892 por Decreto Real fue instituida la comisión interventora, la que poco tiempo después confirmó los resultados anteriores, es decir la

(*) La Banca Romana creada en 1835 con capitales belgas y franceses, toma en 1851 el nombre de Banco dello Stato Pontificio y pasa a ser el principal Instituto de Emisión de la Iglesia Católica; recién en 1870 cuando Roma es proclamada Capital del Reino de Italia, retoma su antigua denominación y mantiene su condición de emisor de billetes de banco.

existencia de gravísimas anormalidades. Las discusiones sobre el affaire se mantuvieron muy activas hasta que la Cámara por unanimidad decidió nombrar una nueva comisión investigadora, la que llegó a ser conocida como el Comité de los siete o como el Comité de los siete dragones.

No sólo el proceso de la Banca Romana tenía entre las cuerdas al gobierno de Giovanni Giolitti, también lo tenían los numerosos disturbios provocados en distintos sucesos; uno de los más graves y con mayor repercusión en toda Italia, ocurrió como consecuencia de la criminal agresión cometida por operarios franceses contra sus pares italianos que trabajaban en las salinas del delta del Ródano; en esa ocasión italianos que habían tenido que dejar su patria en busca de un trabajo que les permitiera seguir viviendo, encontraron la muerte sólo porque al verse obligados por su condición de inmigrantes a trabajar por salarios muy bajos se convertían en competidores laborales de los habitantes de Aigües-Mortes^(*). Ciudadanos de todo el país salieron a las calles y bajo el grito de “guerra e morte a la Francia”, rememorando las Vísperas Sicilianas, reclamaron justicia. Después que el Gobierno de Giolitti dio por cerrado el caso, sin que las autoridades francesas hayan castigado debidamente a los culpables de la masacre, las manifestaciones se volvieron más violentas y fueron reprimidas con mayor violencia aún, provocando el enfado y la indignación de la población, hasta tal punto que muchos clamaban por la vuelta de Crispi y vitoreaban a Alemania; otros eventos de similar gravedad y muy importantes por sus alcances sociales e inesperadas derivaciones, fueron los que acontecieron en gran parte de Sicilia cuan-

(*) Pequeña ciudad francesa medieval (antiguo puerto fortaleza sobre el Mediterráneo, desde donde partieron las cruzadas de Luis IX hacia Egipto), situada en el Departamento de Gard, en la región de Languedoc-Roseillón, junto al golfo de León, en la zona de Camargue, en el delta del Ródano (zona caracterizada por la salinidad de sus tierras y lagunas).

do movimientos urbanos y campesinos, principalmente los Fasci sicilianos^(*), que reclamaban mejoras y exigían cambios en los contratos de mezzadria y de alquiler con los propietarios de las tierras y reivindicaban sus derechos de acceso a la misma, fueron muertos y heridos por la policía en violentos encuentros.

En el documento de carácter “reservado”, firmado por el “Ministro del Interno” y “Presidente del Consiglio dei Ministri” Giovanni Giolitti y por el “Ministro della Guerra” Luigi Pelloux, dirigido a las instituciones militares apostadas en Sicilia y encargadas de la ejecución del Decreto Ministerial del 11 de octubre de 1893, concerniente a la represión del “malandrinaggio” (término con el que el gobierno definía al movimiento de los Fasci), se expresaba en forma clara y determinante que la dirección de todas las operaciones y el reparto de las zonas y subzonas quedaban bajo el mando del comandante del cuerpo de la armada sito en Palermo, y que el mismo debía rendir cuentas directamente al Ministerio del Interior; que los

(*) Movimiento de trabajadores, popular, de masa, de ideas socialistas surgido en Sicilia en 1891, cuyo objetivo principal era el mejorar las condiciones a través de una mayor participación de los trabajadores en las luchas sociales y políticas, constituido esencialmente por obreros, campesinos y mineros del azufre. Los Fasci Siciliani aparecieron con fuerza en razón de la grave crisis económica en la que se hallaba inmersa Sicilia, arrastrada por las dificultades de la economía italiana. La disputa comercial con Francia golpeó considerablemente a los sectores agrarios y mineros de Sicilia, y la ocupación francesa de Túnez al cortar el flujo migratorio de la mano de obra desocupada la agravó aún más. Los mayores exponentes del movimiento fueron Rosario Garibaldi Bosco en Palermo, Nicola Barbatto en Piana dei Greci, Giuseppe de Felice en Catania y Bernardino Verro en Corleone.

Piana dei Greci, llamada hoy Piana degli Albanesi, debido a los albaneses que luego de huir de la ocupación turca de los Balcanes emigraron a Italia llegando primero a las regiones de Molise y Puglia, y tiempo después a Piana dei Greci, es una antiquísima pequeña localidad situada en la provincia de Palermo, a pocos kilómetros de la ciudad del mismo nombre, reconocida como sitio histórico, porque allí en la loma della Madonna dell’Udienza el patriota Giuseppe Garibaldi ideó la Stratagemma di Corleone, engañando a las tropas borbónicas que trataban de impedirle llegar con sus hombres a Palermo.

oficiales, los agentes de la fuerza pública, los guardias municipales, forestales, guardabosques, campestres y de finanzas estaban obligados a ayudar a las tropas militares en la consecución de sus objetivos; que todas las oficinas telegráficas debían estar disponibles durante las 24 horas; que todas las autoridades de las diferentes localidades debían recoger información en forma directa e indirecta sobre todo tipo de delincuentes y en especial sobre el malandrino e informar al comandante del Cuerpo de la Armada; que las autoridades comunales y provinciales estaban autorizadas a decretar la clausura de las tabernas, de las cuevas, grutas y de todos aquellos lugares sospechosos de dar cobijo a los bandidos; que las instituciones correspondientes debían elaborar listas de residentes, desertores, malvivientes y de todas las personas sospechosas de sus respectivas localidades; que los prefectos estaban autorizados a retirar las licencias para portar armas a todas las personas sospechosas de tener relaciones con el malandrino; que el monto por jornada a ser pagado sería de 5 liras a los oficiales militares, de 3 liras a los agentes varios graduados y de 2 liras a los agentes simples.

El gobierno de Giolitti nunca encontró la manera de resolver o de manejar con habilidad y sutileza política los conflictos, por ello en el mes de noviembre de 1893 cuando en la Cámara se dio lectura al informe final del “Comité de los Siete” y se conocieron los pormenores del escándalo bancario, el Primer Ministro que desde que asumió al cargo venía dirigiendo un país en constante ebullición, tuvo que abandonar el “sillón del Consiglio” antes de que este le quemara políticamente de manera irreversible.

El “zapatero piamontés” no fue profeta en tierra ajena, y su primer mandato terminó con deudas como el de sus antecesores.

–¡Ciao mamma!

–¡Ciao figlio! ¿Come stai?

–Yo bien, y tú “bellísima mamma mía”.

–Eres un pícaro, Giacomo; sabes cómo utilizar las palabras.

–Soy un hombre feliz porque puedo abrazarte. No imaginas lo importante que es para mí tener un hombro materno que me alivia las aflicciones con sólo apoyar mi cabeza en él.

–No lo imagino, hijo, lo sé con certeza; yo también soy hija y hasta ahora necesito de ese hombro.

–Es verdad, olvidé por un momento que mis abuelos no son sólo abuelos. ¿Regresó papá?

–No creo que tarde, ya es su hora. Siéntate a esperarlo mientras te preparo un jugo de naranja.

Giacomo tomó asiento y acompañó con la mirada a donna Isabella.

–Dime qué te sucede, hijo.

–Nada.

–¿Nada? ¿Estás diciéndome la verdad?

–¿Por qué me lo preguntas?

–Porque te conozco.

–Nada fuera de lo común.

–Ojalá sea como dices –respondió la madre, haciendo un gesto de desconfianza.

–Es así, no dudes.

–Nunca fuiste un buen mentiroso, hijo; si no me lo quieres decir no importa, igual me enteraré más adelante.

Al momento que Giacomo se dispuso a aclarar las dudas a su madre, llegó Vincenzo.

–Qué grata sorpresa, Giacomo –dijo abrazándolo al hijo.

–¿Cómo estás papá?

–Como un roble secado bajo sombra, fino y duro.

–Lo veo signor Vincenzo –dijo sonriente Giacomo.

–Toma una silla y vamos a sentarnos afuera.

–Esperen un momento y llévense la jarra de jugo.

Giacomo agradeció a la madre, tomó la silla más próxima y siguió a su padre. Durante un buen tiempo conversaron y rieron como si los problemas y el mundo no existieran.

–Bien hijo, ¿qué quieres decirme? –preguntó de sopetón Vincenzo.

–Parece que tú y mamá se pusieron de acuerdo.

–No hubo ningún acuerdo, tu cara te delata, hijo.

–Es muy posible, porque tengo entre manos un dilema que no me atrevo a resolver sin antes escuchar lo que puedas decir al respecto. Papá, he resuelto dejar todo e ir a otra parte.

–Si lo tienes decidido ya no es un dilema, ni te servirá de algo lo que pueda decirte.

–Papá, tú entiendes lo que quiero decir; estoy decidido a dejar todo e ir a otra parte, siempre que tus razones no me convencen de que estoy equivocado.

–De acuerdo muchacho. ¿Qué quieres decir con irme a otra parte? ¿Adónde piensas ir, a otra ciudad, a otra provincia? ¿Adónde? ¡Dímelo!

–Irme de Sicilia; a otra región, otro país, no lo sé muy bien, pero debería ser a algún sitio donde pueda levantar cabeza con mi trabajo. Sé que no será fácil encontrar una oportunidad diferente con la preparación que tengo; no estoy quejándome de la que recibí, para lo que fue la época ustedes hicieron todo lo que pudieron, solamente que los tiempos cambian y ahora se necesita de algo más, algo al cual mis hijos y yo no tenemos acceso y no lo tendremos por mucho tiempo, porque todo al igual que la política sigue lento y complicado. En mi familia todos los que podemos laborar trabajamos, pero el di-

nero que juntamos solo nos alcanza para vivir, pero vivir al día y separados, ya casi no somos una familia como lo fuimos con ustedes; Antonio y yo en las tierras del signor Gulino, Vittorio y Anna un tiempo en el mulino di grano y otro en el pastificio, Concetta sola con Emma y ninguno va a la scuola.

–Y como están las cosas debes estar contento de que por lo menos todos tienen trabajo; muchos desearían tener tu suerte.

–Sí, yo agradezco a la Madonna por la mano que nos da, y reconozco que más antes a duras penas sobrevivíamos.

–Entonces hijo algo han progresado.

–Sí, algo hemos mejorado, pero seguimos sin tener derecho a enfermarnos, sin poder escoger otro camino porque solo tenemos la fortuna de saber leer y escribir, no tenemos forma de detener el deterioro de nuestras vidas; Concetta y yo vivimos en un desespero constante porque como padres no podemos brindar a nuestros hijos las herramientas y las posibilidades que les permitan ser algo más en la vida. Es duro para nosotros verlos caminar con zapatos de lastimadores y rotos cueros, sin quejarse, ni atreverse a pedir que se los cambiemos porque saben de nuestras limitaciones.

–La desgracia de un hijo es algo muy violento para un padre.

–Papá, tú no debes afligirte por mí, yo soy un hombre adulto, con la coraza suficientemente pétrea para afrontar las vicisitudes de la vida; es diferente cuando los hijos son pequeños o adolescentes.

–Algún día se te quedará en esa cabeza lo que siempre les enseñé; los hijos siguen siendo niños hasta que los padres mueran.

–Es verdad, y creo que después de sus partidas es cuando más se los necesita.

–Te preguntaste qué será de tu familia cuando estés lejos de ella.

si no puedo regresar; no es sencillo separarse de la familia y además abandonar a su suerte a los padres que te dieron la vida. Todas las noches me pregunto de dónde sacaré las fuerzas necesarias para alimentar mi espíritu, y sin convencerme del todo, me respondo a mí mismo que las obtendré de la sinceridad de la causa.

—No será bueno que dejes a tu familia; si estás decidido a emigrar, busca la manera de llevártela contigo. Nadie en esta vida parte hacia lo incierto sin pagar las consecuencias.

—Absolutamente cierto.

—¿Y Concetta qué opina?

—No se lo comenté todavía porque hasta el momento mi decisión no ha madurado lo suficiente; aún tengo muchas preguntas sin respuestas.

—¿En qué has pensado más, en irte al norte o al sur?

—Pensar en el norte, dentro o fuera de Italia, es casi una utopía; las actividades fabriles y comerciales son las que más requieren mano de obra de bajo costo, y allá ya fueron y siguen yendo miles de compatriotas con experiencia en ese tipo de trabajo. Creo que Malta, Túnez o Egipto son mejores opciones, especialmente estos últimos si es como dicen que sus gobiernos ofrecen tierra a los inmigrantes y que el gasto hasta encontrar empleo es soportable; además están muy próximos a Sicilia.

—No te dejes simplemente llevar por lo que escuchas, porque no todo lo que se dice resulta cierto.

—Obviamente no lo haré.

—Interésate también en averiguar todo lo concerniente al idioma y a la religión, porque esos son aspectos indispensables e ineludibles.

—Más me preocupa lo primero y la afinidad que pueda existir entre nosotros y ellos.

–Mira Giacomo...

–¡Vicenzo, Giacomo, la mesa está servida! –gritó desde la cocina donna Isabella.

–¡Está bien, vamos pronto! Apresúrate muchacho, no hagamos enojar a tu mamma; ya sabes lo furiosa que se pone cuando dejamos enfriar la comida.

–Les preparé una zuppa di fruti di mare con pane casereccio. Espero que les guste.

–Isabella, todo lo que tú cocinas siempre es exquisito –lisonjeó Vicenzo.

Después que Isabella hubo retirado la mesa, Vicenzo y su hijo continuaron la charla interrumpida.

–Giacomo, si bien has dicho cosas ciertas, no me llena el argumento de que estés dispuesto a emigrar casi de inmediato en busca de oportunidades para tu familia; hay algo en todo esto que no encaja en mi manera de ver las cosas, porque yo soy del criterio de que cuando uno decide irse es porque está desahuciado, porque ya no tiene escapatoria, y no creo que ese sea tu caso. Muy pocos son los que arriesgan todo previendo situaciones peores, la mayoría lo hacen después de un detonante; dime cuál es el tuyo porque hasta ahora no lo veo con claridad.

–Papá, no en balde llevas los años encima. Todo el embrollo surgió cuando le escuché decir al signor Gulino, “tanti sacrifici, tante fatiche, e poi non siamo approdati a nula”, con parte de mis tierras pago a la Banca e ritorno a Grecia a esperar mejores tiempos”; no sé si tiene tierras en conflicto o si los desórdenes fueron la causa de sus expresiones, lo real es que si hace lo que dijo quedaremos Antonio y yo sin trabajo.

–A mi entender como los disturbios ya no son puramente de orden político o de reivindicaciones sociales, habrá que esperar a ver cómo encara el problema el nuevo gobierno; mientras tanto te aconsejo que te tranquilices y que trates de infor-

podrías ir.

—Tu consejo es bueno, papá, pero creo que lastimosamente solo me dará tiempo para hacer mejor las cosas; digo esto porque comprendo perfectamente que la gran tarea de la unificación total y el trabajo posterior de dar vida propia a esta nueva nación producirá aciertos y errores, y necesitará de tareas de 24 horas y del hombro y del sacrificio de sus ciudadanos, pero algo de allá, proveniente del fondo del ignoto reino del raciocinio me dice que las tareas son parte de un proceso y que como tal requerirá de muchos años aún. Construir un Reino levantando piedra a piedra insumirá tiempo y estoy seguro que una de las últimas en ser alzadas será nuestra Sicilia; y si bien es cierto que no es bueno abandonar la nave madre, también es bueno recordar que innumerables “tripulantes” fueron abandonados, maltratados y corridos por los oficiales de la nave madre, sin detenerse a pensar que solo con “tripulantes” bien tratados, sanos y bien comidos, palmo a palmo se construye un país. Yo no puedo ni debo descuidar mi tripulación, tengo un compromiso de honor con ellos.

El nuevo gobierno al que se refería Vincenzo, era el encabezado nuevamente por el siciliano Francesco Crispi el 15/12/1893 después de la dimisión de Giovanni Giolitti y del fracaso de Giuseppe Zanardelli para formar gobierno. Durante todo el periodo 1893-1896 el Primer Ministro continuó con su anterior política de consolidación y extensión colonial en el norte africano y de imposición de durísimas medidas económicas, esta vez propuestas por el Ministro de Finanzas Sydney Sonnino, de manera a tratar de equilibrar las finanzas del estado (“desfallecientes” entre otras causas por la corrupción anidada en muchas áreas, por el déficit económico y por los grandes gastos militares), con el fin de proseguir con las eternas reformas iniciadas durante sus primeros años de mandato. Uno de

los problemas más álgidos que tuvo que enfrentar fue la continuación de la crisis que estalló en Sicilia durante el gobierno de Giolitti, y que el mismo dejó sin resolver. Crispi, acostumbrado a manejar el gobierno con mano dura, al momento que pidió lo que él llamó “una tregua di Dio”, solicitó al Parlamento una autorización para proclamar el estado de sitio en Sicilia y nombrar al general Roberto Morra como comandante del Cuerpo de la Armada de Palermo. Una vez obtenido por Decreto Real lo solicitado, dejó toda Sicilia bajo el mando de Morra, prohibió las reuniones, disolvió todas las organizaciones de los trabajadores, a las que acusó de conspiración con el objetivo de perturbar la marcha normal del estado y ordenó una fortísima represión que dejó como saldo miles de ciudadanos comunes y dirigentes de los Fasci Siciliani arrestados, severas penas carcelarias impuestas por tribunales militares y lacerantes críticas periodísticas. Las protestas de los campesinos, los aparceros, los artesanos, los obreros, los pequeños comerciantes y los pequeños propietarios no terminaron con la represión, sino que por el contrario se extendieron al continente y siguieron vivas durante el siguiente gobierno de Antonio di Rudinì. Las políticas económicas que no pudieron dar soluciones a la abundante mano de obra desocupada, sumada al desagrado de la población por los excesos cometidos por las fuerzas públicas y al desencanto de la política colonialista, luego de que las fuerzas armadas etíopes derrotaran a las fuerzas militares italianas en Adua, empujaron al Primer Ministro Francesco Crispi fuera del gobierno. Crispi se retiró de la política luego de ser implicado en un supuesto affaire financiero.

El detonante que faltaba, según el padre de Giacomo, apareció de pronto como consecuencia del empeoramiento de la situación general, principalmente en las ciudades y áreas rurales y muy especialmente en las del sur, producto de las nunca bien

acertadas recetas aplicadas antes y durante la unificación y de los sostenidos temores y desconfianzas entre el norte y el sur.

Durante la década de 1861–1870 el número de emigrantes fue de aproximadamente 1.210.000, de los cuales el 83% lo constituyeron los hombres y el 17% las mujeres; en las dos décadas siguientes 1871–1880 y 1881–1890, la cantidad de personas que abandonaron la patria disminuyó, respecto a 1861–1870, en un 8% en promedio; la tendencia se revirtió en el periodo 1891–1895, en donde en tan solo cinco años el número de emigrantes creció en un 6%, respecto a la década base; en los cinco años siguientes 1896–1900, el proceso migratorio aumentó más que significativamente, superando en un 28% aproximadamente a la década inicial, y entre 1901 y 1910 la cifra de emigrantes pegó un salto drástico y se ubicó en promedio por encima del 150%. El número de mujeres emigrantes que en un comienzo era en términos absolutos de 202.000, al final de 1910 alcanzó la cifra de 598.000. Entre 1861 y 1910 la cantidad de ciudadanos analfabetos se mantuvo entre 13 y 16 millones (teniendo en cuenta el aumento poblacional). Entre 1861–1870, fueron jefes de gobierno: Camilo Benso Conde di Cavour, Bettino Ricasoli, Urbano Rattazzi, Luigi Farini, Marco Minghetti, Alfonso Lamarmora, Luigi Menabrea y Giovanni Lanza; entre 1871–1880 fueron jefes de gobierno, Giovanni Lanza, Marco Minghetti, Agostino Depretis, Benedetto Cairoli; entre 1881–1890, fueron jefes de gobierno, Benedetto Cairoli, Agostino Depretis y Francesco Crispi; entre 1891–1895, fueron jefes de gobierno, Francesco Crispi, Antonio di Rudini, Giovanni Giolitti y Francesco Crispi; entre 1896–1900, fueron jefes de gobierno, Francesco Crispi, Antonio di Rudini Starrabba, Luigi Pelloux y Giuseppe Sarracco; entre 1901–1910, fueron jefes de Gobierno, Giuseppe Sarracco, Giuseppe Zanardelli, Giovanni Giolitti, Tommaso Tittoni, Alessandro Fortis, Sydney Sonnino y Luigi Luzzatti.

–Pareciera ser que los momentos desafortunados vienen siempre juntos.

–Aparecen como ráfagas, soplan fuerte pero por suerte no duran mucho –respondió Vincenzo a su hijo.

–La mía por más que dure poco no me deja ninguna opción. El viejo molino quebró y llevó consigo a la pequeña fábrica de pastas instalada en Catania, y para peor en tres meses más se va el signor Gulino.

–Por lo que dices, tú también te irás.

–Ya lo he conversado con Concetta y lastimosamente será así.

–¿Adónde irán?

–A América.

–Me has tomado de sorpresa; eso no me lo esperaba.

–Yo tampoco lo pensé desde un principio.

–¿Es necesario ir tan lejos, hijo?

–Por lo que me dijeron sí, pero sigo teniendo dudas porque es como una aventura en tierras distantes.

–Muy lejanas diría yo. Ve a hablar con tu madre.

–Mamma, ¿dónde estás?

–Lavando algunas ropas, hijo.

–Quiero decirte algo, pero si estás ocupada volveré otro día.

–No prolongues lo que ya imagino, Giacomo.

–No lo creo, señora Isabella.

–No subestimes el corazón de una madre. ¿Cuándo partes, hijo?

–¿Quién te lo dijo?

–Mis sentimientos y lo poco que pude escuchar trajinando por la casa.

–La fecha es incierta, primero debo comunicarme con Beniamino.

–¿El pescador?

–El mismo.

–¿Y qué tiene que ver él con tu viaje? ¿Acaso piensas ir al norte en barco?

–Iremos más lejos.

–¿Se van todos?, explícate porque cada vez estoy entendiendo menos.

–Concetta, Giacomo y su familia se van al otro lado del océano, más allá de nuestro mar.

–¡Madonna mía! ¿Vai così lontano?

–Con el dolor de mi alma, y con la esperanza en Dios.

–Es casi un viaje sin retorno –dijo Isabella abrazándolo con ternura.

–Mamma, no digas eso que la angustia me atenaza el pecho y me esfuma el coraje.

–Pero il capitano no viaja al otro lado –insistió donna Isabella.

–Mamma, Beniamino tiene muchos amigos marineros.

–¿E?

–Él me explicará todo para que pueda elegir lo que más nos conviene. Apenas haya aclarado el asunto y tenga resuelto cómo pagar los billetes de los pasajes, tú serás la primera en saberlo, ¡te lo juro mamma!

–Pero, ¿por qué insistes en irte?

–Escúchame, papá te lo explicará mejor con más calma, pero vaya adonde vaya nunca te dejaré mia amata mamma.

–Parece que tendremos que modificar lo que habíamos planeado.

–¿Cómo dices? –preguntó sorprendida Concetta.

–Digo que debemos analizar la información que me dio Beniamino para luego decidir qué hacer.

–¿Por qué? ¿Hay algo nuevo sobre lo que ya sabemos?

–Tanto como nuevo, no; la cuestión es que el patrón de Beniamino, no el anterior dueño del pesquero, sino el actual, no tiene conocimiento acerca de los Estados Unidos porque su colega no hace viajes al norte, solamente viaja al sur, y únicamente a Venezuela, Brasil y Argentina.

–Eso no altera en demasía nuestros planes iniciales.

–Mejor primero hablemos de lo que me dijo, para luego discutir sobre ellos. ¿Qué te parece?

–Mi sembra giusto, Memo.

–Si bien los Estados Unidos no estaba muy cercano a nuestros deseos, ahora creo que debemos descartarlo definitivamente, a menos que pienses lo contrario, en cuyo caso tendremos que buscar otras personas que nos puedan brindar información suficiente al respecto.

–Dejémoslo así, nunca entendí a los ingleses y menos entenderé a los otros.

–Bien.

Con el conocimiento y creencia de que a Venezuela habían emigrado más alemanes que otros europeos, y de que los italianos por todo lo que había hecho el compatriota Codazzi^(*), si bien eran bien vistos por gran parte de la intelectualidad de ese país, a los paisanos habría que contarlos con los dedos de no más de una mano, el matrimonio decidió circunscribir sus expectativas hacia la República Federativa do Brasil y hacia la República Argentina.

(*) Agustín Codazzi, científico, explorador y geógrafo italiano, nacido en 1793 en el norte de Italia y muerto en 1859 durante una expedición en la localidad colombiana de Espiritu Santo, que hoy lleva su nombre. Llegó a Venezuela hacia el 1826 y se incorporó al ejército del libertador Simón Bolívar; como geógrafo y cartógrafo fue el responsable de la identificación de los sitios más adecuados para el paso de las tropas. Aprovechando su larga vivencia en el propio terreno y sus profundos conocimientos, hacia 1840 elaboró y presentó una colección de mapas y dibujos de las regiones geográficas de Venezuela y Colombia. Sus restos fueron inhumados en el Panteón de los Héroes de Bogotá.

–De acuerdo a lo que dijo el patrón de Beniamino, en el Brasil tiene conocidos en São Paulo y en Santa Catarina^(*).

–¿Y esos “santos” en qué lugar están?

–En el sur, bien al sur del Brasil.

–El solo mencionarlos ya me produce angustia.

–Concetta, con ese espíritu no llegaremos a nada.

–Sí, es verdad, pero cuando pienso con el alma no puedo dejar de derramar algunos sentimientos hacia mi tierra y hacia mi mar.

–Cualquiera de esas regiones tiene mucha tierra bordeando el Atlántico, de modo que ellas te ayudarán a aplacar la añoranza. Ya lo verás, el océano es tan majestuoso como el que más.

–Memo, tú más que nadie sabes que nuestro mar es inigualable.

–Inigualable o no, necesitamos salir de esta situación insostenible, precaria e inestable antes de hundirnos y mientras tengamos tiempo, porque este “señor tiempo” así como ayuda a olvidar también es insensible, tenaz e implacable.

–Sigues teniendo razón.

–Sí, tú siempre dices “tienes razón”, “tienes razón”, pero siempre estamos en lo mismo; no te entiendo, cara Concetta.

–Sí me entiendes, solo que no debes demostrarlo, pero no te alteres, haremos lo que nos hemos propuesto.

Concetta calló y Memo honró su silencio con otro igual para después continuar la charla, analizando si realmente deseaban ir a trabajar en las fincas rurales agropecuarias o en las plantaciones de café.

(*) El estado de São Paulo está ubicado en el sureste del Brasil y tiene una superficie aproximada de 249.000 km², y en la actualidad es uno de los más grandes e industrializados; el estado de Santa Catarina es uno de los estados más pequeños del sur del Brasil, tiene una superficie aproximada de 95.000 km², en épocas pasadas fue un importante centro comercial de los inmigrantes europeos, y en el presente es quizás el más significativo polo agro-industrial del triángulo sur.

–Sinceramente a mí me gustaría trabajar en lo que sea, siempre y cuando ese trabajo nos brinde la oportunidad que buscamos; en cuanto a ti desearía que labores de nuevo en tu profesión de capomastro.

Memo soltó un largo suspiro y dijo:

–Cuando lleguemos a destino no creo que estemos en condiciones de elegir, recuerda que el padrone es quien costeará el viaje.

–Tan solo respondí a una pregunta ilusa, por lo demás pienso igual que tú.

Los supuestos fueron y vinieron tantas veces que en muchas ocasiones se tornaron repetitivos; una vez hartos de hacer presunciones y sin contar con datos nuevos que sustentaran verazmente sus deseos o sus temores, decidieron dejar de lado la idea de ir al Brasil y resolvieron encarar seriamente la posibilidad de emigrar a la Argentina, para lo cual en los días subsiguientes escribieron al bueno de Beniamino rogándole que les consiguiera más información al respecto.

Los temores del matrimonio sin saberlo no eran infundados dado que el sur del Brasil, en tiempos recientes, se había visto envuelto en varias rebeliones contra el dictador Presidente Floriano Peixoto, situación ésta que provocó graves daños a la economía de las regiones sureñas, las que más tarde debieron ocasionalmente ceder terreno a la región paulista dado el impulso que el Presidente Manuel Ferraz de Campos, ex Gobernador de São Paulo, estaba dando en principio a esa región.

Sin lugar a dudas existen criterios coincidentes en cuanto a que una gran parte importante de inmigrantes sentó sus pies en el Brasil a través de los estados de Río Grande do Sul, Santa Catarina y São Paulo.

El proceso de abolición de la esclavitud iniciado durante el gobierno del Emperador Pedro II, a pesar de que tuvo un lento avance a través de los años (las continuas campañas antiesclavistas permitieron que en el año 1850 se prohibiera la “importación” de nuevos esclavos, que en 1871 se sancionara la ley que declaraba libres a los hijos nacidos de madres esclavas, que en 1885 los esclavos mayores de 60 años obtuviesen su libertad y que en 1888 todos los esclavos sin tener en cuenta su edad fueran declarados libres), obligó en cierta forma principalmente a los propietarios de las grandes plantaciones de caña de azúcar y caucho en el nor-noreste y a los de café en el sur, a sustituir la mano de obra esclava por la mano de obra inmigrante, la cual a más de ser cualitativamente superior, era más confiable y relativamente más barata. Esta situación llevó a muchos cafetaleros a ofrecer en el viejo mundo los llamados viajes subvencionados (pasaje y comida durante la travesía pagos a cuenta de trabajos posteriores en las “fazendas brasileiras”); demasiados inmigrantes que llegaron al Brasil bajo esta figura, desafortunadamente iniciaron su nueva vida penosamente endeudados a terratenientes retrógrados esclavistas (gracias a Dios que fueron los menos) que los sometieron a vicisitudes casi tan desagradables como las que sufrieron los esclavos a los que sustituyeron (esta escandalosa manipulación llevó a que la opinión pública exigiera a las autoridades tomar medidas al respecto; el gobierno italiano respondió sancionando el 26 de marzo de 1902 el decreto conocido como Prinetti–Bodrio, por el cual se suspendieron las licencias especiales que tenían las compañías navieras para transportar “gratuitamente” a los

emigrantes italianos hasta el Brasil y se prohibieron a las mismas celebrar contratos de “trabajos subvencionados”). Los italianos que llegaron por otras formas tuvieron mejor suerte; muchos de ellos incluso al tomar conciencia de que siendo braceros asalariados sus posibilidades de lograr lo que habían ido a buscar se perderían en el tiempo, emigraron internamente hacia las ciudades y hacia otras regiones rurales, en donde por lo general se dedicaron al comercio y a la agricultura, llegando a convertirse en un principio en pequeños propietarios. Bastante entrado el 1900 los inmigrantes italianos aprendieron a agenciarse para vencer los obstáculos y ocuparon lugares de relevancia en diferentes órdenes del país al que habían arribado tan solo con un futuro mejor en mente.

Promediando datos estadísticos de la Istat, de la IBGE y de la ILBO, es factible estimar que entre 1872 y 1930 emigraron a la República Federativa do Brasil aproximadamente unas 4.100.000 almas italianas, portuguesas, españolas, alemanas y de otros países; de entre ellas las italianas representaron el 36% (1.476.000), las portuguesas el 29%, las españolas el 14% y las alemanas el 4%; que durante la última década del 1800 la cifra de emigrantes fue de 1.200.000, de la cual el 58% correspondió a los italianos, el 18% a los portugueses, el 14% a los españoles y el 2% a los alemanes (otros países 8%); y que durante el periodo 1872–1930 los italianos provenientes del Centro y Norte constituyeron aproximadamente el 56%, los italianos provenientes del Centro y Sur el 43% (Sicilia \approx 4%) y los de Sardeña el 1%.

Queridos padres y hermanos:

Les escribo esta carta a ciegas porque no sé cuándo tendré el dinero necesario para despacharla, porque no tengo la certeza de que llegará a destino y porque el pabito de la vela que me ilumina es tan pequeño que por momentos me resulta difícil leer mi propia letra, pero no importa porque en el peor de los casos hacerlo me sirve (como un manifiesto de abordaje) para tener ordenados los hechos acaecidos y porque también al mismo tiempo me facilita el desahogo en estos primeros días.

Lo primero que me viene en mente es decirles lo valioso e importante que desde aquí es la gran familia, el amigo y el paisano; si no fuera por la ayuda que nos dieron ustedes empeñando y vendiendo junto con lo nuestro parte de sus pertenencias, si Beniamino no me hubiese conseguido trabajo y si unos paisanos, de quienes les contaré más adelante, no nos hubiesen dado la mano, esta aventura sería mucho más complicada. A veces pienso en lo paradójica que puede llegar a ser la vida o en lo irónico que es el destino, pues estando en bodegas he viajado siempre al norte y ahora me encuentro viviendo en el sur con toda mi familia. El dinero que me quedó después de llegar al puerto de embarque me dio justo para pagar por un pequeño camarote de tercera clase, provisto de un mueble fijo con tres cuhetas superpuestas y otro armazón con dos; el habitáculo que no tenía tan siquiera un ojo de buey por donde echar una mirada, se ventilaba a través de unas cuantas finas aberturas que la puerta tenía en su parte superior. En él quedaron Concetta, Lucía, Anna, Emma y Vittorio para cuidarlas (principal-

mente cuando iban al baño común) y avisarme en caso de que sucediese alguna cosa; Antonio y yo nos ubicamos en un extremo de la bodega, en un agradable hueco poco interesante para las alimañas, entre bolsas de arena y de pedregullo. Con el paso de los días me sentí reconfortado de haberlo elegido, especialmente cuando vi con tristeza a tanta gente con hijos pequeños, que durante más de las tres cuartas partes del viaje lo hicieron amontonadas, hacinadas, durmiendo en el maloliente mal lavado piso, salpicado de vómitos, restos de comida y quién sabe con cuantas pulgas, ratas y piojos en rededor. Esos compatriotas sí que la pasaron muy mal, especialmente durante los días tormentosos y de mar agitado. Dentro de todo somos una familia afortunada, pues la suerte nos acompañó desde un principio; como ejemplo les cuento que el permiso de embarque negado a varios que estaban en nuestra fila, nosotros lo obtuvimos sin contratiempo a pesar de no contar con un trabajo en destino, porque el agente del Departamento de Inmigración de Argentina destinado al puerto de Nápoles (que hizo un poco la vista gorda), era un joven hijo de sicilianos que habían emigrado de Melilli hacia 1850; asimismo durante la inspección médica obligatoria para subir al barco tampoco tuvimos las dificultades que tuvo la familia que nos precedió, a cuyo hijo el “médico” no le autorizó a embarcar porque “confundió” al parecer de mala gana unas buenas raspaduras en la espalda, según su madre fruto de una caída, con el fuego de San Antonio o porque quizás simplemente no quiso arriesgar una multa a la compañía por transportar personas enfermas; me es imposible relatarles la cara del padre cuando su esposa tuvo que quedarse en tierra con el niño. El más “brutto” contratiempo que enfrentamos durante los cuarenta y tantos días de viaje, fue cuando se enfermaron casi al mismo tiempo Anna y Emma en momentos en que se rumoreaba que uno o dos pasajeros que viajaban en la bodega habían contraído la peste; el “pánico controlado” se podía sentir en el ambiente como una densa niebla invisible a

la vista, las noticias oficiosas acerca del estado de los imaginarios dolientes se transmitían “sottovoce” y muy en secreto para que no llegase a oídos de la tripulación del barco. Creo que en esos momentos era más fuerte el deseo de que nada perturbara el objetivo de llegar a destino que el riesgo de contagio. En fin, fuera de los sinsabores propios del viaje transoceánico y de la constante sensación de vacío interior por lo desconocido, para mí la travesía fue “normalmente agitada”, no así en cambio para Concetta y los niños que sufrieron igual que los demás pasajeros que nunca habían navegado en mar abierto.

Cuando estábamos llegando a la Argentina todos nos encontrábamos agitados, presurosos, revisando una y otra vez las valijas y los atados que traíamos, y controlando al mismo tiempo con fugaz mirada a nuestros inquietos hijos para no perderlos de vista. Estando en esos menesteres sonó tres veces la sirena del barco, saludando o avisando su arribo al puerto; todos nos apresuramos para subir a la cubierta para mirar por vez primera nuestro ignoto destino, pero los marinos no nos dejaron hacerlo. Media hora después cuando escuché el inconfundible ruido de las cadenas arrastradas al fondo por la pesada ancla, el corazón me palpité con fiereza y yo entonces instintivamente tomé y apreté la mano de mi niño con fuerza y le dije: hijo hemos llegado. Antonio, que también sostenía mi mano del mismo modo, levantó la cabeza y mirándome a la cara me dijo: papá, yo me encargo del equipaje y tú encárgate de mamá y los chicos, en ese instante comprendí que tenía un hijo prematuramente hombre en quien confiar.

Ni bien el buque hubo atracado, los pasajeros no inmigrantes de las clases superiores empezaron a descender por las largas y robustas pasarelas de madera; cuando descendieron todos, subieron a bordo los funcionarios encargados de controlar las documentaciones y los responsables del control sanitario.

Cuando estaba en la fila esperando y mirando cómo a algunos los desinfestaban y a otros los separaban por el solo he-

cho de haber envejecido más de lo que requería la ley, les juro que me vino a la mente la cara de los responsables de mierda que nos forzaron a buscar otros rumbos para seguir viviendo y para evitar que nuestros hijos con porvenir incierto cayesen en no sé qué mala cosa. ¡Qué degradante fue pasar por todo aquello! Al fin bajamos y yo me hice cargo de las dos maltrechas valijas y Antonio y Vittorio de los atados; cuando estuvimos listos nos dispusimos a caminar cautelosamente tratando de ver a quién podíamos acercarnos a preguntar algo. Yo miraba y miraba hacia uno y otro lado y no encontraba a nadie, de pronto divisé a una persona con “faccia di sciòcco” que me parecía haberlo visto en alguna parte, me aproximé a él y quedé sorprendido cuando me preguntó en nuestro dialecto antes de que yo hablara, si tenía a donde ir, le contesté que no y me respondió que él estaba esperando el regreso de una persona que lo había contratado y que si me interesaba el asunto, él podría preguntar esa persona si también podría contratarnos a nosotros. Al terminar de escucharlo, sin siquiera saber en qué consistía el trabajo respiré hondo, sentí una sensación de seguridad y me di cuenta que el “sciòcco” había sido yo.

Esperamos mucho tiempo sentados en el suelo y sobre las valijas hasta que apareció el enviado del nuevo padrone; Tumino (así se llama el paisano que yo dije que tenía cara de tonto) después de intercambiar unas palabras le explicó al “caposquadra” nuestra situación y éste aceptó intervenir. Tumino entonces nos presentó a todos y me pidió que acompañásemos al señor al lugar donde nos alojaríamos con el resto del grupo hasta el momento de partir. Concetta y las niñas quedaron en un albergue para mujeres y mis hijos y yo quedamos en una pequeña posada que aquí llaman conventillo.

Cuando tenga certeza de adonde iremos les volveré a escribir dándoles la dirección, mientras tanto no se preocupen por nosotros que por ahora estamos bien. En cada momento los recordamos y siempre tengo y tendré presente el deseo de regresar

con el tiempo; no obstante si a nosotros nos va bien aquí y si las cosas empeoran por allá, trataré de traerlos a todos ustedes.

Que Dio e la Madònna nos bendigan a todos.

Giacomo e famiglia.

PD: Las peripecias que pasamos durante el viaje desde el pueblo hasta el puerto se los contaré en la próxima, porque los acontecimientos e imprevistos fueron tantos que habría que relatarlos en una carta aparte.

En ese punto Giacomo plegó suavemente la hoja de papel, la guardó en el bolsillo interior y apagó la vela apretando con los dedos índice y pulgar el ardiente pabito.

Es probable, teniendo en cuenta la época en que arribaron, que Concetta y sus hijas no hayan sido alojadas en el ex –Convento situado en el Barrio Recoleta (que por años amparó a los inmigrantes recién llegados), lo más cercano es que hayan estado hospedadas en el antiguo Hotel de los Inmigrantes de la Rotonda que estaba ubicado dentro del predio del Ferrocarril Central Argentino.

El “nuevo” Hotel de los Inmigrantes, actualmente Museo, declarado Monumento Histórico Nacional en 1990, situado en la avenida Antártida Argentina al 1300, próximo a la Dársena Norte del puerto de Buenos Aires, según se lee en un artículo del gobierno argentino, comenzó a ser construido en 1906 en base a un proyecto elaborado por el Ministerio de Obras Públicas. El hotel en ese entonces era esencialmente una construcción de hormigón armado de cuatro pisos, con capacidad para albergar a más de tres mil personas, poseía grandes espacios habitables bien iluminados y bien ventilados dispuestos a lo largo de un corredor central. El complejo edilicio en el que se erigió el Hotel, consta de varias edificaciones que servían de

asiento a la Dirección General, al Hospital y al Desembarcadero. El citado complejo, en su concepción humanitaria, fue construido para recibir los inmigrantes que arribaban a la Argentina, y prestarles (después del desembarco) los servicios básicos necesarios e indispensables, tales como la provisión de los documentos pertinentes, el alojamiento, el asesoramiento laboral, la atención médica y hasta el traslado en caso de necesidad.

Este conjunto de obras si bien cumplió un cometido preponderante, mostró principalmente en las primeras épocas, deficiencias en la funcionalidad de las áreas compartidas, como la de los sanitarios y los dormitorios, muchas veces agravadas por la falta de mantenimiento adecuado, situación ésta que añadió padecimientos a sus huéspedes fortuitos.

Idénticos problemas y quizás peores aún, se observaron en los diversos conventillos (casas de vecindad), en donde la cuestión no solo se circunscribía al área de higiene (sanitarios, lavaderos, lavatorios, letrinas, etc.), sino que también se extendía a sus precarias habitaciones que servían de dormitorio, las que no estaban libres de humedad, de hongos, de blátidos, de roedores, etc., y a su sistema de alquiler de “cama rotativa”, que por su método de arrendamiento por hora, constituía una potencialmente peligrosa fuente de transmisión de enfermedades.

La razón del porqué los hospedajes para inmigrantes, las oficinas estatales relacionadas a ellos, los comercios, los bancos, la terminal ferroviaria, etc., estaba centrado en el área de influencia del puerto de Buenos Aires, obedece simplemente al motivo de que el mismo era el centro aglutinador de toda la actividad económica, financiera y social de la época (a tal punto que a los habitantes de la ciudad de Buenos Aires se los denomina hasta el día de hoy, porteños).

El día amaneció de mala cara porque el tiempo que permaneció amenazante durante toda la noche, en un abrir y cerrar de ojos derramó abruptamente abundante agua y luego de un corto periodo de sosiego, siguió dejando caer una tenaz llovizna acompañada de una casi fría brisa.

Giacomo ajustó bien su berretto y con pasos presurosos se dirigió junto a su mujer.

–¡Memo! ¡Qué feliz me hace verte! Por un momento pensé que no vendrías hasta más tarde.

–¿Qué te hizo pensar eso, Concetta? –le preguntó al tiempo que le daba un beso en la mejilla.

–El tiempo –contestó ella señalando con el dedo las nubes.

–En verdad te digo que esta “pioggerella” que tan mansa parece, moja tan igual que las olas al romper contra el casco de la barca.

–¿Y ahora qué? –preguntó Concetta a su marido cambiando súbitamente el tema de la conversación.

–No lo sé, aún no he conversado con Tumino.

–¿Y qué esperas para hacerlo?

–No te apresures, mujer, lo haré después que él converse con Pàolo.

–¿Chi è Pàolo?

–Il caposquadra.

–¿El señor del puerto?

–El mismo. Quédate tranquila que ni bien aparezca el señor hablaré con ellos; dime ahora cómo están las niñas.

–Mejor de lo que imaginas, para ellas todo esto no es más que un paseo.

–¿Y la pequeña Lucía?

–A ella por de pronto solo le interesa la leche.

–¿Entonces está todo bien?

–Es así como lo dices.

–Concetta, no lo tomes a la tremenda pero a veces me preguntó si no hubiese sido mejor que viniera yo solo primero; lo digo en el sentido de que así no hubieran pasado por tantas cosas.

–Memo..., Memo..., prima o poi fa lo stesso, caro Memo. D'ora in avanti bisogna scacciare i cattivi pensieri.

–Tienes razón, ecco fatto. Dejemos a un lado lo que pudiera haber sido y sigamos adelante.

Cuando Giacomo regresó a su hospedaje, encontró a Tumino recostado por el tronco de un pequeño arbolito.

–Ciao, Tumino. ¿Qué haces allí con este tiempo?

–Me estoy protegiendo de la llovizna.

–¿De la llovizna?

–Sí. Aunque no lo parece la copa de este arbolito no deja pasar una sola gota.

Giacomo lo miró incrédulo y sin decir nada se quedó junto a él y a los demás que fueron llegando para esperar a Pàolo.

–Buenos días, señores.

–Buenos días, señor Pàolo. ¿Qué tiene de nuevo para nosotros?

–Conversé con el padrone Ignazio y me dijo que en la estancia hay lugar para Giacomo y su familia.

–¿Eso significa que estamos contratados para trabajar?

–Así es. Mañana bien temprano vendré a buscarlos para llevarlos hasta la estación del ferrocarril.

–Señor Pàolo... ¿cómo hago para sacar a mi señora y mis hijas del hotel?

–Vas y las buscas.
–¿Y con qué pago? El dinero que tengo no me alcanza.
–No te alcanza, ni te será útil aquí; guárdalo para cuando vayas de paseo a Italia que ese hotel no te cobrará nada.
–Está bien, lo guardaré para esa ocasión –respondió Giacomo sin amilanarse.
–Bien dicho, amigo; se ve que tienes un gran espíritu. Eso es bueno por aquí. Tengan a mano la lista de los gastos para cuando venga. Addio.
–Addio, signor Pàolo. Mañana aquí lo estaremos esperando.
–Giacomo, anda a avisar a tu mujer; por tus hijos no te preocupes que yo me encargo de explicarles a ellos –dijo Tumino.
–Gracias.
–Apresúrense que el tiempo es corto –insistió Pàolo, que a pesar de haberse despedido aún no se había ido.
–Ya vamos.
–Ayer me comentó mi mujer que un grupo de “huéspedes” del hotel consiguieron trabajo con una paga excepcional, en una ciudad de un lugar llamado algo así como Patagonia^(*), ¿alguien escuchó alguna cosa al respecto?
–Sí, por aquí también se escuchó algo, pero más bien como hablillas. En esencia lo que se comentó fue que en las oficinas donde entregan la documentación, habían personas que ofrecían empleo para ese lugar. Aparentemente se estaría pagando bien y habría posibilidad de acceder a la propiedad de la tierra, pero según algunos es un sitio desértico, muy alejado y a la vez peligroso porque está poblado por indígenas muy sanguinarios; nadie supo decir si es verdad o no y si alguien aceptó la oferta.

(*) La Patagonia argentina es una extensa región geográfica de características similares (meseta y litoral), que se extiende desde el estrecho de Magallanes al sur, hasta el río Colorado al norte (aprox. 36° lat., 70° long. este y 62° lat., 41° long. oeste), desde el océano Atlántico al este, hasta la cordillera de los Andes al oeste; colonizada después de la guerra (Campaña al Desierto) contra los nativos Tehuelches, Puelches y Fueguinos.

–¿Estás buscando mejores posibilidades?

–No precisamente; más bien me interesa conocer lo más que pueda, es por una cuestión de inseguridad, no sé si me explico.

–Te entendemos Giacomo, igual cosa nos ocurrió cuando recién llegamos –explicó Tumino, quien hacía ya seis meses que estaba en la Argentina.

Después de una cena moderada, tanto en calidad como en cantidad, servida antes del anochecer, Giacomo se dirigió apresuradamente al alojamiento de la Rotonda en Retiro, con la intención de aprovechar al máximo el tiempo, antes de la hora de cierre, para conversar con su mujer.

–Concetta, mañana a primera hora vendré a buscarlas; ya está todo arreglado, nos vamos a la “regione di Santa Fe”^(*). Trabajaremos en la propiedad del Signor Gino Maggi; es italiano y del norte, pero no sé bien si es de la Liguria, del Piamonte, de la Lombardía o de Friuli.

–¡Madonna mía! ¿Donde vinimos a encontrarnos? Ojalá no sea un fanático regionalista.

–Olvídate de esas cosas, mujer, creo que aquí todos somos iguales y peleamos por lo mismo; por algo estamos a este lado del océano.

Obviamente que Giacomo desconocía que la mayoría de los inmigrantes italianos que llegaron a Santa Fe no arribaron como ellos, empujados por la escasez, por la estrechez, por la indigencia y por el infortunio, esos señores habían llegado con un capital y con la intención de acrecentarlo lo más que pudieran; tampoco a esa altura tenía conocimiento de que algunos de

(*) La provincia de Santa Fe está ubicada en el noreste de la Rca. Argentina, tiene aproximadamente 135.000 km² de superficie y unos 3.000.000 de habitantes. Con las provincias de Buenos Aires y Córdoba conforma uno de los principales centros de producción ganadera del país (carne, leche y derivados); su capital Santa Fe (aprox. 1.300.000 hab.) es una ciudad–puerto muy importante en la actualidad.

esos inmigrantes, que ahora eran potentados, habían desposado a señoritas de la clase dominante de la época, pero estas diferencias que a fin de cuentas no significaban precisamente de que los mismos fuesen buenos, malos o despreciativos con sus compatriotas del sur, tampoco servían para descartar que el recelo norte-sur había desaparecido de sus mentes, en el caso de que alguna vez hubieran tenido cabida en ellas. Al final lo cierto y lo concreto fue de que el señor Gino Maggi les abrió con decoro y respeto la puerta de entrada a Giacomo y su familia.

—¿Dime qué cosa haremos en la propiedad?

—Por lo que sé, trabajaremos en los campos de cereales.

—¿Todos nosotros?

—Eso lo veremos cuando lleguemos y conversemos con el patrón, hasta entonces no puedo ni debo hacer conjeturas.

—D' accordo, esperaremos a ver qué pasa.

A las seis de la mañana del día siguiente, Giacomo fue en busca de su esposa y de sus hijas.

—Ciao amore mio —decía Memo a cada una de sus hijas al momento de ofrendarles un beso.

—Ciao babbo —dijeron las niñas casi al unísono.

—¿Están listas para marcharnos?

—Sí —respondió Anna adelantándose a Emma.

—Ya está bien, toma algunas de las cosas y vámonos —dijo a su vez Concetta casi imperativamente y muy impaciente.

—Espero que hayan desayunado muy bien porque el viaje será bastante largo.

—La celadora como despedida nos sirvió dos tazas de café con leche y nos dio dos hogazas bien grandes para llevar.

—Entonces, ahora que tienen la pancita llena y el avío, váyamos caminando despacito.

La corta caminata la hicieron Memo y Concetta en absoluto silencio, al contrario de las bulliciosas Anna y Emma.

El “signor” Pàolo se hizo presente hora y media antes de la partida del tren; conversó con los hombres, revisó los documentos de cada uno, dio algunas indicaciones y consejos, entregó los pasajes de segunda clase y ordenó la partida hacia la estación del tren.

Si bien se notaba de lejos la diferencia entre los pasajeros de primera clase y los demás, la semejanza por fuera entre vagones no era muy notoria en esa línea.

Durante las horas de viaje del lento y perezoso tren, quién sabe qué cantidad de recuerdos poblaron la mente de los viajeros, hasta quedar soñolientos por el constante, acompasado y adormecedor traqueteo.

Al cabo de mucho andar por vastas llanuras, pitando cada vez que cruzaba cerca de los mal distribuidos poblados, el tren se detuvo en la estación de la entonces aldeana Rosario, donde les esperaban dos ajetreos “Wagonettes”^(*) para trasladarlos hasta la estancia de don Gino, distante unos cincuenta kilómetros.

La República Argentina, país ubicado en el cono sur de Sudamérica, fue “descubierta” en 1515 por el español Juan Díaz de Solís y explorada (en parte) por el marino italiano al servicio del Rey de España Sebastiano Caboto trece años más tarde; en 1777 cuando el reino de España la convierte en Virreinato del Río de la Plata pasa ser el nexo trascendental entre Europa y su principal proveedor de plata y oro, el Virreinato del Perú. El fuerte Santa María del Buen Aire (Buenos Aires) fundado en 1536 y abandonado debido a la hostilidad de los indios, fue fundado por segunda vez (desde Asunción) en 1580; entre ambos

(*) Carruaje de origen inglés, sin caja, con toldo, de cuatro ruedas, de pescante bajo, sumamente práctico y robusto, muy utilizado en las estancias argentinas; construido en un principio para adiestrar a los caballos de tiro, pero con el tiempo usado en diferentes quehaceres.

acontecimientos llegan de España a la zona los primeros rebaños de ganado, los que más adelante convertirían a la Argentina en uno de los mayores productores de carne del mundo. Aprovechando la situación producida por la invasión de Francia a España, los descendientes de los españoles nacidos en el Virreinato imponen en el año 1810 una Junta de Gobierno con mando sobre el Distrito gobernado por el Virrey, pero recién en 1816 en el Congreso de Tucumán se proclama la independencia de la nación. Luego de un largo periodo de lucha entre federalistas y unitarios, llega al poder Juan Manuel de Rosas, durante cuyo mandato se inicia la lucha y sometimiento de las poblaciones autóctonas que habitaban las regiones de la Pampa, Patagonia y Chaco. En 1860 queda establecida la República Federal, y en 1874 asume como Presidente de la República Nicolás Avellaneda, quien establece como una de las prioridades de su gobierno, el desarrollo territorial en base al fomento de la inmigración, para cuya implementación promulga la Ley N° 817/1876, en donde entre otras cosas se define el concepto de inmigrante y se establecen facilidades para que los mismos puedan acceder a la tierra. En 1878 al no producirse el alejamiento de los indios, a través de la ubicación de fortines en los territorios conquistados, el gobierno autoriza la Campaña al Desierto, la que es financiada en gran parte con la venta a terceros, de títulos de propiedad de tierras de hasta diez mil hectáreas, con la condición de que las vuelvan productivas. Si bien las motivaciones de la Campaña al Desierto obedecieron en cierto modo a la necesidad de la ampliación de la frontera agropecuaria, en momentos en que el país se encontraba en difícil situación económica a causa de la guerra contra el Paraguay, la dureza de la misma, según se puede deducir del artículo del Mapuexpress (informativo Mapuche), probablemente haya estado sustentada en las ideologías excluyentes (la Argentina blanca, cristiana y sin indios) y en los planes que el gobierno

tenía en relación a la población indígena, al inmigrante europeo y al “criollo argentino”. En resumidas cuentas las naciones indígenas vencidas durante la guerra de conquista de la Pampa, de la Patagonia y del Chaco, si no fueron exterminadas sus poblaciones, perdieron todos sus derechos a su tierra, a su cultura, a sus costumbres, etc., so pretexto de que los nativos no se avenían a integrar pacíficamente a la sociedad.

En ese contexto los elementos esenciales que favorecieron al desarrollo de la Argentina de entonces, fueron la instalación de las líneas férreas que unieron los centros de acopio de las zonas productivas con los puertos de embarque de las principales ciudades (Buenos Aires, Rosario, Bahía Blanca, etc.), la liberación de tierras para la producción, las facilidades para su explotación y los incentivos para la inmigración, especialmente europea.

Es bastante difícil concertar las cifras de las diferentes fuentes que aportan datos acerca de la cantidad de inmigrantes que llegaron a la Argentina; no obstante se puede decir que desde el año 1876 hasta el año 1930, ingresaron aproximadamente entre 1.500.000 y 1.700.000 italianos, cifras que para los años inmediatos de la posguerra (2da) aumentaron aproximadamente en un 31% y que para la década del 90 se encontraban por encima del 73%, respecto a 1876 (cifras que fueron decayendo en los años recientes); de entre los cuales se calcula que aproximadamente el 50% entraron como agricultores, el 42% como trabajadores de oficios varios y el 3% como comerciantes.

Queridísima familia:

Ahora que ya han pasado casi dos años de estar en esta parte del mundo, creo haber llegado a la conclusión de que trabajando como asalariado no lograré arribar al sitio anhelado. He trabajado junto a mi familia en el campo, y fuera de las épocas de cosecha (cuando no se contrata mucho personal) he hecho algún dinero extra limpiando las calles de malezas, haciendo empedrado en pueblos vecinos y últimamente reparando vías del ferrocarril, y si bien no nos faltó comida y vivienda porque Concetta y los chicos siguen empleados en la hacienda del señor Maggi, el dinero nunca fue suficiente para que todos mis hijos pudieran educarse. Convencido de que trabajando en algo próximo a mi oficio, podré lograr con el tiempo ser mi propio jefe, acepté el convite de un paisano para trabajar con él como albañil en Asunción; si todo va bien nos trasladaremos en unos quince días más. Esa ciudad queda bastante más al norte de donde estamos viviendo; una vez que hayamos llegado les escribiré contándoles cómo nos está yendo. En cierto sentido aún no me siento frustrado, mantengo las esperanzas porque me doy cuenta que así como en nuestra provincia, en esta parte de América todo está por hacerse, todo está en sus inicios, pero a diferencia de allá, se ve que muchos extranjeros, propietarios de grandes sociedades están invirtiendo dinero en obras públicas, en la producción y en el comercio; tienen las narices metidas en todos los lugares en donde pueden obtener ganancias. No obstante las aluciantes perspectivas, según mi forma de ver las cosas y de acuerdo a mi manera de ser, de

pensar y de sentir, me inclino a sostener que lo mejor hubiese sido que la patria que nos parió no nos hubiese dejado al albur, abandonados y sin esperanzas para que no nos viéramos obligados a alejarnos de ella; no sé si lo que me hace hablar de este modo son las dificultades que enfrentamos cada día, comenzando por el idioma y siguiendo por el menosprecio, por el trabajo no deseado, por la nostalgia, por la separación de la media vida vivida y hasta inclusive por el clima, muchas veces más rudo de lo imaginado. Les puedo afirmar que la vida del emigrante es realmente sufrida por donde se la mire, no puede ser explicada con palabras, hay que vivirla para poder dimensionarla, aunque también es cierto que cada caso es único, diferente del de los demás; hay compatriotas que vinieron deseando hacerlo, obsesionados con hacer mucho dinero, hay quienes al formar familia con personas de estas latitudes, se adaptaron y adoptaron tan bien a la nueva realidad que hasta a sus psiquis engañaron haciéndoles creer que han vivido por siempre en estas tierras, hay a quienes la suerte les sonrió muy pronto y hay quienes con menos suerte, trabajan como negros para conseguir un salario un poco mayor que el de la supervivencia, y que si la salud les acompaña durante su vida laboral, verán cumplidos sus sueños de ver convertidos en profesionales a sus hijos y ser rescatados por ellos en su vejez. Pienso que muchos emigrantes vivimos presos entre el ayer y el mañana, entre lo vivido y lo que vendrá; esta especie de diabólico salto atemporal mantiene en ebullición permanente nuestros cerebros. Constantemente sueño con escuchar de nuevo el latoso sonido de las campanas de las ovejas, el toque sacrosanto desde el campanil de la iglesia durante la procesión, el sonido de la banda en las fiestas de nuestro Santo Patrono y el “buona fortuna” con que nos despidieron; apenas siente raíces en Asunción, lo primero que haré en mi tiempo libre será construir, pintar y decorar con mis propias manos un carrétto como el que dejé en mi pueblo.

Pensaba no hablar de mamá estando con el alma bañada en lágrimas, pero no puedo evitar decirles cuánto siento no haber estado junto a ella en sus últimos días, y cuánto más sufro por no tener cercana su tumba para llevarle flores, hablarle y llorar su partida. No padezcan por lo que he escrito ya que pronto amanecerá y el trajín de la lucha por la vida se encargará de aplacar mis penas; tampoco lo hagan por culpa de nuestro inquieto andar, porque adonde vamos según me dijo Giuliano, viven muchos paisanos de nuestra provincia, no somos desconocidos y además como la mayor parte de la población no está como en la Argentina, tan dividida en clases excluyentes, es tolerante con los inmigrantes.

Tanti bacci

Giacomo e famiglia

La estructura social de esos años estaba más o menos constituida de la siguiente manera: La clase dominante era la dueña de la tierra, de las finanzas, del comercio, y tenía suma influencia en el gobierno. Dentro de esta clase estaban los nativos (dedicados preferentemente a las actividades ganaderas), los inmigrantes industriales, bancarios y los dedicados a los asuntos mercantiles, los grandes empresarios y sus connacionales que dirigían sus empresas en el país. La clase media, no muy numerosa, concentrada mayormente en Asunción, la formaban los medianos y pequeños comerciantes, los profesionales, los jefes de reparticiones públicas y los oficiales del ejército. La clase “baja” (mayoría de la población), la componían los obreros, los pequeños artesanos y los agricultores.

Giacomo y Concetta, que por fin una vez en la vida habían conseguido pagar pasajes de segunda clase, como tales estaban haciendo uso de ese “privilegio” gozando en cubierta la suave brisa que refrescaba la calurosa y húmeda mañana.

–¿Disfrutan del viaje, señor? –preguntó más que con cortesía con amabilidad el oficial.

–Mucho más de lo que imagina. ¿Señor...?

–Felipe Cabrera, segundo oficial de abordo para servirlo.

–Un placer, Giacomo Caltrani y mi señora Concetta Carrubba.

–¿Italianos?

–Sí. Somos sicilianos, y quiera Dios inmigrantes por última vez.

–Mis abuelos también lo fueron en su momento, cuando vinieron de España.

–Al parecer somos muchos los que andamos merodeando por estas tierras.

–Y todos con el mismo fin –agregó Felipe.

–Ya lo creo.

–Supongo que no son recién llegados; lo digo por su forma de hablar.

–Hemos aprendido algo durante estos años en Santa Fe.

–Por fortuna nuestros idiomas tienen bastantes términos en común.

–Sí, es una suerte que podamos hablar y entendernos mezclando un poco las palabras.

–¡Papá! ¡Mira qué bonito velero es aquel que viene allá! –interrumpió Emma.

–Veo. Es un gallardo velero que a pesar de sus doscientos y tantos pies de eslora, navega con donaire, agilidad y desenvoltura gracias a sus ocho velas sujetas a sus dos mástiles y a sus ruedas de remo.

–¿Es usted marino? –preguntó Felipe.

–Más bien fui pescador y estibador de bodega durante un tiempo más o menos largo.

–Entonces somos “colegas”.

–Gracias, amigo, por el título.

–¡Míralo papá, está pasando al lado nuestro!

–Hija, obsérvalo con detenimiento porque ese velero quizás sea uno de los últimos que todavía surcan las aguas.

–Ese barco, todavía subsistente que están admirando, pertenece a una flota de navíos paraguayos; una coexistencia ilógica porque esa nación ya a mediados del 1800, pocos años después de que atracara por primera vez en el puerto de Asunción un buque a vapor de bandera extranjera, construyó en su astillero y botó el primer barco a vapor con casco de acero y otros más de la América colonial española^(*).

–Nunca me lo hubiera imaginado porque por la provincia dicen que el Paraguay es muy pequeño, pobre y sin medios.

–No lo fue hasta que lo sometieron Argentina, Brasil y Uruguay después de una vergonzosa guerra de exterminio, y aunque lo fuera le puedo asegurar que las buenas oportunidades siempre existen en estas tierras, no son como se piensa exclusivas del norte; y si no que lo diga el señor Nicolás, inmigrante europeo, que viviendo en Paraguay comenzó siendo timonel en un buque de línea que cubría la ruta Asunción-Buenos Aires y terminó como propietario de ésta y de dos más, La Platense Flotilla Company y Mensajerías Fluviales del Plata.

–Ojalá que como a ese señor, a todos nosotros también se nos presenten las oportunidades, y si vienen de la mano junto con la suerte mucho mejor.

–Dios lo quiera que así fuera. Estimado señor, no suba ni deje subir a cubierta a su familia esta noche, porque por los nubarrones que se divisan, parecería que tendremos lluvia. Con su permiso proseguiré con mi rutina; tengan ustedes muy buenas noches.

–Gracias e iguales deseos para usted.

(*) “Hacia 1886 existían unos diez puertos sobre los ríos Paraguay y Paraná habilitados para el comercio internacional ... en lo referente al tonelaje en el año 1886 se observa la entrada de 3.314 buques (470 a vapor) ... los buques paraguayos representaban el 11% del tonelaje registrado”. Estructura y desarrollo del Comercio Exterior del Paraguay 1870–1918. Dr. Miguel A. González Erico.

Como lo predijo el oficial Felipe, la noche prontamente se presentó tenebrosa; el viento, la lluvia, los relámpagos y truenos jugaron con el barco hasta el amanecer.

—Por lo visto este río cuando lo enfurecen, es tan bravo como el más pintado mar. ¿Quién lo hubiera creído?

Pasada la media mañana la sirena del barco anunciaba su llegada al puerto de Asunción. La familia Caltrani había llegado al Paraguay.

El Paraguay es una República mediterránea (la antigua Provincia del Paraguay, gobernada por el criollo paraguayo Hernando Arias de Saavedra, por Real Cédula de la Corona Española en 1617 fue dividida en dos, la Provincia del Paraguay y la Provincia del Río de la Plata; a raíz de este hecho salieron de su dominio las importantes ciudades de Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes y Concepción del Bermejo, y la Provincia del Paraguay quedó privada de su costa atlántica, y por tanto dependiente de los vaivenes políticos y económicos de su vecina del Plata), territorialmente menor (406.752 km²) que los países contiguos con quienes limita, la República Federativa do Brasil (8.512.000 km²), La República Argentina (3.761.274 km²), y la República de Bolivia (1.098.581 km²) y está enclavada en el centro del Continente Sudamericano. País descubierto por tierra por el portugués Alejo García en 1524 (buscando oro y plata) y por agua, por el italiano Sebastián Caboto en 1528; poblado durante la conquista por indígenas de cultura guaraní, quienes (según el Dr. Efraím Cardozo) en vez de enfrascarse en una guerra interminable contra los “invasores” españoles, no solo se aliaron sino que se cruzaron con ellos, logrando de ese modo tener una gran influencia en la formación del carácter nacional del hombre paraguayo. Estos indios guaraníes que habitaron casi toda la América del Sur, se dividían en dos ramas principales, los Tupí(es) que ocupaban

el litoral brasileño y los Guaraní(es) que poblaban el Paraguay; antes que salvajes, en términos comparativos, eran más bien de cultura avanzada, de estructura social cimentada en la familia y en los parientes (eran hospitalarios de por sí), y se dedicaban además de la caza, a la pesca, a la recolección silvestre y a la agricultura (cultivaban entre otras cosas diversas, variedades de maíces, tubérculos, frutales, tabaco, fibras, plantas medicinales, etc.). Al margen de todo lo valioso transmitido a través de sus genes, aportaron su lengua, la que subsistiendo a los tiempos debido a su rico poder expresivo, convirtió al Paraguay en un país bilingüe; sobre ella el Padre Antonio Ruiz de Montoya (misionero–jesuita) escribió hacia mediados del 1600, “...lengua tan copiosa y elegante que con razón puede competir con las de fama”, y Michel E. de Montaigne (escritor francés) sobre la misma afirmaba que “...el idioma guaraní es dulce y de sonido agradable y las palabras terminan de un modo semejante a las de la lengua griega”.

Uno de los hechos del periodo colonial más resaltante por su importancia histórica, fue la llamada revolución de los Comuneros del Paraguay; primer levantamiento popular en las colonias españolas en contra de un Gobernador nombrado por la Corona (guardando las diferencias, el hecho en sí es similar al levantamiento, primero en toda Europa, del pueblo siciliano, contra Fernando II el 12 de enero de 1848), acaecido entre los años 1717 y 1735 en contra del Gobernador Reyes de Balmaceda y acaudillado por el propio juez pesquisidor doctor José de Antequera y Castro, natural de la ciudad de Panamá y miembro de la nobleza, quien al final por su actuar fue llevado al cadalso y sus partidarios revolucionarios descuartizados y sus extremidades expuestas en diferentes lugares públicos; esta barbarie constituyó todo un ejemplo de la civilización de entonces traída por los conquistadores.

to del Río de la Plata, conformado por las delegaciones de Buenos Aires (como centro político y administrativo del Virreinato), de Paraguay, de Santa Cruz de la Sierra, de Tucumán, del distrito de Charcas (Alto Perú) y de Cuyo (Mendoza, San Juan y La Rioja), con el fin de detener el expansionismo británico y portugués. En mayo de 1810 la revolución independentista argentina (que depuso al Virrey del Río de la Plata Baltasar Hidalgo de Cisneros y nombró en su reemplazo a una Junta de Gobierno encabezada por don Cornelio de Saavedra), a través de una circular dirigida a los integrantes del Virreinato exigió el reconocimiento de la Junta con la intención subyacente de centralizar el poder en Buenos Aires. El Paraguay (aún bajo dominio español) o más bien sus criollos ubicados en diversos estamentos gubernativos, se opusieron a tal pretensión sospechando de cuáles eran los verdaderos propósitos de Buenos Aires, ya que esta ciudad (refundada en 1580 por los habitantes de Asunción) desde épocas anteriores pretendió imponer su poder hegemónico a través de restricciones a la navegación, del cobro de impuestos indebidos a los productos paraguayos, etc., arrinconando así al Paraguay junto a la pobreza. Ante la negativa paraguaya, la Junta de Buenos Aires envió una expedición militar con el objeto de anexar por la fuerza al Paraguay colonial; las tropas al mando del general (abogado) Manuel Belgrano fueron derrotadas en las batallas de Paraguarí y Tacuarí, por los militares que posteriormente liberarían al Paraguay del yugo español (las reales intenciones de Belgrano quedaron reveladas en los escritos de éste a la Junta de Buenos Aires; en uno de ellos expresó lo siguiente: “Quiera Dios que sea feliz, para que pueda venir con todos y entrar a la conquista de los salvajes paraguayos, que sólo se pueden convencer a fuerzas de balas”).

El Paraguay obtuvo su independencia mediante una revolución cívico–militar iniciada el 14 y finalizada el 15 de mayo de 1811. El Gobernador Bernardo de Velasco in-

timidado por los cañones de los revolucionarios, tuvo que aceptar formar parte figurativa de un triunvirato provisorio que debía convocar un congreso para tratar la forma definitiva de gobierno y las cuestiones relativas a las siempre difíciles relaciones con Buenos Aires. Las causas que llevaron adelante el proceso revolucionario respondieron a un conjunto de factores de orden económico, social y cultural de la época y al ideario revolucionario que se alimentó de la doctrina de la Revolución de los Comuneros (pueblo soberano), antes que de otras doctrinas revolucionarias, como la francesa, la norteamericana, etc., que fueron influyentes en el movimiento independentista argentino. El 12 de octubre de 1813, el Paraguay por resolución del Congreso se convirtió en República (la primera del Continente Sudamericano), rompiendo definitivamente con la corona absolutista de Fernando VII y con la ambiciosa Buenos Aires. La primera República fue gobernada por un consulado conformado por el Dr. José Gaspar Rodríguez de Francia y por el militar y político Fulgencio Yegros, hasta que el primero se hizo nombrar dictador temporal y posteriormente dictador perpetuo en 1815, echando por tierra la vocación democrática de la revolución. El Dictador Francia ante la posibilidad cierta de que el Paraguay cayera ante la supremacía militar argentina, aisló al país del resto de las naciones y gobernó con dureza hasta su muerte en 1840 (apresó y ejecutó a los principales caudillos de la revolución libertadora, suprimió los partidos y las actividades políticas, envió a la cárcel a los sospechados de ser opositores, prohibió y castigó con la pena de muerte la salida de personas del país y con la doctrina del autoabastecimiento puso en manos del Estado la economía). Después de una etapa de inestabilidad política el Congreso nombró cónsules por un periodo de tres años, a Carlos Antonio López y a Mariano Roque Alonso, con autoridad para ejercer los poderes ejecutivos, judicial y la comandancia de armas. En marzo de 1844 el Congreso Nacional nombró Presidente de la República al ciudadano

grosso modo se puede decir que su gobierno fue de carácter constitucional y progresista. Entre las acciones más significativas de su política interna están presentes, el fin del aislacionismo impuesto por el Dr. Francia, la prioridad que dio a la enseñanza en los diferentes niveles (durante su gobierno se creó la Escuela Normal de enseñanza básica, el Instituto de Moral y Matemáticas, la Escuela de Derecho Civil y Político, las Escuelas de Latinidad, la Escuela de Medicina, se envió a Europa a estudiantes becados por el Estado, se contrató para enseñar y trabajar a profesores, profesionales y técnicos de primer nivel de diversas nacionalidades), la recuperación de las empresas nacionales (Fundición, Astilleros), la creación de una Flota Mercante, la expansión del telégrafo y del ferrocarril (uno de los primeros de Sudamérica), la libertad de prensa y la apertura a la inmigración; en cuanto a la política exterior resalta con nitidez, la búsqueda del reconocimiento mundial del Paraguay como nación independiente. Los problemas externos más espinosos que tuvo que entender fueron: el enfrentamiento con el dictador aristócrata, Gobernador de Buenos Aires Juan Manuel de Rosas (el mismo contra quien había luchado Giuseppe Garibaldi en 1841), quien con la intención de constituir nuevamente el Virreinato del Río de la Plata, no solamente no reconoció la independencia del Paraguay sino que trató de encerrarlo prohibiendo la navegación y el comercio por los ríos Paraguay y Paraná al tiempo que se preparaba para invadirlo; los desacuerdos con el señor Edward Hopkins, Cónsul norteamericano y director de la “Compañía Norteamericana de Navegación”, los que al final produjeron el envío al Paraguay de una poderosa flota con el objeto de apoyar las reclamaciones monetarias por las supuestas pérdidas sufridas por el Cónsul Hopkins y exigir satisfacción por el incidente armado con el Water Witch (el intercambio de disparos que costó la vida de un marino norteamericano, se produjo cuando el Water Witch varió su

curso y en vez de seguir hacia el sur, remontó el río Paraná y desconoció la advertencia de no seguir adelante que le hizo el comandante paraguayo); el grave conflicto suscitado fue resuelto con la mediación del General Justo José de Urquiza (Presidente de la Confederación Argentina). Al fallecer Carlos Antonio López, asumió la Vice Presidencia su hijo, el General Francisco Solano López, hasta que el Congreso lo nombró Presidente en 1862 (por un periodo de 10 años). Al igual que su padre continuó con las políticas desarrollistas, tratando de llevar al Paraguay hacia un Estado moderno y económicamente independiente, intención que pronto se vio frenada por la guerra que sostuvo Paraguay contra el Imperio del Brasil, la Argentina y el Uruguay. Esta guerra, llamada de la Triple Alianza, que al decir del historiador León Pomer, fue una verdadera hecatombe homérica en la que la tragedia y el heroísmo rayaron a alturas sobrecogedoras, merece por ello un apartado especial con algunas páginas más.

Antecedentes y causas histórico-político-económicos: la actual República del Uruguay, enclavada entre el sur del Brasil, el centro-este de Argentina, el estuario del Río de la Plata y el océano Atlántico, fue desde un principio objeto de disputa entre la Corona Española y la Portuguesa, pasando a pertenecer a uno u otro Reino según las circunstancias (en 1624 España funda su primer asentamiento sobre el río Negro; en 1680 Portugal funda su principal asentamiento, Nova Colonia do Sacramento; en 1726 el Gobernador español de Buenos Aires funda la Ciudad de Montevideo con el objetivo de frenar a los portugueses; en 1777 por el Tratado de San Ildefonso la Colonia pasa a manos del Reino de España; en 1807 el Imperio Británico ocupa la ciudad de Montevideo; entre 1816 y 1827 Portugal invade el Uruguay, la anexiona como Provincia Cisplatina y la cede más tarde al Imperio del Brasil); cuando la disputa se trasladó de las coronas europeas al Imperio del Brasil y a la República Argentina, y ésta declara la guerra (1825) al Imperio brasileño por la pose-

sión del territorio uruguayo, la estabilidad de la región pasó a ser motivo de interés nacional para el Paraguay, en razón de que su propia independencia según como se presentara el conflicto, podría correr la misma suerte que la uruguaya. La intervención del Imperio Británico en medio de la guerra (1826), que facilitó a que el Uruguay se constituya en un estado independiente interpuesto entre Brasil y Argentina, no hizo disminuir las tensiones en la región, puesto que ni bien se proclamó (1830) la República Oriental del Uruguay, los caudillos uruguayos se dividieron en dos bandos (los Blancos dirigidos por Manuel Oribe, apoyados por la milicia argentina de Juan Manuel de Rosas y los colorados conducidos por Fructuoso Rivera, apoyados por el Imperio del Brasil y por las facciones opuestas a Rosas) que se vieron envueltos en constantes luchas fratricidas (algunas en años coincidentes con la guerra de la Triple Alianza) que concluyeron con el predominio de los colorados en 1876.

A todo lo señalado es muy importante hacer presente el papel que desempeñaron la oligarquía porteña, el conjunto de poderosos comerciantes ingleses y criollos, los bancos argentinos, brasileros e ingleses, los prestamistas particulares y los proveedores del estado, para que los incidentes llegaran a las armas. Al decir del revisionista argentino León Pomer, los oligarcas relacionados y encaramados al poder “...extrajeran *suculentos beneficios con la guerra que el Gobierno Nacional ejerció contra el Paraguay. Suculentos contratos puntualmente pagados –y si no con tanta puntualidad, pagados finalmente– labraron fortunas, acrecentaron otras y permitieron la erección de palacetes insolentes, hechos al gusto de mercaderes más diestros en distinguir cueros de vacas que cuadros y estilos... Fortunas que se volcaron a la especulación y a la usura, a la compra de campos... La guerra contra el Paraguay fortaleció esa clase parasitaria y la llevó a ejercer la hegemonía sobre todo el país y en medida secundaria*

sobre el derrotado Paraguay”. “...Pero la guerra contra el Paraguay –felizmente para la oligarquía– exterminó suficiente mano de obra, consumió ganados, vestuarios, aperos y todo aquello necesario a la manutención de los ejércitos en términos que de alguna manera paliaron la crisis... La guerra facilitó a la oligarquía ganadera y comercial un paliativo a la crisis y un retorno a la prosperidad, aunque luego la crisis retornaría con una violencia hasta entonces desconocida”.

Sobre el Banco de Londres el mismo autor dice lo siguiente: “Entre tanto, el Banco de Londres, al año de estar funcionando duplica su capital llevándolo a £ 1.000.000. Al término del segundo año paga el primer dividendo: 11, 1/4%, guardando una reserva de £ 10.000. En 1865 –año en que estalla la guerra– los dividendos son del 15% y las acciones ya no se consiguen en el London Stock Exchange. Al finalizar la guerra en 1870, el Banco informa que sus reservas ascienden a 100.000 £, pese a lo cual ha pagado hasta la fecha entre dividendos y estipendios el 87, 1/4% del capital invertido... Negocios tan formidables no los había en Inglaterra. ¿Se comprenderá, entonces, por qué la Argentina de Mitre era país codiciado por los intereses británicos, y por qué don Bartola (Mitre) recibía solícita colaboración?”. “El Banco de Londres, con pleno consentimiento de su Directorio británico, alimenta diariamente los apetitos financieros del Gobierno”.

En cuanto a los préstamos del Brasil a la Argentina se lee lo siguiente: “A pocos días de estallada la guerra Brasil presta al Gobierno Nacional un millón de pesos fuertes; el protocolo es firmado el 31 de mayo de 1865 por los ministros Elizalde y Octaviano. Un segundo préstamo por igual suma es objeto de otro protocolo firmado el 1° de febrero de 1866. El Imperio le está prestando a la República una parte del oro que obtuvo de Rotschild: oro inglés que llegará a las arcas nacionales por mediación

de manos brasileñas”. Acerca del endeudamiento de los países aliados después de la guerra escribe lo siguiente: “Desde 1824 hasta 1865 Brasil contrae empréstitos que montan £ 18.138.120; pero entre 1871 y 1889 toma más de £ 45.500.000. Es difícil añadir elocuencia a estas cifras. La guerra contra el Paraguay deja al Brasil más endeudado que nunca; su dependencia es mayor y gran parte de su riqueza se encamina anualmente hacia las islas británicas. El único y verdadero beneficiario es Inglaterra...”. “El Uruguay no está mejor. Antes bien, puede afirmarse que está mucho peor. Los Mulhall indican que la deuda exterior asciende en 1875 a \$ fts. 42. 357,49 y es la mayor “per cápita”, comparada con la de sus aliados... Brasil está endeudado... \$ fts. 36 per cápita y la Argentina \$ fts. 38, el país oriental lo está en \$ fts. 90. Apenas terminada la guerra... la presidencia de Lorenzo Batlle contrae en Londres un empréstito de £ 3 1/2 millones”.

“La Argentina endeudada... La catarata de empréstitos se desencadena una vez terminada la guerra... ”

Año	Presidencia	Denominación y/o contrayente	Valor nominal en £
1865	Mitre	Riestra-Gob. Nacional	2.500.000
1870	Sarmiento	Domínguez-Pcia. Bs. As.	1.034.700
....
....
1873	Sarmiento	Hard-Dollars-Gob. Nac.	3.623.184
....
....
			Total £ 18.747.884

Fuente: estadísticas oficiales y manual de la repúblicas del Plata de M.G. y E.T. Mulhall Bs. As. 1876.....”

Sobre los proveedores refiere lo siguiente: “Comencemos por Lezama, José Gregorio, ya varias veces men-

tado como patrón, amigo y protector de Venancio Flores, y primer financista de la aventura florista que acabó con el gobierno legal del Uruguay e hizo de don Venancio dictador de su patria y aliado en la común tarea de destruir el Paraguay. Mentado igualmente por su vínculo con Edgar Lumb, concesionario del Ferrocarril Gran Sud, ... El 25 de agosto de 1852 decreta Urquiza que Lezama y Juan Cruz Ocampo han de ser proveedores ... de todos los vestuarios, armamentos, municiones, monturas, calzados y todos los artículos que el Estado necesite para rancho y provisión del ejército, incluso no sólo la marina y guarniciones de la ciudad sino también las de los departamentos de campaña, los de las fronteras y el negocio pacífico con los indios". "En 1866 Lezama se cuenta entre los primeros socios de la Sociedad Rural Argentina... El gran terrateniente y ganadero es al mismo tiempo gran comerciante, importador y proveedor oficial, al par que buen amigo de los intereses ferroviarios ingleses. Síntesis perfecta de la oligarquía gobernante de Buenos Aires".

Entre prestamistas y proveedores nombra entre otros a: *Mariano Saavedra, Mariano Haedo, Juan Anchorena, Jorge Atucha, Tomás Armstrong, Felipe Llavallol, Norberto Quirno, Eduardo Madero, Florencio Madero, Santiago Allende, Tomás Duguid, Asworth Carlisle, Diego Thompson y Bates Stokes.*

El Presidente del Paraguay, que hasta entonces había observado los acontecimientos sin participar en ellos, se decidió a intervenir en razón de los varios pedidos hechos por el Uruguay para que el Paraguay también se hiciese sentir en la cuestión del Plata. El General López a través de sus embajadores solicitó en varias oportunidades las explicaciones correspondientes, pero al ser ignoradas las mismas por los gobiernos de Argentina y Brasil, pronto cayó en la cuenta de que las elites gobernantes de ambos países habían llegado a un acuerdo tácito de ir contra el Paraguay una vez terminado con el Uruguay. Este cúmulo

los acontecimientos por venir, y el 24 de diciembre de 1864 (para proteger sus fronteras) entra en guerra contra el Imperio del Brasil y el 18 de marzo de 1865 contra la Argentina; estas acciones permiten a los aliados simplemente rubricar (1° de mayo de 1865) el Tratado de la Triple Alianza cuyas cláusulas ya habían sido negociadas con anterioridad y mantenidas en secreto (El Congreso argentino ratificó también en sesión secreta el Tratado); al mismo sorpresivamente se pliega el General Justo José Urquiza (ex Presidente de la Confederación Argentina, constituida por trece Provincias con Carta Magna, Congreso y Ejecutivo propios, opuestas al poder de Buenos Aires contra el que lucharon militarmente durante muchos años), que había prometido al General Solano López no considerar casus-belli el tránsito de tropas paraguayas por el territorio provincial (León Pomer escribe: “*Henry Green, primer gerente del Banco de Londres, compraba lana y otros productos del General Urquiza para enviarlos a Gran Bretaña y le anticipaba fondos, que el General pagaba con la producción de sus saladeros*”; *Francisco Doratioto señala: “Uno de los mayores beneficiarios fue Urquiza, quien acumuló una riqueza de la que formaban parte 600 mil cabezas de ganado, 500 mil ovejas, 20 mil caballos y más de 2.000.000 de acres de tierra*”).

A modo de ejemplo de lo que fue y lo que hizo del Paraguay y su gente (país al que décadas más tarde había emigrado la familia Caltrani huyendo de otras miserias), la guerra de la Triple Alianza, basta con transcribir algunos escritos y expresiones de importantes personalidades, sobre algunos de los hechos ocurridos.

Al respecto el historiador León Pomer, escribe cuanto sigue: “*En su momento la Alianza, y sobre todo el texto del Tratado, suscitan repudio poco menos que universal... los norteamericanos tienden a simpatizar con sus iguales*”

republicanos de América del Sur... las repúblicas andinas se solidarizan con el país guaraní. Declaran que la conducta del Brasil es idéntica a la de los franceses en México... La protesta engloba a los gobiernos del Perú, Chile, Bolivia y Ecuador... ”.

El Congreso Colombiano en una declaración fechada en julio de 1870 también se solidariza con el Paraguay.

El militar, político y Presidente de la República Bartolomé Mitre anunció al país: *“En veinte y cuatro horas en los cuarteles. En tres semanas en la frontera. En tres meses en Asunción”*; la guerra que comenzó en 1864, terminó con la muerte en batalla del Presidente del Paraguay en 1870.

El pueblo argentino no quería combatir contra el Paraguay; *“Los soldados no alcanzan. Los criollos se desertan; los mercenarios siguen su ejemplo...”*. (L.P.)

“Los levantamientos, sublevaciones y resistencias se generalizan y adquieren características sumamente graves para el Gobierno Nacional. Al punto que la falta de soldados debe ser suplida con enganchados en Europa... El poeta Hilario Ascasubi es el reclutador en el Viejo Mundo...”. (L.P.)

Sobre las conceptos vertidos acerca de Gran Bretaña y del pueblo paraguayo por los Presidentes argentinos, Bartolomé Mitre y Domingo Faustino Sarmiento (político, pedagogo y escritor); León Pomer transcribe lo siguiente: *“Démonos cuenta de este triunfo pacífico, busquemos el nervio motor de estos progresos... ¿Cuál es la fuerza que impulsa este progreso? ¡Señores, es el capital inglés!”*. (Mitre).

“...la poderosa Albión (Inglaterra), la enérgica raza inglesa, cuya misión parece ser someter el mundo bárbaro de Asia, África, y de los nuevos continentes e islas al influjo del comercio...”. (Sarmiento).

aquellas otras de Sarmiento sobre el pueblo paraguayo. En carta a Manuel P. García, ministro argentino en Washington, se expresa de esta manera: aquél bruto (alude a Solano López, L.P.) tiene todavía 20 piezas de artillería y dos mil perros que habrán de morir bajo las patas de nuestros caballos”.

En carta a la señora de Horacio Mann: “*Era preciso purgar la tierra de toda esa excrescencia humana*” (Sarmiento se refiere al pueblo paraguayo).

En carta al escritor José Lastarria, Sarmiento aconsejó “*repoblar ese pueblo de sifilíticos con italianos y vascos*”.

En carta a su amigo Santiago Arcos:

“*La guerra del Paraguay concluye por la simple razón que hemos muerto a todos los paraguayos mayores de diez años*”.

Paradójicamente el ex Presidente Domingo Faustino Sarmiento vivió sus últimos años con los paraguayos a quienes denigró y murió (11 de setiembre de 1888) en la ciudad de Asunción, capital de la República del país que tan gravemente injurió.

El escritor brasileiro Julio José Chiavenatto transcribe un párrafo y hace un comentario de una carta del Duque de Caxias, Mariscal del ejército en la guerra de la Triple Alianza, dirigida a Su Majestad el Emperador del Brasil, don Pedro II, que dice lo siguiente: “*Quanto tempo, quantos homens, quantas vidas e quantos elementos e recursos precisaremos para terminar a guerra é decir, para converter em fumo e pó toda a população paraguaia, para matar até o feto do ventre da mulher? Esse é o tipo de guerra que o Duque de Caxias não levo até o fim: ele parou em Asunción. Uma guerra de extermínio, que teria que “matar até o feto do ventre da mulher”.*

“*Uma guerra que procurou no seu final, converter em fumo e pó toda população paraguaia*” –*mataram-se 96,50% dos homens paraguayos*”.

El Dr. Efraím Cardozo hablando sobre el clero expresa lo siguiente: “*Heroica actuación fue la del Clero. Al principio de la guerra se componía de más de cien sacerdotes, todos ellos nacionales, a excepción del Padre Gerónimo Becchi, italiano... Cuando no despedían a los muertos como ministros de Dios, actuaban como enfermeros, camilleros y aún sepultureros*”.

Quizás la Batalla de Rubio Ñu es la que más se aproxima a lo tremenda que fue la guerra de la Triple Alianza; el escritor Dr. Eduardo Sammat (hijo de inmigrantes italianos y combatiente de la guerra del Chaco) escribe al respecto lo siguiente: “*El pueblo de López, conociendo el temple de su líder, estrechó filas junto al Mariscal; y mancomunados bregaron por el ideal supremo de salvar a la patria o morir por ella. Hasta los niños fuéronse al frente de batalla; no tan sólo los ancianos y las mujeres... ¡Espantosa realidad!... los niños empuñaron la lanza y el fusil... La verdad histórica no se puede tergiversar porque los archivos vigilan y velan... Los niños paraguayos de hasta 10 y 12 años fueron alistados en las filas del ejército, y tuvieron su bautismo de sangre y de muerte en los campos de Rubio Ñu. Un ardid tragicómico emplearon aquellos soldaditos lampiños para enfrentarse contra los aliados: usaron barbas postizas. ¡Acontecimiento único en la historia universal! Y pelearon no como bisoños sino con audacia, con temeridad y hasta con pasión, disputando palmo a palmo el terruño a un enemigo enardecido, furioso y ebrio de venganza*”.

Sobre la misma contienda Julio José Chiavenatto escribe lo siguiente:

“*UM DIA DA MAIS HERÓICA BATALHA AMERICANA: 20 MIL SOLDADOS CONTRA 3.500 CRIANÇAS PARAGUAIAS*”.

“*Acosta Ñú foi uma das mais terríveis batalhas da história militar do mundo. De um lado, estavam os brasileiros com vinte mil homens. De outro, no meio de um*

de nove a quinze anos, não faltando garotos de seis, sete e oito anos! Junto às três mil e quinientas crianças paraguaias, combatiam quinientos veteranos comandados pelo General Bernardino Caballero”.

“A batalla começou pela manhã, num campo aberto de maçega..., a resistência durou o dia todo... Acosta Ñú é o símbolo mais terrible da crueldade dessa guerra... E eram degoladas no ato. Escondidas nas selvas próximas, as mães observaram o desenrolar da luta... A resistência em Acosta Ñú e o sacrifício dessas crianças simbolizam perfeitamente como a guerra se tornou implacável...”.

De acuerdo al mismo autor la población paraguaya al comienzo de la guerra era de 800.000, de las cuales murieron durante la guerra 606.000; de los 194.000 que sobrevivieron, 14.000 eran hombres, 180.000 mujeres, 9.800 niños menores de 10 años, 2.100 hombres sobrevivientes de hasta 20 años y 2.100 hombres sobrevivientes mayores de 20 años.

En términos relativos las cifras son las siguientes:

Hombres muertos s/total de población	48,25 %
Mujeres muertas s/total de población	27,50 %
Proporción total de población muerta en guerra	75,75 %

La República Argentina y el Imperio del Brasil se apropiaron de aproximadamente 150.000 Km² de territorio paraguayo.

La República Oriental del Uruguay, furgón de cola de sus aliados, no tomó parte de la torta.

La antigua rivalidad entre los dos grandes aliados, que se hizo presente esta vez en territorio paraguayo, dificultó de sobremanera la situación de la posguerra, a tal punto que ni sus diplomáticos y militares convertidos en verdaderos mandamases de la política paraguaya, se podían poner de acuerdo.

Antes de concluir la gran guerra gobernó el Paraguay un Triunvirato a la medida de los invasores, tanto así que lo primero que hizo fue poner al Mariscal López, todavía en guerra, al margen de la ley..

Después del Triunvirato gobernaron la República del Paraguay (según escribe el eminente Dr. Julio C. Chaves):

- * Cirilo Antonio Rivarola –XI–1870–XII–1871– Su gobierno enfrentó una revolución que fue aplacada con inusitada ferocidad.
- * Salvador Jovellanos –XII–1871–XI–1874– Durante su gobierno se produjeron tres revoluciones.
- * Juan Bautista Gill –XI–1874–IV–1877– A un año de llegar al cargo tuvo que reprimir una revolución en contra de su gobierno – Murió asesinado en IV de 1877.
- * Higinio Uriarte –IV–1877–XI–1878 – Asumió la presidencia al fracasar la revolución que se produjo al morir el expresidente Juan B. Gill.
- * Cándido Bareiro –XI–1878–IX–1880– Su gobierno enfrentó una revolución y el asesinato del ex presidente Cirilo Rivarola.
- * Bernardino Caballero –IX–1880–XI–1886– Primer presidente que logró superar la anarquía reinante en los gobiernos anteriores – **Promulgó la Ley que autorizaba al Gobierno a fomentar las colonias agrícolas con inmigrantes agricultores.**
- * Patricio Escobar –XI–1886–XI–1890– Durante su mandato se realizó el censo poblacional que estimó la población total del país en 240.000 habitantes, incluidos los **825 italianos**, los 4.900 argentinos, los 530 brasileños, los 480 alemanes, los 321 españoles y los 228 franceses que habitaban las colonias.
- * Juan G. González – XI –1890 –VI–1893 – Fue destituido por las fuerzas comandadas por el General Egusquiza.

- * Juan Egusquiza – XI –1894 –XI–1898– Ejerció un gobierno de reconciliación.
- * Emilio Aceval –XI– 1898– I – 1902 – Fue depuesto por un golpe de estado encabezado por su ministro de guerra – el Paraguay quedó aislado a consecuencia de una epidemia de peste bubónica.
- * Juan Escurra – XI –1902 –XII–1904 Fue destituido por una revolución encabezada por el Partido Liberal.

–Pronto,... pronto, ¿Ya están listos?

–Todavía no, papá. ¿Por qué nos apuras demasiado?

–Es mejor que tengamos todo listo lo más rápido posible, así podremos estar entre los primeros en desembarcar. No me causa mucha gracia hacer fila en pleno sol.

–Está bien, Memo, cálmate que yo me ocuparé de tenerlos a todos dispuestos para cuando el buque ataque.

–Bien, bien, eso espero –respondió Giacomo, y salió al pasillo presuroso para volver más presuroso aún.

–¿Por qué no te sosiegas por un momento? No entiendo por qué debes estar tan agitado si estos trajines ya los conocemos.

Memo se sentó durante unos pocos minutos en el camastro fregando nerviosamente sus manos, se levantó de nuevo y fue junto a su esposa.

–¡Qué maravilloso es llegar!

–Maravilloso qué cosa, si aún no conoces nada.

–Maravilloso llegar con la idea en la mente de que no habremos de mudarnos más.

–¿Cómo lo sabes de antemano?

–Idea, dije una idea, mujer. ¿No lo entendiste?

–Ahora que lo repites, sí. Ojalá que tu idea se cumpla siempre y cuando estemos todos bien.

–Por lo menos hasta este momento estamos todos juntos; y con la misma esperanza creo yo.

–Dios quiera que esta andanza tan lejana, dé pronto sus frutos para aliviar la nostalgia de lo que hemos perdido.

–¡No hemos perdido nada! ¡Italia y Sicilia aún siguen en donde están!

–Bien lejos.

–Pero no inalcanzables. Así como vinimos podemos regresar.

–Por de pronto, solo con la boca.

–Ya lo sé, mujer; lo que intento es animarnos.

Concetta sostuvo la mano de su esposo unos instantes y volvió a la tarea de empacar lo último que quedaba pendiente.

–¿Sabes el porqué de mi inquietud? –preguntó Giacomo reiniciando el tema.

–Con certeza.

–Entonces te podrás dar cuenta lo que pesa en el alma cuando te piden y no puedes comprarles; no ya una ropa interior o un par de calcetines, sino simplemente un cepillo de dientes para cada uno porque el viejo casi no tiene cerdas y sí bastante moho.

–Es igual a lo que sufrí durante mucho tiempo, cuando debía repartir las porciones de comida en cada uno de los platos de los niños pensando a quién le daría un poquito más porque lo estaba necesitando; mis propios niños, a los que alimenté suficientemente bien en mi vientre.

Sin pensar ambos buscaron al mismo tiempo el abrazo sincero que les hiciera sentir el apoyo que requerían de su pareja.

–Mujer, eso ya pasó y lo hicimos muy bien los dos; no se volverá a repetir.

–Si tú lo dices –expresó Concetta lanzando un suave suspiro que hizo de tobogán a lo dicho a modo de suavizarlo.

–¡Yo te lo digo, mujer! ¡Puedes confiar en ello! –enfaticó Memo, dándose por aludido.

Concetta, que nunca había perdido la fe en su marido, dejó la conversación como estaba y prosiguió con su tarea; no era el momento de explicarle a Memo que el suspiro no fue por desconfianza hacia él, sino más bien hacia el destino.

Parado en la rampa de descenso, esperando a que le llegara el turno, Giacomo miraba inquieto hacia uno y otro lado tratando de absorber la nueva realidad.

damente junto al fornido muelle de madera, con su enhiesta dijo al oído en voz baja a su esposa.

—¿Que te alegras de qué, dijiste? —respondió sorprendida y casi asustada Concetta.

—Sí, que me causa gozo, regocijo, el que me hayan, digamos para simplificar, mentido, porque lo que estoy viendo no tiene nada que ver con lo que me han descrito; ese simple hecho me hace ver con otros ojos la decisión tomada.

—No me digas ahora que cuando tomaste la decisión de venir al Paraguay, lo hiciste por presunción antes que con certeza.

—No, mujer, no es lo que piensas, ¡olvídalo! ¿quieres?

Concetta no respondió.

Desde ya, que, entre el puerto que le habían descrito (una porción de terreno en pendiente hacia el río, desprendida de la “ciudad-pueblo”, en el que los buques atracaban cerca de un profundo barranco y sin ninguna facilidad portuaria; algo muy parecido a los fondeaderos de comienzos del 1800), y el que tenía a la vista habían varias décadas de diferencia; este último en el que estaba por desembarcar, lucía un sobrio edificio central (en el que funcionaban las oficinas de puerto y aduana) con dos extensiones edilicias simétricas a ambos lados, adornadas con seis arcos de medio punto, algunos de los cuales todavía con las cimbras, de frente rectilíneo con vista hacia al río y una bandera paraguaya ondeando en el mástil del piso superior, daba un mentís claro a las versiones sobre él vertidas.

Exceptuando el error cometido por el funcionario en la transcripción de los apellidos, debido a las dificultades que llevaba consigo el idioma en sí y el manuscrito de los datos contenidos en el pasaporte italiano, los trámites no demoraron más que lo suficiente.

Al abandonar las oficinas, Memo echó una última mirada atrás y con satisfacción observó al buque, que desde lejos parecía tan grande como el edificio del puerto, meciéndose delica-

negra chimenea echando humo al cielo.

—Memo, ¿dónde está el señor Putzulu, que no lo veo?

—Él no ha venido; nosotros debemos ir a buscarlo. Y no te apresures en preguntármelo, porque tengo la dirección en el bolsillo del saco.

—¿Y también el plano de cómo llegar hasta él?

—¡No!, pero recuerda que con la boca se llega a Roma.

Pero Asunción si bien no era Roma, tenía guardadas muchas calles tortuosas que habían visto la luz en épocas de la colonia, cuando la ciudad crecía dispersándose sobre cualquier terreno que fuese lindante o estuviese cerca del río.

Giacomo tomó una de las valijas, alzó en brazos a su hija Lucía y emprendió la caminata, seguido por Antonio y Vittorio que llevaban los demás bultos, y por Concetta y Anna que cerraban la “marcha”.

—¿Papá, cuánto falta para llegar a la casa del señor Putzulu? —preguntó Vittorio.

—¡Hijo, non mi scocciare che fa molto caldo! ¡Anda, sigue adelante que estamos a medio camino!

—¿Y eso cuánto es?

—Unos dos kilómetros, o quizás menos; debemos llegar a la via principale Brasile y preguntar allí dónde queda il mercatino della piazza.

Por suerte para todos que “il mercatino” (el mercadito “plaza”) estaba a mil metros del lugar, lo cual junto con los dos mil metros que habían caminado, era ya bastante para hacerlo durante la siesta.

Putzulu los recibió como si fueran sus familiares y los alojó en su casa, es decir en una de las dos piezas que alquilaba, hasta tanto encontraran un sitio para su familia.

Al día siguiente bien temprano Putzulu le presentó a Giacomo al constructor con quien trabajaba; éste luego de conversar un tiempo con él, lo contrató como albañil de obra. Casi a

–Lo estaría mucho más si no fuese por esos “piccoli moc-
en la boca y en el espíritu.

–Concettina, dame un beso que he conseguido empleo para
mí y para Antonio; ahora presiento que la cosa va a cambiar
para mejor.

Semanas más tarde cuando el constructor Adriano lo tuvo
bien estudiado a Giacomo, lo llamó y le preguntó si cuánto
tiempo hacía que trabajaba en albañilería.

–En albañilería mucho tiempo, pero como albañil no tanto.

–¿Cómo entiendo eso?

–Lo que intento decirle es que mi profesión de origen es la
de maestro de obras, al igual que Putzulu.

–Me di cuenta de ello y por eso es que lo estoy llamando.
Dígame Caltrani, ¿se siente usted capaz de tomar el mando del
personal en alguna pequeña obra?

–Con un poco de guía hasta conocer cómo se trabaja aquí
en Asunción, sí señor, puedo hacerlo.

–Entonces en su oportunidad hablaremos sobre ello.

Las primeras obras que dirigió como capomàstro, fueron
una media docena de sepulturas hechas de ladrillos y dos mo-
destos panteones en el Cementerio de la Recoleta; posterior-
mente, una vez terminadas estas construcciones y siempre al
servicio del señor Adriano, se encargó de la reparación de vi-
viendas, y cuando los trabajos, algunos pocos de ellos ejecuta-
dos ya como contratista, mudaron de zona, decidió vivir más
cerca del centro de Asunción y alquiló a unas seis cuerdas del
nuevo mercado modelo N° 1 (Oliva e Independencia Nacio-
nal), una vivienda de dos habitaciones grandes, con un estre-
cho corredor formado por la saliente de sus techos y contiguas
a un retrete de tablas de madera, construida en un terreno sin
lindero y rodeado de malezas de los patios colindantes.

–Ahora que estamos progresando, debes estar más
tranquila.

ciosi” que gritan “italianos cochinos”, cuando compro tripa de vaca y menudillos de pollo.

–¿Por qué te enfadas si tú misma dices que son mocosos?

–Mocosos, pero con el consentimiento de sus padres.

–Concettina, déjalos que griten hasta que se acostumbren a nosotros, que quizás en su lugar hubiésemos hecho lo mismo. Lo importante en este momento es que no nos falta trabajo y que nuestros hijos, en no sé qué idioma, están estudiando. Olvida todo y diles a “nuestro regimiento” que se apresten para ir de paseo al arroyo ese que está cerca de la casa de Putzulu.

–Con la condición de que el domingo vayamos al Oratorio de la Virgen; necesitamos rezar por nosotros y por los nuestros que están en Italia.

–D’ accòrdo signora, pero en vez de ir al Oratorio, vayamos a la Encarnación^(*) que allí de seguro habrá misa.

(*) El Oratorio de la Virgen de la Asunción (Patrona del Paraguay y Mariscal de su ejército), ubicado en el mismo centro de la ciudad, es a la vez Panteón de los Héroes del Paraguay. Fue diseñado por el arquitecto italiano Alessandro Ravizza, bajo cuya dirección se inició la construcción en 1863; las obras que fueron interrumpidas por la guerra de la Triple Alianza y más tarde por la guerra del Chaco, quedaron concluidas en 1936. Mientras algunos especialistas sostienen que la obra guarda alguna similitud con el Panteón de París (1764–1789, uno de los primeros monumentos neoclásico de Francia; en él descansan los cuerpos de los hombres ilustres franceses), otros afirman que guarda alguna semejanza con la Basílica di Superga, especialmente en la parte no influenciada por el barroco de Francesco Borromini (1717–1731, el conjunto edilicio inspirado en los modelos clásicos romanos es el sitio donde reposan los cuerpos de los soberanos de la Casa de Saboya).

La iglesia de la Encarnación, iglesia principal de la diócesis entre 1842-1851, destruida por un incendio, fue rediseñada y construida en otro sitio (sobre la loma Cabará) por el arquitecto italiano Juan Colombo (quien renunció a toda remuneración). La monumental iglesia, aún no terminada, con paredes de ladrillo sin guarnecer, posee cinco naves, una bóveda principal semicircular que sobresale a la fachada posterior, otra más pequeña que surge de la principal y varias capillas laterales.

Nuestra Señora de la Asunción, actual capital de la República del Paraguay, importante ciudad de la época colonial española, fue fundada inicialmente como Casa-fuerte y puerto sobre el río Paraguay (primer asentamiento permanente del Reino de España en el Río de la Plata), en el año 1537 por el conquistador Juan de Salazar y Espinosa, y convertida en ciudad en el año 1541. Debido a su estratégica ubicación entre el estuario del Plata y la ciudad de Lima, capital del Virreinato del Perú (Panamá, Perú, Colombia, Ecuador, Bolivia, Chile y países del Río de la Plata), territorio donde los españoles creían que se encontraba el imaginario “El Dorado”, rico en oro, plata y piedras preciosas, pronto se convirtió en punto de partida de las expediciones que iban en busca de los tesoros del mismo. Se cree que la ciudad fue fundada a orillas del río Paraguay, en donde el mismo formaba una significativa bahía que servía de atracadero a las embarcaciones de los conquistadores.

Durante el periodo colonial la ciudad creció en forma irregular, debido a la necesidad innata del ser humano de ocupar prioritariamente los lugares más altos del terreno para protegerse de las inclemencias de la naturaleza; este hecho produjo una casualidad extraña en el sentido de que Asunción al igual que Roma (debido a las tierras pantanosas y a las inundaciones periódicas provocadas por el río Tíber, sus primeros poblados o aldeas se construyeron en las alturas de las siete colinas romanas; Quirinal, Viminal, Capitolio, Esquilino, Palatino, Aventino, Celio), se levantó en principio sobre siete elevaciones naturales conocidas históricamente como Loma Cabará, Loma San Jerónimo, Loma Clavel, Loma Cachinga, Loma Mangrullo, Loma de la Encarnación y Loma de las Piedras de Santa Catalina. Asunción, a pesar de que continuó expandiéndose siguiendo las particularidades del terreno, el centro histórico de ella (donde se concentraba el poder político, económico y religioso) nunca varió de posición geo-

gráfica; en el área central estaban ubicados los principales edificios de antaño, el Cabildo, la iglesia Catedral, la Casa del Gobernador, el teatro, etc. Durante el periodo pos colonial, la ciudad capital conoció de transformaciones en varios aspectos: cambió su forma de desarrollo desordenado, por el de un crecimiento sobre un diseño obligatorio de cuadrados o rectángulos; se europeizó en su estilo de vida (por lo menos de las clases adineradas) y en el estilo arquitectónico de sus construcciones públicas y privadas más importantes (se introdujo una forma parecida o similar al estilo neoclásico – tendencia inspirada en recuperar y restaurar el gusto griego y latino antiguos en oposición a la exhuberancia en exceso del Rococó y el Barroco– y renacentista –movimiento renovador basado en buena parte en la imitación de la antigüedad–) e inició un proceso de modernización, bruscamente interrumpido cuando Asunción cayó víctima de la ocupación y el saqueo por parte de las fuerzas aliadas, desde fines de 1869 hasta mediados de 1876 (hecho que describe el distinguido historiador Dr. Efraím Cardozo, en los siguientes términos: *“Las fuerzas argentinas... y las brasileñas, posesionadas de la ciudad, se entregaron al más implacable saqueo y devastación. Ni las legaciones, ni los consulados, ni los sepulcros, ni las iglesias fueron respetados. La tarea destructora prosiguió varios días. Durante la noche, las casas de fácil combustión, incendiadas después de saqueadas, y grandes fogatas alimentadas por los muebles sin valor y por puertas y ventanas, alumbraron el cortejo de vehículos que transportaban hasta los buques los frutos del saqueo. Las embarcaciones zarparon hacia Buenos Aires y Río de Janeiro repletas de objetos de valor”*). Después de la ignominiosa guerra se reinició la modernización de Nuestra Señora de la Asunción; se substituyó el alumbrado público a velas por el de petróleo y luego por el de gas; se construyó el Hospital de Caridad (hasta hoy existente); se procedió a la instalación del sistema de agua corriente; se proveyó de nue-

vas instalaciones al puerto; se reabrió la Facultad de Medicina; se dio comienzo a la construcción, en su sitio definitivo, de la nueva iglesia de la Encarnación; se creó la Universidad Nacional de Asunción y la Academia de Bellas Artes y se instaló la primera línea de tranvías eléctricos.

En el año 1895 se instituyó la escuela primaria Dante Alighieri y entre 1900–1901 arribaron a la ciudad capital un grupo importante de inmigrantes provenientes de Sicilia.

La Asunción de hoy es una ciudad actual, con reminiscencias coloniales y llamativos contrastes, que cobija a más de un millón de habitantes y es sede central de los Poderes del Estado y de la Iglesia.

El Palacio de Gobierno, asiento de la Presidencia de la República, inicialmente construido (1860-1890) como lugar de residencia del Mariscal Francisco Solano López; es un edificio monumental, con vista a la bahía de Asunción, de estilo neoclásico italiano, simétrico, sobrio y elegante, de dos plantas en forma de una U rectangular, en cuyo cuerpo principal se levanta una torre en forma de cubo geométrico con cuatro torrecillas, una en cada ángulo, y galerías con una sucesión de aberturas arco de medio punto a ambos lados del pórtico central.

La Catedral, iglesia principal de la Diócesis construida a instancias del Presidente Don Carlos Antonio López por constructores paraguayos, es un templo de estilo colonial, que tiene tres naves separadas por arcos, dos torres campanario rectangulares iguales, dos galerías sustentadas por columnas, una a cada lado del edificio principal, tres aberturas arco de medio punto, distribuidas proporcionalmente en la monumental fachada que ostenta el escudo patrio en su extremo superior y una soberbia explanada frontal delimitada por una serie de escalones en sus tres lados exteriores.

El Cabildo, monumento emblemático en el esquema de poderes del Paraguay, en tiempos de la colonia fue sede del ayuntamiento y en el periodo pos colonial sede del

Congreso Nacional; con la particularidad de que sus “ocupantes coloniales” no solo cumplieron en él las obligaciones de administrar el municipio y la justicia, sino que llegaron a ejercer funciones políticas y hasta de gobierno (1676). El edificio de dos plantas, con frontispicio neoclásico, adornado con una serie de diez aberturas arco de medio punto en cada piso, guarda en sus formas auxiliares interiores las modalidades de la arquitectura hispánica colonial.

Después de los años de bonanza laboral que venía disfrutando “don Caltrani”, por entonces ya se había ganado a base de esfuerzo el tratamiento de don en signo de respeto y cortesía, vinieron otros muy difíciles, tanto que para mantener respirando a la familia tuvieron que vivir al límite de sus posibilidades. Ese periodo negro paulatinamente fue quedando atrás, a pesar de las crisis que se sucedían en el país, cuando gracias a sus actividades y comportamiento dentro de la colectividad, le abrieron sus puertas algunos paisanos mejor acomodados; ayuda que Giacomo supo capitalizar y corresponder con inteligencia, trabajo, y más trabajo, de tal manera que para cuando Concetta trajo al mundo a Giovanni, su último hijo, don Caltrani si bien no había hecho fortuna, estaba razonablemente asentado –económicamente.

Caro Aurelio:

Esta vez escribo una carta para ti, otra para Giuseppa, otra para Alicia y otra para papá, todas dicen lo mismo, pero la idea es que enviando cada una de ellas a distintas direcciones, alguna llegue a destino. Estoy sumamente descorazonado porque no tengo noticias, no sé qué ha pasado, desconozco si la permanente inestabilidad política de este lado, o las crisis y la brutal guerra de por allá es el motivo, pero la verdad es que se ha roto todo contacto con ustedes y eso me hace sentir como si fuera un huérfano que no tiene a nadie con quien compartir los acontecimientos de su vida, a nadie con quien planificar juntos un futuro. Querido hermano, al perderlos más no sea por un tiempo, me provoca la sensación de ser un exiliado de por vida que no tiene tan siquiera un terruño adonde volver imaginariamente si así lo quisiera. A excepción de Concetta, extraordinaria compañera, nadie está en conocimiento de lo que sucede, pero entiendo que los mayores intuyen algo porque de tanto en tanto me piden que les lea las cartas del abuelo y de los tíos; sinceramente no sé todavía cómo resolver este asunto, ojalá que todo esto concluya muy pronto.

A pesar de las tantas crisis provocadas por las revoluciones, los golpes de estado, las asonadas y qué sé yo cuántas cosas más que sucedieron después de la gran guerra, este país camina para adelante, rengo pero va para el frente, imagínate que Asunción con sus tan solo aproximadamente noventa y tantos mil habitantes, gracias a Dios y a la mentalidad de sus hombres, siempre tiene obras para construir, prácticamente casi nunca está parada la actividad de la construcción; yo doy gra-

cias a todos (porque en realidad un inmigrante quiéralo o no debe una vela a cada santo), porque me han permitido explotar el pequeño resquicio que estaba sin trabajar. No nadamos en la abundancia, ni llevamos una vida de acaudalados, pero no estamos sufriendo los horrores de ver la necesidad en la mirada de nuestros hijos, estamos contentos con lo que tenemos y más aún con lo que podemos. Hermano, cierra por un instante tus ojos y fantasea con tu mente ver a tu sobrino Salvatore vestido con su guardapolvo blanco en la Facultad de Medicina, es un orgullo para todos, para ustedes y nosotros; si Dios quiere tendremos un médico cirujano en la familia y otros profesionales más. ¡Estamos venciendo a la adversidad y demostrando que los inmigrantes italianos, ignorantes, pobres y analfabetos también podemos llegar adonde nos proponemos! Por otra parte, ahora entiendo más que nunca que es imposible ser feliz en todo, Antonio acaba de pedir nuestro consentimiento para trasladarse a Buenos Aires en busca de su propio porvenir; se lo hemos dado y por esa futura ausencia estoy triste. ¡La familia se está desmembrando! ¡Porca miseria! ¡Volere vivere 'è il costo della vita! Mal que le pese a lo que sucede y a la incertidumbre que exagera, seguiré escribiéndoles aunque no reciba respuesta. ¡Debo saber qué se hizo de ustedes! Estaré esperando día tras día una carta tuya.

Un grande y fuerte abrazo.

Giacomo y familia.

PD: Te juro que si hubiese tenido los medios económicos para ir a Italia a ver lo que sucede ya lo hubiera hecho.

El resquicio del que hablaba Giacomo en su carta, lo encontró dentro de la relativa abundancia sectorial de la confusa y desordenada economía, siempre sujeta a las vicisitudes de la política local y al humor de la política argentina, o lo que es lo mismo de la de Buenos Aires.

Durante el siglo XIX, con el aumento de la población mundial, uno de los factores que mayor preponderancia tuvo en el crecimiento económico fue el comercio, y en especial para la “Nueva América”, para quien eso significaba la venta de productos agropecuarios, principalmente de carne y cereales. Según explica el Dr. Miguel A. González Erico, ese crecimiento económico fue acompañado de flujos de capital y de corrientes migratorias, de los que el Paraguay no pudo sacar gran provecho debido a que la estructura económica precapitalista de subsistencia que tenía en las áreas rurales y al esquema de economía capitalista autóctona, escasamente industrial y moderadamente comercial de sus ciudades más importantes, no le permitía producir alimentos y materias primas requeridas por el mercado mundial. Otros factores que presionaron durante ese tiempo la economía del país, fueron los fenómenos climáticos adversos, las epidemias (fiebre amarilla –1870–, peste bubónica –1899–) y los movimientos armados (guerra civil, golpe de estado, etc.); debiendo agregársele a todo lo mencionado la altísima dependencia directa del mercado argentino e indirecta del mercado mundial (se estima que del 100% importado por la Argentina, alrededor del 60% era reexportado por la misma hacia otros países). En base a estos hechos es posible afirmar que las crisis de 1875, 1883, 1890, 1898, 1908, 1914, 1916, son fiel reflejo de las crisis argentinas y/o mundiales. La crisis de 1908 que se produjo (luego del auge comercial de 1905-1906) cuando a causa de la inestabilidad económica mundial de los años 1907-1908, hizo que la Argentina, principal comprador de madera (en vigas), yerba mate, tanino,

tabaco, carne (en tasajo, conservada y enfriada), cuero, etc., perdiera su fuerza consumidora, provocando en el mercado paraguayo una fuerte depresión; no así en cambio la crisis que se inició aproximadamente en 1911 y que continuó hasta casi 1918, que repercutió principalmente en el sector del comercio importador (en el que estaban numerosos comerciantes italianos afincados en Asunción, Concepción y otras ciudades del interior del país) más que en el exportador, que incrementó sus negocios durante esos años.

Después de Juan Ecurra gobernaron la República del Paraguay (según escribe el Dr. Julio C. Chávez):

- * Juan B. Gaona: XII/1904-XII/1905. Asume como presidente provisorio luego de que la revolución del Partido Liberal derrocara al presidente Ecurra. Es declarado cesante por el Congreso del 9-XII/1905.
- * Cecilio Báez: XII/1905-XI/1906. A pesar de la prosperidad que trajo su gobierno, la crisis política continuó.
- * Benigno Ferreira: XI/1906-VII/1908. Durante su gobierno se realizan reformas administrativas y se llevan a cabo varias obras públicas. Es derrocado por un movimiento militar dirigido por el coronel Albino Jara.
- * Emiliano González Navero: VII/1908-XI/1910. Disuelve las Cámaras del Congreso. Sofoca la revolución organizada por el Partido Republicano. El país entra nuevamente en anarquía.
- * Manuel Gondra: XI/1910-I/1911. Es depuesto por su Ministro de Guerra Albino Jara.
- * Albino Jara: I/1911-VII/1911. Es derrocado por un movimiento militar.
- * Liberato Rojas: VII/1911-II/1912. Renuncia ante la revolución generalizada dirigida por el Partido Liberal.
- * Pedro Peña II/1912-III/1912. Nombrado por las Cámaras del Congreso y derrocado por la triunfante revolución Liberal.

- * Emiliano González Navero: III/1912-VIII/1912. Asume como Presidente Provisorio. Durante su gobierno es muerto el coronel Albino Jara.
- * Eduardo Schaerer: VIII/1912-VIII/1916. El país sale de la anarquía. Comienza el auge económico “gracias” a la Primera Guerra Mundial. Sofoca un golpe militar tras encarnizada lucha.
- * Manuel Franco: VIII/1916-VI/1919. Dirige un gobierno progresista. El país cae víctima de una mortal epidemia de gripe.
- * José P. Montero VI/1919-VIII/1920. Habiendo sido vice-presidente del Dr.Franco, asume la presidencia a la muerte de éste. El país enfrenta una seria crisis financiera.
- * Manuel Gondra: VIII/1920-X-1922. Es derrocado por un movimiento político.
- * Eusebio Ayala: X-1922-VI/1923. Asume como presidente interino. En el transcurso de su gobierno comienza una nueva revolución comandada por el coronel Chirife. Eusebio Ayala presenta su renuncia.
- * Eligio Ayala: VI/1923-VII/1923. Renuncia para ser candidato a la Presidencia de la República.
- * Luis A. Riart: Asume como Presidente de transición.
- * Eligio Ayala: VIII/1924-VIII/1928. Su excelente gobierno y su seriedad administrativa, permiten que el presupuesto fiscal termine, por primera vez, con superávit. Se dicta la Ley de Colonización.
- * José P. Guggiari: VII/1928-VIII/1932. Durante su gobierno enfrenta problemas internos y parte de un gran conflicto internacional. El 15 de junio de 1932, estalla la guerra del Chaco (Paraguay-Bolivia).
- * Eusebio Ayala: VIII/1932-II/1936. Todo el peso de la guerra cayó sobre su gobierno, por demás excelente. Fue depuesto el 17-II/1936.

–¡Figlio d'un càne! ¡Como si todo lo que ya pasamos no fuera nada! ¡Maledizone! ¡Ahora debemos dar dos de nuestros hijos a la guerra!

–Van al ejército, no a la guerra.

–¿Y para qué van al ejército si no es para ir a la guerra?

–Memo, no alces la sangre a la cabeza que aquí no habrá ninguna guerra.

–¡Tú no puedes saberlo, Concetta!

–¿Y tú sí?

–¡Senza dubbio! El sentido común me lo dice.

–¿Qué te dice?

–Due più due fa quattro, ¿no? ¡Io non sono lo scemo del villaggio!

–Lo siento, no quise decir eso. Mejor dejemos las cosas así.

–¡Ma cosa mi dici!

–Que lo siento, y que mi intención solo fue tratar de alejar de tu cabeza los malos pensamientos.

–De acuerdo, yo también me sobrepasé, pero es que me pregunto una y otra vez, si es que este pueblo no está ya cansado de tanto guerrear.

–Es posible que sea así, pero es que siempre los obligan a hacerlo, no pueden evitarlo; recuerda nomás a nuestro pueblo, cuántos siglos tuvieron que defenderse de cuantos ladrones llegaron a sus costas.

–En ocasiones quiero pensar que la vida es una verdadera maldición; nos lastima las veces que quiere.

–Y nos da felicidad las veces que puede. ¿Dónde dejaste hoy tu fe, Memo? ¡No me lo digas!, no hace falta que lo hagas, porque la realidad que vivimos nos tiene locos de nervios. Creo que será mejor esperar los acontecimientos. ¿Qué opinas?

–Concettina, tú siempre tienes razón. No sé cómo puedes mantener la cabeza fría.

–No la tengo, solo trato de tenerla.

Memo le apretó la mano con ternura, como diciéndole gracias, y se dirigió hacia la calle. Cuando estaba por asir el picaporte de la puerta de entrada, sonó la campanilla del timbre.

–¡Salvatore! ¿Tan pronto concluyeron la clase hoy?

–Sí, pero debo volver a la facultad a la una de la tarde.

–¡Qué bien!, entonces hoy almorzarás con nosotros.

–Es lo que quiero.

–Ya que tienes que regresar a tus clases, mejor adelantemos el almuerzo unos minutos.

–Por mí no hay necesidad de hacerlo, yo camino rápido.

–Pero veinticinco cuerdas llevan su tiempo, ¿o no es así?

–No te preocupes por ello, papá, que ya las tengo bien medidas.

Al momento en que se dirigían a la cocina, para comunicar a la madre lo que habían resuelto, sonó nuevamente la campanilla.

–¿Otra visita? –preguntó Giacomo rascándose el carrillo derecho con el dedo índice.

–Es Vittorio –respondió Salvador.

–¿Vittorio? Algo debe oler mal por aquí para que ustedes lleguen juntos a esta hora.

–Più o meno. ¿Está bien dicho, papá?

–Salvatore, tu carrera te hace muy avisado, hijo.

–Pùo darsi o è possibile, ¿cuál de los dos está mejor?

–Svergognato, tú sí que sabes cómo manejarme.

–Con cariño, igual que a mamá.

–Puedo adivinar quién está al otro lado de la puerta –gritó Memo en son de broma.

–No lo dudo –respondió, desde la calle, Vittorio.

Memo abrió la puerta y recibió a Vittorio con un abrazo.

–¡Ah, figlio mio!, ahora pronto sabré la verdad.

–¿Qué verdad, don Caltrani?

–La que nos tienen guardada ustedes a mí y a tu mamá.

–¡Pronto, pronto, que la mesa está servida! –avisó Concetta.

–Bueno jovencitos, ahora que terminamos de comer, pueden ir diciendo lo que se traen escondido.

–Papá –comenzó diciendo Vittorio–, quiero tu permiso para enrolarme al ejército como voluntario.

Giacomo lo miró sin decir nada, Vittorio le sostuvo la mirada y enseguida comprendió el mensaje; como buen siciliano sabía que en muchas ocasiones lo no dicho era más significativo que lo dicho.

–Gracias, don Caltrani, estaba seguro de que me apoyarías. Ahora si me lo permites, quiero decirte por qué quiero hacerlo aunque no esté obligado; lo hago porque aquí tengo a mis padres, a mis hermanos, a mis amigos y porque aquí en esta tierra compasiva yo como, estudio y trabajo.

Giacomo volvió a responderle con la mirada.

–En mi caso –se adelantó a decir Salvador–, yo debo y quiero enrolarme porque si se desata la guerra, mucha gente necesitará de nosotros, aunque sea poco lo que hasta ahora sabemos de medicina.

–Hijos, aunque este asunto no nos gusta para nada, su madre y yo les damos nuestro consentimiento y nuestra bendición.

Concetta muy emocionada abrazó a sus hijos con la fuerza y la ternura que solo una madre sabe hacerlo.

–Hola mamá, hola papá, espérenme para comer, voy rápidamente a la ducha y a cambiarme la ropa mojada y ya estoy con ustedes.

–¿Estuvo fuerte la lluvia esta mañana?

–Todo el día diría yo; espero que la caminata por las calles y los charcos no me estropee los zapatos.

–Calma hijo, que si no te los destruye te los endurecerá, y con un poco de grasa quedarán como nuevos.

–Salvatore, deja tu ropa sucia en la pileta de fregar.

Antes de sentarse a la mesa, Salvador extrajo del bolsillo de la camisa un papel y se lo entregó a su padre.

–No sé si este es el momento adecuado, pero me gustaría que lo leyeras, papá.

–Cualquier momento es bueno –respondió Giacomo, al tiempo que abría el sobre.

Cédula de movilización
Señor.....Salvatore Caltrani

Nro.....

Comunico a Vd. haber sido designado en el cuadro general de movilización para ocupar el cargo de PRACTICANTE EN EL HOSPITAL DE CLÍNICAS.....

Vd. se presentará a su unidad el día que se le fijará por una notificación del Estado Mayor General del Ejército.

Sanidad Militar - Dirección Superior
República del Paraguay

Por el E. M. G. E.

–¿Y el papel de Vittorio?

–No te apures que ya llegará.

–No me apresuro, solo quiero saber adonde se lo destinará, porque tú “perlomeno” te quedarás aquí.

–Por sus conocimientos de mecánica, probablemente se lo asignará a algún cuerpo no combativo.

–Meno male. Ahora queda saber adónde irá.

–Papá, es mejor que no sigas pensado de ese modo, porque más temprano o más tarde todos habremos de pisar el campo de batalla.

–Cierto, pero alguna vez entenderás por qué los padres pensamos así.

Salvador Caltrani participó en la guerra como ayudante médico y Vittorio Caltrani lo hizo como conductor de camiones del ejército.

La guerra del Chaco, recordada como la segunda epopeya nacional, comenzó el 15 de junio de 1932 y finalizó el 12 de junio de 1935 con la firma del Protocolo de Paz, aunque ambas naciones siguieron contando sus muertos hasta el cese definitivo del fuego, a las doce horas del 14 de junio de 1935. Sobre este hecho el Dr. Julio César Chaves escribió lo siguiente: “...*Diez minutos antes de la hora fijada se desencadenó a lo largo de toda la línea un tiroteo infernal que causó lamentables bajas y se prolongó hasta las doce en punto, hora en que paraguayos y bolivianos dejaron sus trincheras para abrazarse en el campo de nadie, como adversarios dignos y leales de una lucha de tres años.....*”.

Como que los antecedentes, las causas y el desarrollo de la contienda bélica, evidentemente son aceptados o rechazados según la nacionalidad de los historiadores que los dejaron asentados en los libros de historia, es interesante transcribir, entre otras, algunas opiniones del cono-

cido catedrático Dr. David H. Zook, Jr.^(*), que por no estar anímicamente involucrado ni con el Paraguay ni con Bolivia, quizás aporte una opinión más neutral sobre los hechos.

El escenario de la guerra.

El escritor ítalo-paraguayo Alex Sama escribe lo siguiente: *“El territorio de la República del Paraguay, semejante a un corazón surrealista, se encuentra seccionado en dos regiones por el curso norte-sur del río del mismo nombre. La correspondiente a la margen izquierda del río es la que constituye el Chaco paraguayo; el mismo tiene límites internacionales al este con el Brasil, al norte y noroeste con Bolivia, y al oeste y suroeste con la Argentina. El Chaco paraguayo es parte de una extensa llanura de aproximadamente 800.000 km², ubicada en el centro de América del Sur, cuya extensión también comprende los territorios del noroeste argentino y del este boliviano. Esta Región Occidental del país, muy peculiar por sus características, tiene una superficie de 246.925 km², equivalente al 61% del área total del Paraguay, y posee una población aproximada de 106.000 habitantes, de los cuales el 30% está configurado por diferentes etnias indígenas. Su densidad poblacional es de tan solo 0.4 habitantes por km². Topográficamente, su extremo sur es más bajo que el centro y norte y severamente inundable en períodos lluviosos, lo que permite la formación de magníficos esterales y lagunas que tienden a desaparecer en su mayoría durante la época de seca. La parte opuesta a ella,*

(*) Miembro de las corporaciones doctas, American Military Institute, American Historical Association; Catedrático Asociado de Historia Militar en la Academia de la Fuerza Aérea de EEUU; siguió estudios posdoctorales en la Universidad de San Marcos, Lima, en el Mexico City Collage y en la Northwester University; sirvió en varias comisiones de guerra psicológica en el Lejano Oriente; prestó servicio en la guerra de Corea, en la 3ra. Compañía de Reproducción en Japón; fue piloto del C-124 Globemaster del servicio de Transportes Aéreos Militares en el Pacífico.

caracterizada por la horizontalidad de su suelo y la ausencia de accidentes orográficos, a medida que se aleja de la franja adyacente al río Paraguay va perdiendo rápidamente su masa boscosa y se transforma en una zona de escasa vegetación espinosa achaparrada, adaptada fisiológicamente a su clima cálido y extremadamente caluroso. Esta enorme región, donde la falta de agua, la sequedad del clima, el suelo arcilloso impermeable y salobre, prácticamente huérfana de comunicación, no permite la formación de asentamientos, por lo que su desarrollo es casi nulo... Extraviarse en los cañadones y picadas significa la muerte, sea por sed, insolación o picaduras de víboras, amén de los ataques de animales salvajes..”.

–Sobre lo mismo el Dr. David H. Zook Jr., dice lo siguiente: *“La guerra del Chaco es el más enigmático de todos los conflictos americanos... Al oeste, hasta el meridiano 59° poco más o menos, la región consiste en extensos palmares, altos pastizales y pequeños bosques. Las poblaciones de más allá no eran sino pequeños ranchos de barro, ...La zona intermedia, en cambio es un desierto árido, a menudo revestido de espesos montes bajos y malezas espinosas. Aquí el jugo del cacto reemplaza al agua y los insectos chupadores de sangre pululan por millones. Cuando llega la estación de las lluvias en verano, los toscos caminos se convierten en ciénagas. En la estación seca levántase el polvo fino y penetrante del suelo, que queda flotando en el aire como grandes masas de nubes”.*

Antecedentes del conflicto.

Según el Dr. Zook Jr., *“los antecedentes se remontan a mediados del siglo XIX, cuando en el tratado suscrito por Paraguay y la Confederación Argentina (1852), ésta reconocía al río Paraguay como de propiedad paraguaya de costa a costa, reconocimiento que provocó la protesta de Bolivia alegando sus derechos sobre el mismo río como país ribereño en la costa occidental; siguen después de la*

guerra de la Triple Alianza, cuando Bolivia después de recibir seguridades de parte de los aliados de que protegerían sus derechos sobre la ribera occidental del río Paraguay, éstos ignoran los reclamos bolivianos y cuando la reivindicación boliviana de lo que cree ser sus derechos, no son considerados por el Presidente de los Estados Unidos de América Rutherford Birchard Hayes, porque Bolivia no formaba parte del tratado en que se solicitó el fallo del Presidente norteamericano.”

Causas más recientes del conflicto.

Según el Dr. Julio César Chaves, la pérdida de Bolivia de su litoral sobre el océano Pacífico a causa de la derrota sufrida en la guerra del Pacífico que libró contra Chile (1879-1883), obligó a Bolivia a pretender una salida al Río de la Plata a través del río Paraguay; pretensión que para llevarla a cabo antes debía someter al Paraguay, que según el decir del presidente Daniel Salamanca: “...Paraguay es la más miserable de las republiquetas de Sud América”; “...Paraguay es el único país que podemos atacar con seguridades de victoria”.

A criterio del Dr. David Zook. Jr., “los únicos factores económicos significativos fueron la posición vital del Chaco en la economía paraguaya, cuya pérdida habría importado para el país una amputación intolerable, y el deseo de Bolivia de estimular la economía de su oriente con una salida fluvial. El petróleo, especialmente, tuvo escasísima importancia en los orígenes de la guerra del Chaco”. “Las acusaciones de que los intereses internacionales del petróleo no eran ajenos a las causas originarias de la guerra, empezaron a merecer crédito. El presidente Ayala, hombre comúnmente de cabeza bien puesta, sospechaba ahora que Bolivia provocó la guerra para dar salida a los productos de la Standard Oil”. “Por eso dijo Saavedra Lamas al embajador norteamericano Weddell, confidencialmente que la verdadera cuestión era ahora económica. El petróleo del Chaco occidental podría ne-

cesitar un oleoducto haciendo imperativo dar a Bolivia alguna salida”.

El general paraguayo Amancio Pampliega, combatiente con honores de la guerra del Chaco, escribe lo siguiente: *“En la guerra del Chaco asomaron nuevamente algunos sórdidos entretelones. Se atribuyó a la Standard Oil la complicidad en el desencadenamiento del conflicto. El petróleo habría sido el móvil oculto de estas maquinaciones... Alguna verdad debe haber detrás de todo esto”.*

La guerra en sí misma, como otras fue larga, cruenta e impiadosa agravada por el escenario cruel y por las condiciones inhumanas que imponía la naturaleza.

Acerca de ello existen muchos escritos reveladores, pero bastan solo algunos para comprender tamaña desgracia.

El Dr. Zook Jr. describe algunos episodios de la siguiente manera: *“Impuesto de la realidad, Peñaranda ordenó la retirada general... Entre tanto los paraguayos enfrentaban el más horrible espectáculo de la guerra del Chaco, a medida que avanzaban por los caminos de la región, llenos de tropas bolivianas enloquecidas de sed, que chupaban sangre, bebían orines e imploraban de rodillas un poco de agua, el orín de los soldados o nafta de los camiones (paraguayos) para aplacar la sed espantosa que los devoraba. Algunos daban tropezones en el matorral, se bamboleaban, se arrastraban, para luego desplomarse y morir. Otros marchaban y marchaban y marchaban con sus lenguas hinchadas que salían de unos labios secos, y caían uno por uno, y (sus compañeros) marchaban, dejándolos morir... más de 4.000 murieron de sed...”.*

“Ordenó, pues, que la Octava División avanzara a campo traviesa por los bosques espinosos del desierto, abriéndose paso a golpes de machete, y se apoderara de la fuente de agua del Cuerpo de Caballería”.

“De ahí que, para eliminar el factor limitativo del agua, Franco despachara patrullas encargadas de buscar pozos;...”.

“Se crearon cuadrillas de poceros para seguir a las tropas en marcha, pues no se sabía que hubiese agua...”

“Ciertas consideraciones humanitarias excedieron a otras de importancia. A pesar de la escasez de camiones, Estigarribia usó los pocos con que contaba para transportar hacia la retaguardia a los sedientos, hambrientos y moribundos prisioneros de guerra”

–El general Amancio Pampliega relata algunas experiencias vividas en el campo de batalla en los siguientes términos:

“Emprendimos la marcha el 19 de noviembre, abriendo piques en el monte y cargando el agua, vital elemento, en latas. El calor era impresionante por aquella época”

“Mi destacamento marchó ese día, bajo un sol calcinante, nada menos que 25 kilómetros. Esa noche, el Z 1 General Aquino... nos socorrió con agua traída en camiones del norte”

Por su parte el historiador Dr. Efraím Cardozo dice lo siguiente:

“El agua. En el Chaco el problema del agua era el más apremiante de todos... El hallazgo de agua representaba una victoria de tanta importancia como la toma de una posición enemiga”

“Los choferes. La abnegación de los conductores de camiones en el teatro de operaciones no tuvo límites. De ellos dependía la provisión de municiones, víveres y agua a las tropas del frente. Y también mediante ellos fueron posibles las rápidas maniobras con que Estigarribia y los comandos desconcertaban al enemigo y alcanzaban las grandes victorias”

Al terminar el conflicto el Paraguay tuvo que llorar a 35.000 almas.

–¡Hola, hijo! ¡Gracias a la Madonna delle Milizie^(*), que estás enfermo!

–No me causa ningún placer lo que dices.

–Estando enfermo por lo menos sé que te tengo a salvo por un tiempo.

–¿No te parece que sería mejor si estuviese sano y con permiso?

–No pensé en ello.

–Es mejor que la próxima vez lo pienses, porque con el pensamiento se atraen las cosas.

–Lo que sucede hijo, es que aún no puedo ni no sé cómo digerir la muerte de Vittorio.

–Papá, tú siempre fuiste un hombre fuerte y como tal antes que torturarte con la muerte de Vittorio, debes valorar lo que hizo por amor a todos y por respeto a esta tierra que fue su media cuna. Yo estuve varios años sirviendo en diferentes hospitales del ejército, en la retaguardia, en el frente de batalla y en el de prisioneros, antes de estar aquí por culpa de la disentería, y te digo que he visto cosas y sufrimientos muchísimo peores que los castigos que Dante vio en el infierno y en el purgatorio, y estoy seguro que Vittorio aparte de verlos los sufrió y siguió adelante valientemente hasta entregar su vida por sus compañeros de lucha y hasta por gente que nunca conoció. Papá, piensa en el héroe que fue y no en el hijo que partió antes para esperarnos en el más allá.

–Salvatore, sé que no hay que rehuir al llamado de la tierra que nos acogió, a ella le rindo honores, pero hubiese querido no perder su cuerpo como perdí el de mi madre.

(*) Cuenta la leyenda que en la batalla decisiva librada en Sicilia entre sarracenos y cristianos, cuando éstos superados en número y a pesar de la bravura que pusieron en el combate, estaban a punto de ser aniquilados, apareció la Madonna montada en un caballo blanco, vestida de blanco, con un manto celeste, una corona de oro en la cabeza y una espada en la mano derecha y luchó junto a ellos para vencer a los sarracenos.

–Aunque al principio te cause más dolor tengo que contarte que el cuerpo de Vittorio no será presa de nadie porque él falleció cuando una bomba impactó en su camión aguatero; pienso que él está feliz de que haya sido así –terminó diciendo con lágrimas en los ojos.

–Dios lo tenga a mi hijo en su Santa Gloria, y ojalá que si algo les pasara sea del modo que ustedes lo desean.

–¿Ustedes?

–Perdona, hijo, pero olvidé decirte que tu hermano menor también se alistó en el ejército; según me dijo para vengar a su hermano.

Salvatore suspiró profundamente y quedó callado.

En septiembre de 1934, antes de partir para reincorporarse al Hospital Militar Central, Salvador le entregó a su padre un sobre diciéndole:

–Esto es lo que hice por mis padres, por mis hermanos, por los familiares de allá, por Italia, por Sicilia toda y por el Paraguay. Les ruego que no me malinterpreten por darlos a conocer, porque no lo hago por vanidad sino como agradecimiento por lo que me han enseñado y como muestra de que lo he aprendido.

A la noche, cuando Salvatore ya había partido, don Giacomo tomó el sobre, se sentó junto a su esposa y le leyó uno a uno los documentos que le entregara el hijo.

CERTIFICO que el estudiante del tercer curso de medicina, señor Salvador Caltrani, ha prestado sus servicios como Practicante Interno de este Hospital, en el período de tiempo comprendido entre el 10 de agosto de 1932 al 25 de diciembre del mismo año, y del 20 de junio del corriente año al 28 de setiembre ppdo., habiéndose desenvuelto a satisfacción de sus superiores por su capacidad y dedicación al estudio y al trabajo.

A pedido del interesado, expido el presente certificado en Asunción a los veinticinco días del mes de octubre del año mil novecientos treinta y tres.—

Director
Hospital Nacional de Clínicas

EN PRUEBA DE JUSTICIA Y GRATITUD DE ESTA DIRECCIÓN, SE HACE CONSTAR QUE EL ESTUDIANTE DE MEDICINA SEÑOR SALVADOR CALTRANI, HA PRESTADO SU COLABORACIÓN, DURANTE SEIS MESES APROXIMADAMENTE, EN EL HOSPITAL ANEXO N° 5, EN CALIDAD DE PRACTICANTE INTERNO, HABIÉNDOSE DISTINGUIDO SIEMPRE POR SU TENDENCIA INQUEBRANTABLE AL TRABAJO, SU SEVERA ABNEGACIÓN PARA LLEVAR EL CONSUELO Y ALIVIO A NUESTROS HEROICOS SOLDADOS VENIDOS DEL FRENTE, DIRECTAMENTE AL CUIDADO DE ESTA SECCIÓN DE LA SANIDAD MILITAR.

Asunción, mayo 5 de 1933.-

Director Hospital Anexo N° 5

Certifico que el teniente 2do de Sanidad Salvatore Caltrani, durante el tiempo que ha actuado a mis órdenes se comportó como un colaborador laborioso, prestando abnegadamente su humanitaria atención a los enfermos enemigos a su cargo.

Paraguarí, 20 de febrero de 1934.

Dr. Tte 1° de Sanidad
Médico del Distrito 11 N° 3

Sr. Tte. 2do de Sanidad
Dn. Salvatore Caltrani

Partís con el ansia del saber, vais a proseguir vuestros estudios.

En el ejercicio de vuestra profesión habéis seguido las normas del desprendimiento y caridad cristiana. Os agradecemos y hacemos votos porque un final brillante corone vuestra carrera.

Y cuando allí en las aulas universitarias, o en el recogimiento de vuestra morada de estudiante tengáis por únicos compañeros vuestros libros, pensad que en la prisión se consumen espíritus juveniles, por las mismas ansias miserables, por el momento y situación.

Paraguarí 14-III-34.
Hospital de Prisioneros Bolivianos

—Concetta, léeme por favor que dice al pie de la fotografía.

—Parados: Calderón, Mendieta, Cabezas, Pardo F., Pardo L. Sentados: Camacho, Eustaquio Coca.

—Conté cuarenta y cuatro firmas debajo de la nota. Concettina, mañana iremos a orar por Vittorio, por Giovanni, por Salvador y por todos los que están en este lío queriendo o sin quererlo.

De acuerdo a lo que escribe el eminente Dr. Julio C. Chaves, los hombres que gobernaron la República del Paraguay después de la última guerra fueron:

* Rafael Franco (Coronel) —II—1936—VIII—1937— Fue designado Presidente Provisional por un acta plebiscitaria del Ejército, al tiempo que fue derogada la Constitución de 1870 y disuelto el Parlamento. Du-

rante su gobierno se sancionó la Ley de Reforma Agraria y en otro orden de cosas se trasladaron al Panteón Nacional de los Héroes los restos de los Presidentes Carlos A. López, Mariscal Francisco S. López y del soldado desconocido. Fue depuesto por un movimiento militar.

- * Félix Paiva –VIII–1937–VIII–1939– Se restableció la Constitución de 1870 y se firmó el tratado definitivo de Paz, Amistad y Límites con Bolivia (1938).
- * José Félix Estigarribia (General supremo del Ejército paraguayo durante la Guerra del Chaco): VIII–1939–IX–1940. Durante su gobierno se finiquitó el pleito suscitado entre Paraguay y Argentina sobre el río Pilcomayo; se derogó la Constitución de 1870; se aprobó la nueva Constitución (1940); se sancionó el Estatuto Agrario; se dio inicio a la construcción de la principal ruta terrestre. El Presidente fallece en un accidente de aviación.
- * Higinio Morínigo (General) IX–1940–VI–1948– Designado Presidente provisorio por el Consejo de Ministros. Declaró en 1942 la guerra a los aliados del Eje (Alemania-Italia-Japón). Su gobierno se vio envuelto en luchas políticas contra opositores que militaban en otros partidos políticos y en el suyo propio (hubieron persecuciones, apresamientos y destierros). En 1943 fue elegido Presidente por cinco años más. Derrota a los revolucionarios de marzo de 1947, pero fue depuesto por el Ejército en junio de 1948.
- * Juan Manuel Frutos VI–1948–VIII–1948– Siendo presidente del Poder Judicial fue designado para hacerse cargo provisorio del poder.
- * Juan Natalicio González –VIII–1948–I–1949– Durante su corto mandato se restablecieron plenamente las relaciones diplomáticas con España. Contuvo la sublevación de la Escuela Militar. Fue depuesto en enero de 1949.
- * Raimundo Rolón (General) 25–II–1949–26–II–1949.

- * Felipe Molas López –II–1949–IX–1949– Designado presidente por la Cámara de Representantes y depuesto por un alzamiento militar.
- * Federico Chaves –IX–1949–V–1954– Durante su mandato se reiniciaron interesantes obras públicas; se creó el Banco Central del Paraguay; se dio impulso al transporte aéreo internacional. Chaves fue depuesto en mayo de 1954.
- * Tomás Romero Pereira –V–1954–VIII–1954– Presidente interino hasta los comicios presidenciales.
- * Alfredo Stroessner (General) –VIII–1954–II–1989– Sofocó varios intentos que pretendían derrocarlo. Rompe relaciones con Cuba y vota en la OEA a favor de la imposición de sanciones contra el gobierno de la isla. Se construyen numerosas e importantes obras públicas, entre ellas las represas de Itaipú (la mayor del mundo) y la de Yacyretá. Mantuvo el estado de sitio en Asunción hasta 1987. Considerado un dictador que persiguió a miembros de partidos opositores y a correligionarios suyos (de la Asociación Nacional Republicana–Partido Colorado), fue derrocado por un golpe militar encabezado por el General Andrés Rodríguez.
- * Andrés Rodríguez (General) –II–1989–VIII–1993– Después que depuso al General Stroessner de la presidencia, fue elegido Presidente de la República en elecciones generales. Durante su mandato se restauró la legalidad de los partidos políticos proscriptos y se aprobó la Carta Magna de 1992.
- * Juan Carlos Wasmosy –VIII–1993–VIII–1998– Empezó mejoras económicas y sociales (muchas de las cuales quedaron en intentos) y llevó el país democráticamente. Enfrentó un levantamiento militar (no reconocido por muchos) del cual salió airoso.
- * Raúl Cubas –VIII–1998–III–1999– Elegido Presidente por amplia mayoría, no pudo ejercer plenamente su mandato constitucional por la crisis política que se

desató al firmar la orden de libertad del General Lino Cesar Oviedo, acusado de intentar una sublevación militar contra el presidente anterior. Renunció antes de ser sometido a Juicio Político y tuvo que exiliarse en el Brasil.

El 1° de marzo de 1935 Salvatore fue trasladado del Hospital Militar Central a prestar servicio en el buque de guerra Tacuarí.

Unos seis años antes del estallido del conflicto, Bolivia creó una Marina Mercante (con miras de transformarla más adelante en una flota de guerra), con base en la estratégica localidad de Puerto Suárez, ubicado a orillas de “Cáceres Laguna”, frente a la importante ciudad brasileña de Corumbá; “Cáceres Laguna” vierte sus aguas en el río Paraguay y se encuentra aproximadamente a unos 150 kilómetros al norte de la ciudad de Bahía Negra, situada en el Chaco paraguayo.

Ante estos y otros preparativos bélicos bolivianos, el Estado Mayor paraguayo decidió la compra de dos cañoneras para custodiar y defender el río Paraguay; para el cumplimiento de tan importante misión designó al ingeniero naval Teniente 2do de Marina José Bozzano (descendiente de italianos), quien cumplió con absoluta honradez y eficiencia la misión que le fuera encomendada. Después de ser evaluadas las propuestas inglesas, francesas e italianas, se encargó la construcción de los buques a la empresa “S. A. Cantieri Navali”.

El Dr. David Zook, Jr., escribió cuanto sigue: “...*acababa de contratar una misión militar argentina y recibir dos cañoneros de Italia, que partieron de Asunción hacia el norte... Los barcos adquiridos en Italia eran de los mejores de su clase en la marina mundial*”.

El historiador Angel F. Ríos describe las características de las cañoneras de la siguiente manera: *“Las naves desplazaban alrededor de 1.000 tns. y cada una portaba cuatro cañones de 120 mm, tres cañones antiaéreos de 76 mm semiautomáticos y dos automáticos antiaéreos de 40 mm que disparan 250 proyectiles por minuto. Además llevaban tres minas de bloqueo cada una. La velocidad de la cañonera supera los 17 nudos por hora. La artillería de que están dotadas las naves es sencillamente formidable. Llevan las mismas armas que un destroyer de alta mar. Sus cañones de 120 mm tienen un alcance de 20 kilómetros. Sus tres cañones antiaéreos de 76 mm... tienen un alcance de 12.000 metros en tiro horizontal, y de 6.000 metros en tiro vertical; sus granadas tienen un radio de acción de 100 metros y pueden disparar juntas, 45 proyectiles por minuto. Sus dos cañones de 40 mm,... tienen un alcance de cerca de 2.000 metros en sentido vertical... Los cinco cañones antiaéreos, disparan 545 proyectiles por minuto...”-*

“Las cañoneras llevan dobles centrales, frigoríficas, radiotelegráficas y de tiros”.

“Nuestras cañoneras cumplieron una gran misión durante la guerra”.

“Así se explica que los aviadores bolivianos hubieran intentado atacar, una sola vez en el curso de la guerra, a una de las cañoneras en las proximidades de Bahía Negra”.

En uno de los tantos meses que Salvador estuvo a bordo de la cañonera, se encontró con su “perdido” hermano menor.

-No es que estuve perdido, Salvatore, lo que sucede es que una vez que levamos ancla, es casi imposible abandonar la sala de máquinas; todo debe funcionar perfectamente durante la travesía, para que lleguen sanas y salvas las tropas que se dirigen a los campos de batalla.

–Hermanito, estás hecho un hombre a pesar de tus años.

–Soy casi igual de viejo que tú.

–En realidad que la grasa negra que te embadurna es la que te hace parecer un hombre mayor y feroz.

–Más feroces son tus jeringas de grandes agujas.

–Hermano, si hubieras estado por los lugares en que estuve, hubieras visto que las jeringas eran las menos feroces; eran más terribles las culatas de los fusiles que se utilizaban muchas veces para dormir a los destrozados héroes anónimos, cuando no había más anestesia, ni calmantes, ni sitios donde ponerlos para que fueran operados más tarde o para que mueran sin dolor y con dignidad.

–Agradezco a la Virgen que Vittorio no haya pasado por todo eso.

–También yo, ¿y hablando de Vittorio, qué fue de la historia aquella de que te enrolaste para vengar su muerte? ¿Ya la cumpliste o ya la dejaste de lado?

–Ni lo uno ni lo otro; no pude cumplirla porque desconozco quién lo hizo, pero te juro que si lo supiera le cobraría lo que nos adeuda aunque sea en el fin del mundo.

–Hermano, a veces tiemblo por mis pensamientos; en el fondo mi mente razona igual que tú. Salvador, que se había incorporado a la Sanidad Militar como Teniente 2do. Sanidad, Reserva., el 1º de diciembre de 1932 y fue desmovilizado el 18 de julio de 1935, 37 días después de la firma del Protocolo de Paz, y Giovanni que se había enrolado a la Armada Nacional, como ayudante maquinista, el 2 de marzo de 1934, permaneció en ella después de la guerra y llegó al grado de Capitán de Navío.

Ambos recibieron un diploma por su actuación durante la guerra; Giovanni decidió no mostrar el suyo hasta haber cumplido el imposible de vengar a su hermano.

EJÉRCITO NACIONAL
SANIDAD MILITAR

Cumplió con su deber, sirviendo a la patria en guerra

CONSTE: por el presente, que el ciudadano ...paraguayo.....
....., **Salvatore Caltrani**..... prestó servicios en carácter
de **Teniente 2do. de Sanidad de Reserva**..... a la Sanidad
Militar.

Fecha de alta: **1° de diciembre de 1932**.....

con el grado de **Teniente 2do.**.....

Fecha de baja: **18 de julio de 1935**.....

con el grado de **Teniente 2do.**.....

LA SANIDAD MILITAR, **EN PRUEBA DE RECONOCIMIENTO,**
LE EXPIDE EL PRESENTE DIPLOMA, EN ASUNCIÓN,
a los veinte..... **DIAS DEL MES DE** **septiembre**..... **DEL AÑO MIL**
NOVECIENTOS TREINTA..... **v cinco.**.....

V° B°

GENERAL Y DIRECTOR

MINISTRO DE DEFENSA NACIONAL

Cinco años después el doctor Salvador, cuando cubría una guardia del hospital, caminando por el pasillo casualmente se encuentra con un ex compañero suyo de colegio.

–¡Arnaldo, cuánto tiempo ha pasado sin que nos cruzáramos tan siquiera! ¡Me da mucho gusto volver a verte, amigo!

–¡Y pensar que hasta en la guerra peleamos del mismo lado!

–dijo el doctor Arnaldo en son de broma.

–Ciertamente anduvimos paseando por el mismo terreno durante tres años y no nos vimos la cara –respondió sonriente Salvador, abrazando efusivamente a su amigo.

–También yo estoy sorprendido de verte, realmente fue una grata sorpresa encontrarte; pero qué mejor encuentro que un pasillo y no una sala de operaciones o la sala de un juzgado, ¿no te parece?

–Más o menos; en la sala de operaciones tú estarías seguro conmigo y en la del juzgado yo estaría confiado en ti.

–¡Ni lo dudes, hermano!

–¿Qué te trae por aquí, Arnaldo?

–Vengo a ver a una hermana que la operaron recientemente de una apendicitis.

–En mi lista figuran dos, dame el nombre y te acompaño si lo deseas, hasta la sala donde está internada.

–Se llama Isabel.

–Ya sé quién es; justo a mí me tocó operarla. Se portó de maravillas, y conste que fue la primera persona en ser intervenida con anestesia local.

–Aunque no lo parezca, esa mujer es muy dura y sé por qué te lo digo. Isabel es la que me sigue en edad y las historias de nuestras travesuras ni te las cuento. ¡Las veces que habremos quebrantado a mamá en nuestra niñez!

–Me alegra oírlo, porque es tan reconfortante tener hermanos compañeros.

La muchacha terrible, de encantadores ojos celestes, había encandilado al instante el corazón de Salvador, tan inmediatamente que después de que sus respectivos padres les dieran su asentimiento, a los pocos meses se unieron en un matrimonio que duró hasta después de la muerte. La madre de Salvador, que inconscientemente esperaba verlo a su hijo casado con alguna paisana, quedó sin armas cuando Isabel trajo al mundo al primer varón de la familia Caltrani; el pequeño que sería el hombre que asegurara la permanencia del apellido.

Para Salvador los siguientes años transcurrieron con las dificultades propias de la vida, enmarcadas dentro de un proceso escuálido de desarrollo caracterizado por los constantes vaivenes (cruentos e incruentos), causados por los políticos y los militares que descontentos con algo buscaban el poder, hasta que el partido político en el que su cuñado era un importante militante fue sacado del gobierno de la nación (sitio al que había llegado pactando con varios otros partidos de ideologías tan diferentes como lo eran el liberal, el comunista, el colorado, etc.) y sus partidarios y posibles simpatizantes perseguidos, apresados y exiliados; a partir de entonces Salvador pasó a ser por parentesco, un individuo sospechoso al que había que controlar. El siempre bien considerado doctor, que había servido al Paraguay durante la guerra, que había fundado el primer centro médico de su especialidad, que había logrado elogios por parte del Premio Nóbel de Medicina Bernardo Houssay, tiempo más tarde cuando los gobiernos del Paraguay (y los de medio mundo) azuzados por el maccarthismo (impuesto groseramente también a los estadounidenses por un trastornado político norte-

americano que veía, por convicción o por conveniencia, comunistas bajo su propio lecho y escritos políticos izquierdistas de carácter subversivo hasta en su sopa de letras), conoció el amargo sabor del destierro por el solo hecho de ser un idealista, cuyos pensamientos nunca salieron del papel.

Asunción, 11 de Junio de 1938.

La presente Tesis Doctoral en Ciencias Médicas del Estudiante Salvador Caltrani, alumno distinguidísimo de la Clínica de O.R.L. de nuestra Facultad, presenta todos los caracteres de la originalidad que requiere toda tesis y merece el estímulo incondicional a esfuerzo tan generoso. La aceptación debe ser sin rodeos y a plena satisfacción, como un pequeño homenaje a la originalidad de su autor.

Prof. Dr.
Miembro de la Comisión
Dictaminadora

Asociación Argentina para el
Progreso de las Ciencias Perú
272
Buenos Aires

Para los fines que considere oportunos, me es grato certificar que el Doctor Salvador Caltrani ha estado en Buenos Aires durante un año, desde Julio de 1940, en uso de la beca instituida por los Señores Millet y Roux, que le fuera acordada por esta Asociación para perfeccionar sus conocimientos sobre Alergia y enfermedades alérgicas. Durante este tiempo ha concurrido todos los días de mañana y tarde al Centro de Alergia de la Facultad de Medicina, bajo la Dirección del Doctor José Bózzola, y ha seguido algunos cursos complementarios, de tal manera que se le considera actualmente habilitado para dirigir un Servicio de Alergia e inclusive preparar él mismo los extractos necesarios para el diagnóstico y tratamiento. Ha demostrado ser serio, estudioso, poseer excelentes condiciones morales e intelectuales y se considera que ha culminado muy bien los estudios seguidos durante el tiempo que fue becario, por lo cual se tienen fundadas esperanzas acerca de su actividad futura.—

Buenos Aires, Julio 23 de 1941

Juan Bacigalupo
Secretario

B. A. Houssay
Presidente

desmayo.

Giovanni, que vivía a solo unas calles de la casa paterna, llegó en un suspiro.

—¿Qué sucedió, mamá?

—No sé, hijo, tu padre de pronto se sintió mal y cayó; creo que ha perdido el conocimiento.

Giovanni alzó en brazos a su padre, lo puso en la cama y fue a traer al médico de la familia, el doctor Martínez.

—He revisado minuciosamente a don Giacomo, y creo que es necesario llevarlo a un nosocomio para evitar cualquier sorpresa.

—Usted tiene la palabra, doctor—dijo Concetta.

Mientras trasladaban a Giacomo al hospital, el doctor Martínez le explicó a Giovanni que probablemente su padre habría sufrido un derrame cerebral.

—Ahora no puedo todavía decirte cuán grave está tu padre. Lo mantendremos vigilado durante las próximas 72 horas. Por favor explícaselo a tu madre, porque yo me quedaré por aquí.

En un tiempo menos de lo esperado Giacomo había vuelto en sí, y reclamaba insistentemente la presencia de su médico.

—Escúcheme don Giacomo, no puedo dejarlo ir hasta ver cómo evoluciona; debo estar relativamente seguro de que el suceso no se repetirá tan pronto como usted deje el hospital.

—Escúchame tú mi querido doctor, es más probable que el suceso como lo llamas, se repita antes si yo no salgo rápido de aquí.

—Por favor don Giacomo, comprenda lo que le estoy diciendo, es por su salud.

—Sí, entiendo que es por mi salud, pero lo que le pedí es también justamente por ella. Doctor, míreme la cara y notará que estoy por explotar, no me agradan los hospitales.

—Es mejor que explote aquí que en otro lugar.

—Eso no es justo, soy yo el que debe elegir dónde explotar, ¿no le parece doctor?

—Como siempre dice usted, ¡que tèsta dura que tiene ese muchacho!

—Tèsta dura o di legno, lo cierto es que yo me voy.

—Ya que está decidido, le propongo un trato; si sigue mejorando como hasta ahora le dejaré ir a casa pasado mañana.

—Un pàtto segrétto, no me moriré si me dejará ir sí o sí pasado mañana. Es un buen pacto, doctor, porque no pienso abandonarlo antes de haber hablado con Giovanni y con Salvatore.

Mientras Giacomo yacía en su cama, tal como quería, Giovanni recorrió cuantos Ministerios había y habló con cuantos amigos tenía hasta conseguir el permiso para que su hermano Salvador pudiera regresar momentáneamente del exilio para ver a su padre.

—Revisame después, Salvatore, antes quiero que ambos escuchén lo que tengo que decirles.

—Te estamos escuchando, papá.

—Hijos, no se lo repitan a nadie hasta que crean que deben hacerlo. Hasta el día de hoy no he recibido ninguna carta de Italia, no sé qué ha sido de nuestra familia, desconozco totalmente qué ha sucedido, pero que eso no sea motivo para que ustedes dejen de averiguarlo. ¡Nunca rompan los lazos, por más tenues que sean, con nuestra gente, con Italia y mucho menos con Sicilia!

Los hermanos miraron al padre sin decir nada, sabían que él los había entendido porque él les había enseñado con hechos, que los sicilianos podían entenderse con la sola mirada, con solo un gesto y con el silencio que expresaba mucho más que las palabras.

—La otra cosa que quería era darles este sobre, que lo pueden abrir si es que el cura de la parroquia les pone enfrente alguna dificultad para mi funeral. No me pregunten porque no

su debido tiempo.

El 30 de octubre de 1950, a las veinte y treinta horas falleció el ciudadano italiano, inmigrante, don Giacomo Caltrani, y dos años más tarde, a la misma hora, le siguió su compañera de toda la vida.

—Después de la muerte de sus bisabuelos, el nonno Salvador y la nonna Isabel regresaron definitivamente del exilio. Desde entonces el nonno nunca más fue asediado o preso como lo fueron los hermanos de la nonna, pero siempre hubieron algunos gansos con aires de cisnes que se pasaron la vida endilgándole cosas que jamás fue o hizo. El abuelo fue un idealista a carta cabal, pero desde que tuve uso de razón no lo he visto en actividad política alguna; eternamente se dedicó a investigar y a trabajar en su propia casa.

—¿Y qué pasó de la carta aquella que el ito Memo le entregó?

—Esa la tengo yo, y aunque no lo crean, ni el tío Alejandro, ni yo la hemos abierto.

—¿Pero qué decía?

—Como decía tu bisabuelo, ¡qué “tèsta” dura que tienen!

—Que tiene él dirás, papá, porque yo no te lo he preguntado, aunque quisiera saberlo.

—Bueno, ya que quieren saberlo inventemos algo, el bisnonno confesaba en la carta que era masón.

—¿Era cierto?

—¡No... lo... sé! Mejor dejemos ese tema que estoy un poco cansado y hablemos de otras cosas que deseo reiterarles ahora que todavía se anidan en casa. La ciudadanía italiana que cada uno de ustedes tienen, es muy valiosa porque la tomamos con sentimiento y no porque la queríamos simplemente, además la reclamamos como derecho muchos años antes de que apareciera la miseria por la América Latina, y trajera consigo la fiebre

mundial de querer obtener los derechos ciudadanos con la única finalidad de facilitarles la entrada a Italia para buscar trabajo; pero esa ciudadanía conlleva el compromiso de mantenernos siempre unidos a la tierra de nuestros antecesores, de mantener y difundir sus valores, su cultura, sus costumbres, en fin todo aquello que la represente, además de mantener encendida en el espíritu la llama del regreso por si alguno de ustedes quisiera y pudiera hacerlo. Por otra parte les pido que sigan tratando de averiguar todo lo que se pueda de los parientes de Italia, porque mientras no encuentren el hilo roto de nuestra historia, se verán íntimamente desnudos, sin pasado y con el agravante de que aunque no haya xenofobia en la tierra donde nacieron, allá muy al fondo, cuando surgen las discrepancias por motivos políticos, históricos, religiosos, etc., siempre aparece algún desubicado que se cree descendiente puro y directo de los españoles que vinieron a “civilizar” o de alguno de los caciques Moquirasé, Mairarú, Thimbú–aí, que te recuerda quién eres o que se encarga de hacerte recordar que eres un hijo o descendiente de gringo, como si él no lo fuera también.

De tanto en tanto entraba la esposa de Alessio, echaba una mirada y salía nuevamente.

–Lean estos papeles que les doy y sigan puntillosamente su ejemplo, aunque les parezca un imposible, y les aseguro que por lo menos de conciencia y de espíritu estarán mejor.

Asunción, 8 aprile 1987

Società "Dante Alighieri"
Alberdi esq. Humaitá
Asunción

DICHIARAZIONE

Si dichiara che nella lapide collocata sulla parete a sinistra dell'entrata dell'edificio acquistato nel 1929 dal Comitato della Società "Dante Alighieri" di Asunción (Paraguay), calle Alberdi ang. Humaitá, figura, inciso al xx posto dell'elenco dei donatori dell'immobile, il nome del connazionale Giacomo Caltrani, attivo membro di quella collettività che volle dare alla scuola italiana, costituita nel 1895, una sede più ampia e consona ai compiti specifici dell'insegnamento e della formazione dei figli degli emigrati. Si rilascia questa dichiarazione, a seguito della richiesta formulata dai discendenti diretti del predetto Giacomo Caltrani, per tutti gli usi consentiti dalla legge;

Direttore del Collegio
"Dante Alighieri "

Presidente della Società
"Dante Alighieri "

* * * * *

Società Italiana di Mutuo Soccorso
Assunzione
Fondata l' 8 Settembre 1871
Palma 594 – Tel

Señor
Excmo. Embajador de Italia
x.....
Mcal. López y Mayor Bullo
Ciudad

Por la presente, me es grato comunicarle que el Sr. Giacomo Caltrani ha pertenecido a la Sociedad Italiana durante muchísimos años, dando muestra de colaboración tanto en esta Sociedad, como en el Colegio Dante Alighieri, y en la construcción del Cementerio, siendo uno de los socios relevantes de esta Sociedad.

A pedido de parte interesada, se expide esta constancia.

Aprovecho esta oportunidad para saludarle con mi consideración más distinguida.

Presidente

Assunzione, Agosto 31 1942

Società Italiana
di
Mutuo Soccorso
In
Assunzione del Paraguay

AL BENEMÉRITO MÉDICO
Dr. SALVADOR CALTRANI
Presente

De nuestra mayor consideración y estima:

Con motivo del fenecimiento del Ejercicio de actuación del Consejo Directivo de nuestra Sociedad y, habiendo sido notorio el gesto de buena voluntad y eficaz colaboración prestadas por Vd. durante todo el periodo, en ayuda de nuestros conciudadanos asociados en casos necesarios que demandaron su concurso profesional, humanitario y fraternal, el Consejo Directivo en ejercicio y próximo a cerrar sus funciones, cumple con un deber de gratitud en hacerle llegar por estas líneas su especial reconocimiento y sinceras gracias por todos sus servicios prestados.

En la seguridad que en los actuarios y Registros del Ejercicio que fenece, queda debida constancia de su valioso concurso, que en todo momento ha puesto al servicio de la Institución, con verdadero altruismo de digno miembro de esta Sociedad, nos complacemos en saludarle muy atte., con nuestra consideración más distinguida.

Secretario

Presidente

* * * * *

Assunzione, 19 Febbraio 1938

Società Italiana
di
Mutuo Soccorso
In
Assunzione del Paraguay

*Pregiatissimo Signor Salvatore
Caltrani Dottore in Medicina e
Chirurgia*

Assunzione

Con la nostra speciale deferenza ci è grato comunicare alla S. V. che il Consiglio Direttivo nella seduta del 16 Febbraio corrente mese, vista la offerta generosa e disinteressata, come nuevo Médico Sociale gratuito, partecipata nell'atto dal suo degno padre, Signor Giacomo Caltrani, ha voluto manifestare la espressione del riconoscimento, nominando la S. V. Socio Benemerito dal nostro Sodalizio, confermando la meritata stima, per la sua benéfica cooperazione anteriore in favore del nostro Socio Doménico...

Fidusiosi che la S.V. vorrà accettare la honorífica distinzione conferitale, porgiamo i nostri più distinti saluti, augurando a lei degno figlio e onore della Stirpe il più spléndido avvenire-

Accolga i sensi della nostra Maggiore considerazione.

Il Segretario

Il Presidente

* * * * *

SALVADOR CALTRANI
(Su Fallecimiento)

Con la muerte del doctor Salvador Caltrani el país ha perdido un científico esclarecido y un hombre de letras dotado de óptimas condiciones que supo ponerlas al servicio de la comunidad, de sus amigos y de sus familiares, que hoy lamentan, con lágrimas del corazón, su irremediable partida.

Excombatiente de la guerra del Chaco, médico distinguido, primer director del Centro de Alergia, rama científica que nutrió sus afanes, cultivó asimismo con singular éxito la difícil disciplina del drama y de los cuentos infantiles, en los que fue laureado varias veces, demostrando fina sensibilidad y peculiar vocación artística, como una faceta más de su rica personalidad. La ciencia médica le debe una larga serie de obras especializadas, publicadas en el país y en el exterior con encomiásticos comentarios y aplicados por laboratorios químicos de renombre mundial, con excelentes resultados.

Recluido en su hogar a causa de un mal que lo imposibilitó desarrollar una actividad física plena, no cejó en cambio en su tarea de seguir contribuyendo intensamente al desarrollo de la investigación científica, de la que fue un apasionado cultor.

Vidas ejemplares como la del doctor Salvador Caltrani honran al país y a la cultura científica y literaria del Paraguay con relieves propios, y constituyen un verdadero ejemplo para las nuevas generaciones, como expresión de calidad humana, de probidad intelectual y de dación íntegra al bien común.

Diario Hoy - 24/V/1984

—El ito Memo y el nonno Salvador siempre demostraron ante las adversidades familiares y externas una entereza sin igual; recuerdo vívidamente que la “señora de los huesos” visitó al nonno por años, hasta que un día a las 5 de la mañana se introdujo en su corazón y el nonno la enfrentó por horas, con la serenidad aprendida en las carpas sanitarias de la guerra y en las salas de cirugía de los hospitales, antes de dejar que le quitara el cuerpo a su alma.

Bueno, queridos jovencitos ahora que tienen en sus manos los conocimientos y la responsabilidad de llevar a cabo las acciones para evitar que una generación más siga sin destino, es hora de que yo duerma.

–Que tengas una buena noche, papá –casi repitieron al unísono.

–También para ustedes deseo lo mismo.

Giulia, la menor de todos, fue la última en despedirse.

Apenas cerró los ojos sintió que navegaba montado en la grupa del sublime “delfín que llevó a Neptuno” a la maravillosa isla. Ahora que regreso a ti por mar, igual que cuando antes de conocerte me tuve que ir, puedo decirte que te quiero sin conocerte como quisiera, que te comprendo sin entenderte por mi ignorancia y que te extraño sin nunca haber estado a tu lado; así como le doy gracias a Italia, que escuchó los reclamos de su gente también irredenta y los rescató de su dolorosa orfandad, te agradezco a ti porque guardaste celosamente los nombres de tus hijos perdidos, desaparecidos en la bruma de lo incomprendible, la misma que cubrió de misterio impenetrable la historia de mis antepasados perdidos.

Estoy tan cerca de tus brazos que me embarga el deseo ferviente de llegar, para que juntos yo te enseñe lo mío y tú me enseñes lo tuyo, y para hurgar en tus cofres de recuerdos que fue de los míos.

Alessio acarició la testa del noble animal y cerró sus ojos por siempre nunca jamás.

Se terminó de imprimir
en septiembre del 2006
QR Producciones Gráficas.
Tte. Fariña 884
Telefax (595 21) 214 295.
Asunción-Paraguay